

LA LUZ DEL CAMINO

AMALIA DOMINGO SOLER

LA LUZ DEL CAMINO

DISTRIBUIDO GRATUITAMENTE
POR EL
C.E. “LA LUZ DEL CAMINO”
PRESIDENTE
JOSÉ ANIORTE ALCARÁZ

C\ CÁDIZ N° 13 BIS
URB. MONTEPINAR.
03300 ORIHUELA (ALICANTE)
TLF (96) 536 95 15
ESPAÑA

La recopilación y selección de estos escritos, verdadero tesoro de Luz Espiritual, es un trabajo exclusivamente realizado por el Centro Espírita “La Luz del Camino”.

Todos los componentes de este Centro y nadie más que ellos, han participado en la elaboración de este trabajo, uno de los más importantes realizados hasta ahora para la divulgación del Espiritismo en el mundo.

Con los libros “La Luz del Porvenir” y “La Luz del Camino” en un total de 40.000 unidades distribuidas gratuitamente en España y en América, finalizamos este trabajo. Trabajo que no habríamos podido realizar nunca, sin la dirección, inspiración y ayuda de este gran Espíritu de Luz, trabajador incansable en la divulgación del Espiritismo, **Amalia Domingo Soler.**

Queda libre la impresión y la traducción de esta obra a cualquier idioma, con el riguroso compromiso de no alterar nada de su texto y remitir dos ejemplares a:

Centro Espírita “La Luz del Camino”
C/ Cádiz nº 13 bis, Urbanización Montepinar Orihuela
(Alicante) 03300 España

PRESENTACIÓN

Con esta nueva obra, damos continuación a la “Gran campaña de divulgación Espírita en España”. Campaña que empezó en el 1972, y que llega a su punto culminante con el libro “LA LUZ DEL PORVENIR” continuando en 1998 con este nuevo libro “LA LUZ DEL CAMINO”, 40.000, libros distribuidos gratuitamente, como homenaje a nuestra querida Amalia Domingo Soler, ya que todo el contenido de este libro es extraído de los escritos que ella publicó en la “Revista la Luz del Porvenir” Fundada el 22 de mayo de 1879.

Amalia nació en Sevilla en 1835 y murió en Barcelona 1909.

Esta mujer que con su esfuerzo titánico y abnegado se convirtió en un estandarte para el Ideal Espírita, desmoronando todas las ideas preconcebidas, luchadora incansable contra un sistema arcaico y una ciencia atrasada, supo ser fuerte ante las muchas dificultades de la vida y no se conformó con respuestas y razonamientos a medias o dogmáticos. Amalia buscó su convencimiento total, certero, y respuestas a sus preguntas.

¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? ¿Por qué unos sufren y otros no? ¿Cómo puede haber un Dios que colma a unos de dicha y a otros les hace beber las más amargas copas del desengaño y el dolor? Ella supo con sacrificio, renuncia y trabajo, vivir y practicar la doctrina Espírita y tuvo el merecimiento de ser el instrumento para que Espíritus de gran elevación le transmitieran un caudal de enseñamientos luminosos; enseñamientos que ella humildemente nos transmitió a todos nosotros a través de sus escritos: y que ahora debemos sacar a la luz para que sean conocidos por todos los espiritistas del Mundo. Gracias... Amalia.

José Aniorte Alcaraz

INTRODUCCIÓN

Mis queridos lectores.

Este libro que hoy llega a vuestras manos, es un verdadero tesoro que nuestra querida Amalia Domingo Soler nos legó, es el punto culminante de esta gran campaña divulgativa de la doctrina Espírita que empezó aquí en España en el 1972.

En esta fecha regresé nuevamente a mi país natal con el compromiso espiritual de divulgar el Espiritismo, después de residir 21 años en el Brasil, país maravilloso y acogedor, que yo quiero y tengo siempre en mi pensamiento y en mi corazón.

En el Brasil conocí el Espiritismo y viví los mejores años de mi vida y tener que dejar ese país fue un gran sacrificio para mí.

Cuando regresé a España, era una época difícil, porque no había libertad de expresión y cualquier idea que no fuese la autorizada estaba prohibida.

Pero entonces, ¿cómo se podía divulgar la doctrina si no se podían vender libros ni había donde comprarlos? La idea surgió en mi mente, desde luego bastante difícil y muy peligrosa, tenía que traducir el libro, después imprimirlo clandestinamente, y por último distribuirlo gratuitamente.

Las dificultades económicas fueron muchas, pero nada de esto me desanimó porque siempre estuve convencido de que, querer es poder, y cuando estamos preparados para el trabajo, el trabajo se realiza y la ayuda del mundo espiritual nunca nos falta. Así fue como nació esta maravillosa campaña del libro gratuito, campaña que hoy llega a su punto culminante con el lanzamiento de estos 40.000 libros de nuestra querida Amalia Domingo Soler.

Un verdadero caudal de conocimientos y de Luz.

Después de la tempestad, llega la calma; se normalizaron las cosas, ya se podían comprar libros y vender libros. ¿Pero, quién compra libros aquí en España? Una minoría y libros espíritas mucho menos, al menos que ya conozca el Espiritismo. Entonces ¿Cómo podemos ayudar al “enfermo” y darle luz al “ciego”? Ellos no pueden venir hasta nosotros, pero nosotros sí

que podemos llegar hasta ellos; a través del libro espírita gratuito. Esta idea quedó tan clara en mi mente que decidí continuar con el mismo sistema que empecé a utilizar en el año 1972.

Hoy, después de realizar este trabajo divulgativo durante 25 años con 300.000 libros distribuidos en España y América, me siento triste y feliz; feliz por el trabajo realizado, triste porque soy consciente de que podía haberlo realizado mejor. Cada día pido a Nuestro Señor Jesús, nuestro Maestro y amigo, que sea tolerante conmigo, que a pesar de mis imperfecciones, deseo servirlo siempre hasta el fin de mi vida. Mis queridos hermanos, he creído necesario esta explicación para que conozcáis el porqué y la importancia del libro espírita gratuito.

JOSÉ ANIORTE ALCARAZ.

PRÓLOGO

Voy a daros un prólogo, y ese prólogo no tendrá otro objeto que enseñar a los nuevos espiritistas la manera que tienen que redimirse. La redención del hombre es muy sencilla; sólo consiste en amar al prójimo como a sí mismo.

Sí, hijos míos: Cuando uno penetra en la vida verdadera, comprende perfectamente que, durante el tiempo que se permanece en la Tierra, se desconoce ésta por completo.

Yo, como vosotros sabéis, había procurado emplear bien el tiempo y pensaba que todo lo que hacía era obra de mi voluntad; pero no es así. Cuando el Espíritu desciende a la Tierra y promete a esa “naturaleza divina” llamada Dios, que ya es enérgica y firme, para pasar del “mal” al bien, le envuelven unas fuerzas superiores a las suyas y encarna desconocedor de todo cuanto ha prometido; pero entre la promesa y el Yo se constituye una ley, y esa ley, es la que rige durante nuestro paso por la Tierra; y así es como empieza para el Espíritu una existencia de lucha y de progreso. Y como en nuestro planeta todo se ignora y lo achacamos todo a la casualidad, vamos viviendo dentro de la oscuridad y la ignorancia, sin conocer esa ley que nuestro arrepentimiento ha creado y que es la que nos conduce a puerto de salvación.

Todas las religiones tienen la tendencia de inculcar al hombre el arrepentimiento y el acto de contrición; pero la equivocación de todas está en dar al hombre un plazo tan corto para arrepentirse.

No, no, hijos míos. El hombre no tiene un plazo para reconciliarse: el hombre tiene una eternidad; el hombre ha sido, el hombre es y el hombre será. Y los mismos dardos y desengaños que va recibiendo en un sin número de existencias, le van enseñando el camino de su propia regeneración. Así es, que, cuando el hombre, cansado ya de sufrir el peso de sus culpas, que consciente o inconscientemente pesan en su conciencia, dice: ¡No puedo más! Entonces, sin que nadie le juzgue, sin que nadie le

castigue, él solo invoca su regeneración. Cuando un Espíritu ha pasado por la Tierra lleno de adulaciones y placeres, al penetrar en el mundo de la verdad, es tan grande su desengaño, que afluye el llanto a su alma, y éste es el Jordán de su regeneración. Así me sucedió a mí después de haber malgastado tantas y tantas existencias, después de haber mal empleado un talento, después de haberme mofado, en fin, de todos aquellos seres que de buena fe acudían a mí para que los empapara con el rocío de mi inteligencia. Y no me servían de otra cosa más que de desprecio y de burla aquellos tesoros intelectuales, que sólo se conceden a los hombres para que hagan un buen uso de ellos. Yo, en aquella existencia lo hice todo al revés. Ya en un buen número de encarnaciones, la poesía ha sido mi única compañera; y si de esa flor tan delicada hubiera hecho el uso que hice de ella en mi última existencia, no hubiera tenido que penetrar tantas y tantas veces en la morada de mi Padre.

¿Es que encontré, al despertar mi Espíritu, a los jueces que me reprimaron? ¿Es que hallé un tribunal que me juzgó? No. Allí solo encontré el remordimiento de mis pequeñeces; allí solo vi reproducidas aquellas carcajadas de desdén y de desprecio que yo dirigía a un humilde pueblo.

Llegó, afortunadamente, la luz para mi pobre Espíritu y comprendí la equivocación que había vivido; y entonces ¿qué hacer? ¿Adónde me dirijo? ¿A quién llamo? ¿A quién pido perdón? ¡Ah! ¿Es que tendré que pedirle perdón a ese mismo pueblo? No. Ese pueblo sigue a mi alrededor, me contempla y me perdona, porque, por regla general, los pequeños de la Tierra son los grandes de Espíritu; y esto, ya de cerca, ya de lejos, pedían mi regeneración, porque comprendían que si mi pobre Espíritu llegaba a la reconciliación, podría dar a ese mismo pueblo toda la luz que un día por su jactancia y orgullo le había negado. Así, fue, que ese mismo pueblo tan sencillo y tan bueno, rodeó al Espíritu del orgulloso poeta, y puesto en forma de coro, elevó una plegaria a lo infinito. Yo allí, el judío errante, en medio de tanta bondad, de tanto amor, hice ese examen de conciencia que sólo se hace cuando el alma se da verdadera cuenta del tiempo que ha perdido. Entonces es cuando el acto de contrición es puramente verdad; entonces es cuando ya el Espíritu no puede retroceder de lo que ha prometido; entonces es cuando aquel panorama de almas

abnegadas y justas, dejan al pobre pecador solo; es cuando viene el llanto que es el bautismo del alma.

Todas las formas que existen en el planeta Tierra, todas son símbolos de la verdad. Cuando el hombre se apodera de la verdad, cubre con el velo de su maldad toda la verdad que encierra aquel símbolo de amor. El hombre no puede bautizar al hombre; el hombre no puede redimir al hombre; el hombre sólo se bautiza cuando retira el velo de orgullo que le domina; entonces ve la verdad y es cuando se redime por el sufrimiento que sus mismas pequeñeces le han proporcionado.

Por el llanto que brota de su alma se redime y se bautiza; y esa redención y ese bautismo es obra propiamente suya; y entonces es cuando se prepara una nueva existencia, dando a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, descendiendo a esa penitencia dispuesto a luchar y a vencer.

¡Bendita regeneración! ¡Si vosotros pudierais contemplar lo hermoso que es el trabajo de un Espíritu cuando la verdad le ha redimido, cuando de verdad se ha bautizado! A su paso por la Tierra no le han importado ni el escarnio ni la mofa de los humanos, porque ha descendido, prometiendo sufrir y vencer: justo es que, quien ha hecho sufrir y llorar se encuentre luego en las mismas condiciones.

Nunca debéis dudar, nunca debéis decir que todo cuanto os rodea y os acontece no es obra vuestra y que es debido a la casualidad; pues todo lo que os sucede, son los acontecimientos hijos de vuestra misma labor; y de ese modo vais tejiendo la tela que os envolverá el día de mañana. Cuando de estas verdades os convenzáis, no tendréis necesidad de ir en busca de emisarios que os castiguen o que os perdonen. Entre Dios y los hombres no puede haber escogidos ni privilegiados, Él es Dios, y todo se rige dentro de la verdad, dentro de esa ley suprema. Así es que el hombre debe trabajar para redimirse a sí mismo, y cuando esté limpio de pecado podrá empezar a conocer a Dios.

El Espíritu conoce a Dios cuando ha sufrido y llorado mucho, porque para conocer lo bello y lo grande, se tiene que haber pasado antes por esos estados atmosféricos en que el hombre se asfixia; y dentro de esa misma labor es cuando el hombre analiza y conoce la verdad. Para que el hombre ore con el alma, es necesario que se encuentre en un sitio donde las zarzas

cierren su paso; pues cuando se ve imposibilitado de salir de este laberinto, es cuando decae su cuerpo y se eleva su alma. Para el alma nunca se cierran todas las puertas en el momento que su cuerpo gime y llora y dice: ¡No puedo más! El alma entonces, busca un punto de apoyo en el océano del infinito, y desde allí contempla esas olas tempestuosas de la vida, comprendiendo, en sus momentos de lucidez, el “porqué” de su triste situación; y cuando el alma se convence de que así puede llegar al fin deseado, renuncia a todos los goces terrestres. ¡Sí, hijos míos! Al Espíritu le es imposible llegar a la felicidad cuando los placeres materiales absorben todos sus pensamientos y así le sucedió a mi pobre Espíritu, que, cuando todo le sonreía y sobraba, cuando una humanidad le admiraba por su gran talento, fue cuando mi Yo iba descendiendo de pendiente en pendiente, hasta llegar al fondo de un precipicio.

¡Triste y amargo es describir lo que le sucede a un alma cuando se encuentra en esa pobre situación!... El grande mancebo, el satírico poeta, el bufón de otros tiempos... Todas estas y otras pequeñeces, que omito porque sería interminable mi narración, me sugieren estas y otras reflexiones al parangonar mis dos últimas existencias. ¡Cuánta sombra dentro de la opulencia!... ¡Cuánta luz dentro de la miseria!... ¡Qué cambios tan bruscos recibe el Espíritu, cuando, en un momento dado, pasa por delante de sus ojos, como visión cinematográfica, tantas y tantas costumbres, tantas y tan variadas posiciones sociales, tantas y tan diferentes maneras de pensar, siendo todo en conjunto, obra de uno mismo!

¡Cuán grande es Dios! ¡Qué grandes son su obra, su amor y su misericordia! ¡Qué sublime su bondad y sabiduría infinita, dando al hombre una eternidad para que vaya, poco a poco, limando la cadena de sus imperfecciones! Allí cayendo, allá levantándose; aquí sufriendo, allá llorando, y más tarde negando sus divinas bondades, porque, cuando el hombre está dentro de la prueba, son tan grandes y tan rudos los golpes que recibe, que llega a dudar de la misericordia de Dios. Pero esta ley inflexible sigue su curso sin inmutarse ni trastornarse, por más que toda una humanidad niegue su gran poder. Todo en el Orbe sigue su rumbo; ni las carcajadas de los audaces, ni las lágrimas de los humildes, pueden detener su paso. El hombre es hijo de la ley; la

ley rige sobre el hombre; el hombre ha de acatar la ley y la ley acaricia al hombre; y éste con su calma, con su amor y con todo lo que es ley y verdad, va siguiendo el curso que es justo que siga. Ahora bien, si todo es justo y todo es obra de la ley, ¿por qué Dios mío, esa misma ley no hace que el hombre no caiga? Esto, más de una vez, con lágrimas en los ojos y el corazón partido, en mi última existencia lo habían pronunciado mis labios; pero ¡ay! ¡Qué diferencia se encuentra mientras está uno en la ignorancia de la Tierra, a cuando se halla dentro esa divina cascada, de la que mana el agua de la regeneración! ¡Qué hermosa es la situación del Espíritu, cuando, por sí mismo, puede ya buscar ese bendito manantial para bañarse y quedarse limpio de pecado! Después de haber obrado esta operación, es cuando puede el alma contemplar y poner las cosas en su debido lugar. Así me ha sucedido a mí; así les sucede a todos los espíritus que, como yo, han pasado una existencia de llanto y de soledad, de abandono y de miseria, animando un cuerpo inútil y enfermo y falto de todo lo necesario.

Esta fue mi última existencia, como vosotros sabéis, y es a la que mi Espíritu tiene más cariño, por haber sido la única que supo aprovechar. Estos sitios me atraen por haber sufrido en ellos tanto, pues así como cuando un cuerpo cae a un precipicio, el médico, primero que respetarlo, procura su curación, sin inmutarse porque el paciente sufra y llore, y el afán del doctor es salvarle la vida, comprendiendo que en aquellos momentos corre peligro, y para lo cual emplea toda su sabiduría para salvar un cuerpo que mañana le bendecirá, y cuando han pasado los grandes dolores y el cuerpo queda sano como antes de la caída, corre en busca del doctor para felicitarle y demostrarle su gratitud, en las mismas condiciones se encuentra el alma después de la caída; vienen los dolores, después de los dolores llega la regeneración, y cuando el alma se ha reconciliado consigo misma, busca con placer aquellos lugares en los cuales ha sufrido y llorado. Mi Espíritu ha tenido predilección por encarnar muchas veces en este suelo español; en él he gozado, en él he tenido el orgullo de ser tributado y agasajado por aquellos sencillos espíritus que no comprendían el orgullo del mío; en este suelo he recogido muchas flores, que convertía, por mi jactancia e ingratitud, en espinas para aquellos pobres jardineros que se habían esmerado tanto en presentármelas. ¿Cómo cambiar de lugar? ¿Cómo tomar diferente

rumbo, si no es posible coger el fruto sazonado lejos del árbol que lo arroja? A la sombra del mismo árbol; a los rayos del mismo sol, bajo el mismo ambiente es donde se tienen que recoger, una a una, todas aquellas espinas que uno por su orgullo ha hecho brotar de las flores. Aquellas espinas, por justa ley, tienen que penetrar dentro de nuestras carnes, para sentir el mismo dolor que hemos producido a los demás. Así es de la única manera que el Espíritu puede dar el paso más agigantado; y aunque parezca que el Espíritu lo tenga todo vedado en el transcurso de la vida, no es así: en sus momentos de lucidez, se da verdadera cuenta de sus caídas y de sus promesas de quererse regenerar. Cuando el Espíritu empieza una nueva labor, gime el cuerpo y se sonríe el alma y esas dos entidades que al parecer no van unidas, dentro de la realidad funcionan en buena armonía, y poco a poco van cumpliendo esa gran misión llamada progreso.

Este humilde y sencillo prólogo no tiene otro objeto que enseñar al hombre por dónde tiene que caminar; que comprenda y que se convenza que nada es hijo del acaso, que todo es obra de nosotros mismos, y que cuanto más se sufra y llore, más cerca se está de la felicidad. En todos los días borrascosos que encontréis en el camino de la vida, debéis de bendecir a Dios, porque teniendo fuerzas y resignación, si en vez de rebelaros os domináis como niños dóciles, el acíbar de la hiel que se acercará a vuestros labios no será tan amargo, pues será endulzado en esos momentos, si tenéis la resignación debida para llevar el peso de la cruz. Acordaos cuánto sufrió aquel Espíritu de amor y caridad, cuya existencia no tuvo otro objeto que enseñar al hombre de la manera que tenía que redimirse. Pero las transformaciones de religiones han hecho tanto daño a la humanidad, empequeñeciéndose ellos mismos tanto, que han esparcido una atmósfera putrefacta que la envenena. Ahora esos espíritus que escondieron la luz debajo del celémín, van comprendiendo el error en que han vivido, obscureciendo la verdad; esos espíritus que han vivido tantos siglos a la sombra de falsas religiones, son los que ahora más se apresuran en derrumbar esos sombríos edificios, para que la luz de la verdad se esparza por ellos.

Aquí donde estoy yo, quisiera, en un momento dado, que os pudierais reunir todos, para que distinguierais, como yo, la verdad de la mentira, la luz de la sombra, y así podrían dar

vuestros espíritus el paso agigantado que se necesita para cuando llegue la transformación del planeta.

Estas pobres líneas son hijas del cariño y amor que tengo a mi hermoso Ideal, y quisiera que todos los discípulos que pertenecéis a nuestra filosofía, dierais el ejemplo, en vez de entretenernos en esas miserias mundanas, enriqueciéndoos de Espíritu, porque ¡ay! La felicidad que sigue después de una existencia de amargura y sufrimiento, no se puede describir: se negaría la pluma del más famoso escritor a trazar en el papel, esos conceptos bellos, e indescritibles para el hombre.

¡Animo, amigos míos! Yo procuraré con mi amor penetrar en vuestro Yo y empaparos de esas verdades, que al papel no se pueden trasladar, porque la pobreza del lenguaje humano no puede expresar las bellezas de la verdad. ¡Animo y no desmayéis! ¡Adelante! Que todo cuanto os he manifestado es opaco ante la realidad. No hay más cielo que un alma tranquila; no hay más riqueza que el recuerdo de haber obrado bien y haber sido siempre el marinero dispuesto a lanzarse en el furor de la tempestad, de esas tempestades que se desencadenan en los hogares, haciendo con su esfuerzo de un mar tempestuoso, un mar en calma. Si así obráis, podéis esperar la muerte sin miedo y sin temor; antes al contrario, debéis aguardar ese feliz día, como el que espera un advenimiento que ha de reportarle la dicha y la felicidad...

¡Benditos los justos! ¡Dichosos los humildes y los limpios de corazón, que para ellos será la felicidad eterna!... ¡Adiós, hijos de mi Ideal!, y que para vosotros sea ese hermoso Faro llamado Espiritismo el que os conduzca al puerto que me ha dirigido a mí. Allí os espero, allí os aguardo con el cariño de una madre que va buscando la felicidad para sus hijos, para colocarlos donde ella desea y que no sufran más. No os canséis de leer mi último paso por la Tierra y mi despertar en el espacio, sirviéndoos estas sencillas páginas de brújula que os guiará para que no volváis a caer en el fangoso mar de las pasiones. ¡Adiós... hijos míos! Que este libro sea una Luz en vuestro Camino.

CAPÍTULO I

ESCOLLOS DE LA IGNORANCIA

Siendo, como somos, amantísimos de la verdad, y fieles adoradores del progreso, lógico es que consideremos el estudio del Espiritismo tan necesario al hombre, como le es indispensable el aire que respira, los rayos del Sol que le vivifican, el agua cristalina que calma su ardiente sed, el ropaje que le abriga, el techo que le cobija, el lecho donde reposa el alimento que sacia su hambre. Sin el profundo conocimiento de la vida ultra-terrena se vive completamente a la mitad, mejor dicho, se vive sin vivir; porque no es vivir ignorar el porqué de esa misteriosa fatalidad que pesa sobre algunos seres, que sin haber cometido ningún crimen sufren todas las persecuciones, tiranías, angustias y humillaciones del esclavo, y todas las contrariedades que puede crear la perfidia humana.

Considerarse uno inocente y aparecer ante el mundo como un miserable, tener sed de amor, y no encontrar más que indiferencia y desvío, o un cruel desengaño después de un cariño efímero, luchar de continuo con un imposible, viendo al mismo tiempo que otros seres sin poseer grandes virtudes, sin ser merecedores, al parecer, de ninguna recompensa, se les ve sonreír gozosos, disfrutando de mil satisfacciones sin ni siquiera haberlas deseado, esta injusticia aparente subleva al Espíritu pensador, y sólo el estudio del Espiritismo es el que puede dar solución a los grandes problemas sociales, es el que puede pacificar los pueblos.

¿Será beneficioso, será útil, será necesario, será indispensable conocer las verdades de la filosofía espiritista? Sí; sin el Espiritismo la humanidad camina a ciegas; pues bien, a pesar de ser tantas las ventajas que le ofrecen al hombre las comunicaciones de los espíritus: no quisiéramos que ciertas fracciones de la sociedad tuvieran la menor idea de que existen espíritus, porque se les hace un daño inmenso. La ignorancia en

todas partes encuentra escollos, y en el Espiritismo más que ninguna otra escuela, porque en la lucha con los invisibles casi siempre es segura la derrota, y solo un esfuerzo potentísimo de voluntad, es lo que puede salvarle a uno del abismo.

Como ejemplo de utilísima enseñanza, vamos a referir un hecho ocurrido hace poco tiempo a D. Anselmo Pérez, hombre que, como otros muchos, quiso entrar en la escuela espiritista, sin tomarse el trabajo de leer una sola de sus obras fundamentales.

Asistió por curiosidad a una sesión espiritista, vio a un médium escribiente (mecánico) que escribía con la rapidez del relámpago, y sintió vivísimos deseos de hacer él lo mismo.

Se fue a su casa, y enseguida puso manos a la obra; el primer ensayo no le dio resultado alguno; esto le desconcertó algún tanto, porque él creía que era cuestión, como se dice vulgarmente, de llegar y besar el santo. Durante muchos días insistió en sus ensayos, sin decir a nadie que probaba a ser médium; cuando una noche que su frente ardía y sus sienes latían con violencia, sintió en el brazo derecho una brusca y desagradable sacudida, sus dedos se crisparon y sin soltar el lápiz se quedó algunos momentos dominado por una fuerte contracción nerviosa, que fue cediendo cuando escribió con letras grandes y desiguales esta palabra fatídica. ¡Mátate!...

Nuestro amigo leyó con doloroso asombro aquella frase, y escuchó voces confusas que se la repetían en sus oídos.

Anselmo no quedó muy contento de su primer escrito, pero a nadie le confió sus impresiones, y aprovechando todos los momentos que tenía libres, tomaba el lápiz y siempre escribía estas o parecidas palabras. ¡Mátate! No cometas la cobardía de permanecer en un mundo que te insulta, que te desprecia, que te tiene relegado al olvido, si sufres tanto es porque eres un cobarde.

Anselmo se quedaba atónito con semejantes consejos, su razón los desechaba mirando el suicidio con horror, pero un día y otro día, un mes y otro mes, un año y otro año, oyendo siempre lo mismo, concluyó por creer que quizá tendrían razón sus amigos invisibles y se decidió a poner fin a sus días escribiendo antes una carta concebida en estos términos.

No sé qué pasa por mí, no sé qué influencia me hace dar un paso que he rechazado siempre por considerarlo un acto degradante para todo hombre de razón sana y cuerpo fuerte. Me

mato contra mi voluntad, cometo la más indigna cobardía, cuando entre mis compañeros he tenido fama de valiente. ¡Cúmplase el deseo, de no sé quién!

Dejó la pluma y cogió una pistola que apoyó contra su sien, mas tembló, cambió la puntería y salió el tiro hiriéndole gravemente quedándole la bala en la cabeza, bala la que no se le ha podido extraer.

Después de horribles sufrimientos Anselmo se puso bueno, perseguido siempre por sus invisibles enemigos hasta que un día hizo un esfuerzo supremo, y cuando murmuraban en su oído. ¡Repítele la prueba, repítela! ¡Nunca la repetiré! ¡Atrás, miserables, atrás para siempre! ¡Ayúdame razón! ¡Ven en mi auxilio, inteligencia mía! ¡Quiero ser libre!

Y como si le hubiesen quitado de sus sienes abrasadas una corona de hierro, como si de su pecho dolorido le hubiesen separado planchas de plomo, como si de su cerebro hubiesen extraído una gran cantidad de hirviente lava, como si de sus muñecas hubiesen quitado pesadas esposas, y de sus pies apretados grilletes, como si de su cintura hubiesen separado cadena de muchos eslabones, del mismo modo Anselmo después de su exclamación sintió un bienestar agradabilísimo, y una alegría dulcísima le hizo sonreír, se sintió ágil, corrió en todas direcciones como el prisionero que, después de muchos años, recobra la ansiada libertad. Y ávido de luz y sediento de verdad, fue a una librería y compró todas las obras de Allan Kardec, dedicando a su lectura y a su estudio todo el tiempo que antes dedicaba a escribir medianímicamente.

Mientras más lee, más se convence de la locura que cometió probando de ser médium antes de saber lo que era la mediumnidad y a los riesgos a que se expone el que se relaciona con los invisibles sin haber estudiado lo más indispensable.

La ignorancia, es muy mala consejera, y el espiritista ignorante es el ser más perjudicial a sí mismo y a cuantos le rodean.

No hace muchos días que vino a vernos un hombre que frisaré en los 60 años, de fisonomía franca y bondadosa, el que con acento dolorido nos dijo así:

- “Señora, yo sigo la senda de lo espiritual, pero o mucho me engaño, o mi camino no es el mejor ni el más seguro.

-Explíquese usted.

-Soy espiritista, creo firmemente en la supervivencia del alma, creo que los espíritus se comunican con los terrenales, pero lo que yo no comprendo es como los médiums que reciben inspiraciones de inteligencias elevadísimas, descienden a ser unos entes vulgares y hasta maléficos que arrastran al hombre a cometer actos impuros.

- ¿Qué ha leído Vd. referente al Espiritismo?

- ¡Leer!... nada; ¿para qué? Yo conocí hace cinco años a una mujer que posee no sé cuántas mediumnidades; estando a su lado he oído golpes en todas direcciones, he visto moverse las sillas, oscilar las lámparas colgadas del techo; he oído como el galope de muchos caballos y el paso acelerado de varios pelotones de infantería. La he visto después dormida por los espíritus, dar comunicaciones parlantes y escribientes de Jesús, de María, de Juan el Bautista, de Pablo el apóstol y otros muchos espíritus.

- ¿Y qué decían esas comunicaciones?

-Que debía someterse todo a la voluntad de la médium, que rezara mucho, que llamara al Señor en todas mis tribulaciones, que me bañara diariamente para purificarme, que no usara para mis dolencias corporales de ninguna medicina de la Tierra; y sí únicamente del agua magnetizada, pues sólo con dicho procedimiento saldrían de mi cuerpo los centenares de espíritus que me atormentan.

Me aconsejaban también que faltase a mis deberes conyugales, siendo la médium la designada para guiarme en todo y por todo en los diversos senderos de mi vida. Y yo, aunque mi razón rechazaba mucho de lo que oía cedía después y hacía cuanto me ordenaban los espíritus: rezaba oraciones repetidas; y continuamente clamaba ¡Señor! ¡Señor! ¡Ten misericordia de mí! Pero Dios no me oye, y mi casa es un trasunto del infierno, mi esposa maldice al Espiritismo todas las horas del día, mi hijo mayor me ruega con lágrimas y caricias que no arruine la familia, pues en dádivas a la médium he gastado más de mil duros, producto sagrado de las economías de mi esposa.

Me encuentro mal, muy mal, yo no tengo sosiego en ninguna parte, estoy enfermo, muy enfermo, mi hijo quiere curarme que es médico, la médium dice que solo ella puede salvarme, pues solo por su medicación se separan de mí los

innumerables espíritus que me atormentan, y hastiado de mí mismo, sin saber a quien creer, descontento de mis acciones, vengo a que Vd. me diga qué debo hacer, porque la verdad es, que hay momentos que digo: ¿Si habré perdido la razón?

-No hay miedo que le suceda tal desgracia, porque en medio de todo Vd. ve claro, puesto que no le satisface la miserable farsa que están representando delante de Vd.

- ¡Ah! No señora no; yo no puedo creer que espíritus elevados aconsejen el olvido de todos los deberes sociales.

-Ciertamente, Vd. es juguete del engaño más miserable.

-Es que la mediumnidad de esa mujer es innegable, que otros muchos han presenciado en su casa verdaderos fenómenos.

-Si yo no le niego que su mediumnidad sea efectiva, pero no todas las mediumnidades son aceptables; no crea Vd. que el ser médium es sinónimo de ser un dechado de virtudes, hay médiums que trastornan medio mundo ayudados de espíritus afines a su modo de ser, y hacen un mal uso de su mediumnidad como indudablemente lo hace esa mujer que le induce a Vd. a vivir de un modo inmoral, convirtiendo su casa en un infierno, haciéndole malgastar los ahorros de su familia, quitándole por completo su fuerza moral, puesto que su mismo hijo tiene que reprenderle por su mal proceder.

-Y de nada sirve mi continuo ruego, pues yo siempre estoy diciendo: ¡Señor! ¡Señor! ¡Ilumíname!

-Palabras huecas son sus exclamaciones, ahora es cuando ha dicho Vd. de corazón ¡Señor! ¡Señor! Puesto que ha venido a pedir un consejo, y se lee en sus ojos una verdadera decisión.

- ¡Ah! Sí, sí; quiero salir de esta situación angustiosa, que en mal hora conocí el Espiritismo.

-Es que Vd. del Espiritismo no conoce más que una amarga irrisión porque no se ha querido tomar el trabajo de leer, de estudiar, de aprender el porqué del porqué.

-Lo creí innecesario puesto que el fenómeno lo veía ante mí.

-Pero ignoraba la causa que producía aquel efecto, no sabía Vd. que los buenos espíritus no podían aconsejarle que abandonara su familia, ni que desechara los adelantos de la ciencia. Bueno es que se acuda al consejo espiritual cuando en la Tierra se hayan agotado todos los medios, cuando los hombres

más sabios digan: no hay esperanza de salvación, entonces, y solo entonces, es cuando se debe preguntar a los espíritus si tienen algún remedio para aliviar aquel mal, cuando se haya trabajado, cuando se haya atendido debidamente a la ciencia terrena.

Parta Vd. del principio que los espíritus no vienen a convertir a los hombres en seres inactivos, que todo lo dejan a la iniciativa de los de ultratumba, porque entonces la comunicación sería perjudicial en grado máximo.

Los espíritus, téngalo Vd. muy presente, vienen únicamente a demostrarnos que la vida es eterna, que el Espíritu es el artífice que construye su infierno o su paraíso, que no hay mal pensamiento sin correctivo, ni buen deseo sin recompensa; vienen a decirnos que en las grandes tribulaciones nunca estamos solos, porque nuestros padres, amigos, o guías y protectores, nos acompañan de más cerca o de más lejos, según la inminencia del peligro y según nuestro adelanto moral o intelectual.

Vienen a decirnos que no atentemos contra nuestra vida, porque sería el remedio mil veces peor que la enfermedad, vienen a evitar el suicidio de muchísimos desventurados, vienen a pacificar a innumerables familias que viven en una guerra continua, vienen a unir a muchos matrimonios desunidos por los vicios de él, o por el mal carácter de ella, vienen a demostrar de un modo innegable la grandeza de la vida, y en manera alguna a producir disturbios, escándalos y atropellos, y si hay espíritus que conservan odios implacables, si en el espacio tenemos enemigos de otras existencias, para defendernos de sus asechanzas, tenemos nuestro criterio, nuestra razón, y obras muy bien escritas por Allan Kardec, que están al alcance de todas las inteligencias, donde se encuentran las aclaraciones necesarias para conocer quiénes son los espíritus que se comunican, no precisamente por su nombre, pero sí por sus intenciones, por la índole de sus consejos.

- ¿Y cuándo falta el tiempo para estudiar?

-Cuando hay voluntad nunca falta: El tiempo que se emplea en asistir a la sesión, puede ocuparse en leer primero lo más esencial.

-En eso ya tiene Vd. razón.

-Y lo creo que la tenga; los médicos, los abogados, los notarios, los ingenieros, los militares, todos estudian varios años.

¿Y quiere Vd. que el Espiritismo, la relación con los seres invisibles no necesite más estudio que todas las carreras terrenales?

-Por desgracia tendré que convencerme que dice Vd. la verdad.

-No se apesadumbre por eso, que perdiendo se aprende, pero la razón natural dicta, que si nos engañan nuestros parientes y amigos, con los cuales tenemos íntimo trato desde los primeros años de nuestra vida, mucho más expuestos estamos de ser engañados por aquellos que no vemos.

Sabemos que los muertos viven, porque la comunicación ultra-terrena es innegable, pero no sabemos las intenciones que abrigan respecto de nosotros, no podemos confiar en sus palabras, sino en nuestros hechos, porque ningún Espíritu nos dará más que aquello que legítimamente nos pertenezca.

Es tan perjudicial tener fe en los espíritus, como creer en la intercesión de los santos. Los primeros podrán, si nos aman, inducirnos al bien, podrán ser un elemento poderosísimo para nuestro adelanto, pero no nos pueden quitar ni un adarme del peso de nuestras culpas.

-De manera, que no tengo más remedio que leer y estudiar.

-Ante todo separarse por completo de esa médium engañadora, si se siente predispuesto estudie, y si su Espíritu lo rechaza como tarea enojosa, olvide por completo el Espiritismo, que a pesar de ser luz esplendorosa; es tan densa la sombra de la ignorancia, que consigue a veces extender un velo de espesa niebla sobre el sol resplandeciente de la verdad; y el que como Vd. vive envuelto en tan negros crespones, un rayo de luz le ciega; para Vd. el racionalismo quizá no le dé fruto sazonado, piense únicamente en el bienestar de su familia, que es lo que más le interesa.

Se fue nuestro interlocutor y serias y dolorosas reflexiones llenaron nuestra mente, lamentando que la ignorancia haga tantas víctimas y convierta el día del infinito en tenebrosa noche.

El Espiritismo, que viene a descifrar tantos misterios y a dar solución a tantos problemas, que viene a producir tanto bien, en poder de seres ignorantes es materia explosiva que puede ocasionar la muerte, porque muerte es la desunión de la familia y el desconocimiento de la ciencia.

Terrible es la ignorancia en todos los terrenos, pero en el Espiritismo es más perniciosa su influencia, y por lo mismo los espiritistas racionalistas debemos levantar una cruzada en contra de ella.

El espiritista ignorante es fanático, supersticioso, se deja arrastrar al ridículo y es el arma poderosísima de que se vale el jesuitismo para derribar la fortaleza de las verdades reveladas; y a su trabajo de zapa tenemos que responder con nuestros incesantes consejos en favor de la instrucción.

El espiritista tiene que leer mucho las obras de Allan Kardec, primero porque contienen las principales enseñanzas; las de Flamarión, después, porque se engrandecen las aspiraciones del hombre ante la contemplación del infinito; las de Pezzani, Jacolliot y Torres-Solanot, porque demuestran la antigüedad del Espiritismo y otras muchas más que no queremos enumerar por no pecar de difusos.

No hay que decir que no se escribe en Espiritismo para todas las inteligencias, no; el sabio y el ignorante encuentran en la prensa espiritista todo el alimento que necesita su Espíritu, y debía ser obligatorio esa instrucción no admitiéndose en los centros espiritistas a ninguno que no hubiese acreditado haber estudiado los preliminares del Espiritismo; que hasta el que no sabe leer puede estudiar, pues nunca falta en ninguna agrupación, alguno que sepa leer y explique lo que lee. El que carece de instrucción es porque quiere, y lo repetiremos cien y cien veces: nada en el mundo nos causa miedo, nada; pero donde decae nuestro ánimo, donde temblamos presintiendo un gran peligro, es ante los escollos de la ignorancia.

Es necesario conocer la verdad porque sólo ella nos libertará de la ignorancia.

CAPÍTULO II

UTILIDAD DEL ESPIRITISMO Y SUS PROGRESOS

El Espiritismo, difunde una luz que penetrará desde el palacio del potentado hasta la cabaña del rústico aldeano, luz que en medio de la diversidad de escuelas, de sistemas y de opiniones religiosas, políticas y sociales que dividen a la humanidad actual, será de un gran poder para iluminar a todos.

El Espiritismo tiene por objeto combatir la incredulidad y sus funestas consecuencias, dando prueba patente de la existencia del alma y su vida futura. Se dirige a todos en general pero muy particularmente a los que no creen en nada y a los que dudan, cuyo número es muy grande por desgracia.

El Espiritismo que sabe que toda creencia es superficial y solo da las apariencias de la fe pero no la fe sincera, expone sus principios a la vista de todos de modo que puede cada cual formar opinión con conocimiento de causa. Los que lo aceptan lo hacen libremente y porque lo encuentran racional. No impone una creencia, invita a un estudio; no pretende convertirse por sorpresa, sino que se le estudie detenidamente, para después rechazarlo o aceptarlo.

Los espiritistas decimos: al que ha nosotros viene como hermano, como a hermano lo recibimos; al que nos rechaza le dejamos en paz; pero guardándole las mismas consideraciones.

El Espiritismo nos enseña la influencia que el mundo invisible ejerce con el mundo visible y las relaciones que entre ambos existen, como la astronomía nos enseña las relaciones de los astros con la Tierra. Nos la presenta como una de las fuerzas que gobiernan al Universo y contribuyen al sostenimiento de la armonía general. Y este conocimiento de ultratumba nos lleva a la resolución de infinitos problemas insolubles hasta ahora; nos da la prueba patente de la existencia del alma; de su individualidad después de la muerte, de su inmortalidad y de su suerte verdadera; es pues, la destrucción del materialismo no con razonamientos sino con hechos.

Por esto, hermanos míos: Cuando los dogmas religiosos se derrumban minados en su base por la ciencia positiva y el espíritu de examen de nuestro siglo; cuando las falsas y desconsoladoras interpretaciones de la ciencia materialista buscan en vano solución a las grandes cuestiones morales y satisfacción a los anhelos y aspiraciones de la humanidad; cuando todo se halla perturbado y pidiendo regeneración, y se agita el problema político “unido en nuestros días al problema social, que es ante todo un problema religioso”; cuando más oscuro se ve el horizonte y más intrincado el camino, conduciéndonos por todas las partes al abismo como irremediable y desastroso fin; cuando hasta las mismas conquistas de la civilización semejan convertirse en elementos perturbadores para sumir a la humanidad en las tinieblas de caótico desconcierto; en este momento supremo en que todo se pone en tela de juicio y de todo se duda, hasta de la existencia de Dios y de nuestro yo inmortal, aparece providencialmente el Espiritismo hecho de todos los tiempos, con el doble carácter de ciencia de observación y de doctrina filosófica, sentando las bases de la religión del porvenir que ha de resolver todos los problemas hoy planteados.

Abriga esta seguridad el Espiritismo proclamando:

La Existencia de Dios.

Infinidad de mundos habitados.

Preexistencia y persistencia eterna del Espíritu.

Demostración experimental de la supervivencia del alma humana por la comunicación medianímica con los espíritus.

Infinidad de fases en la vida infinita de cada ser.

Recompensas y penas como consecuencia natural de los actos.

Progreso infinito. Comunión universal de los seres.

Solidaridad.

Sí, ciertamente; con estos principios, el Espiritismo viene en el momento preciso a abrir la era nueva de una transformación social y religiosa. Pero a diferencia de las tradiciones religiosas que han mantenido a los pueblos en la servidumbre del pensamiento, el Espiritismo no admite más que las demostraciones por los hechos estudiados en sus causas y en sus

efectos, y rechaza todo supernaturalismo: Sometiendo sus principios al crisol de la razón, no impone ninguna especie de creencia, y por lo tanto no teme la discusión; llama a los librepensadores imparciales y a los amantes de toda idea grande y generosa susceptible de transformar el actual estado social demostrando por medio de una creencia positiva, la imperiosa necesidad para todos indistintamente, de someterse a la ley de Solidaridad, que encierra los grandes principios de libertad, de igualdad y fraternidad.

La base de toda filosofía y de todo saber, resumida en la célebre inscripción del templo de Delfos, **“conócete a ti mismo”**. Es un problema resuelto con la contestación que el Espiritismo da a los tres eternos interrogantes: ¿De dónde venimos? ¿Qué somos? ¿A dónde vamos? y la existencia de inmortalidad del yo espiritual, que las escuelas espiritualistas no han podido probar de una manera incontestable, por medio del razonamiento, merced a los fenómenos espiritistas es una verdad que puede ser ya positivamente demostrada, sin contestación posible, por los investigadores concienzudos.

Así el Espiritismo no dice: “cree” sino “estudia” y en esto fía su fuerza atractiva, y a eso debe sus inmensos progresos.

Ninguna escuela filosófica, ninguna doctrina religiosa alcanzó en tan poco tiempo el desarrollo y extraordinario crecimiento que ha tenido el Espiritismo.

Éste ha entrado en una fase de investigación científica con los trabajos de William Crookes, el célebre químico inglés de Sollner, y de Paul Gibier el eminente médico francés, a quienes precedieron en la afirmación de la realidad de los fenómenos espiritistas distinguidos sabios; naturalistas como Alfredo Russell Wallace, físico y químico como Varley, y otros eminentes profesores; y astrónomos como Flamarión, genios como Víctor Hugo, y una pléyade de grandes literatos contemporáneos.

Con tan ilustre compañía, bien pueden soportar los espiritistas el calificativo de locos, que también se lo dieron sus contemporáneos a los más notables descubridores y a los grandes bienhechores de la humanidad.

De modo que, en el curso de los progresos del Espiritismo, los principios que proclama concluirán por ser aceptados como la expresión de la realidad porque la influencia de la Verdad, la

belleza y la bondad de las cuales cada uno tenemos un destello por la esencia de donde hemos salido, tiende a evolucionar hacia la armonía que es el bien, objeto esencial de nuestra doctrina, la cual se impone a la razón como una verdadera ciencia, sin que pueda ser destruida por los sofismas de falsos sabios.

A medida que se extiendan las ideas que el Espiritismo da de la existencia de Dios y su justicia, y de las sucesivas existencias del alma, se verá como ha dicho un profundo pensador; que las impaciencias se calman, las ambiciones se entibian, las disidencias de los partidos se borran, los espíritus se reúnen para un fin común, con un mismo pensamiento, y la opinión pública tomará una fisonomía nueva, permitiendo llenar sus aspiraciones justas.

Entonces el ser humano, llevará con paciencia el destino que le toca en la Tierra, persuadido de que, por duro que sea, es una prueba que ha merecido, y que si la sufre con grandeza de ánimo y resignación durante los instantes de la vida planetaria, dará un gran paso adelante en la vida eterna.

Mirará con piedad al orgulloso de alma baja que explota o desprecia a sus semejantes, comprenderá que la justicia divina no puede ser completa aquí en la Tierra porque hay una vida eterna, y como consecuencia necesita de esto, resolverá con sentido justo y armónico el hoy, gravísimo problema social realizando el mejoramiento colectivo en virtud del mejoramiento individual, con cumplimiento del deber, libremente aceptado por impulso de la propia conciencia.

Tal ha de ser, el resultado de los progresos del Espiritismo, y para ello aparece, sin duda, providencialmente con sus caracteres actuales, moviendo a un tiempo la razón y el sentimiento, con el doble objetivo de impulsar al hombre a conocer y amar.

Sí; somos todos hijos del mismo Padre y todos nos hemos de tolerar unos a otros, proclamando y practicando la Solidaridad y la Fraternidad universal. Para confundir a toda la humanidad, en el sentimiento de adoración a Dios y en el estrecho abrazo que simboliza la ley suprema de amor.

He aquí porqué yo siento inmensa satisfacción allí donde se propague el Espiritismo, y mi Espíritu emocionado tributa en estos momentos un afectuoso recuerdo de gratitud al inolvidable

LA LUZ DEL CAMINO

Kardec que nos legó una filosofía tan grande como luminosa suplicándole que desde esos mundos de luz donde mora, nos ayude a continuar su obra. Y se lo tributemos también a toda esa pléyade de sabios escritores y escritoras que van difundiendo la luz de tan bello ideal, a quienes saludo con toda la efusión de mi alma.

¡Gloria a los bienhechores de la humanidad!

¡Gloria al Espiritismo!

CAPÍTULO III

EL NIÑO CIEGO

Hermana mía: cada ser en este mundo tiene su misión especial, y Trinidad de quien ya te he hablado diferentes veces, el objetivo principal de su actual existencia es velar por los pobres, los visita en el hospital, los busca en sus tugurios y corre de Ceca en Meca hasta encontrar almas compasivas que se conmuevan escuchando sus interesantes y conmovedoras narraciones. Yo no soy de las que más deja en olvido, y aun cuando sabe que por esta vez soy muy pobre en bienes materiales, ella se da por satisfecha con que yo escriba algún artículo impresionada por uno de los cuadros que ella me presenta diciéndome:

¡Ah!... si yo pudiera escribir... ¡Cuántas cosas diría!... usted que puede aproveche la ocasión; y ya que no les puede dar dinero a estos desgraciados al menos despierte usted los sentimientos de los que pueden ser generosos y sólo necesitan que les toquen la cuerda sensible. Fíjese usted bien.

Y hay que ver el semblante de Trinidad cuando habla, especialmente sus ojos, de una movilidad extraordinaria, que parecen diamantes heridos por los rayos del Sol, tan variados son sus brillantes destellos.

Hacía tiempo que me venía hablando de un niño ciego que estaba en el hospital y que además de su ceguera tenía un tumor en una pierna y llagas en un pie, lo que le imposibilitaba de andar y ella me decía: Venga usted a verlo; yo encuentro en aquel niño un no sé qué, que no me lo puedo explicar. Es simpático y al mismo tiempo qué sé yo... ¿Repele? No; ésta no es la palabra, pero unas veces atrae con su dulce sonrisa y otras, otras como si pusiera una valla entre él y los que le rodean, al mirarle da ganas de echar a correr.

Yo, que también por mi parte busco en los hospitales las historias de ayer, agradezco en lo mucho que valen los consejos de Trinidad y sigo sus pasos siempre que me es posible; así es que una mañana acudí a la cita que nos dimos en el hospital de Santa

Cruz y apoyada en su brazo fui a ver al niño ciego. Éste estaba sentado en la cama, comiendo un poco de sopa, representa unos doce años, es blanco y pálido; sus ojos medio abiertos no dan a conocer que les falta la vida, parece, por el contrario, que les hieren los rayos del sol y se inclinan sus párpados adornados de largas pestañas como si temiera ver la luz.

Al verle sentí lo que me había dicho Trinidad, que siente atracción y repulsión a la vez. Yo, más afortunada que Trinidad, al mirarle muy de cerca fui por breves momentos médium vidente, porque el niño ciego creció como por encanto y se convirtió en un hermoso joven con grandes ojos, boca sonriente y tez sonrosada; revestido con blancas vestiduras caían sobre sus hombros finísimos y nevados encajes, y una gran cruz de rubíes destacaba sobre su pecho, era una figura hermosísima, en su diestra levantaba un cáliz de oro y al levantarle nubes de incienso le envolvieron, la figura se agigantó, su blanca vestidura flotó como impulsada por brisa ligera y desapareció de repente, quedando en su lugar el niño ciego.

Comprendí desde luego que no era una ilusión de mi mente; algo inexplicable me decía que el niño ciego de hoy había sido ayer un gran dignatario de la iglesia.

Le hablé, le pregunté y supe que hace tres años está ciego y enfermo de las piernas, su familia es muy pobre y vive lejos de Barcelona, solo una hermana jovencita le visita de vez en cuando (que está sirviendo en casa de un cura).

La voz del niño es dulce y triste; al hablarle de su pueblo se sonrió, su melancólico semblante se iluminó por un instante con la luz de sus infantiles recuerdos, y como aquel que después de larga carrera se siente fatigado, así el niño inclinó la cabeza y quedó pensativo.

Yo lo miraba con tristeza, diciendo mentalmente: ¿Qué deuda pagará de ayer?... Su presente no puede ser más doloroso. ¡Ciego y sin poder andar!... Su rostro revela clara inteligencia, habla bien, se expresa con facilidad, y tener que estar condenado a la inacción sin ver y sin andar... ¡Pobre niño! ¿Qué fuiste ayer? Y profundamente preocupada salí del hospital, tanto, que mi mente no podía contener el turbión de las ideas que unas a otras se disputaban el derecho de manifestarse primero, llegó a dolerme mucho la cabeza y, deseando cuanto antes aliviarme, rogué al ser

invisible que me rodeaba que me inspirase para dejar correr mi pluma.

Latieron mis sienes apresuradamente y, al fin, sintiendo algún malestar, recibí la siguiente comunicación:

¡Qué malo es ser malo! ¿No es verdad? La prueba se encuentra siempre que se quiere mirar con atención cuanto nos rodea, lo mismo si se está encarnado o libre de la envoltura corporal. ¡Tan llano como es el camino del bien!... y sin embargo, ¡con qué afán buscamos el accidentado sendero del mal!...

El niño ciego que tan penosa impresión te ha causado es uno de los pobres locos que, pudiendo haber sido un ángel, llegó a ser un demonio; y hago uso de las palabras ángel y demonio, porque con ellas designáis en la Tierra a los buenos y a los malos, a los justos y a los injustos, a los limpios de pecado y a los pecadores contumaces.

Ese niño en su anterior encarnación trajo el buen propósito de ser un modelo de virtudes, consagrando todos sus desvelos y todos sus afanes a los desventurados. Necesitaba dar comienzo a su regeneración y escogió por madre a una débil mujer pecadora de oficio que se refugió en un hospital y allí dio a luz un niño hermosísimo, muriendo ella pocos momentos después.

Era el niño tan hermoso, tan atractivo y tan simpático, que las Santas mujeres encargadas del hospital lo recibieron con los brazos abiertos, le bautizaron solemnemente, recibiendo en la pila bautismal el simbólico nombre de Bienvenido; y tan precioso y tan encantador era el pobre huérfano que las Santas mujeres que se cuidaban del hospital se disputaban el modo de criarlo con substancias alimenticias apropiadas a su tierna edad para que el niño no abandonase la santa casa donde nació.

Bienvenido, de naturaleza robustísima, creció sano y tan fuerte, que desde muy pequeño se declaró independiente, comiendo por sí solo sin molestar a nadie en lo más mínimo.

Parecía imposible que el travieso rapazuelo hubiera nacido en un hospital y hubiese crecido entre enfermos, respirando una atmósfera viciada, porque su rostro tenía la incomparable belleza que presta la salud. Sus ojos eran grandes, rasgados y tan expresivos que hablaba con ellos, sus mejillas eran sonrosadas y sus labios tan rojos que era una boca que pedía besos.

Bienvenido pasó la infancia felizmente, agasajado y querido de todos. Como era natural la superiora de las Santas mujeres (que así se llamaba la comunidad religiosa encargada del hospital), desde luego pensó que el niño siguiera la carrera eclesiástica, y Bienvenido desde pequeño se familiarizó con el latín, con los libros sagrados y con los ornamentos sacerdotales, demostrando gran sumisión a los mandatos de las Santas mujeres, muy especialmente a los de la superiora. Ésta verdaderamente encariñada con el huérfano, mujer de buena fe y de no cortos alcances, procuró que su protegido tuviese valiosos protectores, y una dama de la nobleza fue la elegida para que costeara la carrera de Bienvenido y le apadrinara en el acto solemne de celebrar su primera misa.

Como Bienvenido era tan hermoso y la belleza física es tan necesaria para ser bien admitido en ciertos círculos, la condesa de San Félix tuvo gran complacencia en presentar a su protegido en sus aristocráticos salones, y así como Bienvenido fue el niño mimado de las Santas mujeres que velaron por su infancia, de igual modo lo fue en casa de la condesa de San Félix.

Las damas más distinguidas se disputaban al joven sacerdote y su primera misa fue un verdadero acontecimiento en el mundo elegante: pues el templo donde la celebró, con todo y ser muy grande, fue muy pequeño en aquella ocasión para contener la multitud de damas y caballeros de la más antigua nobleza.

La superiora de las Santas mujeres, que era una religiosa de buena fe, casi se asustó y se arrepintió de su obra al ver a Bienvenido tan festejado, tan traído y llevado entre las familias más nobles y encumbradas, que todas querían que fuese el joven sacerdote el capellán de su casa; y queriendo contener aquel desbordamiento de vanidades religiosas empleó toda su diplomacia (que era mucha), en conseguir la creación de una casa de salud, y un refugio para enfermos, en el cual Bienvenido ejerciera el cargo de director espiritual. Tanto trabajó que consiguió realizar su deseo y el joven sacerdote se vio obligado a vivir nuevamente cerca de los enfermos como en su infancia.

Bienvenido no era malo al parecer; su inteligencia dormía, obedecía sin replicar los mandatos de la santa mujer que le sirvió de madre. Ésta, sin ser modelo de virtudes, tampoco era mala;

tenía verdadera fe religiosa y abrigaba los más nobilísimos deseos, respecto a su protegido; pues quería que ganara el cielo haciendo buenas obras, recordándole muy a menudo su humilde origen para que no se envaneciera con su nueva posición.

Bienvenido escuchaba siempre en silencio, jamás daba su opinión y todos le tenían por bueno, cuando en realidad no era más que una máquina que se movía automáticamente, puesto que obedecía ciegamente las órdenes de todos, y lo mismo acudía a un gran convite, que al llamamiento de uno de sus superiores jerárquicos o a confesar a un moribundo.

Tenía ratos en que se preguntaba así mismo, cuál era su pasión dominante; y como si se asustara de la contestación que iba a darse, dejaba a un lado las meditaciones y se dejaba llevar por la mansa corriente de su vida que en verdad era muy tranquila, puesto que Bienvenido dormía y dormía sin soñar.

Murieron casi a un tiempo la superiora de las Santas mujeres y la condesa de San Félix, ésta, legó su inmensa fortuna a Bienvenido, con el encargo especial de emplearla en su mayor parte en el engrandecimiento de la Casa de salud y Refugio de enfermos, establecimientos benéficos del cual era el mimado sacerdote director espiritual y desde aquella fecha comenzó Bienvenido a descender por la pendiente del vicio hasta llegar al crimen.

Asistió al entierro de las dos mujeres que tanto habían influido en su vida, y él mismo se sorprendió al no sentir el menor pesar por la pérdida de sus bienhechoras; muy al contrario, le pareció que le quitaban un enorme peso que gravitaba sobre su cabeza y su pecho respiró con más libertad, porque ya no tendría quien le recordara su humilde origen, ni quién le obligara a obedecer sin réplica. Por otra parte, la condesa de San Félix no le importunaría con sus siempre eternas confesiones y sus escrúpulos pueriles, se habían roto todas sus cadenas. Y no sólo era libre, era también rico, muy rico, la inmensa fortuna de la cual era el único dueño, puesto que la condesa se la había legado, le aseguraba una vida regalada, la dirección del Refugio no la dejaría, porque tanto éste, como la Casa de Salud eran dos minas inagotables, no hay negocio que proporcione más ganancia que el mantenimiento de los pobres; porque estos rara vez se quejan ostensiblemente, murmuran con recelo temiendo siempre perder

lo poco que les dan; así es que sus verdugos, sus explotadores no temen la intervención de la justicia humana, y en la justicia divina no creen; manejan tan de cerca las sagradas imágenes que no pueden creer en la vida futura, es imposible.

Bienvenido durante su infancia se interesó algo por lo pobres enfermos y en su adolescencia tuvo rasgos de abnegación, pero al encumbrarle, al abrirle la condesa de San Félix las puertas de su palacio y las de su conciencia, al rodearle las mujeres elegantes que se lo disputaban unas a otras, por mucho que trabajó su primera protectora conociendo (aunque tarde) su yerro, la semilla del vicio había caído en el corazón del joven sacerdote y no se había perdido un solo grano, todos brotaron y florecieron a su tiempo.

Bienvenido al verse solo se irguió con altivez, tenía entonces treinta años era un hombre verdaderamente hermoso y parecía imposible que tras de aquel rostro seráfico se ocultara un alma tan miserable, aumentó sus riquezas de un modo indecible, llegaban a sus manos cuantiosísimos legados, con algunos de ellos, embelleció El Refugio y la Casa de Salud para cubrir las apariencias, pero aquellas mejoras, ¡qué caras las pagaban los enfermos!... ¡Qué crueldades cometió con ellos!...

Podía haber sido un ángel de la caridad y fue un hipócrita sin corazón, podía haber hecho innumerables obras benéficas, porque llegaba el oro hasta él, como llegan las olas a la playa, incesantemente; del mismo modo recibía cuantiosas herencias, porque no había moribundo que al verle no se sintiera impulsado a dejarle cuanto poseía. ¡Era tan hermoso! ¡Hablaban con tanta dulzura! ¡Preparaba el alma tan bien para hacer el último viaje!... que no le dejaban sosegar un momento. Y luego era tan humilde... no había quien le sacara de su Casa Refugio, no pretendía ningún alto cargo, pero era porque aguardaba poseer cierto número de millones y entonces se iría a Roma y realizaría sus ambiciosos sueños, con dinero todo se alcanza pensaba él: milagros, santidades, profecías, don de curación, ¡todo! ¡Todo! Pasaba por hombre austero en sus costumbres, pero durante la noche, ¡qué escenas solían pasar en el benéfico asilo!...

A veces un fantasma vestido con una túnica roja, de cabeza monstruosa y ojos de fuego, se detenía ante el lecho de una pobre loca, o de una inocente niña, y allí se consumaba el más horrible

crimen, y enfermas hubo que pasaron por endemoniadas, y se les sacaron los ojos para que no pudieran ver a Lucifer y turbaran el reposo de sus atribuladas compañeras.

¡Cuánta infamia cometida en la sombra!... y el causante de todas ellas a la clara luz del sol se paseaba descalzo, (en señal de penitencia) por las anchurosas salas del hospital, envuelto en sus blancas vestiduras ostentando en su pecho la cruz de rubíes, llevando en su diestra simbólica rama de laurel bendito cuyas hojas eran otros tantos dones divinos que repartía piadosamente entre las enfermas para librarlas de todo mal.

Cuando reunió la suma que él creyó necesaria para realizar su deseo se dispuso emprender su viaje a Roma, organizando una peregrinación, pero la peste le detuvo en su marcha y cayó como herido del rayo para no levantarse más.

Efecto del pánico que reinaba, no había como suele decirse, ni padres para hijos, ni hijos para padres, y el cadáver de Bienvenido fue arrojado a la fosa común confundido con otros muchos que cayeron sobre él.

La iglesia se apoderó de sus tesoros, más tarde elevó sus preces por él; pero sus restos se disgregaron en la fosa común.

Aquel hombre que había sido tan buscado y tan festejado por las damas de la nobleza, que su presencia se hacía tan necesaria lo mismo en un banquete que en una cámara mortuoria, al desaparecer nadie le echó de menos, nadie lamentó no poder ir a su tumba a dejar un ramo de flores, ni a llorar a la sombra de un sauce.

La impresión que causa la belleza física se borra, se desvanece en el instante que la persona agraciada con el don de la hermosura, desfigurada por enfermedad horrible desaparece de la escena del mundo; en cambio, la belleza del alma se aumenta, se agiganta con la ausencia que produce la muerte, y al echar de menos los desventurados las dádivas, los beneficios, los consuelos del alma generosa que se condolía de sus penas, exclaman con melancolía. ¿Por qué se habrá ido? ¡Era tan bueno! Y siempre que el dolor los agobia recuerdan a aquel que compasivo enjugaba su llanto.

Bienvenido no hizo bien a nadie cuando se dio cuenta de sus actos, en su niñez y en su adolescencia tuvo algunos rasgos generosos, si hubiera permanecido entre los humildes y los

desventurados, su Espíritu hubiera llevado a cabo los propósitos que trajo a la Tierra, pero al verse encumbrado y al contemplarse tan hermoso, cedió a la tentación del vicio y llegó rápidamente hasta el crimen. Comerció con la carne humana y su comercio fue el más inicuo, puesto que comerció con los enfermos, con los débiles, con los indefensos, con los afligidos, con los desamparados que aunque se sientan morir tienen miedo de quejarse de las arbitrariedades que los fuertes cometen con ellos, pues no hay nada que humille tanto como la verdadera pobreza; y en justa compensación de sus abusos de ayer mírale hoy. ¿Qué resta de aquella hermosísima figura? ¿De aquel niño mimado que las damas de la nobleza se lo disputaban? ¿De aquel sacerdote seráfico que con su blanca vestidura y su cruz de rubíes, parecía un bienaventurado que había descendido de los cielos? ¿Qué es hoy aquel privilegiado de ayer? ¡Un niño ciego que apenas puede mover sus piernas y que tiene por prisión el duro lecho de un hospital! No resonando en sus oídos más que palabras de seres indiferentes, sus padres están lejos y la miseria rompe en muchas ocasiones todos los lazos de la vida.

¡Ciego!... ¡Qué horror!... ¡Y sin poder andar!... ¡Qué mayor tortura!... ¡Qué malo es ser malo!...

Adiós.

La narración que he trazado a vuelapluma, ¡qué triste es... y cuánta enseñanza proporciona!...

He ahí un Espíritu que pudo ser un redentor sin llegar al martirio, con sólo distribuir las inmensas riquezas que hasta él llegaron en beneficio de los pobres. ¡Cuánto bien hubiera hecho!... no lo hizo y hoy... hoy, ¡cuánto sufre! ¡Sin luz y apenas sin movimiento!...

¡Ayer era su presencia necesaria en los palacios de los grandes! Hoy... hoy... gracias que en un hospital tenga un asilo. ¡Qué diferencia!...

¿Qué debemos hacer los espiritistas ante cuadros semejantes? Redoblar nuestros esfuerzos para despertar el sentimiento del amor universal. Esto creo yo, Emilia querida, que nos corresponde hacer. Demostrar que la dureza de corazón engendra todas las calamidades y a las víctimas de sus propios

extravíos compadecerlas, ilustrarlas, animarlas, haciéndoles comprender que sufren en cumplimiento de una ley inalterable, que no cambia sus fallos ni para el mendigo ni para el emperador, a todos por igual dice su único mandamiento. A cada uno según sus obras.

CAPÍTULO IV

UN DÍA DEL PORVENIR

Dejando por algunas horas nuestro asiduo trabajo, nos trasladamos al 29, de septiembre último a Tarrasa, para asistir al banquete que le da a los pobres y a sus más íntimos amigos, el presidente del Centro Espirita de dicha ciudad, Miguel Vives, en conmemoración de haberse proclamado en España la libertad del pensamiento.

La mañana estaba fría y desapacible, de los rigores de un verano insoportable, vamos pasando a un otoño prematuro, y esos cambios bruscos son poco agradables al cuerpo y al Espíritu. Al primero le lastiman, al segundo le entristecen. Nada más hermoso que los días templados del otoño, en los cuales el Sol acaricia con su calor suave y la sombra agrada, el cielo está límpido y los árboles agitan dulcemente sus ramas amarillas; pero cuando la brisa se convierte en viento húmedo, cuando el Sol se envuelve con su capa de negras nubes, el alma siente frío, suspira por aquellas horas apacibles que tiene el otoño, horas hermosísimas que hablan más al Espíritu pensador que las horas de la primavera; porque las primeras tienen una dulce e indefinible melancolía, y la tristeza suave, es buena compañera para almas que saben sentir, y por consiguiente pensar.

Tristemente impresionados llegamos a Tarrasa, pero nuestra tristeza se desvaneció como el humo, al entrar en la risueña y modesta morada de nuestro hermano Vives, donde un enjambre de chiquillos jugaban en el anchuroso patio, el cual está rodeado de un arriate donde crecen hermosos arbustos que alegran la vista con su verde ramaje. En una pequeña y limpia fuente hay varios peces hermosísimos que son los favoritos de los chicuelos, que los contemplan embebecidos mientras otros observan a los palomos, gallinas, tórtolas y pajarillos, todos muy bien colocados y resguardados de las travesuras de los muchachos.

Siempre que estamos en aquel lugar recordamos el huerto del Padre Germán, y nos parece ver su venerable y humilde figura sentado en un banco de piedra a la sombra de un árbol

contemplando dulcemente a la nueva generación que viene a luchar en el campo del progreso.

En ninguna parte experimentamos la dulce beatitud que sentimos en casa de Miguel Vives, especialmente en el patio, y esto indudablemente no es alucinación de nuestros sentidos, porque esta impresión la sentimos siempre que la recorremos, y nunca damos gracias a Dios con más íntimo reconocimiento que cuando sentados tras de una enramada, llegan hasta nosotros las voces de los niños que corren, saltan y juegan con tanta confianza y libertad como si estuvieran en su propia casa, o en la de su abuelo.

Más de ciento cincuenta personas se reunieron en casa de Vives y rodearon las mesas colocadas en el salón y en el patio; entre tantos convidados los había de todas edades desde el anciano octogenario, hasta el pequeñuelo de tres primaveras, lo mismo que de todas las posiciones sociales: desde el acomodado propietario, hasta el infeliz mendigo que hace once años que va por el mundo, sin saber por la mañana, donde dormirá por la noche.

Mendigos había en gran número, y con varios de ellos hablamos largo rato, y en verdad que nos convencimos que no es necesario hacer muchos viajes para conocer a las distintas razas humanas. ¡Qué diferencias tan inmensas existen entre el obrero civilizado y el pordiosero de oficio!... en este último es casi nulo el sentimiento, habla de los seres que se les han muerto con la más perfecta indiferencia, no conserva más que el instinto de conservación, el afán de comer y de guarecerse bajo techado para dormir. ¡Y pensar que estos seres tienen un alma racional, un Espíritu que ha de vivir eternamente!... ¡Cuántas centurias de siglos necesitaran estos seres para conocer las ventajas del trabajo!... porque en estos espíritus su vicio dominante es la olgazanería, la aversión al trabajo, todos alegan un mal físico para no trabajar, o el tener muchos años; más ¡ay! Que muchos de ellos lo que tienen en más desarrollo es el embrutecimiento de la miseria, porque la miseria es indudable que embrutece. Hablamos con un matrimonio en cuyos rostros llevaban escritas una historia de desaciertos, ni el uno ni el otro parecían ignorantes y le preguntamos a ella.

¿Cómo no tratáis de trabajar? ¿Cómo no procuráis vivir de otra manera? Debe ser muy triste no tener un albergue donde recogerse.

Ya estamos acostumbrados dijo él, llevamos muchos años así. Yo antes era ladrillero, enfermé de la vista y mi mujer me acompaña, no tenemos hijos que es lo mejor y vamos viviendo.

Y aquel hombre sonreía satisfecho, ¡sin tener casa ni hogar!... Es hasta donde puede llegar la degeneración del Espíritu. Estuvimos hablando con otros pordioseros cuando nos llamó la atención un hombre alto, cubierto de harapos, llevando un nudoso palo del cual pendían tres envoltorios de trapos muy bien atados, el rostro de aquel hombre era simpático, una barba gris le ennoblecía, su mirada era benévola y al dirigirle la palabra nos saludó quitándose la gorra con tal distinción, que comprendimos en seguida que aquel hombre no era un mendigo vulgar, preguntándole con el mayor interés si él tampoco tenía donde dormir.

Tampoco señora, no se gana lo bastante para pagar un cuartito. ¡Qué remedio!

Pero Vd. parece ágil y robusto. ¿Cómo no procura trabajar?

¿Qué quiere Vd.? La desgracia me persigue, aunque ciertamente escribiendo me podría ganar la vida.

¿Cómo? ¿Vd., sabe leer y escribir?

Sí señora, sí fui maestro de instrucción primaria, estuve cinco años en la Escuela normal, después fui agrimensor, desempeñé en obras públicas distintos cargos; y luego, ... luego enfermé, no tengo a nadie, y he ido descendiendo hasta llegar al último escalón de la miseria y además ya he cumplido sesenta años.

Pero aún está Vd. robusto, y con sus estudios y su inteligencia no debería contentarse con llevar la vida del pordiosero vagabundo.

Tiene Vd. razón, a veces me miro y digo: ¿Eres tú aquel hombre entendido que para hacer cuentas tanto servías?... ¡Qué quiere Vd. miserias humanas! Y saludándonos con la mayor finura nos alargó su diestra que estrechamos con profunda tristeza, porque comprendimos que aquel Espíritu quizá era víctima de sus vicios, quizá había empleado su inteligencia en labrarse su desventura. ¡Cuántos ciegos pululan por tierra!

Con un orden admirable comenzó la comida, guardando todos la mayor compostura, lo que es de extrañar entre seres que parece que están desligados de todos los miramientos sociales; porque aquellos que no moran en poblado, aquellos que se recogen en una cueva, que viven completamente abandonados de la sociedad, ¿qué le deben a sus semejantes? ¡Nada! Nada más que el oprobio en que viven, puesto que no se cuidan de poner los medios para evitar que los pobres vivan sin vivir; pues bien, esos desheredados, cuando encuentran cariño y consideración, cuando Miguel Vives les ofrece en su mesa el sitio preferente, ellos saben guardar el decoro debido, y ni una palabra indiscreta pronuncian sus labios, ni una broma ligera se permiten gastar entre ellos, lo que prueba que el amor fraternal es el mejor maestro para educar a los pueblos. ¡Cuán poco se ama aún la humanidad! Si nos amáramos, cuántos conseguirían lo que consigue Miguel Vives, pero nos falta amor, paciencia y tolerancia.

Para los que asistimos a ciertos actos no sólo por el placer de disfrutar de ellos sino por estudiar todas sus fases, observamos los menores detalles, y al comenzar su discurso Miguel Vives, observamos que nos impresionó.

Todo el día había estado el Sol velado por densas nubes, y habría llegado la hora precisamente de que éstas tuvieran que deshacerse en virtud del cumplimiento de las leyes atmosféricas; no vaya a creerse que nosotros queremos relatar ningún milagro ni cosa parecida, no; pero es lo cierto, que cuando comenzó su discurso Miguel Vives, el sol iluminó con sus dorados reflejos dos lienzos de pared del anchuroso salón y el efecto fue verdaderamente mágico, parecía que la naturaleza se complacía en enviar luz y calor al que es uno de sus más fervientes adoradores, al que ama a Dios en las aves, al que se postra en los bosques, bendiciendo la grandeza del Ser Omnipotente.

El discurso de Miguel Vives fue dulce y conmovedor como todo los suyos, lanzó una mirada a su pasado, recordó su infancia y las impresiones que recibió en su niñez una mañana que fue al campo preguntando con infantil curiosidad a todo cuanto le rodeaba dónde estaba Dios; y lo encontró en las hojas de los árboles cubiertas de gotitas de rocío que parecían otros tantos brillantes pulimentados por la mano de Dios, lo encontró en las piedras que sirven de cuna al limpio río, lo encontró en la

corriente del agua cristalina, en la montaña y en el firmamento, y en el astro que fecundiza la tierra con su luz y su calor.

Pasó su infancia con sus hermosas creencias, llegó su juventud con su mundo de ilusiones y amorosos deseos, conoció a una mujer con alas de ángel que se desprendió de ellas para unir su suerte a la suya, y cuando un nuevo ser reclamó la caricia de ambos, su joven madre regresó a su patria, y él se quedó solo enfermo y pobre en la Tierra, con una niña inocente que reclamaba sus cuidados; y el peso del infortunio destrozó sus creencias, y ávido de recobrarlas volvió al campo y preguntó a las hojas de los árboles cubiertas de gotitas de rocío. ¿Dónde está Dios? Y las hojas se inclinaron y las gotas de rocío cayeron en la tierra como si lloraran la desventura de aquel desgraciado, porque al verlas, no se conmovió. Miró las piedras del río, vio correr el agua del manso arroyo, trepó a la cumbre de la montaña y descendió diciendo: ¡No encuentro a Dios!... y lamentó su soledad, y envidió a aquellos que tenían sus compañeras en el hogar, y negó la justicia de Dios viéndose solo pobre y enfermo; y cuando más desesperado estaba, cuando más lejos se encontraba de la Luz, un hombre le habló del Espiritismo y le dijo que los muertos vivían y se comunicaban con sus deudos. Él dudó, asistió a una sesión y siguió dudando, más a pesar de esto continuó en sus trabajos de investigación, hasta que la evidencia de los hechos le convenció de la verdad innegable de la comunicación ultraterrena, y entonces volvió al campo, y vio las hojas de los árboles cubiertas de gotitas de rocío y vio que estas, trazaban el nombre de Dios, y miró las piedras que servían de lecho al río y en ellas halló escrito el nombre de Dios; y contemplando el agua que se deslizaba dulcemente, también vio en ellas el impulso de Dios; admiró la montaña con sus árboles seculares, sintió sobre su frente el calor de los rayos del Sol, y se postró de hinojos diciendo con la mayor vehemencia.

¡Señor! ¡Señor!... ¡Yo te adoro en tus obras! ¡Yo te veo en todas partes, yo te reconozco en mi conciencia! ¡Yo te amo!... ¡Yo te venero!... ¡Yo te adoro porque tú eres la verdad y la vida! ¡Yo divulgaré tu evangelio! ¡Yo diré que el Espiritismo es el complemento de tu ley! Yo le diré a los ricos, que con todas sus riquezas no son libres, porque viven aprisionados con cadenas de oro, y éstas no serán rotas sino las rompe el amor y la gratitud de

los pobres. Yo el más pobre y el más humilde, proclamaré tu grandeza infinita. Yo diré que sin amor y sin caridad no se puede entrar en el reino de los cielos, yo uniré en una sola familia a los poderosos y a los necesitados. Yo diré que estos deben ser entendidos y respetados y compadecidos por la expiación que sufren, yo proclamaré la ley del amor porque sin amor no habrá igualdad.

Esto es un resumen el asunto que desarrolló Miguel Vives en su improvisado discurso, que tomado al oído y trasladadas al papel nuestras impresiones muchas horas después pierden ciento por uno cada uno de sus bellísimos conceptos.

Los oradores del sentimiento no admiten taquígrafos; la inflexión de su voz valora sus palabras, lo que hacen sentir no puede nunca describirse, es necesario oírlas, es preciso verlos como se elevan en alas de su inspiración. Miguel Vives es uno de estos oradores, por eso ha logrado reunir en torno suyo una masa compacta de fieles adeptos, por eso su centro, compuesto de hombres pobres y humildes en su mayoría, ha logrado realizar trabajos que ninguna otra sociedad en España ha llevado a cabo; por eso la federación de los centros espiritistas del Vallés es una verdad, por eso tienen fondos para atender a las calamidades imprevistas de alguno de sus miembros, cuando el Tribunal de imprenta juzga desfavorablemente sus escritos, por eso auxilian a los que emigran huyendo de las iras clericales.

Los espiritistas trabajan dominados por el sentimiento, ellos saben que el amor y sólo el amor, nos hará libres; y como entre los que se amen no hay primeros ni últimos, esta igualdad bien entendida es la que hace una agrupación respetable en el mundo Espiritista, cada uno trabaja en el terreno que mejor conoce; Miguel Vives puede estar satisfecho de su obra.

No se nos oculta, que para conseguir este resultado habrá tenido que sufrir y sufrirá mientras viva en la Tierra innumerables contrariedades y profundas decepciones; porque pretender educar a una humanidad embrutecida por la miseria y por los vicios, es una tarea superior a las débiles fuerzas de un hombre y de un hombre pobre y humilde; y aunque es innegable que si estamos asistidos por los buenos espíritus, estos nos impulsan al trabajo y

nos alientan con la recompensa: también es cierto, que no nos quitan ni un adarme de la carga que nos pertenece llevar sobre hombros, pues si así lo hicieran ¿para qué estamos en la Tierra? El Espíritu viene a este planeta a trabajar, a luchar a cumplir su misión o a sufrir la penalidad de una expiación horrible, y las leyes de Dios son inmutables.

Mas el terreno inculto es el que hay que cultivar, Miguel Vives así lo ha comprendido, trata muy de cerca a los mendigos y conoce que éstos necesitan no solo el óbolo y el pan para el cuerpo, les hace falta otro alimento más substancioso, necesitan cariño, respeto, y consideración en su infortunio. ¡Dichosos aquellos que descendiendo a las últimas esferas sociales se dedican a despertar con su cariño y su benevolencia el sentimiento de los desheredados, cuya sensibilidad no puede tener desarrollo careciendo de todo lo que hace soportable la vida!

No le pidáis al Espíritu que vive despreciado de todos, que ame a nadie, no puede amar, es imposible, se alimenta con el pan más duro y más amargo, odia porque no puede querer el que de nadie es querido; y de esa falange de mendigos vagabundos se desprenden los deseos de exterminio para las clases acomodadas. El que no se ocupa en construir viviendas para los pobres, está muy expuesto a ver incendiado su palacio; muchos crímenes se cometen, es cierto, pero dado el modo que viven algunos seres, es necesario convenir que la humanidad aún pudiera cometer muchos más.

La fiesta terminó con alegres juegos de los niños, con animados bailes de los jóvenes y con una canción, nada más dulce, más melancólico y más conmovedor que dicha canción, cantada por un hombre de edad madura acompañado por un melodioso armónium, los niños rodeaban dicho instrumento, una niña de unos seis años de blanca tez y rubia cabellera, contemplaba al cantor con verdadero éxtasis, parecía un ángel que le decía con sus dulces miradas, ¡pobre desterrado!... ¿Llora por su patria?

Estábamos en el patio, la luna en su plenilunio aquel cuadro verdaderamente poético, y nosotros dominados por dulcísima tristeza, suspirábamos también por nuestra patria, por ese más allá que le reserva al Espíritu el castigo de sus culpas y la recompensa de sus sacrificios.

Se extinguió el eco de aquella voz conmovedora, los niños se dispersaron a pesar suyo, cada cual regresó a su hogar, y nosotros; solos en el patio murmuramos así:

¡Adiós hermoso día! ¡Ya perteneces al pasado! Pero lo acontecido en tus tranquilas horas, son más bien sucesos del porvenir, porque la humanidad llegará a ser buena, los hombres se amarán unos a otros y lo que hoy hace Miguel Vives tendrá innumerables imitadores, que con más riquezas y más medios en todos sentidos, realizarán los hermosos sueños que hoy acaricia y que pone en acción una vez al año, porque sus recursos materiales no le permiten unas expansiones análogas. Nosotros le contemplábamos recorriendo su casa, irradiando en su semblante la inmensa satisfacción de su alma y decíamos: ¡Goza alma buena! Goza rodeado de tu buenísima familia que secunda tus deseos y toma parte en tu placer purísimo, al verte rodeado de los más pobres y de los más acomodados propietarios. Únelos en tu mesa y enséñales a amar a uno y a otros, diles que sólo el amor les dará la felicidad, ensaya en un día del porvenir la hermosa vida de mañana, adelanta las fechas del tiempo. ¡Feliz el que adelanta en el reloj de la eternidad algunos segundos de las horas benditas de la fraternidad universal!

Y tú Padre Germán, Espíritu para mí tan querido, que tanto bien te he debido en la Tierra, hoy que me encuentro en una casa tranquila, que se asemeja a la que tú habitaste en la aldea. ¡Inspírame! Envíame el efluvio de tu cariño, préstale a mi alma tu energía para hacer el bien, y tu amor inmenso a los niños. Yo te encuentro aquí, cuanto me rodea me habla de ti, y me siento tan dichosa al ponerme en relación contigo, que mi Espíritu suspira por esa dulce paz que aquí presiento, paz que todavía mi Espíritu no puede disfrutar, pero que indudablemente un día disfrutaré; porque amaré, como tú has amado, sentiré, como tú has sentido, progresaré, como tú has progresado, y entonces... ¡Oh! Entonces, ¡cuán bella me parecerá la vida!

¡Adiós hermoso día del porvenir! ¡Adiós horas benditas en las cuales un alma generosa se complació en hacer ensayos de fraternidad universal!

Como nunca en la Tierra ni un bien, ni un mal vienen solos, después de tan agradable día tuvimos el placer de visitar la montaña de Monserrat, y aunque solo breves horas permanecimos

en aquel paraje delicioso, tuvimos el tiempo suficiente para emocionarnos de tal manera, que jamás olvidaremos la impresión que recibimos al contemplar aquel gigantesco templo de granito, que las evoluciones geológicas levantaron al Ser Omnipotente hace millones de siglos. No extrañamos que haya habido hombres que se hayan conceptuado felices viviendo separados del mundo, anonadados ante las maravillas de la naturaleza; nosotros en la montaña de Monserrat, sentimos despertarse en nuestra mente un amor tan inmenso a Dios, que si la fe religiosa nos dominara, nos hubiésemos creído dichosos habitando en aquel lugar; preguntándole a cada promontorio de rocas la historia de los siglos pasados con sus sangrientas hecatombes, con su ascetismo reñido con la higiene, con su fanatismo religioso en pugna con la razón.

CAPÍTULO V

¡AYER Y HOY!

Siempre que estamos más cerca de Dios esto es, en el campo o como hoy que tuvimos el placer de visitar la montaña de Monserrat, nos agrada sobremanera escuchar la voz de los espíritus, nunca nos parece más hermosa, más elocuente y más conmovedora la comunicación ultra-terrena, que cuando contemplamos un espacio inmenso, un suelo fértil y un altar de rocas donde los sacerdotes de piedra permanecen inmóviles escuchando la palabra de Dios.

¡Allí!... separados del mundanal ruido, olvidados por un momento de las rudas luchas de la vida, un médium parlante nos dio una comunicación admirable, cuyos bellísimos conceptos y levantadas ideas dieron valor a nuestro Espíritu para volver con más afán y más anhelo a luchar por el progreso de la humanidad.

¡Qué esperanzas tan hermosas despertaron en nuestra mente las palabras del Espíritu! ¡Qué panorama tan maravilloso desplegó ante nosotros! ¡Cuántas verdades dijo sobre las religiones! Cuánto nos alentó para seguir luchando conquistando con nuestro progreso un lugar en los mundos donde las religiones no embrutece a los hombres ni petrifican las conciencias; donde la ciencia y el amor caminan unidos repartiendo sus dones a aquellos que después de luchar muchos siglos, reposan de sus fatigas para emprender de nuevo su viaje por los innumerables mundos donde humanidades más felices adoran a Dios en la naturaleza y le ofrecen por holocausto el amor universal.

¡Qué momentos tan felices! Estábamos sentados entre rocas, mil plantas olorosas nos ofrecían su embriagador perfume, la montaña por uno de sus lados más bello nos presentaba sus altares con sus dioses de piedra, el mar en lontananza extendía el espejo del infinito, y hondonadas, y fragosidades y árboles y rocas formaban a nuestros pies confuso laberinto. Dejar la Tierra en aquellos instantes venturosos, ¡cuán bueno hubiera sido para nuestro Espíritu!... se encontraba tan desprendido de las pasiones humanas, que indudablemente hubiera despertado en el espacio en muy buenas condiciones; pero aún no ha llegado la hora de

nuestra solemne despedida, aún tenemos que conquistar lo que hemos perdido por nuestros desaciertos, y al considerar que los momentos volaban, que aquellas horas benditas huían quizá para no volver en mucho tiempo, suspiramos con profunda tristeza, y como si la providencia se apiadara de nuestro duelo, como si quisiera decirnos: ¡Mira y compara! Mira y compara y serás consolado: seguimos nuestro camino, cuando nos llamó la atención un grupo de seis o siete personas en el cual había mujeres, niños y un anciano vestido pobremente con pantalón y chaqueta de pana de un color indefinido, con un chaleco color de ante sucio y desgarrado, con una camisa que en vez de ser blanca, era por la suciedad color de ceniza, con una gorra grasienta que descansaba sobre su frente abultadísima, en la cual como un signo de anatema, se veía una cicatriz negruzca que comenzando en el entrecejo seguía en línea perpendicular hacia el cráneo.

En el momento que nos detuvimos ante el grupo, aquel hombre reía con la risa de los idiotas, y daba saltos, hacía cabriolas que hacían reír a los que le contemplaban, y que nosotros por el contrario nos impresionamos profundamente, y poniéndole la mano en el hombro le preguntamos con dulzura.

- ¿Vive Vd. aquí?

El hombre nos miró y su estúpida sonrisa desapareció por completo; en su semblante sucio y amarillento rodeado de una barba gris poco larga y poblada, se retrató la inteligencia del hombre racional, y nos contestó con amargura.

- Hace cuarenta años que vivo aquí.

- ¿Tiene Vd. familia?

Murmuró algunas palabras ininteligibles, y prosiguió diciendo: tenía un hijo... subió allá arriba... ¡alto!... ¡muy alto!... y desde la altura... cayó al abismo de peña en peña!...

- ¿Duerme Vd., en el convento?

- ¿En el convento?... no; ahí no me quieren, no me dan nada, ni un pedazo de pan, me pegan si me acerco, y duermo en una cueva y ellos que tanto tienen, cuando ven que tengo reunida una cantidad de estiércol que vale veinte pesetas, vienen y me lo quitan... ¡Infames! ¡Todo lo quieren! Hasta aquello que logro reunir trabajando días y días limpiando los senderos... ¡Qué malos!... ¡Qué crueles son!... Y con puño cerrado señalaba al convento con ademán tan terrible... se veía un odio tan profundo

en la mirada de aquel hombre, que comprendimos perfectamente que aquel desgraciado no era idiota, y sí víctima de una expiación horrible; murmurando alguien en nuestro oído. ¡Mira y compara!... ¡Oh! Y cuán dichosos nos conceptuamos al compararnos con aquel paria.

- ¿Cuántos años tenéis? Le preguntamos.

- Contad quince, y quince, y quince y quince y ocho, y esos son mis años, vivo de lo que me dan los visitantes, duermo allá arriba, yo mismo me lavo la ropa allá tengo dos camisas tendidas y nos señaló un montón de guñapos amarillentos, aquí nadie me quiere, cuando voy a comprar vino me dan esos pícaros vinagre... ¡Y se ríen!... ¡Estoy solo!... pero... ¡Soy libre! ¡Muy libre! En mi cueva nadie me manda, por más que hasta allí me quieren dominar esos que todo lo tienen, y volvió a señalar al convento con furioso ademán, yendo después a separar piedras de un estrecho camino.

¿Quién será este desgraciado? Nos preguntamos mentalmente:

- “Un Abad de ese Monasterio, que hoy tanto odio, le inspira; (murmuró una voz en nuestro oído), un grande de la Tierra, un elegido del Espíritu Santo, un ungido del Señor, como ellos se llaman, un falso apóstol del cristianismo, un verdugo de sus hermanos, su historia es horrible, su presente responde a su pasado, ante ese infortunio, ante esa miseria, ante esa degradación, ante esa soledad, ¿no vives tú en un paraíso? Ese infeliz no tiene pan, no tiene albergue, no tiene nadie que le ame en la Tierra, todos le niegan hasta el mendrugo que arrojan a los perros, es inmensamente desgraciado porque tiene inteligencia para conocerlo, se hace idiota para conseguir la compasión de los transeúntes, pero comprende todo lo horrible de su situación. No lamentos pues la brevedad de tus horas felices, mejor dicho tranquilas, tú ya vives la luz, en la gloria, en la felicidad inapreciable del progreso en comparación de ese desgraciado.

- ¿Me pudieras contar una parte de su historia?

-Ten paciencia y espera que todo te será concedido.

Profundamente impresionados recorrimos de nuevo algunos parajes, contemplamos aquella catedral maravillosa formada por la naturaleza, y subimos al coche llevando en nuestra mente un mundo de encontradas ideas.

Cuando mucho se siente, ¡qué poco se espera! Nunca nos hemos convencido tanto de nuestra pequeñez como en aquellos momentos, y jamás hemos sentido tanto nuestra insuficiencia, porque quisiéramos haber participado a nuestros lectores algo de lo que habíamos sentido, queríamos haberle dicho que se había despertado en nosotros un amor inmenso al Ser Omnipotente, que le adorábamos en la naturaleza y bendecíamos, si, bendecíamos la eternidad de la vida ante la esperanza de ver mundos mejores, que ya no temblamos ante el porvenir porque el progreso es concedido a todos los espíritus, y confiábamos en nuestras fuerzas aumentadas con el fluido de los buenos espíritus que nos decían: Mira; contempla a los apóstoles del libre pensamiento, son mariposas que tienden sus alas matizadas por el Espiritismo, con los divinos colores de la verdad únete a ellos, tiende tu raudo vuelo que tienes ante ti los mundos de la Luz. ¡Avanza! ¡Levántate! Anda y acércate al gran libro de la historia de todas las generaciones, tu nombre también está escrito en él, los espíritus de luz te presentan blancas páginas, escribe en ellas, cuenta cómo las almas se redimen, cómo los esclavos rompen sus cadenas, cómo los proscritos vuelven a su patria.

Esto y mucho más quisiéramos decir a aquellos que leen nuestros escritos más ¡ay! Nuestras ideas no adquieren la lucidez necesaria y tenemos que enmudecer, esperando que los espíritus nos cumplan su promesa de contarnos algunos episodios de la historia del infeliz paria de Monserrat, al que preguntamos su nombre, actualmente se llama Francisco Guitart.

II

Cuando se desea una comunicación de ultratumba, no para satisfacer pueril curiosidad, sino para utilizarla en dar con ella racional enseñanza, los espíritus se asocian a los terrenales, y trabajan unidos los obreros del progreso: que es el mejor medio para facilitar el convencimiento a los muchos que dudan de la supervivencia del alma y de la constante relación que existe entre los vivos y los muertos.

Como nuestro único afán al pedir comunicaciones a los espíritus, no es otro que demostrar con datos irrecusables la

verdad del Espiritismo, los seres de ultratumba no nos escasean interesantes relatos, y habiéndole pedido con alguna insistencia al Espíritu que nos guía en nuestros trabajos, detalles sobre la vida pasada del mendigo que tanto nos impresionó en la montaña de Monserrat, nuestro guía invisible nos dijo lo siguiente:

- ¿Por qué pedís explicaciones sobre lo que está más claro y evidente que la misma luz del esplendente sol? ¿No conocéis que el que mucho sufre, mucho paga... no sabéis que el presente es el fiel espejo del pasado? Mas como vuestro deseo no es otro indudablemente que enseñar al que no sabe, y enseñar a otros, es enseñarse a sí mismo, nosotros al daros nociones de la eterna vida del Espíritu, recordamos nuestra propia historia, vosotros al escucharnos recapacitáis, pensáis detenidamente en todos los sucesos de vuestra existencia, y deducís por lo adversos que han sido, que no habréis descollado por virtuosos en vuestras encarnaciones pasadas; y a vuestra vez decís a los que quieren escucharos, que no hay peor azote que la riqueza cuando no se sabe hacer buen uso de ella, que el hipócrita es el más pobre de los mendigos, porque la hipocresía es el camino que se recorre para volver atrás, y desandar lo andado es perder el tiempo lastimosamente.

Los que os escuchan suelen atenderos, (no por mérito literario de vuestras narraciones), sino porque decís sencillamente la verdad, señalando y demostrando la causa que da tal efecto; y hay criminal empedernido que se conmueve con vuestros escritos, porque los vicios no los curan las leyes sociales, los curan los tristísimos ejemplos de los mismos vicios. Cien jueces no harán a un hombre honrado, si el hombre por sí solo no se levanta y mira con horror el inundo ciego del crimen.

Antes de deciros algo sobre ese desgraciado que tanto os impresionó en ese nido de águilas, o sea, esa montaña que tiene una larga historia, debo deciros, que si los remordimientos aniquilaran, las religiones en su mayoría habrían dejado de ser, teniendo la muerte más horrorosa, porque es indudable que las religiones han pecado mucho, puesto que a su sombra se han asociado millones de hombres, que, o han sido inútiles por su ignorancia supina destrozando su organismo, y debilitando por consiguiente la lucidez de su inteligencia, o han consagrado todo su saber a la explotación de la humanidad engañándola

miserablemente, haciéndole pagar su salvación, como si la tranquilidad de la conciencia se pudiera comprar con un puñado de oro; cuando en realidad el íntimo reposo del alma, no hay riquezas en el universo que sean suficientes para conseguir un segundo de inalterable y envidiable paz. Todos los justos rogando a Dios fervorosamente no tienen poder bastante para salvar a un Espíritu del remordimiento de su culpa.

El hombre ora, cuando es útil a la sociedad.

El médico del sufrimiento es el trabajo, y un segundo de trabajo le es más beneficioso al Espíritu, que mil siglos de oración. No hay mejor religión que las verdades de la naturaleza, y una buena madre, vale más que todas las religiones.

La fe religiosa es la luz que alumbra a los niños y la llama que ciega a los hombres. ¡Ay de la humanidad que olvidándose de pensar se echa en brazos de la fe!... Mas las religiones morirán por el desprecio de los pueblos, cuando estos se convenzan que las religiones unen entes, y las filosofías unen inteligencias, que los libros religiosos son las páginas de los errores humanos, y nunca han enseñado a las humanidades que las penas se matan, con la razón de las mismas penas.

Jamás le han dicho las Biblias al hombre que cada mundo es una pizarra donde los niños hacen sus ecuaciones, y que la pizarra del hombre es el infinito; que el sabio siempre es niño ante la ley del cálculo, que la desgracia es el libro abierto del pasado, que enseñar a una humanidad a creer, es criar una planta para dejarla morir.

Los libros religiosos no han servido en ninguna época para ilustrar a los pueblos porque siempre han sustentado principios falsos y en ellos se han inspirado la mayoría de los sacerdotes, monjes, frailes, ermitaños, anacoretas, y demás familiares de las religiones.

No negaremos que en todos los tiempos ha habido y habrá, sus honorosísimas excepciones, pero las individualidades aisladas, y aún queremos suponer que hayan existido y existan colectividades dominadas por un buen sentimiento, estas habrán sido y serán útiles en una localidad relativamente pequeña, mientras que asociaciones religiosas verdaderamente formidables, se han apoderado y se apoderan de la conciencia de millones y millones de hombres y les han hecho, y les hacen servir de escabel

para subir al trono de la autoridad Suprema a un hombre pecador como los demás, al que le han declarado infalible como el mismo Dios. Y a esa casta de verdaderos apóstatas a esos desdichados deicidas, ha pertenecido en muchas existencias el infeliz mendigo que en la montaña de Monserrat paga alguna de sus muchas deudas, saldando como todos saldamos, las cuentas de ayer.

¡Ay! De aquellos que no reconocen que las ciencias enseñan la verdadera religión que es la religión del saber. ¡Ay! De los que olvidan que los cuerpos mueren y las voluntades renacen, porque para ellos es el crujir de dientes; mas como dijo un sabio (y es muy cierto), que lo que más persuade y convence es la experiencia, sólo a fuerza de sufrimiento aprende el Espíritu a ser bueno; no hay mejor código que la necesidad, y cuando al encontrarse en el espacio el Espíritu reflexiona y hace un recuento de todas sus penalidades, cuando piensa en la soledad del alma, que es una enfermedad que no mata, pero que aterra, entonces es cuando se da principio a los buenos propósitos y se vuelve a la tierra humilde, y tímido a veces en demasía, porque para el mal la reparación, no la humillación, ésta última degrada y envilece, porque el llanto es bueno para padecer, no para conquistar; pero en fin, cada Espíritu hace su trabajo según sabe y según puede, y según sus circunstancias se lo permiten. El mendigo de Monserrat es un Espíritu que se encuentra dispuesto a saldar sus cuentas, pues tiene inteligencia para conocer que cuando así vive, no merece otro modo de vivir.

Como aún se encuentra en la Tierra no diremos claramente, los crímenes que cometió ese desgraciado, sólo diremos que fue Abad del Monasterio cuyos moradores actuales le rechazan en absoluto. Él autorizó y cometió grandes desaciertos, y un Espíritu que fue víctima de uno de ellos, nos pide que le cedamos el puesto para relatar un episodio de su historia, podéis admitirle sin temor alguno.

La paz de Dios sea contigo, mujer feliz; que feliz es todo aquel que rechaza las farsas religiones como tú las has rechazado hace mucho tiempo. No he sido yo tan afortunada, pues durante muchas encarnaciones viví enlazada a diversas comunidades religiosas, y te diré como dice un Espíritu, que el mal de las religiones consiste en no saber hacer madres; sino que muy al contrario la fecundidad de la mujer solo sirve para cometer

nuevos crímenes; y si los abismos que rodean a Monserrat hablaran y los que cercan a innumerables monasterios edificadas en la cumbre de las montañas: ¡Cuántas historias sabríais! ¡De cuantas infamias tendríais exacto conocimiento! ¡Cuántos horrores os harían estremecer y temblar de espanto! La dominación religiosa es la más cruel de todas las tiranías; el episodio de mi última existencia que voy a referirte, me aconteció hace algunos centenares de años en la montaña de Monserrat. Yo vivía en sus inmediaciones en una casa de campo, que para que recuperara mi quebrantada salud, mi familia se trasladó a una de sus posesiones.

Todos mis deudos eran fanáticos religiosos algunos de ellos vestían el hábito de los siervos del Señor, y mis padres tenían total empeño en que yo también profesara, pero un amor nacido en la infancia me impidió obedecer el riguroso mandato de los autores de mis días, que al fin se convencieron que harían mi desventura separándome de mi adorado Jaime, hermoso doncel consagrado a la conservación de su pingüe hacienda y a las ciencias exactas.

En mal hora me llevaran a la casa de campo, para que la variación de aires y de aguas devolvieran a mis pálidas mejillas el color de la vida y de la juventud. Pronto fue mi casa el lugar predilecto de los monjes del convento, cercano, del cual era Abad en aquel tiempo, el que hoy duerme en una cueva cerca de su antigua morada.

Mi peregrina hermosura atrajo sus miradas, despertó sus deseos, desencadenando en su pecho una violentísima pasión. Yo hice lo posible por apresurar los preparativos de mi enlace con mi adorado Jaime, que a su vez no perdonaba medio, tampoco para realizar nuestro deseo, pero nuestro próximo parentesco hacía necesaria la dispensa del Papa, y como ésta nunca llegaba, al fin decidió mi amado Jaime el ir por ella, gastando si era preciso toda su fortuna para conseguirla; y mientras él se fue a Roma que en aquellos tiempos hacer un viaje, era mucho más largo y enojoso que dar hoy la vuelta a vuestro mundo; pero como el amor hace milagros y vence todos los imposibles Jaime partió dejándome antes en mi retiro... ¡Quien le dijera que me dejaba en la tumba de nuestra dicha!...

El Abad de Monserrat empleó cuantos medios le sugirió su imaginación diabólica para vencer mi resistencia y hacer que accediera a sus sacrílegos amores; pero yo amaba, y la mujer que ama resiste mientras no le hacen perder el conocimiento o no la atan dejándola sin movimiento y sin acción.

Una tarde fue el Abad como de costumbre, a descansar de su paseo en mi casa, diciendo que muy cerca de mi morada había una pobre mujer exánime por el hambre y el frío; yo me conmoví, me impresioné, y pedí a mis padres que me dejaran ir a socorrerla.

Yo te acompañaré en tu buena obra, dijo el Abad y te ayudaré a llevar algunas provisiones.

Yo al oír su ofrecimiento hubiera querido retroceder, pero no me atreví, porque mis padres me reconvenían continuamente y me decían que el Abad era un santo y que mi desvío indicaba que sin duda me atormentaba el diablo cuando huía de un elegido de Dios.

Salí pues en compañía del Abad y encontramos efectivamente una mujer harapienta que al verme se postró en mis pies pidiéndome que tuviera compasión de ella y fuera a recoger su pobre hijo, hermoso niño de tres años que había dejado en la ermita más cercana, porque no tenía fuerzas para continuar su viaje con él y teniendo noticias de mis caritativos sentimientos se había dirigido a mi casa, mas la fatiga la hizo detenerse en el camino. Yo ante tal infortunio, olvidé mis temores, sólo pensé en devolver a una madre desolada el hijo querido de su corazón, y dejándole las provisiones que le llevábamos, me dirigí en busca del niño acompañada del Abad que pronto encontró uno de sus cómplices, que al vernos hizo el papel más inocente y más humilde poniéndose a nuestras órdenes. Su vista me tranquilizó por completo, y seguí el camino pensando en la buena obra que iba a hacer.

Llegamos a la Ermita, entramos en ella y no encontramos a nadie y con la rapidez del rayo me colocaron en la escalera que conducía al cuarto del ermitaño, me ataron acercándome a la nariz un pañuelo empapado en una esencia adormecedora, sentí que se alejaban aquellos miserables, sentí que cerraban la puerta y se fueron porque sin duda no se atrevieron a consumir su crimen brillando aún el sol en los picachos de Monserrat.

Quedé en un estado que no acierto a describir, no pude hacer el menor movimiento y sin embargo no perdí el conocimiento por completo para sufrir uno de los tormentos más horribles de mi vida, la profanación de mi cuerpo por el hombre que yo más odiaba; el que saciado su infernal deseo me colocó sobre sus hombros, salió de la Ermita y levantándose en sus brazos me lanzó al abismo; mas como no se muere hasta que ha llegado la hora, mi cuerpo quedó detenido en un ancho escalón de las rocas y allí recobré el sentido después de algunas horas, lanzando ayes tan desgarradores y tan lastimeros, que llegaron a oídos de los trabajadores del campo que iban con la luz del alba a comenzar sus cotidianas tareas; al verme me dijeron que pronto vendrían en mi ayuda, dieron un largo rodeo y pudieron llegar hasta mí, y con mil apuros consiguieron llevarme a mi casa, donde mis padres me encomendaban a Dios habiendo creído lo que les había dicho el Abad, que me había adelantado imprudentemente habiéndose desprendido la roca en que me apoyaba rodando los dos al abismo.

Yo desgraciadamente, cuando pude hablar que tardé algunos días pues la fiebre me devoraba y los horribles dolores de mis dos piernas fracturadas, conté a mis padres todo lo acontecido, más ellos no me creyeron; era tan profunda su fe en los ministros del Señor, que no titubearon, en decirle al Abad que sin duda el diablo se había apoderado de mí o que había perdido la razón. El Abad dijo entonces que hacía tiempo me venía observando y creía que efectivamente mi juicio no estaba en su estado cabal, y que la tarde de mi desgracia, indudablemente un arranque de locura me hizo correr hasta caer en el abismo.

¡Cuánta infamia! Los labriegos que me salvaron la vida fueron desapareciendo lentamente empujados al abismo por los secuaces del Abad, en venganza sin duda de haberme devuelto a la vida y yo, como loca, y además endemoniada, fui encerrada antes de mi completa curación en una casa de corrección religiosa, donde concluí mis días verdaderamente loca, porque hasta allí me persiguió el maldito Abad diciéndome que yo tenía para él una atracción satánica.

Renuncio a contarte la serie de humillaciones que me hizo sufrir porque las leyes del rubor lo impiden. Al fin dejé la Tierra después de cinco años de horribles e indescriptibles sufrimientos

morales, y mi adorado Jaime puso fin a sus días cuando volvió de Roma y mis padres le dijeron que yo estaba loca y endemoniada.

Hizo cuanto pudo por encontrar mi encierro, mas todo fue inútil; y pronunciando mi nombre en una noche de tempestad se arrojó al mar. Ya ves, cuánta dicha perdida. Yo vivía feliz, era joven, hermosa, inmensamente rica y tiernamente amada: Jaime era mi vida, con él crecí, con él pasé mi niñez, con él sentí esa sensación inexplicable que siente la niña cuando al dejar sus alas de ángel un hombre murmura en su oído: ¡Yo te amo! ¡Yo quiero que seas la madre de mis hijos!... Mi mundo era él, que me respetaba como una virgen, jamás sus labios se apoyaron en los míos, su amor era casto y puro, y tanta castidad, tanta pureza, tanta inocencia fue hollada miserablemente por un hombre que se llamaba elegido de Dios, y no contento con mi deshonor, quiso mi muerte, y al no conseguirla me hizo pasar por loca para hacerme sufrir nuevos y repetidos ultrajes. Y el adorado de mi corazón, el que me había preparado un verdadero nido de plumas y flores, tuvo que buscar en el suicidio la calma y el olvido de su inmensa desventura, porque él nunca creyó que yo estuviese loca, y sí, que era víctima de una maquinación infame.

Ahora dime tú, ¿los que cometen tantas iniquidades, tantos crímenes, los que arrebatan la felicidad a seres, que para ellos son inocentes, que merecen? Merecen volver a la Tierra en las condiciones que ha vuelto el mendigo de Monserrat, que vio morir a su hijo rodando de peña en peña porque era necesario que pagara algo de lo mucho que debía. Su hijo había sido uno de sus compañeros en el poder religioso, que hay espíritus que se buscan, lo mismo para ejercer el mal, que para expiar sus culpas; y aunque el Espíritu que me ha dejado comunicarme contigo no quería aclarar qué crímenes había cometido el mendigo de Monserrat, yo difiero en un todo de su parecer, y por eso he dicho uno de sus innumerables atropellos para demostrar lo grande que es la justicia divina; y como aprende el Espíritu a ser bueno.

En ésta existencia Francisco Guitart ha sido un ser completamente inofensivo, su propósito de enmienda ha sido firme, bien ha padecido hambre y sed, bien ha sentido frío y todos los padecimientos inherentes a una vida de completa expiación,

mas por su mente no ha cruzado la idea de hurtar un pan. Vive humillado, pero no envilecido; odia toda dominación, especialmente la religiosa, porque a ella ha debido todos sus desaciertos, es en ésta existencia inmensamente desgraciado, pero no ha adquirido ninguna responsabilidad.

Yo le he odiado durante mucho tiempo, hoy le compadezco, le he perdonado cuanto daño me hizo; porque yo también tenía y tengo una funesta y malhadada historia; mas como él la ignoraba, su crimen no tiene disculpa. Yo no merecía ser dichosa en mis amores, por eso no lo fui, pero tampoco era acreedora a sufrir las penalidades y tormentos que sufrí; tormentos que lastimaron tanto mi Espíritu, que no he tenido valor aún para sufrir la angustia y la amargura de una nueva encarnación; he quedado completamente abatida. Mi adorado Jaime, ese sí, ha vuelto a la Tierra valiente y animoso; yo permanezco recobrando fuerzas y educando mi sentimiento, porque quiero olvidar las ofensas recibidas y aún no puedo; y muchas veces cuando el mendigo de Monserrat siente hambre y todos le niegan el pan, cuando en el convento le despiden y le arrojan como si fuera un leproso, experimento una sensación a pesar mío de inmensa alegría; luego me arrepiento y yo misma inspiro a muchos viajeros para que le den su óbolo y doy fortaleza a su Espíritu para que sufra sin murmurar.

Si yo te contara los crímenes que se han cometido en la montaña de Monserrat en los pasados siglos, cuando el feudalismo religioso imperaba en absoluto, ¡cuántos volúmenes podrías escribir!... y a cuántos desgraciados te podría enseñar que están hoy en la Tierra, los unos sin brazos, (como uno que viste no hace mucho tiempo) los otros sin piernas o gibosos, aquellos que pasan por locos y están en los manicomios de lejanos países trabajando y sufriendo teniendo completa lucidez en su inteligencia; otros acusados de crímenes que no han cometido, sufriendo condenas o prisiones preventivas. ¡Ay!... La humanidad de la Tierra tiene una historia de crímenes, por eso vivís tan mal, todos sois malhechores más o menos arrepentidos; por eso aun cuando ya sois muchos los que amáis el progreso, como tenéis un pasado de tanta sombra, ¡cuán difícil es que podáis vivir en la gloria de la luz! Ya sois muchos de vosotros buenos, hacéis el bien, llegáis a veces hasta el sacrificio; mas ¡ay! Que de las malas

obras tenéis formada una pirámide más alta, mucho más alta que el sepulcro de los faraones: y de las buenas, no tenéis aún concluidos los cimientos que han de sustentar el arco de triunfo de vuestras virtudes.

Haces bien en compadecer a los que viven como el mendigo de Monserrat, porque es muy desgraciado todo aquel que ha pecado mucho, y es, el que está más necesitado de cariño y de consideración.

La comunicación ultra-terrena ha venido precisamente para acelerar la marcha del progreso, para demostrar que siendo siempre bueno, no hay temor de ser castigado; que el que hace el bien, en el mismo bien está pagado; que de las cenizas del pasado han de nacer las flores del presente, que del vicio de la fe, nació la plaga del fanatismo; que la vida es trabajar, que el tiempo es el gran maestro, que la creación es el archivo de la sabiduría, que nadie debe creerse superior a otro ni considerarse impecable, porque todos tienen un pasado y un porvenir.

Mucho más te diría porque me complace y me consuela comunicarme contigo, pero me indica el buen Espíritu que nos ha puesto en relación, que debo despedirme de ti, y como aquí obedecemos más que los terrenales, te dejo dándote mi parabién por el modo que tienes de emplear el tiempo. Adiós”.

“Quedas complacida por hoy, (nos dice nuestro guía) deseabas saber una historia más, para decir a los que sufren: Hacedos buenos para redimiros y ser libres; no ceses en tu noble empeño y no dudes que siempre tendrás quien te ayude en tu trabajo”. Adiós.

Nuestro júbilo es inmenso cuando los seres de ultratumba nos ayudan con sus narraciones y sus prudentes consejos, para sembrar la preciosa semilla del Espiritismo, que tan buenos y sazonados frutos da en los parajes donde hay más corrupción y más desgraciados. En las cárceles y en los presidios han conseguido las comunicaciones de los Espíritus, lo que no han obtenido nunca las religiones; que es despertar el dormido sentimiento del asesino, hacer reflexionar al delincuente, y convertir en hombre arrepentido al criminal más temible.

Felices nosotros que en medio de nuestra expiación y de nuestra soledad, podemos ser útiles a una fracción de la

humanidad, la más necesitada de instrucción, educación y consuelo.

Por eso nuestros escritos sólo cuentan generalmente tristes historias, porque solo éstas enseñan la amarga realidad de lo que fuimos y lo que somos.

¡A cuántas consideraciones filosóficas se presta la vida pasada del mendigo de Monserrat!

¡Ayer el fuerte, el señor feudal dominando en absoluto, cometiendo crímenes sin miedo de ser castigado! ¡Hoy el último entre los postreros sin un lecho donde reposar, sin un ser amigo a quien contar sus penas, sufriendo el hambre y el frío, siendo el objeto de burla y escarnio de cuantos le rodean, y esta humillación la sufre en los lugares donde quebrantó las leyes divinas y humanas!...

¡Ayer el tirano!... ¡Hoy el oprimido!...

¡Ayer el fuerte!... ¡Hoy el débil!...

¡Ayer crímenes! ¡Hoy expiación!... Y mañana... ¡Oh! Mañana, ¡progreso indefinido para su Espíritu!...

CAPÍTULO VI

¡ESTÁ LOCO!

Hace algún tiempo, que estando una noche en el café del siglo XIX, vi pasar ante mí, a un hombre alto, de mediana edad, de frente espaciosa, con el cabello medio recortado, iba sin sombrero, y aunque su traje estaba en buen estado, se notaba en él que llevaba cierto desaliño, cierto descuido, cierto abandono, la camisa ajada, el chaleco sin abrochar, miraba al frente y hasta me pareció extraño su modo de andar algo inseguro.

¿Quién será ese, has reparado? Pregunté a la buena amiga que me acompañaba.

Es un ingeniero, contestó el esposo de aquélla, pobrecillo. ¡Está loco!... no hace daño a nadie, y se pasa la vida de café en café, su familia es muy rica, y ella atiende a sus gastos. En todas partes le verás, ahora habrá ido por un panecillo, que le gusta mucho hacer miguitas (y que se las come con el mayor deleite.)

Efectivamente, volvió a pasar el pobre loco muy entretenido con su panecillo, del cual iba sacando la miga con sumo cuidado en pequeñas partículas. Muchos al verle se reían, y a mí por el contrario me dieron ganas de llorar; se sentó muy cerca de nuestra mesa y pude verle como se entretenía comiendo pan muy despacito. En su misma mesa había dos caballeros leyendo, él los miraba con cierta curiosidad hasta que al fin apoyó los codos sobre la mesa, se oprimió la frente con las manos y se quedó inmóvil. ¡Qué pensaría!...

¡Pobrecito! Exclamé con amargura: ¡Qué lástima! Un ingeniero, un hombre de estudios, una persona distinguida, ¡de qué modo va por el mundo! A medio vestir, mal peinado, mal arreglado, en una parte deja la capa, en la otra el sombrero. ¡Qué triste fin de existencia!... ¡Y en esa cabeza han germinado ideas! Las ciencias le brindaron sus inestimables tesoros, ¡Quién sabe cuál habrá sido el motivo de su locura! ¡Infeliz!... Y todo el rato que estuve en el café, estuve sufriendo pensando en aquel

desventurado, joven aún, de buena figura, instruido, distinguido, con bienes de fortuna, y sin embargo para él todo estaba de más, porque estaba condenado a ser el hazme reír de todos aquellos que no tienen corazón, a estar siempre solo entregado a su inocente entretenimiento de comer miguitas de pan.

Cuando llegué a mi casa me siguió persistente el recuerdo de aquel infortunado y hasta en sueños le vi, y al despertarme no sólo le vi a él en mi imaginación sino que vi una sombra detrás de él, aquella sombra de la cual no pude ver más que el conjunto, era una figura negra en un fondo claro, se acercaba a mí con afán, accionaba, me pareció escuchar una voz, y yo me confundía en mil conjeturas preguntándome a mí misma como veía la sombra tan cerca y llegaba a mí la voz tan débil, tan lejana, que necesitaba prestar toda mi atención para oír alguna que otra frase sin sentido, sin ilación, puesto que sólo oí lo siguiente: está loco -incesto - ¡maldición!- vengue a mí... antiguos enemigos- siempre solo, solo... ¡Madre!- escribe- no me- instrucción - escribe - y otras muchas palabras incoherentes.

Es cierto que me levanté con gran dolor de cabeza, y que seguí escuchando algo ininteligible. Tuve ocasión de preguntar al Espíritu del Padre Germán, si efectivamente era un ser de ultratumba que quería contarme sus penas, o era alucinación de mis sentidos, y el Padre Germán me contestó:

“No, no es alucinación, es en realidad un Espíritu que desea contarte una mínima parte de su accidentada historia, pero le costará mucho trabajo conseguirlo. Cuando llegue la ocasión oportuna escribe lo que él te inspire, que todo ser desgraciado merece profunda consideración”.

Han pasado muchos días, muchos, sin poder complacer al Espíritu cuya sombra vi; he tenido que hacer diversos trabajos, pero he comprendido que él no se ha separado de mí, al llegar la noche escuchaba como un rumor lejano, como suspiros ahogados y sollozos comprimidos, mil y mil ideas se amontonaban en mi mente, hasta que al fin, como todo plazo se cumple, hoy puedo consagrar mi tiempo a un Espíritu que según me dice en su última encarnación se llamó Darío Enríquez.

II

“Todo llega mujer, tienes razón, y cree que deseaba ardientemente comunicarme contigo, porque hace algunos siglos que éramos dos buenos amigos que en más de una ocasión expusimos la vida el uno por el otro; y al encontrarte la noche que te impresionaste tristemente contemplando a un loco, en mi oscuro camino vi un rayo de luz: tu compasión, tu pena ante el dolor ajeno fue ráfaga luminosa que iluminó mi pensamiento, encontraba un amigo, un compañero de otro tiempo y lo encontraba engrandecido por el sentimiento. Yo iba con el pobre loco, sorprendí tu mirada compasiva, leí en tu pensamiento y se despertó en él el vivísimo deseo de contarte los trágicos episodios de mi última existencia. Mi historia es muy complicada, me he creado bastantes enemigos, si bien he comenzado como tú la difícil y penosísima tarea de ir borrando rivalidades y antagonismos, enlazándome con aquellos que más me han ofendido, o a quienes yo he perjudicado con palabras y con hechos. Familias formadas por antiguos enemigos, hacen ensayos de afectos, que muchas veces, en ensayo se queda y hasta en algo peor, puesto que el odio renace y hace sentir sus horribles estragos, esto mismo me sucedió últimamente, y eso que sólo entre mi padre y yo existía antigua amistad, pues no me encontré con valor para luchar con más de un enemigo, con uno me bastaba, los demás individuos de mi familia me eran del todo desconocidos”.

“Escogí por madre a una mujer muy buena, era un ser dulce, tranquilo, pero apocado, pusilánime, que se unió con un hombre que la escogió por esposa no por amor, sino por egoísmo. Mi padre, muy joven se casó enamorado, perdió a su amadísima compañera, cuando ésta le entregó para recuerdo una niña encantadora. Mi padre se quedó desconsolado, no sabía a quién confiar su pequeña hija, pues él era solo, no tenía familia ninguna, y no quería separarse de su tesoro. Le hablaron de mi madre que reunía todas las virtudes, y acto seguido se celebró la boda, sin más ilusión por parte de mi padre, que tener una segunda madre para su adorada Lucila”.

“Dos años vivieron tranquilamente, mi madre cumplió admirablemente su sagrada misión, prestándole a la niña cuantas

atenciones, cuidados y desvelos reclama un ser en los primeros años de su vida, más de improviso llegué yo a turbar aquel reposo, mi entrada en ese mundo no alegró a nadie, porque mi padre, estaba tan celoso de su Lucila, que no quería que mi madre tuviese hijos, para que no compartiera su cariño con ningún otro ser, y fueran para su hija todos sus afanes. Mi madre, débil y tímida por naturaleza, al ver que su esposo no estaba contento de su nuevo estado luchó con encontrados y dolorosos pensamientos; como toda mujer deseaba estrechar un hijo en sus brazos, mas viendo que su esposo antes de verme ya anunciaba que no me quería en su hogar, mi madre no diré que deseó mi muerte, pero tembló ante las luchas domésticas, y al darme sus primeros besos, me bautizó con su copioso llanto. ¡Pobre madre mía!”.

“Mi padre ordenó que me entregasen a una nodriza e inmediatamente me sacaron de mi casa, así es, que mis primeras sonrisas, mis primeras palabras, mis primeros pasos y las primeras demostraciones de mi inteligencia, pasaron completamente desapercibidas; mi nodriza era una mujer buena, pero ruda, que no me escatimó el alimento, pero sí las caricias, porque ella no sabía hacerlas”.

“Contaba yo tres años, cuando mi madre consiguió, que me llevasen a su lado, tuve la suerte que mi hermana Lucila, me recibió con los brazos abiertos, yo era para ella un muñeco de carne y hueso que la divertía, y que ella manejaba a su antojo, porque como niña mimada era despótica y voluntariosa en grado máximo. Mi padre, al ver que su ídolo me acogió con infantil alegría, toleró mi presencia, y mi madre, cuando él no la veía, me cubría de besos, me estrechaba contra su corazón y me decía, que sobre todo fuera un esclavo de Lucila, pues ella comprendía perfectamente que mi padre sentía por mí una aversión inexplicable, y toleraba mi presencia sólo por complacer a su hija”.

“Estuve en mi hogar hasta cumplir diez años, mi padre no pudo resistir más, y me llevaron a un convento del cual era prior un hermano de mi madre, único ser que en ese mundo me quiso con toda su alma, que en verdad, te digo que nadie está desheredado, porque el ser más odioso, y más repulsivo tiene alguien que le ame y cuando los seres racionales se niegan a quererle, le quiere algún irracional. Mi madre me quería, pero era

un ser tan débil, tan apocado, tan sin energía, que todo le causaba espanto, le inspiraba mi padre un temor extraordinario, y otro tanto le sucedía con Lucila, que era la dueña absoluta de todo y su voluntad era la que imperaba desde su más tierna infancia. Mi padre quería que yo fuese fraile, mi madre por complacerle también, pero mi protector, mi ángel bueno fray Lázaro luchó valerosamente y seguí la carrera de las armas, que era mi ardiente deseo, pues no era la humildad ni la mansedumbre los distintivos de mi carácter, agriado también por la aversión (entonces injustificada) de mi padre, por el despotismo de mi hermana, y la pasividad de mi madre que nunca se atrevió a defenderme ni a reclamar mis legítimos derechos. Yo en cambio la quería mucho, la veía tan débil, tan sumisa, tan esclavizada, que le decía muchas veces cuando niño. Yo seré un gran capitán, y entonces vivirás conmigo y serás la dueña y señora de mi palacio, que aquí eres una triste sierva. Mi madre me tapaba la boca temblando que me oyeran; así es, que cuando su hermano se hizo cargo de mí, ella vio el cielo abierto y respiró con desahogo, porque yo era su pesadilla con mi carácter indómito, herido en lo más vivo por el odio paternal”.

“Al vestir el honroso uniforme del ejército español me creí feliz, tuve ocasiones propicias de hacer alarde de mi arrojo y de mi bravura, y en poco tiempo, cuando aún era un imberbe adolescente me hicieron capitán y cubrieron mi pecho con gloriosas cruces. ¡Se comenzaba a realizar mi sueño!”

“Aquellos años fueron los más dichosos de mi vida, joven, muy joven, rico, muy rico, admirado de mis compañeros, querido de cuantos me rodeaban, protegido por fray Lázaro (que era el confesor del Rey) olvidé las amarguras de mi hogar y a cuantos había en él, es decir, menos a mi madre, que me escribía muy de tarde en tarde, diciéndome que no me apurara por ella, que vivía tranquilamente; pero a pesar de tales afirmaciones, notaba en alguna de sus cartas profunda tristeza y gran desaliento, tanto es así, que había pensado más de una vez en pedir licencia y presentarme en mi casa de improviso a ver que sucedía, pero siempre se me presentaban inconvenientes y pasaban los meses y aun los años sin realizar mi viaje”.

“Yo, bueno es advertirlo, era un verdadero español; pendenciero, impresionable, camorrista, y tan celoso de mi honor

y del ilustre apellido que llevaba que ¡ay! del menguado que pusiera en duda la hidalguía de mi familia y la nobleza, de nuestro origen”.

“Una noche, (nunca lo olvidaré) llegó un capitán para unirse a las fuerzas acantonadas en un pueblecillo cercano a la corte que al día siguiente habían de tomar parte en un simulacro, yo fui uno de los oficiales que salió a recibir al capitán don Álvaro de Moncada, vernos y simpatizar fue todo uno, y a la madrugada sabíamos la vida y milagros el uno del otro, nos hicimos mutuas confidencias de aventuras amorosas, nos confiamos nuestras esperanzas y nuestros desengaños, y al hablar de estos últimos, me dijo Álvaro con entonación trágica: Para desengaños el que yo he recibido, ¡ah! ¡Qué horror! ¡Quién lo creyera! Conocí en un Santuario a la mujer más hermosa de este mundo, todo en ella es admirable, verla y amarla todo fue uno, le declaré mi súbita pasión y ella me escuchó sonriendo, sin darme esperanza ni marcados desaires, seguí sus huellas, supe donde vivía, rondé su palacio, pasé noches al pie de sus ventanas; le envié flores, cartas, poesías, todo cuanto se emplea en las manifestaciones del amor, le ofrecí mi nombre, mi adoración, mi idolatría, mi culto, cuanto puede dar un hombre enamorado y enloquecido y ella a todo dio la callada por respuesta, la veía salir acompañada de su padre siempre en coche, y sin saber por qué, la presencia de aquel hombre me hacía daño, porque notaba en sus ojos algo que me lastimaba que me hacía sentir una sensación dolorosísima”.

“Confíé mis penas a un compañero, y este me dijo sonriendo con desprecio: Mala elección has tenido, porque esa mujer tan hermosa es un ser abyecto, miserable, es incestuosa del modo más repugnante y más despreciable, es la concubina de su padre, todo el mundo sabe que es su manceba. Al oír aquella revelación me quedé helado: ¡Qué desencanto tan horrible!...Y sin embargo, me avergüenza confesarlo, abandoné aquella población con inmensa pena, porque adoraba... mejor dicho adoro como un loco a Lucila Enríquez”.

“¿Qué habéis dicho? Grité horrorizado, repetid el nombre de esa mujer, ¿Decís que se llama?

“Lucila Enríquez”

¡Santo Dios!... ¡Mi hermana!...

“Álvaro (que ignoraba mi nombre) se quedó aterrado y se arrojó en mis brazos llorando como un niño, y le estreché fuertemente contra mi corazón diciéndole: Mientras tú lloras como un chiquillo, yo lavaré mi afrenta como un hombre. Y loco desesperado, sin escuchar razones, sin atender a nadie, sin detenerme a dar cuenta a mis superiores de mi marcha, monté a caballo y no corrí, volé hasta llegar a la casa de mis mayores”.

“En alas del deseo hice mi largo viaje, sin tomar apenas alimento, y el que tomaba era con el propósito de tener firme el brazo para herir mejor; pensaba en el martirio de mi pobre madre, entonces veía claro lo que me decía en sus cartas, recordaba las sonrisas de alguno de mis compañeros, veía la deshonra de mi nombre, y me parecían siglos los segundos para lavar con sangre tanta afrenta”.

“Al fin llegué a mi casa, penetré en ella con la rapidez del rayo, me dirigí al espacioso comedor porque era la hora de la cena, vi a mi madre postrada en un sillón, mi padre y mi hermana sentados a la mesa comían alegremente, los miré y leí en sus semblantes su degradación, su bajeza; nada les dije, pero con mano firme, primero a mi padre y luego a ella les clavé mi daga en el corazón cayendo después de rodillas ante mi madre diciéndole: ¡Pobre mártir!... tu hijo te ha vengado.” “Mi madre quiso gritar, pero no pudo. ¡Había muerto de espanto!”

“¿Qué pasó entonces?... Yo declaré que estaba satisfecho de mí mismo que había matado a dos seres que deshonraban el nobilísimo apellido de los Enríquez, que había vengado a mi madre y que prefería mil veces la muerte a vivir deshonrado, declaré noblemente la verdad, pero el hermano de mi madre fray Lázaro, que como he dicho antes, era hombre muy influyente, y tenía una fortuna de príncipes, trabajó en mi favor cuanto pudo y pasé por loco, me encerraron en un monasterio que servía de hospital para los dementes, y de allí me sacó fray Lázaro a los pocos días de haber entrado, llevándome a una de sus casas de campo, donde tuve la desgracia de ver morir a mi bienhechor al poco tiempo de habitar los dos en aquel apacible retiro. Al quedarme completamente solo, entonces sí que realmente mis facultades mentales tuvieron una violenta sacudida, motivada también porque el Espíritu de mi padre me atormentaba cuanto podía, me propuse viajar, pero tuve que hacer alto en uno de mis

castillos porque mi cuerpo se negaba a sufrir las molestias del viaje, donde me encontraba mejor era en la cumbre de las montañas, y justamente aquella fortaleza estaba construida en una eminencia tan rodeada de precipicios que allí estaba yo en mi centro y sentí mis reales rodeado de algunos servidores. Daba paseos interminables, y siempre que me encontraban los aldeanos, hacían la señal de la cruz, se alejaban de mí con recelo y se decían los unos a los otros: ¡Mató a su padre!... pero... ¡Está loco!”

“Entraba en la iglesia del pueblo y todos me abrían paso diciendo por lo bajo: que viene el loco”.

“¡Si vieras qué triste es escuchar esa palabra!... Porque al oírla recordaba el horrible episodio, y decía con profunda amargura: ¡Imbéciles! No estaba loco, vengué a mi madre que fue una mártir, y maté a dos miserables que deshonraban su nombre y no eran dignos de estar en la Tierra; y en esta lucha de amargos recuerdos una noche, desde lo alto de una montaña resbalé empujado por el odio de mi padre y caí en un abismo del que nadie pensó en extraer mis restos, por ser completamente imposible descender hasta el fondo; y hasta después de muerto la oración fúnebre que pronunciaron a mi memoria fue esta: No podía morir de otra manera. ¡Estaba loco!...

“Mi Espíritu que quedó mucho tiempo en la turbación, vagaba en torno del precipicio donde dejé mi organismo, ora acudía al templo donde mis parientes elevaban sus preces por el alma del pobre loco; y siempre oía las mismas frases: ¡Está loco!”

“El mismo Espíritu que tanto me protegió en la Tierra el hermano de mi madre, fue el que logró hacerme conocer mi verdadero estado, entonces supe el porqué mi padre me había odiado y me odiaba todavía, su odio era justificado, (dada la inferioridad de nuestros espíritus).

“Habíamos sido implacables rivales en amor, en religión, en política, en raza, en todo, el ensayo de reconciliación, no había dado fruto porque no podía darlo; el odio alimentado durante muchos siglos, no podía borrarse en breves segundos. Los espíritus que por nosotros velaban hicieron cuanto les fue posible por alejarnos el uno del otro para evitar el choque y el rompimiento de hostilidades, pero llegó el momento inevitable y yo una vez más destruí el organismo de uno de mis encarnizados enemigos”.

“¡Qué historias tan tristes guarda la Tierra! Cuantos que pasan por locos comenten crímenes dominados no por la perturbación, sino muchas veces por el punzante recuerdo de ofensas pasadas, algo que no tiene nombre apropiado, pero que hace hervir nuestra sangre y levanta nuestro brazo para herir sin piedad. ¡Qué horror!...

“La Tierra está habitada por ciegos, los que castigan no saben el porqué, de muchos atropellos. Los que llamáis criminales son a veces espíritus de dolorosa historia que llegan a la más completa desesperación, porque.... ¡Están tan hartos de sufrir!”

“No juzguéis, no lancéis sobre los que parecen culpables vuestro desprecio o vuestra maldición, porque no conocéis su ayer, y no sabéis si un Espíritu se ha ido haciendo fuerte entre breñas y zarzas espinosas, o entre perfumes y amorosas caricias: No juzguéis porque no os conocéis”.

“Adiós mujer, agradecido quedo a tu compasiva condescendencia. ¡Cuánto me ha alegrado encontrarte!... y más aún en la disposición de ánimo que estás, porque compadece profundamente a los pobres locos”.

Confío poder comunicarme contigo, te inspiran compasión los seres que a la generalidad les causan risa: (¡Sarcasmo horrible!). Yo que pasé por loco sé lo que se padece, y lo que se sufre al verse convertido en blanco de burlas y sátiras despiadadas. Tú compadeciste a un pobre loco, y aunque ningún lazo de amistad nos uniera, yo lo haría ahora; porque quiero ser tu amigo y contarte muchas historias para que tú las escribas y repitas en tus escritos estas palabras. Cuando encontréis a un loco, no os riais, vuestra risa aumenta su desventura y... ¡Sufren tantos los que pasan por locos!.... Adiós, tu antiguo amigo.

Darío Enríquez.

III

Yo me congratulo de haber encontrado a un antiguo amigo, y aún cuando no lo fuera, desde hoy lo sería; porque un desgraciado que tiene en el libro de su historia páginas tan tristes y tan dolorosas, necesita ser querido y compadecido. Los que sufren son mis mejores amigos, y siempre me prestaré con buen deseo a transmitir sus comunicaciones, si con ellas puedo ser útil

LA LUZ DEL CAMINO

y dar alguna enseñanza a los muchos que sufren en la Tierra, y tienen hambre de justicia y sed de inmenso amor.

CAPÍTULO VII

EL SOL Y LA VERDAD

Decía San Ambrosio que, “las grandes obras no necesitan de quien las aplauda, porque ellas mismas testifican su grandeza”.

Nada más cierto, la verdad, la razón y la justicia, valen tanto por sí solas, que son inútiles todos los encomiásticos elogios que se puede hacer de ellas.

El Sol ha sido cantado y ensalzado por los poetas de todos los tiempos.

Lord Byron con su estilo especial, le llamaba “el primer ministro del omnipotente”.

Flammarión exclama en su entusiasmo sublime que, “el sol es la eterna sonrisa difundida por el mundo” y otras veces le llama: “El corazón del Universo”. Los hombres primitivos le rindieron culto, proclamándole la Divinidad de la Tierra, y en nuestros días se cuenta de un ateo que viudo y con su hijo, se fue a vivir a una quinta, prohibiéndole a sus servidores que hablasen a su hijo de ninguna religión; quería ver por sí mismo si el sentimiento de la admiración y de la adoración, era innato en el hombre, si esta debilidad de nuestro cerebro nacía con nosotros o la adquiriríamos por los perniciosos efectos de la educación. El inocente niño creció sin aprender nada, corriendo por los inmensos bosques de su heredad, jugando con las mariposas y cultivando muchas veces flores, por las cuales tenía el niño especial predilección. Su padre seguía cuidadosamente todos sus pasos, notó que su hijo que tenía diez años, principiaba a demostrar una decidida afición a la soledad. Era el primero que se levantaba en la casa y salía al campo.

Una mañana, le siguió su padre, y vio que el niño subió a una montaña, densas nubes cubrían el cielo, y el tierno adolescente exclamó con acento suplicante:

¡Oh nubes! ¡Dejad que salga mi padre, el Sol! Cuando no le veo estoy enfermo. ¡Sol hermoso, ven a verme, que yo te quiero sobre todas las cosas de la Tierra! Las nubes cual si escucharan el

ruego del niño, verificaron lo que en fáciles versos describió un poeta en un canto al sol, diciendo:

El más bello paisaje que presenta la gran naturaleza, es cuando en la mañana se cubre el horizonte con nubes zafiro, ópalo y grana. ¡Ojo inmenso figuran las apiñadas nubes! Su órbita la enrojece un fuego interno, sus párpados las brumas entreabren. Y asoma la pupila del Eterno.

Así sucedió, la plegaria del niño fue escuchada, y el principio de nuestra vida apareció majestuoso ante el cual el hijo del ateo cruzó las manos exclamando con íntima efusión: ¡Cuánto te quiero, padre mío! ¿Y a mí, no me quieres ya? Murmuró su padre conmovido.

El niño se volvió y arrojándose en sus brazos le colmó de caricias diciéndole: No tengas celos, yo también te quiero mucho, pero déjame querer al sol, como todo le quiere en la naturaleza. ¿Por qué no le quieres y le llamas como yo? Desde mañana le llamaremos los dos juntos, y así tal vez vendrá más pronto.

A contar desde aquel día, el pequeño adorador del sol tuvo en su padre un buen maestro, porque aquel era un hombre muy instruido; y algún tiempo después el ateo entró a formar parte de la iglesia reformista, a su hijo le debió el ver la luz, convenciéndose al fin, que Domingo Malpica estaba en lo cierto al decir: “Que en todo corazón hay una fibra y una esperanza; en toda mente un allende infinito y desconocido, sobre la mente y el corazón una luz de suprema belleza; que es el ideal donde van a parar la fe, la esperanza y este sentimiento del bien que es el anhelo de toda la vid.”

Nadie le había revelado al niño la creación; pero se sintió subyugado por su magnética belleza, y amaba al sol porque veía en él lo más hermoso, ¡La Luz!... Del mismo modo la verdad se recomienda por sí sola; no necesita que la ensalcen.

La desgracia que aflige a la humanidad es que, como dice Balmes: “Conocemos más los libros que las cosas, y el ser sabio consiste en saber cosas y no libros”.

Nosotros encontramos la verdad en el Espiritismo antes de haber leído sus obras fundamentales; nos bastó leer un buen artículo en un periódico espiritista, y enseguida dijimos, he aquí el Dios que sueña la razón, he aquí el porvenir de la humanidad, ésta es la Luz.

Leímos después sus obras fundamentales, porque debe conocerse la teoría que es la poesía lírica de la práctica, y luego seguir estudiando al hombre que según afirma un Espíritu; el hombre en la Tierra es una continuidad de efectos, y de estos efectos se deriva la causa.

No se nos oculta que las grandes causas han servido de manto a toda suerte de miserables consecuencias, pero esto no nos asusta, porque las plantas parásitas no pueden conseguir derrumbar los abetos, los cedros, los robles, los baobad y los alerces, y tantos y tantos gigantes que engrandecen el reino vegetal; del mismo modo los falsos cristianos no han logrado empequeñecer la adorable figura de Cristo, que no será porque no se han cometido en su nombre toda clase de crímenes en guerras religiosas, en impuestos onerosos, en confinamientos brutales, en suicidios lentos, en todo cuanto puede soñar el humano extravío; y sin embargo, el Redentor de la humanidad, el primer espiritista de los tiempos, que nos habló de las muchas moradas de la casa de nuestro padre, el que respetaba los gobiernos constituidos diciendo: dad a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César, el que nos dijo amaos los unos a los otros, aquel Ser admirable, aquel Espíritu fuerte que vino a decir al hombre (como dice un Espíritu): ¡Anda humanidad! ¡Anda! Que para ti no se cansarán los siglos, ¡anda! Que el progreso, ya te presenta su itinerario, ¡anda! Que la luz ha sido hecha para ti, ¡anda! Que tienes que realizar los sueños de las civilizaciones futuras, ¡anda! Que tú eres la delegada de Dios, para implantar en los mundos la fraternidad universal, aquel sublime orador que eligió por tribuna la cumbre de la montaña, y la frágil barquilla, es el punto de partida, es la estrella polar que sirve de norte a todos los náufragos de este mundo.

¿Se reforma una religión? Se acude al evangelio de Cristo.

¿Se refunde una filosofía? Se comentan las parábolas de Jesús; y en todos los adelantos humanos resuena el nombre del mártir del Gólgota; no han podido destruirle las demás religiones, porque Él ha sido y es la síntesis de la verdadera religión. Del mismo modo el Espiritismo ha sido, es y será la demostración del infinito, la verdad eterna, el manantial de la justicia, y la realidad de todas las esperanzas.

Es la continuación del evangelio, ni más ni menos, así es, que no necesita que decanten sus glorias porque Él solo se glorifica regenerando a los espíritus que quieren beber de sus puras aguas.

Siguiendo el consejo de Balmes, queremos saber cosas y no libros; esto es, no desdeñamos la lectura, líbrenos Dios, no concebimos la vida sin el estudio; pero concedemos particular atención a esas pequeñas acciones de la vida íntima, que pasan desapercibidas y en las cuales se retrata el hombre.

Un hecho heroico, es obligado a veces por las circunstancias, pero la sencilla manifestación del sentimiento pone de relieve el mérito del alma.

El Espiritismo, su aspiración principal es que se practique el bien por el bien mismo, es que el hombre ame todo lo de la creación, y forme de la humanidad una sola familia. Bajo este supuesto, el espírita verdadero se ha de distinguir por sus caritativos sentimientos. La caridad ha de ser su primer distintivo; y nosotros a semejanza de Diógenes, (que iba con una linterna buscando a un hombre), vamos con nuestra observación buscando a los espiritistas que merezcan tal nombre.

Ardua tarea hemos emprendido, pues conocemos como conocía Guy Patin, que, “si el hombre quisiera dirigir bien sus pasos, pudiera hacer un largo viaje con los que pierde inútilmente”, más a pesar de todo, como querer es poder, algo hemos alcanzado de lo que queremos que es ver destellos de la verdad.

Una mañana, estábamos escribiendo y el llanto desgarrador de una niña llegó hasta nosotros, instintivamente nos levantamos a ver quien lloraba con tan amargo desconsuelo, y vimos a una pobre niña que vivía en el piso de abajo, y estaba sentada en su jardín lanzando lastimeros ayes; un espiritista que estaba cerca de nosotros se impresionó vivamente, y preguntó a la pequeña por qué lloraba.

- ¡Ay! Contestó la niña con amargo acento, lloro porque el gato se ha comido todo el pescado que he traído esta mañana y mi madre dice que me va a matar.

- ¿Y cuánto valía todo el pescado?

- Dieciocho cuartos.

El espiritista envolvió unas cuantas monedas en un papel y se lo tiró a la niña diciéndole:

-Dile a tu madre que no te mate, que ya tienes muchos cuartos para comprar todo lo que el gato se ha comido; y volviéndose hacia nosotros repuso sencillamente. Me sublevo cuando veo que martirizan a los pequeñitos. Yo no puedo ver llorar a los niños.

Nosotros le miramos fijamente y dijimos un poco avergonzados: Este espiritista nos gana en buenos sentimientos, porque escuchábamos los gemidos de la niña, sin ocurrírsenos inquirir la causa; bueno es que haya estos ejemplos para que aprendamos los demás.

Aquel hombre se llama espiritista, y lo es en realidad; y siguiendo nuestra tarea de buscar rayos de luz, terminaremos estas líneas recordando el diálogo que tuvimos con un hermano nuestro hablando de la misión de los padres de familia.

-Yo, decía nuestro amigo, trato de hacer a mis hijos sensibles y compasivos desde pequeñitos; he procurado siempre hacerles amar sin egoísmo. Recuerdo que un día una de mis hijas vino con un pajarito que le había dado su abuela; y yo al ver al pobre hijo del aire prisionero le dije a mi niña:

-Mira, ¿te gustaría que yo te encerrara en un cuarto, y que allí te diera de comer sin salir nunca?

- ¡Ay! No, no, replicó mi hija con viveza.

-Pues mira, del mismo modo que tú, este pajarito no quiere estar encerrado, porque echa de menos el bosque, donde le espera su compañera para hacer el nido.

- ¡Ay! Pero si se va yo me quedo sin él, contestó mi hija.

- ¡Y qué importa que te quedes sin él, si él va a ser feliz! Vamos, ¿me dejas que le abra la jaula? Él se quedará muy agradecido de ti. Mi hija entonces abrió la jaula llorando silenciosamente y su querido prisionero se fue.

Otra vez vinieron mis hijas muy alborozadas diciéndome hemos dado un gran paseo y hemos estado mirando como mataban a un cordero.

¿Como? Les dije yo: ¿Habéis tenido valor de presenciar la agonía de ese pobre animal tan inofensivo? Ya que las condiciones de este planeta nos obligan a matar para vivir, no unamos la crueldad a esta necesidad imperiosa. ¿No os daba

lástima ver sus ojos tan tristes? Estas y otras lecciones han conseguido lo que yo deseaba, que era hacer a mis hijas buenas y compasivas; ayer justamente me dieron un buen rato; estaban en una casa de la vecindad y me las vi venir corriendo como asustadas. - ¿Qué traéis? Les pregunté. -Que van a matar a un cordero, y no hemos querido verle morir, me contestó una de ellas. En aquel momento, amiga mía, fui dichoso, porque vi que los espíritus que Dios había puesto a mi cuidado eran enemigos del mal. En aquel instante me alegré de ser padre, y guía en la Tierra de aquellas almas dulces y cariñosas.

Al terminar su sencilla e ingenua relación le contemplamos con ese placer con que miramos todo lo bello y todo lo grande, y acordándonos del otro espiritista que no puede oír llorar a los niños, dijimos con profunda convicción. Si del árbol del Espiritismo se recogen tan sazonados frutos, bien dice San Ambrosio, “que las obras no necesitan de quien las aplauda, porque ellas mismas testifican su grandeza”.

Además, el Espiritismo dispone de una riqueza inagotable. Según Leymarie el tiempo es la moneda del gran arquitecto, y el Espiritismo es el dueño absoluto de esos títulos llamados existencias que se cotizan en la eternidad.

Según Thales lo más sabio es el tiempo, de consiguiente la filosofía basada en la necesidad de las encarnaciones del Espíritu, nos parece la más lógica y la más razonable de todas las que hasta hoy se han disputado la primacía en las naciones civilizadas. ¡Bien haya el siglo XIX que ha dado paso a todas las ideas! Y le ha dicho al hombre: ¡Anda! Pregunta a tu razón dónde está la verdad.

CAPÍTULO VIII

CONÓCETE A TÍ MISMO

Cada uno es el redentor de sí mismo, y en mi humilde concepto creo que para llegar a ser un verdadero Apóstol del progreso es preciso ante todo redimirse uno propio, teniendo en cuenta que para lograr un fin tan elevado es necesario cumplir al pie de la letra el sabio consejo de Solón: **Conócete a ti mismo**. Conocerse a sí mismo: He aquí lo importante del problema: Muchos creerán que conocerse es confesarse culpable, no; hay que ir más allá, mucho más. **Conocerse a sí mismo**, según mi opinión, debe ser (después de un previo y concienzudo examen de todos los hechos buenos y malos), procurar mejorar vuestras costumbres, introduciendo en la sociedad una reforma completa lo mismo en el orden físico, moral que intelectual, establecer un régimen progresivo en armonía con las aspiraciones del Espíritu humano y oponerse a la propagación del mal, la desinteresada práctica del bien. Esto que de seguro encontrará detractores porque en todos los tiempos ha habido fariseos dispuestos a destruir toda obra útil y beneficiosa, al fin lograréis realizarlo, porque Dios quiere siempre el triunfo de su obra, y no es posible que la voluntad Suprema, cuyo poder es infinito, quede eclipsada por la voluntad finita del mísero gusano de la Tierra, el hombre.

Tan importante le es al hombre aprender a conocerse a sí mismo, como saber, porqué está en la Tierra, de donde viene, y a donde va.

Si para progresar intelectualmente ha sido preciso luchar con el valor de los héroes y la fe de los mártires, ¿ha de serlo menos para progresar moralmente? Claro que no; porque el progreso moral y el intelectual deben marchar acordes uno con el otro, prestándose mutuo apoyo.

Al hombre del Mundo Tierra le falta por descubrir un sencillo pero profundo secreto: ¿Sabéis cuál es? ¿Lo ignoráis? Pues voy a decíroslo: **Es aprender a conocerse a sí mismo**. Porque una vez que haya estudiado sin prevención su propio yo y

los defectos de que tan plagado está, habrá ganado un paso en su camino histórico a través de los siglos.

El Espiritismo, abre un inmenso horizonte al hombre para que con ayuda de las profundas enseñanzas, que a torrentes se derraman por doquier, aprendáis a estudiar en el gran libro de la vida, vuestro modo de ser y la razón de esa infinita variedad que se observa en el género humano.

¡Qué grandioso es este aforismo y que mal comprendido por los hombres! Todo nuestro afán es conocer a los demás; si pudiéramos sujetarles a nuestros caprichos, seríamos máquinas dirigidas por mil impulsos diferentes, todos deseamos conducir o bien ser el mentor de nuestros hermanos, sin tener en cuenta, que mal puede enseñar el que no sabe; mientras no nos conozcamos a nosotros mismos no podremos convertirnos en maestros de los demás. El verdadero sabio es el que sabe conocerse a sí mismo, si las criaturas en vez de afanarse por descubrir las debilidades de sus hermanos, pusieran todo su cuidado en conocer las suyas, y librarse de ellas, ¡qué cambio tan grande se operaría en nosotros! Nos asemejaríamos al que se operó en los que le presentaron a nuestro divino maestro Jesús, la mujer adúltera, y que iban dispuestos a matarla a pedradas creyendo en su ignorancia, que cumplían con la justicia juzgando a su hermano, pero al penetrar en sus corazones aquellas sublimes palabras de, el que de vosotros esté sin pecado que le arroje la primera piedra primero, (palabras mágicas) pues por ellas cada uno se vio tal cual era, y avergonzados de sí mismo huyeron sin dignarse mirar a la que poco antes se creían tan superiores a ella. ¡Cuánto bien nos reportaría este estudio! Daríamos un gran paso en el progreso moral que tan atrasado llevamos por desgracia, hemos dado un paso gigantesco en el intelectual, esto es evidente; si volviéramos la vista al siglo XVII y XVIII nos encontraríamos a tal altura que nos debe llenar de satisfacción el desarrollo de nuestras inteligencias, pero ¿somos felices por esto? ¿Nuestro Espíritu está satisfecho? ¡Ah! No; todos sentimos un mal estar general, todos nos lamentamos de un sufrimiento extraño en todas las esferas de la escala social, todos señalamos el mal, los de arriba a los de abajo y los de abajo a los de arriba y una lucha a muerte se sigue de estas acusaciones, creen los de abajo, que tirando a los de arriba cesará su sufrimiento y los de arriba que pisando a los de

abajo serán felices. ¡Qué gran error! Los hombres se necesitan mutuamente, no hay una criatura por inútil que nos parezca que no esté llenando su cometido en el laboratorio de la creación, así como nuestros cuerpos se componen de diferentes moléculas que juntas forman nuestro organismo, el cuerpo social se compone de átomos que todos juntos componen el gran todo de la sociedad, pero para que este cuerpo tenga vida, es preciso que todos estos elementos de que está compuesto llenen su cometido, de lo contrario, el desnivel no tarda, y el cuerpo desfallece, he aquí nuestra sociedad actual, sabia sí, pero anémica y vacilante, no tiene vigor para avanzar y desfallece. ¿Y cómo no? Si le falta la sangre que vigoriza que es la moral, sí, la moral, el principal elemento del cuerpo social, y mientras esta no impere en los hombres no podrán encontrar la felicidad que buscan con tanto afán. Los que están arriba deben pensar siempre, que los de abajo son su base, deben considerarlos como una parte de sí mismo, no perdiendo de vista que sin pedestales no hay estatuas y los de abajo que sin la ayuda de los de arriba les es imposible ascender, así es que debemos todos ayudarnos mutuamente conociendo cada uno la misión que tiene que llenar junto a su hermano, y procurar cumplirla sin fijarse en los que indolentes y perezosos se abandonan y dejan de cumplir un deber tan sagrado, que no se perjudican solo así mismos sino a todos sus hermanos en común.

¿Y qué diremos de los espiritistas de esta gran falange que está puesta a la cabeza de la familia humana? Para estos, no sólo quisiera tener la elocuencia de esos grandes hombres que han inmortalizado su nombre, sino, la persuasión de nuestro maestro y modelo Jesús, para que, no mi palabra que tan pobre es, sino, mi deseo y el amor que para ellos siente mi Espíritu; a estos, quisiera hacerles ver la misión tan grande que tienen que llenar llevando la luz a los ciegos en la fe, a estos, les diré con Jesús; que si un ciego guía a otro, ambos caerán en el hoyo, no, vosotros no debéis caer porque tenéis a vuestra disposición la filosofía Espiritista, o sea el libro de los Espíritus, consultarle, interrogarle sin cesar, y sobre todo practicar las enseñanzas que él os dé, si así lo hacéis él os conducirá al puerto, él os dirá que jamás despreciéis a vuestro hermano, por más que lo veáis caer, por el contrario, que le busquéis, que le deis la mano, y con una reflexión razonada y sentida, no sólo le haréis reparar sus faltas, sino, que, con vuestro

apoyo le libraréis de una segunda caída, considerando, que vosotros en su lugar desearíais hicieran lo mismo, teniendo presente, que, con la vara que midamos nos volverán a medir, entre vosotros deben de desaparecer esas susceptibilidades que son el mayor de los enemigos, siendo el orgullo disfrazado, vuestros centros deben ser depurativos de vuestro Espíritu en donde todos busquéis el adelanto moral, confesando vuestros defectos y señalándoselos los unos a los otros no deseando más que en cada sesión ser mejores que en la anterior. Cuando tratéis de los defectos de vuestros hermanos, que no sea vuestra intención censurar sus debilidades sino conspirar contra ellas y buscar el mejor medio de dejarle libre de aquel enemigo, parapetándoos vosotros para no dejarle entrar en vuestra morada. Los espiritistas, forman una familia más íntima que las demás escuelas, y por lo mismo, deben considerarse una parte integrante de sí mismos; y cuando le vean caminar extraviado no se le debe abandonar sino ver y poner todo vuestro cuidado en hacerle volver al redil como el buen pastor busca sus ovejas, nosotros, tenemos la obligación de velar por nuestros hermanos así como nos prestamos ayuda para las enfermedades del cuerpo; debemos prestárnosla para las de nuestro Espíritu, todos, todos estamos enfermos del Espíritu, pero nuestra enfermedad, es semejante a la tisis, que cuanto más avanza menos se apercibe el enfermo de su gravedad, y más sueños de color de rosa reflejan en su imaginación calenturienta, pero nosotros no debemos ser engañados como lo son estos infelices, sino que debemos preguntarnos los unos a los otros: ¿Qué falta hemos cometido hoy? Y con caridad y humildad, ir quitando cada día una piedra de nuestro camino, si así lo hacéis, a vuestros centros descenderán Espíritus de Luz, verdaderos maestros que os conducirán a Dios; comenzaréis a ser felices porque cumpliréis con vuestro deber, si por el contrario, os dirigís a vuestros centros henchidos de orgullo creyándoos superiores a vuestros hermanos dispuestos a tirarle la primera piedra, no en su presencia sino cual Judas vendiendo a su maestro con el ósculo de paz. ¿Qué os ha de suceder? ¿Qué ascendiente podéis tener para que los espíritus del Señor vengan a vosotros? Ninguno: He aquí el estacionamiento del Espiritismo, por qué son muchos los llamados pero pocos lo elegidos. No me

AMALIA DOMINGO SOLER

cansaré de repetirlo, la causa de todos nuestros males está en nosotros, procuremos conocernos y seremos felices.

Amalia Domingo Soler

CAPÍTULO IX

LOS LAMENTOS DE UN ESPÍRITU ENCARNADO

(EXPIACIÓN)

Que es justa y merecida bien lo creo, pero su enorme peso, ¡cuánto abrume! ¡Querer volar en alas del deseo para encontrar la luz...la verdad suma!

Y encontrarse sujeto entre esas redes que no pueden romperse... ¡Dios eterno! ¿Resignarse a vivir entre paredes sufriendo las angustias del infierno?...

Sin tener unos ojos que nos miren, preguntando al mirarnos ¿por qué lloras? Sin tener unos labios que suspiren... ¡Qué lentas son las intranquilas horas!...

Ver prodigar amores y consuelos, atenciones, dulzuras, cuánto anhela un alma, que angustiada por sus duelos, por hallar un afecto se desvela.

Ver el agua que brota de una fuente, (tener la sed ardiente del delirio), que para todos mana dulcemente, y para uno se cierra... ¡Qué martirio!

Tormento es este, que en verdad confieso que me rinde, me abrume, me aniquila; tengo sed de infinito, de progreso, pero mi fuerza y mi valor vacila.

Una tregua ¡Señor! Dadme un momento el agua del amor que necesito, la esencia de ese dulce sentimiento que le da patria al infeliz proscrito.

¿Patria quieres? ¿Acaso desterrado te parece que estás en tu locura? Vives en un error. ¡Desventurado! (Así me habla una voz desde la altura).

Es tu patria el lugar donde te hallas, desterrado no estás del paraíso; nadie te ha levantado esas murallas; fue tu Espíritu ayer el que las quiso.

Tú has sido el constructor de esa mazmorra donde tu ser en su dolor se agita; la mancha del ayer nadie la borra aquel que la produce, aquel la quita.

Que te abruma el presente bien lo veo, (nunca fue la expiación carga ligera): ¡Hay del que vuela en alas del deseo!... y alguien le dice: ¿Dónde vas? Espera.

Hay que quitar las piedras del camino que ayer con atropellos levantaste; no es próspero ni adverso tu destino, es la obra que a tu antojo modelaste.

No eres juguete, no, de hado funesto, no hay estrellas que den fatalidades; no hay más que llegar tarde o llegar presto a conocer las propias liviandades.

No hay más que dominar de las pasiones la sed devoradora, eso es el todo; hacer frente a violentas tentaciones: ¿Con qué procedimiento? ¿De qué modo?

(Me pregunta tu mente acongojada) del modo más sencillo, contemplando los cuadros del ayer; ¿que no ves nada? Pues ahora si verás; yo te lo mando.

Calló la voz misteriosa y algo acarició mi frente; sentí en ella un beso ardiente y mi ser se estremeció. Me pareció que volaba o que alguien me conducía; ¿sentí pena? ¿Fue alegría? No sé lo que me pasó.

Sin esfuerzo, sin fatiga, sin carrera prolongada, no sé si en larga jornada ancha senda recorrí. Sólo sé, que al ir mirando montes, praderas y valles, grandes plazas, puentes, calles, cuanto ante mis ojos vi.

Todo me fue recordando episodios de mi historia, despertando en mi memoria impresiones del ayer. Mas hablando ingenuamente, ¡ay!... cuantos cuadros veía, ninguno me producía sensaciones de placer.

No vi crímenes horribles, no vi testimonio falso, que por él, fuera al cadalso mi enemigo, o mi rival. No vi que por delaciones o por infames amaños, y miserables engaños causase yo a nadie mal.

De esos crímenes que asombran, que causan horror y espanto, y que por ellos el llanto corre a raudales, no vi. Pero en cambio, ¡cuántos siglos perdidos en desaciertos! ¿Cuántas veces de los puertos de la salvación hui?...

¡Cuántos hogares tranquilos sus anchas puertas me abrieron! ¡Cuántas mujeres murieron llorando mi deslealtad! ¡Cuántos niños inocentes en los brazos de su madre, gritaban llorando: ¡Padre!... ten de nosotros piedad!

Y yo loco, delirante, tras de fáciles placeres, olvidando mis deberes al abismo descendí. Y en el juego y en la orgía iba mis horas pasando, en todas partes dejando triste recuerdo de mí.

Y esto un año, y otro año, una vida y otra vida. ¡Cuánta inspiración perdida en impuro lupanar!... ¡Cuántos himnos consagrados a los báquicos placeres, a deshonestas mujeres y a los goces del azar!

Pecador impenitente nunca pedí a Dios clemencia, porque ninguna creencia aceptaba mi razón. Reconocía un algo grande, pero de mí tan lejano, que entretenimiento vano me parecía la oración.

Creía que el hombre era polvo, que la muerte arrebatava; tras de sí no dejaba más que un recuerdo fugaz. Recuerdo que lentamente iba el tiempo evaporando, iba el olvido borrando y todo quedaba en paz.

Tan profundo descreimiento al vicio rinde tributo, es el que madura el fruto de la torpe corrupción. Quien no cree en nada no teme, quien no cree en nada no espera; por eso en loca carrera me lancé a la perdición.

Un siglo tras otro siglo siempre en inútil viaje, rindiendo al libertinaje, culto franco y pertinaz. Sin temores ni esperanzas, sin lucha ni desaliento, en el alma el descreimiento y la sonrisa en mi faz.

Aventurero de oficio, pendenciero por costumbre, en mi hogar la pesadumbre reinaba por precisión. Porque con arranque rudo rompía del hogar las redes, causándome sus paredes invencible repulsión.

Tiene la justicia humana sus códigos especiales, condena a los criminales cuando han matado, a morir. Pero no tiene cadalsos para aquellos asesinos que se llaman libertinos y a todos hacen reír.

Espíritus degradados que entre fáciles placeres, se olvidan de sus deberes, de su familia y su hogar.

Malgastando su fortuna sin el menor sentimiento, sin que el arrepentimiento les haga reflexionar.

Pues para estos criminales que no hay código en la Tierra, que a ninguno se le encierra en espantosa prisión. Porque deje a su familia a la miseria entregada, llorando desesperada sin consuelo en su aflicción.

Para estos, que hacen más muertes que los bandidos de oficio, que le rinden culto al vicio, ¿un castigo no ha de haber?

El tormento que han causado a los que sus deudos fueron, y que de dolor murieron: (porque mata el padecer).

¿No tendrán culpas tan graves su castigo merecido? Aquel que a nadie ha querido cuando llegue a despertar.

¿Será digno de los goces que da el amor de los hijos? ¿De esos cuidados prolijos que se hallan en el hogar?

¿Será acreedor al afecto de una familia amorosa? Sus sueños color de rosa.

¿Podrá realizarlos? No; irá llamando a las puertas de sus antiguos hogares, donde hizo llorar a mares, a los que su nombre dio.

Y al pedir humildemente de cariño una mirada, verá una sonrisa helada que le hará retroceder.

Dará su amor, y desvío hallará en correspondencia; y una tras otra existencia durará su padecer.

¿Será eterno su martirio? ¿Lo fue acaso su pecado? Cuando haya a todos pagado será suyo el porvenir.

Entonces, con la experiencia que el hombre adquiere sufriendo, ¡irá subiendo!... ¡subiendo!... ¡sin cansarse de subir!.

¡Buscando el principio eterno, la fuente de eterna vida ese punto de partida que los hombres llaman Dios!

Esa causa, ese problema por ninguno descifrado, que todos han adorado yendo del misterio en pos.

No sé explicar la sensación extraña que sentí al contemplar mi ayer perdido. ¿Subí para mirarlo a una montaña donde el águila real hace su nido?

¿O descendí a un abismo cuyo fondo se pierde en precipicios insondables? ¡Y le hacen parecer mucho más hondo nuestros remordimientos implacables!

No sé si he descendido o si he subido; sólo sé que mi ayer he contemplado; y que al ver lo que he sido, he comprendido que mi presente es fruto sazonado.

De mi pasado error, de mis locuras, de mis desenfrenados devaneos; de mi vida de azar y de aventuras, de la frivolidad de mis deseos.

Razón tiene el Espíritu que vino a decirme: “Contempla tu pasado; no es próspero ni adverso tu destino, recoges la cosecha que has sembrado.”

¡Sembré espinas!... por Dios que me arrepiento de todo corazón. ¡Piedad Dios mío! Me falta fe para luchar y aliento: ¡Es tan triste Señor morir de frío!...

De frío en el alma, sí; terrible hielo que entumece; que acaba con la vida; ¿que acaba? He dicho mal; el desconsuelo, el desencanto de la fe perdida.

Vive a través de todo. ¡Qué tortura! ¡Soñar con el placer de ser amado!... ¡Buscar una palabra de ternura! ¡Oh!... ¡Qué horrible es la herencia del pecado!

¡Oh legado fatal! Yo te abomino; yo quiero desprenderme de tus lazos, quiero la luz del bien en mi camino, y del divino amor los dulces brazos.

¡Quiero ciencia! ¡Progreso indefinido!... ¡Redención de mi ayer, y en la mañana ser un ángel de luz! ¡Un elegido!... ¡Orgullo y gloria de la raza humana!

¿Ves cómo ha sido provechoso y bueno que miraras las sombras de tu ayer? Nada mejor remover el cieno donde obcecado se llegó a caer.

Así como se ataja la gangrena cortando el miembro que dañado está, cuando nos rinde el peso de la pena se aligera mirando el más allá.

El más allá perdido entre las brumas del tiempo borrascoso que pasó; el más allá flotando en las espumas, del proceloso mar que nos tragó.

Que el remedio hace daño, es innegable, mas quien tuvo valor para pecar, que tenga fortaleza inquebrantable y sepa con vigor cauterizar.

La herida del ayer, esa honda herida que abrió nuestra locura, nuestro error, nuestra ignorancia, nuestra fe perdida y el desconocimiento del amor.

Amalia, que la fuerza no te falte para mover el cieno de tu ayer cuando la duda y el dolor te asalte y el peso de tu cruz te haga caer. Levántate del polvo con denuedo, reúne tus fuerzas,

di: ¡Quiero mirar! ¡Atrás temor inútil, torpe miedo! Decidida a vencer. ¡Quiero luchar!

Y mirando de frente a tu pasado irradiará la luz en tu razón; diciendo: ¡Atrás las sombras del pecado porque quiero alcanzar mi redención!

Así lo haré, buen Espíritu, quiero seguir tus consejos, que quiero ir lejos... ¡Siempre del progreso en pos! ¡Quiero recorrer los mundos! ¡Ver otras humanidades!... ¡y estudiar otras verdades con el pensamiento en Dios!

CAPÍTULO X

¡EL FUEGO!

Indudablemente las religiones al pintar el tormento del fuego eterno para atemorizar a los pecadores impenitentes han echado mano del elemento más horrible y que más daño pueda causar; no es extraño, pues, que más de un creyente haya perdido la razón ante la perspectiva de vivir eternamente, sufriendo el dolor de los dolores. Yo confieso ingenuamente que siempre que leo la descripción de un incendio, o la explosión de grisú en las minas, sufre mi Espíritu de un modo inexplicable, me parece que me encuentro entre los mineros agonizantes o abrumada bajo la techumbre de barras ardiendo suspendidas sobre mi cabeza. Yo no sé si habré sucumbido más de una vez en medio del fuego o tendré que sufrir en mis sucesivas existencias ese martirio horrible de ver llegar las llamas hasta mí sin poderlas rechazar, ni poder huir de ellas. No sé si son los recuerdos de ayer o las intuiciones y presentimientos del mañana los que me atormentan y me angustian; yo sólo sé que siempre que leo la descripción de una catástrofe producida por el fuego sufro horriblemente y exclamo con amargura:

¡Dios mío!... ¿Tendré aún que sufrir tantos dolores? Y me quedo completamente anonadada, porque soy muy cobarde ante los dolores físicos.

Para mí indudablemente no se escribieron estos magníficos versos:

Ante la horrible tempestad
del alma las tempestades de
la mar, ¡qué son!...

Mi alma, que ha vivido, puede decirse, en un naufragio permanente, quizá porque está habituada a luchar con las inclemencias de la miseria y de la soledad no tiembla ante los engaños y las amarguras, como ante la idea de morir en medio del fuego.

La noche de la vejez y de la miseria no me hace temblar como una muerte violenta, en la cual mi Espíritu quedaría tan turbado que me horroriza pensar el tiempo que permanecería sintiendo el dolor de su cuerpo carbonizado. No es extraño pues, que, dado mi modo de ser, me impresionara profundamente el relato de una catástrofe ocurrida en Zaragoza hace algunos días; he aquí la sucinta descripción de tan triste suceso:

Nuestros lectores vieron en la sección telegráfica el suceso, del cual “La Derecha” da los siguientes detalles:

En unas de las cuevas próxima al polvorín trabajaban cinco muchachas jóvenes, ocupadas en el descargue de los cartuchos de deshecho, que previa contrata habían sido adjudicados a don Gabriel Padrós, vecino de Madrid.

En diferentes ocasiones se les había indicado lo peligroso que era efectuar esa operación, sin precauciones de ningún género y sin más máquina ni utensilios que una simple lima, que con el roce podría hacer explotar el fulminante de los cartuchos; y así ha sido.

Una de ellas ha ido a descargar uno con una piedra y ha ocurrido la catástrofe. Todas ellas, jóvenes, han quedado envueltas en una inmensa columna de fuego, que ha producido una terrible detonación.

La guardia del polvorín, que la hace hoy el batallón de cazadores de Barbastro y cuantas personas había por allí, han corrido aterrorizadas; pero todo ha sido inútil; los auxilios han llegado tarde: Las cinco infelices yacían por la cueva presa de terribles dolores y con el rostro completamente desfigurado por los efectos del fuego.

Todas terminaban hoy sus faenas. El miércoles despidieron a 35, no quedando más que las cinco que hoy han sufrido los efectos de la explosión.

La coincidencia de haber despedido a 35 trabajadores y quedar sólo las cinco víctimas, me hizo pensar que éstas no se habían quedado casualmente para sufrir muerte tan horrible y cuando tuve ocasión propicia pregunté al Espíritu que me guía en

mis trabajos, porque aquellas infelices habían tenido un fin tan desgraciado.

Quien a hierro mata a hierro muere, dice uno de vuestros adagios (murmuró un Espíritu en mi oído), por el camino que le veáis recorrer, a los que llamáis infortunados podéis calcular y medir la senda de la amargura que ellos trazaron a otros desvalidos.

Cuando se deja la Tierra violentamente sin que ningún brazo descargue sobre las víctimas el golpe mortal, cuando lo que llamáis imprevisión, casualidad o descuido causa en pocos momentos horribles estragos, apoderándose la muerte de cuerpos sanos llenos de vida y de juventud, podéis asegurar, sin temor de equivocaros, que aquellos infelices, convertidos en jueces de sí mismos, se han condenado sin apelación a sufrir las más justas de las sentencias, que no hay mejor juez que uno mismo cuando examina fríamente todos sus actos. Los espíritus que últimamente con la humilde envoltura de mujeres del pueblo han pagado entre el fuego algo de lo mucho que deben no siempre han pertenecido a lo que llamáis sexo débil, ni se han envuelto con harapos. Espíritus de agitada historia, unidos por estrechos lazos de familia, por afinidad de aspiraciones e identidad de conocimientos, hace muchos siglos que encarnan juntos y luchan en distintas esferas. Amantes de la destrucción, creyendo que de los escombros de las ruinas brotan nuevos raudales de vida, deseando siempre que nuevas generaciones implanten en la Tierra leyes armónicas han tomado parte activa en muchas guerras y han sido los primeros en encender las mechas de máquinas infernales para destruir ciudades, creyendo que el fuego era el gran purificador del Universo.

En una existencia, deseando reposar de tan terribles luchas, se revistieron con la envoltura de la mujer; pero atraídos aquellos espíritus por su pasada y belicosa historia, al encenderse la tea incendiaria de odios religiosos, que son los más horribles, los más feroces y al comenzar la conquista de tierras sagradas entre dos religiones, ellas se alistaron en una especie de orden semi-religiosa, parecida a la de vuestras hermanas de la Caridad, dedicada exclusivamente a la curación de los heridos y ayudar a bien morir a los moribundos.

La juventud en todos los parajes siente la influencia del amor y las cinco Esclavas de la Fe, (que así se llamaba la orden a que pertenecían), revestidas con su hábito blanco y provistas de cajas que contenían bálsamos, hilas, vendajes y los instrumentos más indispensables para efectuar las primeras curas, en unión de otras compañeras y de algunos Siervos de la Fe, siguieron a uno de los ejércitos, deseando, como es natural, su completa victoria. Las cinco Esclavas de la Fe, unidas por estrecho parentesco y por sus votos sintieron casi a la vez una emoción desconocida, entre los guerreros que iban a conquistar unos cuantos palmos de tierra sagrada, había cinco jóvenes que unían a su valor temerario una arrogante y hermosa figura. Ellos y ellas se miraron, se admiraron los unos a los otros, pues si valor se necesitaba para morir matando, valor inmenso demostraban las débiles mujeres que dejaban un hogar suntuoso, una familia opulenta, todos los goces de la vida para consolar y alentar a los vencidos, para restañar la sangre de sus heridas, para cerrar piadosamente los ojos espantados de los muertos.

La juventud en todos los parajes levanta sus castillos de ilusiones y sobre todo los deberes y las exigencias sociales, el niño amor bate sus alas, acorta todas las distancias, enlaza todas las voluntades, y lo mismo entre flores que entre ruinas calcinadas, el hombre y la mujer pronuncian esas palabras benditas que resuenan desde la noche de los siglos en los ámbitos del Universo: ¡Yo te amo!... ¡Yo te amo!...

¡Yo te amo! Dijeron las Esclavas de la fe a los elegidos de su corazón. ¡Yo te amo!... contestaron los guerreros momentos antes de saltar las murallas de la ciudad, en cuyas torres querían que ondeara su bandera vencedora.

La destrucción extendió su manto de exterminio, los sitiados arrojaron sobre los sitiadores lluvia de fuego, las maldiciones, los anatemas y los lamentos se confundieron y tras de horrible lucha la muerte se enseñoreó del ejército vencido; las cinco Esclavas de la fe corrieron presurosas a buscar entre los cadáveres los cuerpos de aquellos hombres hermosos, arrogantes, que algunas horas antes les habían jurado amor eterno y al encontrarlos, los unos moribundos y los otros con los ojos desmesuradamente abiertos, como si miraran aterrados al más allá, las cinco esclavas lloraron un momento como lloran las

mujeres enamoradas, pero su copioso llanto lo secó bien pronto el deseo de la venganza y, todas a una, hicieron lo que los sobrevivientes vencidos no pensaron hacer en aquellos críticos instantes de confusión y de espanto. Todas dijeron: ¡A volar la mina! Antes que enterrar a los muertos, que la ciudad incendiada sirva de antorcha funeraria que ilumine la fosa donde quedará enterrada nuestra felicidad. Y las cinco mujeres que habían ido al campo de batalla para curar a los heridos y rezar por el alma de los muertos, convertidas en incendiarias, prendieron fuego a una mina donde los sitiadores encerraban material inflamable para reducir a polvo la ciudad si no podían romper sus puertas ni abrir brecha en sus fuertes murallas.

El odio y la venganza corren con una velocidad inconcebible. Las Esclavas, convertidas en furias infernales, prendieron fuego a la mina, se sintió algo parecido al terremoto, las piedras ciclópeas saltaron de las murallas como si fuera hojas secas impelidas por el huracán, los edificios más suntuosos, los templos más gigantes cayeron desplomados instantáneamente, la tierra se abrió y en sus negros abismos cayeron las altas torres, las débiles mujeres, los tiernos niños, los inofensivos ancianos y los fieles guardadores de la ciudad santa. Las incendiarias encontraron la muerte en su crimen y la desesperación después, ante el cuadro aterrador de tantas, ¡de tantas víctimas!...

Es verdad que el amor desesperado levantó su brazo para difundir la muerte: que vengaron en un arrebató de locura a los elegidos de su corazón; pero ¡ay! Con la venganza, con el odio, con el exterminio no se forman los cimientos del alcanzar de la dicha y esos espíritus tienen que ir sufriendo para irse purificando. Por eso el fuego consume su envoltura en sucesivas existencias, porque con el fuego han causado innumerables víctimas.

Por la violencia no se cubre de flores el árbol de la vida, en cambio, por el trabajo, por la paciencia, por la resignación, por la esperanza se abren surcos en la tierra endurecida, se arroja en ellos la semilla de las buenas obras y el florecimiento no se hace esperar.

Adiós.

Sin poderlo remediar algunas comunicaciones me hacen sentir miedo de mí misma, tiemblo ante mi pasado y me asusta mi porvenir. Gracias que esta impresión dolorosa desaparece ante el firme propósito que tengo de ser lo más buena que me sea posible, porque hay situaciones en la vida que los mejores propósitos se estrellan ante el imposible de la expiación; pero como se vive eternamente y una encarnación no es más que una hoja del libro de la vida, lo que no se puede escribir en la hoja del presente se escribe en la hoja del porvenir.

Por esta vez creo que poco bueno podré escribir en la hoja de mi existencia, pero mañana, ¡oh! Mañana. ¡Quién sabe si mi nombre llenará gloriosamente los fastos de la historia!.

¡Querer es poder, yo quiero (sin la menor duda), ser grande y como lo quiero, indudablemente lo seré!

CAPÍTULO XI

A UN ESPÍRITU

Veinte años hace, que te escuche gozosa haciendo propaganda espiritista; y era tu voz tan dulce y amorosa, que todos te decían evangelista.

Apóstol sin rival, tu propaganda era de amor, de paz y de consuelo; pues decías con dulzura: Dios nos manda proteger al inerme pequeñuelo.

Compadecer al débil delincuente, amar al justo que es raudal de vida, contener al vicioso en la pendiente y evitar si es posible su caída.

¡Y hablabas con tan dulce sentimiento! ¡Expresabas tan bien lo que sentías!... que al escuchar tu persuasivo acento todos en ti admiraban un Mesías.

Había en tus ojos algo sobrehumano, en tu ser reflejaba tu grandeza tu Espíritu gigante, soberano en todo revelaba su nobleza.

Yo te escuchaba atónita, diciendo: Sin duda es un apóstol inspirado, y tus huellas de luz iba siguiendo mi Espíritu, por ti magnetizado.

¡Había que ver tus ojos cuando hablabas! Tu voz, tus ademanes, todo era en ti raudal de amor. ¡Cuán bien pintabas de otra vida la eterna primavera!

Siempre guardé un recuerdo en mi memoria para el buen sembrador espiritista, para el que concentró toda su gloria en ser un verdadero evangelista.

Transcurrieron los años, y en la fosa quedó tu cuerpo, mientras tú flotando, gozando de una vida más dichosa fuiste en tus estudios avanzando.

¡Todo por la verdad! Siempre decías, al hacer tu entusiasta propaganda: ¡Todo por la verdad! Sí; repetías practicar la verdad como Dios manda.

¡Qué sorpresa tan grata buen amigo me ha causado escucharte!... No esperaba tener de nuevo relación contigo: ¡Tan lejos de la Tierra te juzgaba!

¡Cuánto me ha hecho sentir tu voz amiga! Ella me ha hecho mirar a mi pasado. ¡Espíritu de luz! ¡Dios te bendiga por el consuelo inmenso que me has dado!

Porque en la triste lucha de mi vida, ¡me llego a ver tan débil!... ¡tan turbada! Que caigo de dolor desfallecida; pues mi Espíritu tiembla y se anonada.

Ante la horrible idea de su impotencia. ¡No poder expresar su pensamiento! ¡Ser cero sin valor en la existencia! ¡En dónde puede haber mayor tormento!

Porque por mi expiación soy árbol seco, no tengo ramas, muertas las raíces. ¿Dónde para vivir hallaré un hueco? Y cuando así pensaba, tú me dices:

No temas, tu razón no se aniquila; no tiembles, contemplando tu mañana; no llores, que tu paso no vacila: que solo el increyente se amilana.

¿No tienes fe en ti misma? ¿No conoces que tu Espíritu anhela el infinito? ¿Por qué así te lamentas y das voces? ¿Por qué estrechas así tu circuito?

¡Si tienes ante ti toda la vida!... ¿Qué te importa la noche del pasado? ¿Resbalaste? ¿Fue grande tu caída? Pues grande eres también, porque has luchado.

Te has visto sola, aislada, abandonada en medio de los mares de ese mundo, buscando con afán una mirada: una mirada, sí de amor profundo.

Y has ido preguntando uno por uno: ¿Hay alguien que me quiera? Y no has hallado el amor que soñabas, que ninguno puede el fruto coger que no ha sembrado.

Mas tú has dicho: Los siglos que he perdido los recuperaré, duda no cabe; que, siendo mi progreso indefinido, yo de mi porvenir tengo la clave.

Y en medio de tu sombra te has creado una luz pequeñita, imperceptible, y con ella tus pasos has guiado y te has hecho más bueno y más sensible.

Y este esfuerzo del alma. ¡Vale tanto! Que por él conseguiste la victoria, purificada por tu propio llanto vas escribiendo tu terrena historia.

¿Y ahora que estás muy cerca de la cumbre de la actual existencia desfalleces? ¿No sientes el calor de viva lumbre, que con ella te animas y enardeces?

Quién recorrió tres partes del camino, llorando y lamentando su tristeza. ¿No puede, hoy, conociendo su destino, vencer su incertidumbre y su flaqueza?

¡Todo por la verdad! Sigue luchando, que vencerás, mujer, en la pelea, porque los del espacio van guiando la nave zozobranante de tu idea.

¡Todo por la verdad! De tu existencia no marchites las flores que han brotado; que la verdad se anide en tu conciencia. ¡Todo por la verdad! ¿Me has recordado?

Soy aquel que te dijo: Amalia, espera en tu propio valor, en tu trabajo; te podrás conquistar mejor esfera, que también llega arriba el que está abajo.

En comunicación conmovedora, estas frases, me dijo un ser amigo: ¡Bendita sea su voz! ¡Bendita la hora en que se puso en relación conmigo!

Mucho te debí ayer, y en el presente te debo mucho más; que mis ideas de raudales de luz llenan mi mente. ¡Espíritu del bien!... ¡Bendito seas!

CAPÍTULO XII

¡NO ENVIDIES A NADIE!

Siguiendo nuestros estudios en la sociedad, vamos a dar algunos consejos a una joven del pueblo; antes, para que comprendan mejor nuestros lectores, contaremos el incidente que dio margen a que estampáramos en un papel nuestras ideas.

Hallándonos en una reunión observamos lo siguiente. Entre los individuos que nos rodeaban reparamos en una joven que a lo más tendría veinte años. Su rostro expresivo se animaba al contemplar a un hermoso niño que sostenía en sus brazos, y al que daba ese primer néctar de la vida, con ese arrobamiento, con esa íntima ternura, con que las madres amamantan a sus hijos.

Una mujer simpática, de mirada inteligente, estaba sentada junto a ella, y le miraba con esa dulce fijeza que revela el cariño, parecía que tenía celos que el niño recibiera la vida de otro ser, que no fuera ella, y cuando aquel se separaba del pecho de su madre, lo tomaba en sus brazos y exclamaba con santa satisfacción:

-A mí me quiere mucho el niño, si su madre no le diera de mamar ni se acordaría de ella.

La joven la miraba sonriendo, y nosotros admirábamos aquella hermosa rivalidad del cariño, aquel amor profundo de la familia, aquella ternura suprema: que es la vida de la vida.

Todos enmudecimos para escuchar la lectura de un artículo, que leyó una mujer; cuando esta concluyó de leer, murmuró por lo bajo la joven madre:

- ¡Ay! Qué bien está eso, como me gusta; y su compañera le dijo con esa sencilla admiración que distingue a las almas buenas.

- ¿Te gusta? No te decía yo, que aquí se oyen cosas muy bonitas. Y mira, eso lo ha compuesto la misma que lo ha leído.

- ¡Sí!...

- Sí, sí; esa señora es de las que escriben novelas y versos...

- ¡Ay! ¡Quién fuera como ella!

-No te figures, ahí donde la ves es pobre, no tiene a nadie, está sola, sin padre ni madre.

-Y qué me importaría a mí eso, ¡sabiendo lo que ella sabe!

Nosotros la miramos con esa dulce compasión con que se mira a los niños que no saben lo que quieren, y entonces no le dijimos nada, para no perder ni un detalle de aquel idilio de familia, de aquel cuadro encantador.

Supimos que aquella joven, sola en el mundo, se había ganado honradamente su subsistencia, un hombre la vio y la amó, y más tarde contrajo matrimonio con ella, el niño que tenía en sus brazos era el primer fruto de su dichosa unión, y la madre de su marido era la excelente mujer que le disputaba el cariño del hermoso ángel que las dos acariciaban con maternal ternura.

La sonrisa de la paz iluminaba aquellos semblantes, y algo risueño, puro y tranquilo, se encontraba entre aquellos seres verdaderamente felices.

Cuando se fueron, la figura de la joven, reapareció en nuestra mente, y sus palabras resonaron con más claridad en nuestro oído, y una fuerza desconocida nos impulsaba a dedicarle un recuerdo. Nos hemos dejado llevar por ella, y trazaremos a continuación unos cuantos pensamientos que brotaron al calor de un deseo juvenil rico de entusiasmo, y de impremeditación.

Joven que hoy vives entre las flores de la vida, escucha el consejo de un ser, que pretende estudiar en el corazón humano.

En este planeta de expiación, donde el Espíritu dichoso es un condenado a muerte, el goce íntimo de la familia, es la única dicha real y positiva que hay en el mundo. No te negaré que esta felicidad, casi siempre se compra con lágrimas, que no hay madre que no llore la pérdida de uno o de varios hijos, pocas, muy pocas, dejan de pagar ese tributo; pero como tras de la tempestad viene la calma, la mujer que se crea una familia tiene dolores supremos, pero tiene en recompensa goces tan puros, tan legítimos, tan sagrados, que superan a todas las glorias de la Tierra, así pues: no envidies a nadie, que tú has alcanzado poseer la suma de felicidad que Dios ha concedido a las mujeres de este mundo.

Ten en cuenta que la mujer, tiene una gran misión que cumplir, y sólo la cumplen debidamente aquellas que ejercen el sacerdocio de la familia. El Espíritu al tomar la envoltura femenina, se envuelve en ese débil ropaje para aprender a sufrir y

amar, para ejercitar su paciencia, para ser la protección de los pequeños, para ser tolerante y armonizarlo todo. La mujer es un compuesto de encantadora flaqueza y de arrebatadora energía; con su súplica nos desarma, y con su mandato nos seduce, y todas estas prerrogativas, todos estos encantos se desenvuelven en el seno de la familia.

Este es el templo donde la mujer tiene su culto, y donde ella se engrandece, en su casa, en su hogar; allí está en su centro, allí está en su mundo, y todas las mujeres que viven fuera de ese santuario, compadécelas; o son espíritus rebeldes que han venido únicamente a sufrir, porque tenían muchas deudas que pagar, o son espíritus ligeros que no han sabido cumplir los deberes de su misión, y son una especie mixta, que no tiene vida propia, ni en la Tierra ni en el aire ni en el agua. A veces estos seres múltiples, sin punto fijo, suelen servir de guía a los demás, no por su proceder, sino por su predicación, y vistos de lejos encantan, y trazan la senda de muchas existencias sin haber sabido trazar la suya.

¡Quizá Dios en su misericordia infinita permite que los buenos espíritus inspiren a estos seres a predicar la ciencia y el amor; para que su encarnación les sea provechosa y no pierdan todo el tiempo empleado en ella!

Estas almas, tienen el destino de la antorcha como dijo Sellés: ¡Dan la luz, el calor, y se consumen! ¡Así pues, cuando te oímos decir, con esa espontaneidad que solo tiene la juventud: ¡Ay! ¡Quién fuera como ella!... refiriéndote a una mujer que escribe en prosa, y en verso, y al hacerte presente que era pobre, y sin familia, exclamaste con ese entusiasmo de la inexperiencia: ¡Y qué me importaría eso, sabiendo lo que ella sabe! ¡Inocente! Tú crees que esa mujer sabe mucho, y tú has sabido más que ella, tu Espíritu ha sido más práctico, y más inteligente, y de mejores condiciones que el suyo, puesto que tú has sido merecedora de formarte una familia, y de vivir tranquila, en medio de una humanidad que según dice Emilio Souvestre: “Nos amamos lo estrechamente necesario para sufrirnos, y nos perdemos sin desesperación”. El escritor francés afirma una gran verdad, la generalidad de los hombres, nos toleramos unos a otros, pero no nos queremos.

¡Cuán pocas veces en la vida se tiene la seguridad de llegar a una casa cuyos moradores estén impacientes por vernos! Antes

al contrario, lo que suele suceder, es que al escuchar nuestra voz murmuran contrariados: ¡Qué fastidio! Y luego nos reciben con los brazos abiertos, se resignan con nuestra visita, y sigue la tolerancia de la vida. Por esto, noble joven, alma sencilla y buena, que en medio de tu libre albedrío has sabido conquistarte el amor de un hombre, la consideración social, y los tiernos lazos de una familia, no envidies a nadie, que tú posees la suma de felicidad que merecen los espíritus felices en la Tierra.

Aquí no hay más; la dicha de la mujer tiene su límite en el amor de su marido, y en las caricias de sus hijos; como en este planeta la rosa de más fragancia, es la que tiene más espinas, la tranquilidad conyugal, es la que se turba más fácilmente, porque hay mil causas para ello; desde el más leve detalle, hasta el suceso más terrible, que es la pérdida de un ser querido: pero en estado normal, cuando el hombre desea llegar a su casa, y su mujer le espera con dulce impaciencia, diciendo al verle: Ya estaba con cuidado; hasta el niño te busca con los ojos, y le presenta a su hijo que le tiende sus bracitos sonriendo... esos momentos son la apoteosis de la felicidad, y esta felicidad tú la tienes, no envidies a nadie. Ruega más bien por esos seres que deleitan a los demás, y no guardan para ellos más que la soledad.

Se cuenta que un actor cómico, si mal no recuerdo, del teatro inglés, tenía el poder mágico de sostener la hilaridad de los espectadores mientras él estaba en escena. Un día este hombre que era la alegría de los demás, fue a ver a un médico y le dijo:

-Yo vengo a ver, si Vd puede curarme una enfermedad moral, que me consume hace muchos años, y que al fin se relaciona con mi cuerpo, porque me faltan las fuerzas hasta para andar.

El médico le habló de varios remedios, le aconsejó que viajara, y por último le dijo:

-Hombre, vaya Vd a ver a ese actor cómico tan célebre, tal vez sus agudezas le hagan reír.

- ¡Ay! Contestó el enfermo, esa distracción está negada para mí, yo soy esa celebridad, y no puedo hacerme reír.

Pues bien, ese cuento se puede aplicar a todos los seres que tienen alguna irradiación; no creas que los escritores, la mayoría de ellos ven la luz que difunden; son espíritus que sufren grandes

pruebas, son almas muy enfermas, que en sus horas de fiebre, cuentan sus penas a la multitud.

Su adelanto intelectual ha superado a su progreso moral, y por esto muchos de ellos viven solos, y cuando forman familia suele acontecer que sus extravíos desatan los lazos y siguen su vida aventurera, diciendo el mundo: ¡Cosas de los genios!

No; vano subterfugio, no son cosas de los genios; es el desequilibrio entre la ciencia y la moralidad. La instrucción y el talento no son incompatibles con el amor.

Sócrates fue un gran hombre y es proverbial su paciencia evangélica, con el carácter irascible de su mujer.

Víctor Hugo es una de las celebridades contemporáneas, y fue un modelo de amor paternal.

En los hombres no hay excentricidades; lo que tienen son defectos, hijos de su inferioridad.

Adiós, querida niña; da gracias al Eterno por lo bien que has sabido emplear tu tiempo haciendo adelantar a tu Espíritu.

Vive tranquila en tu humilde rincón, desconocida de todos, pero amada profundamente por tu marido, y cuando eleves tu plegaria a Dios, ruega por esos seres que saben tanto, que muchos de ellos no son otra cosa más que médiums escribientes que sirven de intérpretes a otras inteligencias. Si la noble envidia del engrandecimiento de tu ser se apodera de ti, envidia en buena hora a la mujer que se sacrifique por la humanidad, principiando por su familia, y acabando por el último mendigo que gime en un hospital, porque esos espíritus fuertes son nobles héroes en la Tierra, y ángeles de luz, en la eternidad.

No ambiciones tener un gran talento, prefiere ser buena, y que cuantos te conozcan admiren tu gran corazón.

Ciencia y caridad son las substancias de que se compone la vida; pero nunca tenemos igual dosis de esos principios infinitos; somos dueños de elegir a placer, más del uno que del otro; la perfección consiste en ser buenos y sabios, pero no olvides jamás mi consejo, entre las dos calificaciones de mujer buena, y mujer sabia; ruega a Dios que mañana cuando dejes la Tierra, al recordarte tu familia y tus amigos, exclamen con melancólica ternura:

¿Por qué se habrá ido? ¡Era tan buena!

CAPÍTULO XIII

EL PRESENTIMIENTO DE UNA MADRE

Dijo muy bien el poeta, hay corazonadas como dice el vulgo, que son verdaderas profecías.

Esto nos decía nuestra amiga Sara hablándonos de un suceso desgraciado que había dejado en su existencia indelebles huellas.

Sara es una de esas mujeres que le sirven al escritor para hacer profundos estudios en ese sexo tan ensalzado por unos y tan vilipendiado por otros. Sara es para nosotros un volumen precioso, en el cual hemos leído más de una vez, pero nunca habíamos llegado al capítulo de la maternidad, y sin nosotros buscarlo, en dos entrevistas que hemos tenido últimamente con ella, hemos visto que en la mujer, por viciada que haya sido su educación, el amor maternal llena casi por completo su corazón.

Una tarde vimos entrar a Sara en nuestro gabinete, y dejándose caer en un sillón dijo con acento melancólico.

-Vengo a anunciarte una gran desgracia, que pronto, muy pronto caerá sobre mí.

- ¿Cuál? Habla.

Ya verás, siempre que he sentido un acontecimiento doloroso no han quedado fallidos mis cálculos; y no creas que me he fijado en circunstancias más o menos agravantes, que ya anuncian algo extraordinario, no; ha habido ocasiones de estar mi marido sin destino, y tener, como es consiguiente, grandes apuros para poder vivir con decencia. Ya ves que en situación semejante el anuncio de una colocación lucrativa y duradera es volver de la muerte a la vida; pues mira; hace cinco o seis años que estábamos en casa pasando una de esas crisis desesperadas en que había sido necesario empeñar mis joyas y hasta las ropas del uso diario para atender a las más precisas necesidades. En tal situación, figúrate si mi esposo vería el cielo abierto, cuando se le proporcionó un buen destino independiente

del gobierno; vino a casa loco de contento, y cuando me dijo

- ¡Ay! Sara de mi alma cantemos ¡hosanna y aleluya! Nos vamos dentro de ocho días a Toledo, ya estoy colocado quizá para toda la vida, se acabaron los apuros: ¡Gracias a Dios!

-Pues yo creo que te equivocas, le dije profundamente contrariada, te advierto que no quiero ir a Toledo.

- ¿Por qué? Me preguntaba mi marido con asombro: ¡Tú estás loca! Aquí nos moriremos de hambre y allí nadaremos en la abundancia y nuestros hijos vivirán felices.

-Ellos tal vez, pero nosotros no. Y lloré amargamente por aquel favorable cambio de posición.

Mi marido no me hizo caso, y fuimos a Toledo, donde se puede decir que estuvo a punto de naufragar nuestra dicha conyugal: tales fueron los acontecimientos que turbaron nuestra paz doméstica, y yo no había estado nunca en la Imperial ciudad, así es, que cuando presiento un disgusto, sé que me viene encima la maza de Fraga.

- ¿Y qué es lo que presientes ahora?

-La desgracia más horrible, la muerte de mi hija Blanca.

- ¿En qué te fundas?

un colegio de monjas; éstas, hacían grandes fiestas para la primera comunión de varias educandas, y le dijeron a Blanca que contaban con ella para que acompañara a las niñas que debían acercarse a la mesa del Señor.

Vino mi hija entusiasmadísima, diciéndome:

-En nada cierto para el vulgo, pero sí indudable y ciertísimo para mí. Tengo a mi hija hace algún tiempo en

¡Mamá! ¡Mamá mía! Nunca te he molestado para que me compres esto o aquello; pero hoy sí que te pido que me compres un vestido blanco y un velo largo de tul nieve. ¿Verdad que me lo comprarás? ¿Verdad que me darás gusto? Yo te prometo que esto será lo primero y lo último que te pida; bien conozco que tendrás que hacer un verdadero sacrificio, pero... ¡Mamá mía! Yo quisiera ir como irán mis compañeras. ¿Me darás gusto?... ¿Cuento con el vestido, mamá mía?

-Sí, le dije yo: Cuenta con él. Te he de advertir que mi hija Blanca en los 13 años que lleva de existencia, es el ser más contrariado que yo he visto. Basta que ella desee salir a paseo para que llueva a mares y no salgamos; si piensa en ir al teatro no se encuentran localidades o su padre no puede acompañarnos; si quiere ir a pasar la tarde en casa de alguna de sus amigas, la pequeña o yo nos sentimos indispuestas y tiene que renunciar a su visita, y en fin, todo, todo, todo le sale al revés; tanto, que muchas veces he reflexionado sobre esa especie de fatalidad que pesa sobre ella y he dicho: si yo no fuera egoísta debería desear la muerte de mi hija, porque si en el transcurso de su vida, en todo vive tan contrariada, ¡Dios mío! ¡Qué desgraciada va a ser! Se casará con algún Nerón, tendrá por hijos a los nietos de Satanás, yo debería pedir a Dios que se llevara a mi hija, pero... ¡Ay! No, no, ¡es tan buena!... ¡Tan cariñosa! ¡Me quiere tanto! Que no podría vivir sin ella. ¡Dios me la conserve!

-Pues bien, volviendo a lo del vestido, haciendo lo que se llama un gran sacrificio, compré todo lo necesario; desde las botitas hasta la corona de flores níveas, y le hice un traje elegantísimo.

Como tú sabes que a mí el tiempo no me sobra, la víspera del gran día en que debía mi Blanca estrenar su vestido, tuve precisión de coser toda la noche. Ella quiso acompañarme, pero yo hice que se acostara y me quedé sola cosiendo afanosamente; ya lo daba por concluido a las dos de la madrugada, cuando noté que había colocado mal el adorno de las mangas y no pude menos que decir: ¡Señor! Hasta en eso se ve la contrariedad que persigue a mi pobre hija. Mas sobre todas las contrariedades está el amor de una madre: quiero que mi Blanca tenga el inocente placer de estrenar su traje y lo estrenará. Y me puse a coser con nuevo ardor hasta concluir mi tarea; mas como antes de concluirla sentí el canto de la lechuza, que sin saber porqué me impresionó aunque nunca la he creído ave de mal agüero, ni he dado oídos a las habladurías del vulgo, pero esa noche temblé al escuchar su canto, y me pareció escuchar una voz lejana que me decía: ¡Cose, cose aprisa la mortaja de tu hija!

¡Jesús! ¡Qué horror! ¡Dije entre mí, no puede ser, yo no quiero que sea! Pero de nuevo resonó la voz mucho más lejana que iba repitiendo: ¡Cose, cose la mortaja de tu hija!

Me dieron ideas de no concluir el traje, pero dieron las cinco y Blanca se despertó diciendo: ¡Ay mamá mía! ¿Me has concluido el vestido? Ya he soñado que lo tenía puesto y que las monjas me decían que estaba muy bonita... muy bonita...

Las palabras de mi hija me reanimaron, y concluí el vestido alegremente; la vestí y la vi salir con su padre radiante de felicidad. ¡Era la primera vez que Blanca realizaba sus sueños!

Por la tarde fui a la función que hacían en el convento, y al ver a mi hija entre sus compañeras, a todas las encontré con más vida que a mi Blanca, ésta parecía un lirio marchito, y recordé con espanto el anuncio de la noche anterior.

Al día siguiente Blanca estaba muy contenta, y doblando y guardando su vestido me abrazaba cariñosamente diciendo: ¡Pobre mamá mía! Nunca olvidaré el sacrificio que has hecho por complacerme, no te puedes imaginar lo que yo deseaba este vestido blanco.

Por la tarde comenzó a quejarse de dolor de cabeza, la hice acostar; y lo que es yo ya la veo con su blanca mortaja dentro del ataúd. ¡Son tan terribles mis presentimientos!

Algunos días después fui a ver a Sara que al verme se sonrió con amargura diciéndome con triste ironía:

¿No te lo decía yo que mis presentimientos eran fatales? Velé una noche entera para coser la mortaja de mi hija. ¡Si la hubieras visto!... ¡Qué bien le sentaba el vestido después de muerta! Mucho mejor que cuando estaba viva. Yo estuve hablando con su cadáver largo rato y la contemplé detenidamente: ¡Qué hermosa estaba! ¡Pobre hija mía! En lo único que se cumplieron sus deseos en este mundo fue en ponerse en vida su mortaja.

¡Me parece mentira que se haya ido Blanca!... Lo único que me consuela que como era tan buena (porque era buenísima), no debe padecer en el otro mundo, es imposible que sufra, e indudablemente será más dichosa que aquí, donde no encontré más que innumerables contrariedades. ¡Pobre hija mía!

Nos separamos de Sara tristemente impresionados; la muerte de una niña siempre conmueve, bien sabemos que en la Tierra el padecimiento, la contrariedad y los desengaños son el patrimonio de sus desgraciados moradores; pero una niña es una flor tan hermosa, que al perderse su aroma parece que

momentáneamente en los vergeles de este planeta se agotan todas las flores, parece que el Sol pierde una parte de su luz esplendente cuando se cierran los ojos de una niña, parece que la brisa no murmura amores cuando exhala su último suspiro una joven candorosa y pura.

Como nuestro continuo trabajo nos tiene en relación con los seres de ultratumba, pensando en la muerte de Blanca, y los presentimientos de su pobre madre, nos dice un Espíritu de muy buena influencia, lo siguiente:

“¡Pobres ciegos de la Tierra! Cuán cierto es, que así como cuando queréis mirar al Sol cerráis los ojos porque no podéis resistir su clara lumbre, de igual manera cerráis los ojos del entendimiento ante la tumba de una niña, porque no sabéis lo que significa su desaparición, no lo comprendéis, no; si lo supierais otras serían vuestras reflexiones. Para que comencéis a saber mirar, voy a contaros por qué dejé a los catorce años la Tierra, mundo de miserias y penalidades sin cuento, voy a deciros lo útil que fue mi desencarnación para el progreso de dos espíritus.

“En mi última encarnación fui hija única de un matrimonio que se unió por el convenio de dos familias opulentas; mis padres eran dos espíritus que no podían amarse, habían sido enemigos implacables en anteriores existencias, se unieron para comenzar la reconciliación que exige el progreso universal en todos los seres; pero como todos los aprendizajes son penosos, mis padres olvidaban con frecuencia la lección que su adelanto forzoso les hacía aprender, y en su hogar se sentía mucho frío”.

“Yo como ángel de paz llamé a las puertas de su corazón, y ambos me recibieron sonriendo: ¡Es tan hermosa una niña! Es más dulce que un niño, más humilde y menos exigente; mi madre me amamantó con inmensa alegría, mi padre gozaba durmiéndome en sus brazos, y cuando pude andar fui su compañera inseparable, pero cambios políticos alejaron a mi padre de su hogar y de su patrio suelo; cruzó los mares y en lejanos continentes encontró a una mujer que era su alma gemela, sin que por eso me olvidara; siempre, al dormirse, su último pensamiento era para mí, borrándose en su mente casi por completo el recuerdo de mi pobre madre, que a la vez correspondió a su ingratitud no siendo su vida de lo más ejemplar,

sin que por sus vengativos devaneos me quitara la más mínima parte de su inmenso cariño”.

“A los cinco años de ausencia volvió mi padre, y al verme olvidó sus nuevas afecciones, porque me quería con delirio, pero mi benéfica influencia sólo consiguió retenerle en el hogar, exclusivamente para mí, pues entre mi madre y él, no había el menor contacto, pero para honrarme, los dos me acompañaban a paseo y al teatro, los dos rivalizaban en cariño, deseando que yo prefiriera al uno más que al otro, pero mi amor lo repartía por igual”.

“A los trece años la tisis comenzó a consumir mi desarrollado organismo, y mi cariño fue tan exigente con mis padres, mis caprichos de niña enferma y mimada, fueron tan originales, que durante un año fui reanudando lentamente el cariño entre mi padre y mi madre, no quería que me velara el uno ni el otro, exigí imperiosamente con la energía de la calentura que durmieran juntos, como yo los había visto dormir en mi infancia, prometiendo mis caricias al que más se complaciera en complacerme, y como los dos me amaban entrañablemente obedecían sumisos mis mandatos”.

“Los médicos encargaban que sobre todo no me contradijeran, porque la más leve contradicción me empeoraba y me hacía arrojar sangre por la boca. Todas mis exigencias consistían principalmente en tenerles a los dos a mi lado; y con aquel trato continuo, con aquel cambio mutuo de confianzas y temores, aquellos dos espíritus se dieron a conocer sus buenas cualidades respectivamente, lloraron juntos muchas noches velando mi intranquilo sueño, y cuando dos seres lloran juntos, es mucho más difícil el olvido que cuando juntos han gozado los placeres naturales, y ante mi lecho de muerte puede decirse que se unieron con lazo indisoluble los espíritus de mis padres”.

“Mi enfermedad se agravó, y el mismo día que cumplí catorce años mi Espíritu adquirió gran lucidez, y estrechando entre mis manos las de mis padres les dije solemnemente: Mi misión en la Tierra termina hoy, vine a vuestro hogar con el ramo de olivo, os dejo en paz, y me voy al espacio a velar por vuestro bien: las almas no mueren lo sabéis (mis padres tenían algunas nociones del Espiritismo); cuanto hagáis y cuanto penséis será

visto y comprendido por mí, no me hagáis sufrir, que yo en el cielo no podría ser dichosa si vosotros no os amáis en la Tierra: juradme que os amareis siempre, no me hagáis morir desesperada”.

“Mis padres juraron, sollozando, que siempre se amarían, los tres formamos un grupo divino; nuestras lágrimas se mezclaron y se confundieron con la sangre que a intervalos yo arrojaba por la boca, sangre que cayó sobre los autores de mis días como el agua bendita del bautismo; el dolor, ese dolor inmenso que se puede llamar inexplicable purifica las almas, y mis padres, con mi muerte, quedaron purificados. ¡Ante mi cadáver renacieron! Ningún cadáver ha sido acariciado tanto como lo fue el mío, mi entierro fue un verdadero acontecimiento, tan suntuoso fue, tan inmensa la concurrencia que acudió a ver mi lujoso y conmovedor acompañamiento; mi sepultura fue una maravilla del arte; mi pobre madre creyó morir de dolor, pero mi padre le prestó aliento con su verdadero cariño, acudieron a los centros espiritistas, y en uno de ellos pude comunicarme con una hermana de mi madre. ¡Qué alegría! ¡Qué felicidad! ¡Ya no estaban solos!... ¡Su hija, su ídolo, su idolatrada Rosita, le aconsejaba lo mismo que les aconsejó en el momento de morir, que se amaran siempre!... ¡siempre! Y que practicasen la caridad; que cogieran a una niña huérfana y le prodigaran sus caricias; y como lo decía su hija, no titubearon un segundo en ir a la inclusa y adoptar a una pobre niña que en su ilusión aseguraban que se parecía a mí”.

“¡Qué júbilo el mío al ver el gran progreso de mis padres! ¡Qué alegría tan inmensa experimento cuando los contemplo anhelantes, pendientes de lo que dicen o escriben los médiums, siempre evocándome, siempre bendiciendo mi recuerdo!”

“Con mi desaparición de la Tierra hice adelantar a dos espíritus que se habían estacionado, reconcilié a dos enemigos. Ved si mi muerte no fue germen de vida para dos muertos que en la fosa del vicio comenzaban su disgregación”.

“En Dios todo es justicia, no hay muerte que no sirva para aumento de vida”.

“No hay dolor que no sea el preludio de una satisfacción inmensa. En la Tierra estáis ciegos, los que no ven la luz no pueden admirar su grandeza; pero como ya es tiempo que comencéis a ver, por eso venimos los espíritus a deciros: Prestad

atención, que los muertos resucitan y os vienen a contar porqué se fueron, ellos levantan una punta del velo que cubre el pasado.

¡Mirad! ¡Mirad! ¡Mirad el ayer, que en él hallareis la realidad de la vida que nunca se acaba, que vibró en el pasado, que se agita en el presente, y será el motor del porvenir!” Adiós.

¡Qué comunicación tan dulce es indudable que en la Tierra, como dice muy bien el Espíritu, sólo vemos la sombra de la muerte; y sólo la comunicación de ultra tumba conseguirá disipar las densas brumas que envuelven ese acto terrible que nos arrebató a los seres queridos cuando menos se espera, cuando todo sonríe, cuando la niñez o la juventud prometen una existencia prolongada. Sólo las madres son las que más aman en la Tierra, son las que suelen tener esos presentimientos que muchas veces se convierten en realidades.

A muchas madres les hemos oído contar cómo han presentido la muerte de sus hijos, y tenemos una amiga del alma, que tuvo dos niños gemelos, los cuales permanecieron en este mundo poco más de un año, y todas las noches cuando los dormía y los dejaba en la cuna los contemplaba tristemente vertiendo abundantes lágrimas.

¡Qué tontería! Decía la familia, si los niños están buenos.

-Es verdad, no lo niego, replicaba ella; pero... ¡Yo los veo muertos!... ¡Y entonces también se cumplieron los presentimientos de una madre!... ¡Los dos niños huyeron de este planeta en el breve plazo de cinco días, las madres son indudablemente las profetisas de todos los tiempos!

CAPÍTULO XIV

CONSECUENCIAS DE LA IMPREMEDITACIÓN

Con emoción profunda leí hace algún tiempo en un periódico lo siguiente:

En una casa de campo sita en el término municipal de Meliana (Lérida) ocurrió durante la madrugada del lunes un suceso

horrible.

El dueño, que se hallaba acostado, sintió ruido en el corral de la casa. Levantose, cogió una escopeta y se dirigió a una ventana que daba al sitio donde se oía el ruido. Al asomarse vio un bulto, creyó que se trataba de un ladrón, y disparó el arma. El bulto cayó al suelo. Bajó aquel enseguida al corral, y al aproximarse al cuerpo, que yacía inerte, vio con indecible horror que había matado a su propia madre, que en aquellas horas andaba por el corral.

El desgraciado e involuntario parricida ha sido atacado de un acceso de locura.

No es extraño que se volviera loco, porque no había motivo para menos, y llamándome muchísimo la atención tan lamentable suceso, pregunté a mis amigos del espacio, si podían decirme algo sobre lo ocurrido, que acontecimientos tan terroríficos no se desenvuelven por casualidad como dice el vulgo, pues sabido es que la casualidad no existe; y el hecho acontecido en Meliana es de aquellos que al tener lugar tiene que servir de correctivo y dar una enseñanza dolorosísima al ejecutor del acto homicida.

Estás en lo cierto (me dice un Espíritu), lección terrible ha sido para ese hijo del campo, la involuntaria muerte de su madre. ¡De su madre! Santa mujer que adoraba a su hijo, y que era el ángel de su hogar, que con su rudo y continuo trabajo, con sus hábitos de economía, con su prudencia y su buen sentido en los asuntos domésticos, era en la casa un agente de la Providencia que todo lo arreglaba y armonizaba evitando grandes disgustos, porque sabía prevenir los peligros y las duras pruebas a que están sujetos los trabajadores del campo, que no siempre recogen ciento

por uno, sino que a veces después de rudas luchas con las inclemencias atmosféricas recogen uno por ciento. Pues bien, aquella mujer evitaba con su prudente economía las angustias de la escasez, era el alma de su hogar, por eso su madre tenía que herir a fondo al desgraciado que la mató; Espíritu que no escarmienta dejándose llevar de su impetuoso carácter, y su madre que tanto le quería, se prestó gustosa, (sin ella darse cuenta en su vida terrena) a dar una lección a su hijo tan dolorosa y tan terrible para herirle a fondo, y hacerle comprender por medio del mayor dolor y el más cruel remordimiento que la impremeditación conduce al Espíritu al insondable abismo del crimen.

El matador de su madre es un Espíritu que no ha hecho el daño por el placer de hacerlo, jamás ha premeditado el modo inicuo de labrar la infelicidad de otro, nunca ha sonreído gozoso ante infortunio ajeno; pero ¡ay! Que ni un momento se ha detenido en la resbaladiza pendiente de sus alucinaciones. Cuando la sospecha ha germinado en su mente no ha preguntado a su razón por los fundamentos de ella, no ha investigado, no ha buscado la causa motora de sus celos, de sus inquietudes, de sus temores. ¿Ha sospechado de la lealtad de uno de sus deudos más allegados? Pues si ha tenido poder suficiente se ha tomado la justicia por su mano, reduciéndolo a prisión o decapitándolo, sin mirar si el supuesto culpable era su hermano; y si su autoridad era nula ha tomado la venganza por su cuenta, haciendo el papel de Caín repetidas veces. Después se ha arrepentido, ha llorado, ha lamentado con verdadero dolor de corazón la fogosidad de su carácter, pero ha vuelto a delinquir, porque la impetuosidad y la irreflexión eran sus defectos capitales y los vicios arraigados en el alma para desarraigarlos no bastan rutinarias oraciones, ni débiles propósitos de enmienda; y así como en los cuerpos humanos cuando uno de sus miembros se fractura, si de él se apodera la gangrena el cirujano se apresura a cortar el miembro que amenaza destruir todo el organismo, o quema sin piedad la herida, cuyos bordes presentan señales gangrenosas; del mismo modo los defectos rebeldes hay que atacarles, hiriendo a fondo, buscando las fibras más sensibles del pecador impenitente, haciéndole llorar, haciéndole sentir uno de esos dolores que jamás se olvidan, jamás, haciéndole ejecutar una de esas acciones monstruosas que aterran, que espantan, que horrorizan, que enloquece su terrible

recuerdo y que el hombre por huir de su odiosa sombra no sabe donde esconderse, donde ocultar su crimen, queriendo, en su delirio, que la noche sea eterna para no verse a sí mismo. Cuando se corre demasiado se saltan todas las vallas sin mirar si el terreno que se pisa está sembrado y de él depende la tranquilidad y el reposo de varias familias. Cuando se olvidan todos los deberes que la prudencia y la reflexión imponen, entonces el mismo Espíritu, aconsejado, dominado por quien desea hacerle cambiar de rumbo, aplica el remedio que necesita su enfermedad y se hiere sin compasión para sentir, para despertar y dar comienzo a una vida nueva.

El matador de su madre encontrará en su voluntaria víctima el mejor consejero, el amigo más fiel que le guiará en el espacio; enlazado a él en anteriores y sucesivas existencias ha procurado siempre dulcificar y templar su carácter fogoso, ha hecho todas las tentativas imaginables para atraerle al buen camino y en esta existencia le ha dicho con ese lenguaje, del cual no tenéis conocimiento en la Tierra, ni por mucho que penséis podéis formaros ideas de cómo y cuándo hablan los espíritus con sus almas queridas; pues de esa manera incomprensible para los terrenales le dijo la víctima a su matador. ¡Hiere insensato! ¡Déjate llevar de tu impremeditación, de tu arrebató, arroja el plomo homicida sobre la mujer que te llevó en su seno, y cuando hayas hecho una víctima más entonces corre a contemplar tu obra y llora!... Vierte esas lágrimas que como plomo derretido caen sobre el corazón, pregúntale a tu razón qué has hecho y maldícete a ti mismo, y trata de destruir tu sombra y pagando ojo por ojo y diente por diente lee en el libro de tu historia, cuenta las víctimas de tu impremeditación, que todas no han sido como yo voluntarias y pesando en la balanza de tu dolor todos tus actos te verás pequeño, muy pequeño, tal cual eres, pero al contemplarte escucharás una voz amorosa que te dirá: No te avergüences de ti mismo, que tienes la eternidad para engrandecerte, tu gran delito es no haberte detenido a pensar, pero, ¿acaso en el reloj de tu vida tienes marcado el número de las horas que te restan para pensar, sentir y querer? No; tú no sabes el día en que naciste, su aurora la ocultan millones y millones de siglos, y el día señalado para la muerte de tu inteligencia no lucirá jamás, siempre un sol brillará tras otro sol, siempre la luz llenará de reflejos luminosos los

horizontes de vuestros mundos, y los espíritus, eternos mineros del infinito, irán trabajando en la mina de su inteligencia. Tú eres uno de esos mineros, si hasta ahora te has complacido cavando en la sombra, de hoy en adelante trabajarás en la boca de la mina, mirarás al cielo y al ver las nubes de colores te parecerá que despiertas de un penoso sueño, mirarás al fondo del abismo donde antes vivías satisfecho de tus tinieblas y te parecerá imposible el haber podido permanecer siglos y siglos en la honda sima de la imperfección. Harás comparaciones, cuanto más dolorosas más útiles para tu progreso, cuanto más brillantes para ti más fuertes, más poderosas, más enérgicas para enseñarte nuevos caminos y marcarte nuevos derroteros.

Esto y mucho más le ha dicho el Espíritu de la víctima a su matador y cuando éste deje la Tierra ella será la estrella polar que le guiará en su penosa peregrinación. ¡Quiere tanto la víctima a su matador! Que el amor de las madres de la Tierra es un débil destello comparado con el sol espléndido de esos amores espirituales que llenan de luz y de calor la existencia de los seres, objetos de tan indefinibles afecciones.

Ya sabéis el porqué de ese suceso tan doloroso que os llenó de estupor y de espanto; fue la consecuencia de la impremeditación de un Espíritu, el punto final de una serie de horribles desaciertos, el epílogo de una historia de lágrimas.

El Espíritu del matador volverá a la Tierra y será en sus primeras existencias uno de esos seres tímidos que no tendrá resolución para llevar a cabo ninguno de los actos de su vida, sin antes pedir consejo a cuantos le rodeen y sin madurar todos sus planes, con muchas horas de profunda reflexión. Adiós.

¡Cuánta enseñanza se desprende de lo que me ha dictado el Espíritu! Gracias te doy, amigo invisible, por haber satisfecho mi deseo, que no es otro que aprender y enseñar.

CAPÍTULO XV

AMALIA Y JUANITO

Amalia y Juanito son alumnos del colegio de Belén, ella ingresó primero en la clase, a los pocos días llegó Juanito, y sin que nadie le dijese nada se sentó junto a Amalia; las niñas, al verlos tan iguales de estatura y sentaditos el uno junto al otro, hablando y riendo como si fueran compañeros desde la cuna, exclamaron gozosas: ¡Son prometidos!... ¡Son novios! Y cosa extraña, Belén que durante las horas de clase no permite la menor distracción ni la broma más leve encontró tan natural lo que decían las niñas que miró a Amalia y a Juanito murmurando enternecida: ¡Qué igualitos son!... ¡Qué buena pareja hacen!... Y los dos niños pasan parte de su vida juntos, y si salen a paseo con su profesora ya se sabe, no se separan el uno del otro.

La noche de la velada, siguiendo su costumbre Amalia y Juanito se sentaron juntos encima de una mesa para ver mejor lo que les rodeaba, y para recibir las caricias de su joven profesora que sentada junto a la mesa los contemplaba con evidente satisfacción, porque indudablemente aquellos dos niños despiertan el más vivo interés: ¿Por qué?... ¡Quién sabe!... Hay algo en ellos que habla al alma, y naturalmente habló a la mía. Yo los miraba y sentía un placer inmenso al contemplarlos; adivinaba que no era esta la primera vez que aquellos dos espíritus se encontraban en la Tierra, y respondiendo a mi pensamiento, oí una voz lejana que decía: Escucha, yo te diré algo de su historia; presté atento oído, y oí perfectamente lo que te copio a continuación.

¡Amor!... ¡Sublime amor! ¡Fuerza del Universo!... sin el amor de las almas y la atracción de los mundos la obra de Dios no existiría, Dios es amor y amor es su obra, los seres que no aman, son piedras desprendidas del gran templo de la creación, que ruedan hasta encontrar un punto de apoyo, ese punto de apoyo es un alma compasiva, la compasión, es el embrión del amor, embrión que se desarrolla y llega a la plenitud de su crecimiento cuando el ser que se compadece y el que recibe aquel efluvio de simpatía, llega el momento supremo en que se confunden en un

abrazo, y al decir abrazo, no creas que me refiero al abrazo de dos cuerpos, no, yo hablo del abrazo de las almas, éstas se abrazan a través de distancias inmensas.

Esos dos niños que hoy atraen tus miradas, son dos espíritus que hace luengos siglos vienen escribiendo su historia, enlazados por el amor más puro. Ella, la que hoy lleva tu mismo nombre, es un Espíritu tan identificado con el cumplimiento exacto de sus deberes, que se puede decir que nunca ha faltado a ellos: Ha tenido otros leves defectos, pero ha permanecido siempre fiel a los juramentos que ha prestado. No es Espíritu de pasiones violentas, pero ha sentido un amor profundo, y enlazada a ese amor, a ese ideal purísimo, ha vivido sin faltar a sus deberes en la Tierra soñando con un cielo que su alma presentía.

Hace algunos siglos que ella pertenecía a la religión de Mahoma, vio en el asalto de la fortaleza que habitaba, a un guerrero, a un soldado de la cruz, que porfiaba denodadamente por arrancar la bandera musulmana para colocar en su lugar la enseña de Cristo, la hermosa doncella mora encontró al cristiano muy hermoso y murmuró con tristeza: Su Dios no es el mío, pero debe haber otro Dios que una a las almas, si no lo hubiera, yo no podría amar al cristiano que viene a destruir la torre que me sirve de asilo.

El guerrero cayó herido en el asalto y ella pudo retirarlo del lugar del combate, vendó sus heridas, aplicó un cordial a sus labios y le ocultó cuidadosamente para que su padre y sus hermanos no vengaran en él sus odios de raza y de religión, y cuando el cristiano recobró sus fuerzas ella le acompañó hasta dejarle lejos de su morada cuando las sombras de la noche tendían su manto sobre parte de la Tierra. Él agradecido a sus bondades y enamorado de su espléndida hermosura, le dijo a la doncella: Deja tus lares y tu Dios, el mío es más bueno que el tuyo, y nos unirá para no separarnos jamás; mas ella le contestó: Te amo y siempre te amaré, pero mi padre y mis hermanos enloquecerían de rabia y de dolor, soy su orgullo, su esperanza y su alegría, no debo convertirme en su verdugo. Te amaré siempre, otro Dios más grande que el tuyo y el mío, nos unirá en el cielo; acuérdate de mí; y la virgen musulmana volvió a su hogar medio derruido para consolar a su anciano padre viviendo únicamente para él. Ni un solo día dejó de pensar en el cristiano, en el amado de su corazón,

y abrasada por aquel fuego divino dejó gozosa la Tierra pensando que un Dios más grande la uniría eternamente al ser que ella amaba con toda su alma.

En otra existencia volvió a encontrarle estando ella unida a un hombre que no amaba, al ver a un apuesto mancebo que la miraba extasiado, le pareció que recordaba algo muy lejano, él le dirigió palabras amorosísimas, ella las escuchó gozosa, y como si le conociera desde mucho tiempo, le dijo ingenuamente que sentía lo que nunca había sentido, sintiendo no ser libre para compartir con él la vida. Él maravillado, le dijo lo que se dice en ese mundo, que huyera con él, que atravesarían los mares, y serían dichosos; ella entonces le rechazó diciendo: Para amarte siempre no necesito deshonrar mi nombre; en mí hay dos seres, el uno esclavo de sus deberes, no producirá el escándalo, el otro, libre en sus deseos, en sus aspiraciones y en sus sueños vivirá otra vida, rendirá culto a su alma gemela, y esperará la muerte para comenzar a vivir; y fiel a sus deberes conyugales no abandonó su hogar, viviendo consagrada a un recuerdo dulcísimo, su último pensamiento fue para el hombre que tanto amaba, y cuando se sintió morir, experimentó inmensa alegría, porque tenía intuición de la vida futura.

En su penúltima existencia, la que hoy se llama Amalia, fue esposa de Dios, y el día que pronunció sus últimos votos, cuando revestida con las galas mundanas paseó por el anchuroso templo para darle un adiós a los placeres de la Tierra, la novicia vio a un hombre que la miraba fijamente diciéndole con su apasionada mirada: ¿Por qué dejas el mundo cuando yo salgo a tu encuentro? Ella se turbó, sintió algo que nunca había sentido, soñó con un cielo en la Tierra y cruzó por su mente el pensamiento de gritar: ¡Quiero ser libre!... Pero recordó a sus padres que eran los más empeñados en su profesión, a sus compañeras, a su buen confesor, escuchó la voz del órgano que parecía decirle: ¿Y tendrás valor de abandonarme?... y la novicia sintió miedo, sintió angustia y entró en el convento llevándose las manos al corazón para contener sus violentos latidos.

Dejó sus galas, murió para el mundo, pero todos los días acudía al coro para contemplar al hombre que vio por vez primera el día de su profesión. ¡Le quería tanto!... Le veía en sus sueños, y como el amor hace milagros, llegaron hasta ella cartas

apasionadas escritas por el elegido de su corazón, proponiéndole la fuga, la libertad, el amor, la vida, el placer sin tasa, la felicidad sin término, la monja leyó gozosa su contenido, pero... renunció a dejar la clausura, su amor era inmenso, pero... ¿Y el cumplimiento de su deber?... La distancia, el imposible, avivaba el fuego de su pasión, resistió a su empuje, pero su organismo se rindió al peso de tan encontradas sensaciones; y la esposa de Cristo murió joven pensando en aquel hombre que le había dicho: ¡Huye de tu encierro que mis brazos te esperan! ¡Hay un cielo!... ¡Hay un paraíso para las almas que saben amar!...

Ahora bien; ¿tanto sacrificio no merece recompensa? Sí; por eso Amalia, en esta existencia al saltar de la cuna se ha encontrado a ese hermoso niño que la mira sonriendo, porque es su Espíritu amado, es el que ella ama desde hace muchos siglos, se acabaron los obstáculos y los imposibles, ya no los separa distinta religión, ya no pertenece Amalia ni a otro hombre ni a Cristo, ya es libre, merece una existencia plácida y feliz, porque es un Espíritu esclavo de su deber, porque ha sabido resistir a las asechanzas mundanas, porque se ha sacrificado por su padre, por un hombre que no amaba, y por un ideal religioso que le inspiraba el más profundo respeto. Ha hecho siempre abstracción de sí misma, su sacrificio lo ha creído justo, porque con él evitaba el escándalo y no atormentaba a los seres que la rodeaban.

Todos los que cumplen con sus deberes, encuentran a su debido tiempo la recompensa de su abnegación, de su heroísmo; no se pierde ningún acto heroico; la felicidad existe al alcance de todos aquellos que no emplean la violencia ni el crimen para conseguirla.

Amalia no ha corrido en pos de la felicidad, ha recorrido su camino soñando siempre con un Dios más grande que los dioses, con un cielo más hermoso que el de las religiones; por eso hoy la tierna niña sonríe gozosa mirando a su gentil compañero, y cuando le preguntan. ¿Quién es tu prometido? Ella contesta éste, y lo dice de una manera que conmueve, que impresiona, y es que la niña dice una gran verdad, le sobra la razón, al decir es éste mi prometido porque aquel ser le pertenece. ¿Sabes por qué? Porque lo ha querido sobre todas las cosas de este mundo y se ha contenido dentro de los límites de su deber para no profanar aquel amor tan puro, tan inmenso, verdaderamente sobre humano.

Él también la ha querido, pero en ella es más profundo su amor, por lo mismo que ha sido más combatido y más de una vez ha dejado la Tierra muriendo de amor.

Razón tienes al conmoverte mirando a la infantil pareja, tu encontrabas en ellos algo especial, algo que no podías explicarte, y es que el amor los envuelve con un manto luminoso, por eso las niñas, sin saber por qué lo decían, exclamaron al verlos juntos: ¡Son prometidos!... es verdad, hace muchos siglos que se dieron el anillo nupcial: Contéplales, mira en ellos la imagen sagrada de la felicidad. ¡Son prometidos! Sí, ella ha labrado su campo, ella ha formado los cimientos de su hogar, y si acontecimientos no esperados destruyeran su casa de la Tierra, su casa del infinito no la destruirán las tempestades, los huracanes ni los terremotos; son dos almas unidas que juntas irán progresando; ella está a mucha más altura que él, pero descenderá hasta los abismos más profundos para elevarle, para engrandecerle, para que sea justo entre los justos y sabio entre los sabios.

Ahora sonríe al mirarlos. ¡Son tan pequeñitos! Extasiáte mirándola a ella, su rostro revela la pureza de su alma, él está orgulloso de su prometida, contéplales, admírales, abre paso a los prometidos y exclama: ¡Benditos sean!...

Ahora comprendo la historia de estos dos niños porque yo los miraba con tanto afán, porque me atraían, porque hablaban a mi alma las miradas de Amalia y de Juanito, porque me sentía subyugada por aquellos dos pequeñuelos y me conmovía extraordinariamente cuando le preguntaba a él. ¿Quién es tu prometida? Y él sonriendo maliciosamente me decía mirándola a ella, ésta, y al dirigir a ella la misma pregunta, Amalia se sonreía como deben sonreír los ángeles, y decía mirándole a él, éste. ¡Éste y ésta!... compendió de una larga historia. ¡Cuánto hay que estudiar en la humanidad!

CAPÍTULO XVI

LA BÓVEDA DE LUZ

Hay una calle en Barcelona que nos recuerda las de Sevilla en su parte antigua, es estrecha y algo tortuosa, teniendo todas las casas en la planta baja, buenas tiendas de ropa, cuyos dueños no queriendo ser menos que los demás, adornaron la calle con un templete árabe a su entrada y arcos de igual arquitectura de bastante elevación festoneado de una doble hilera de mecheros de gas cuya viva luz la amortiguaba globos de porcelana.

Nada más bello en contemplar a cierta distancia aquella bóveda de luz, al verla nos quedamos tan gratamente sorprendidos y tan impresionados que no podíamos explicarnos la dulce impresión que embargaba nuestros sentidos; lo que sí podemos asegurar es que algo nos detenía allí.

Con tristeza abandonamos aquel lugar; y cuantas veces pudimos volver a él, sentimos la misma emoción.

Los que escribimos inspirados por los espíritus, conocemos perfectamente cuando un ser invisible nos rodea; tenemos entonces plenitud de vida, nuestras ideas adquieren más lucidez y no nos quedó la menor duda que al contemplar la bóveda de luz de gusto árabe, algún Espíritu nos acompañaba y tomaba parte en nuestra contemplación.

Para cerciorarnos mejor se lo preguntamos al ser de ultratumba que nos guía en nuestros trabajos y éste nos dijo: que efectivamente, un Espíritu que había sido musulmán en su última encarnación contempla agradecido el recuerdo que la fiesta comercial le había consagrado al orden arquitectónico con el que tantas maravillas había hecho los de su raza, aumentándose su complacencia al ver nuestro entusiasmo, y deseoso de transmitirnos sus ideas nos envolvía con su buen fluido esperando ocasión oportuna de comunicarse con nosotros. Esta ocasión ha llegado; dominados por una profunda tristeza porque la vida en la Tierra es un gemido continuado, siendo las decepciones las encargadas de acercar a nuestros labios la copa del dolor, cuando el hombre mira en torno suyo y no ve más que punzantes espinas,

entonces es cuando se entrega por egoísmo a la voluntad de otros, cuando uno en sí mismo no encuentra más que la nieve del desencanto, busca la vida que le falta en la inspiración de los espíritus; al menos nosotros lo hacemos así. Si hubiéramos sido dichosos indudablemente no habríamos consagrado los últimos años de nuestra existencia al asiduo trabajo que hoy absorbe todas las horas de nuestra vida; pero vivimos tan mal cuando estamos a solas con nosotros mismos, y gozamos a veces de tan dulces consuelos, alimentamos risueñas esperanzas cuando transmitimos al papel las inspiraciones de los espíritus, que siempre estamos deseosos de ponernos en relación con ellos; los que a su vez manifiestan el mismo deseo, pues siempre que los evocamos acuden solícitos a nuestro llamamiento. El Espíritu que nos acompañaba cuando contemplábamos la bóveda de luz, dice así:

Pobre alma solitaria. ¡Cuánto te abruma el peso de tu ayer! Tienes razón al decir que en ti no encuentras el calor de la vida, que mal puedes encontrar lo que en cumplimiento de la ley no te ha sido dado poseer. Mas todo tiene su término; ni hay culpa eterna ni castigo perpetuo; los días pasan con la rapidez del relámpago y llegan las recompensas con la misma puntualidad que llegaron las represalias. Los anacoretas dejan su tebaida y entran a tomar parte en el gran banquete de la vida; y los que ayer murieron de frío se reaniman con el calor divino del amor; viven amados, y viviendo amados, viven en Dios. Y lo mismo que acontece con los individuos sucede con las razas; el martirio de los pueblos nunca es estéril, la sangre derramada se distribuye ordenadamente por las arterias del cuerpo social. Para las víctimas es agua de vida, para los verdugos es plomo derretido.

Si pudierais comprender la justicia de Dios, si pudierais admirar lo que yo admiro, que a pesar de no ser ningún Espíritu elevado tengo la comprensión suficiente para conocer el orden admirable que reina en la Creación, no os entregaríais al desencanto, no reduciríais vuestra entidad a cero sin valor, no sentiríais ese frío en el alma que os hace desear la negación de Dios, soñando con la paralización absoluta de vuestro ser.

No penséis que es extraño vuestro desaliento, se necesita para no decaer una fuerza de voluntad gigante, que en la Tierra es difícil poseer, porque la inteligencia de los terrenales es tan

limitada, que al trazar el círculo de la órbita que ha de seguir el Espíritu, lo traza tan pequeño, que se asfixia dentro de él.

Yo también me asfixiaba, yo también gemía cuando en las torres de mi Granada vi ondear la bandera española, y las huestes castellanas invadieron los patios de mi Alhambra... Yo también lloré la ruina de mi raza, escondido en las Alpujarras, creyendo que se extinguía para siempre la gloria de sus héroes y el renombre de sus sabios.

Yo también dudé del poder de Alá y acusé a Mahoma de impostor, yo también pregunté: ¿Por qué vives? ¿Por qué alientas? Si tu Dios es vencido, si tu profeta es un embaucador, ¿qué es lo que aún vibra en ti? ¿De qué sustancia se compone tu inteligencia?... Si la Omnipotencia de tu Dios es un mito, ¿cómo aún queda un átomo de ti?

¡Cuán tristes fueron los últimos años de mi vida terrena!
¡Qué dudas tan crueles me atormentaban!

Yo buscaba a Dios y no lo encontraba; mi Dios era débil, y el de los cristianos impío, porque se complacía en los horrores de la matanza. Cuando yo veía sobre mis torres la cruz en vez de la media luna, decía indignado: ¡Y eres tú el signo de redención!... Buenas maneras de convertir infieles, destruyendo sus hogares, acaparando sus riquezas, sembrando la desolación y la muerte, donde brotaban los gérmenes de la vida y de la prosperidad.

¿Dónde está el Dios, de la verdad, que no lo encuentro?
¡Oh, ciencia! Fiel depositaria de todas las verdades, dime, ¿dónde está Dios?... dime si mintió Mahoma al decir que en el paraíso estaban las huríes siempre vírgenes para inspirar un eterno deseo. Dime si la iglesia que se llama cristiana es la que guarda la moral de Cristo, dime por qué la fuerza bruta es más potente que la sana lógica de la razón; dime por qué las armas homicidas se atreven a disputar su poder a la palabra, que las fieras comprenden y obedecen y los hombres rechazan. Dime tú, oh ciencia luminar del mundo, ¿cuál es aquí la raza racional?

Mas ¡ay! La ciencia permanecía muda, me demostraba la edad de la Tierra en las capas geológicas, me enseñaba en los fósiles los antepasados del hombre, me manifestaba en el espacio que había otros mundos de inmensa magnitud; veía los raudales de la vida en la atmósfera, en las profundidades del mar, en el fondo de todos los abismos, en la cumbre de todas las montañas,

pero ante el hombre que se llama civilizado, enmudecía, y ante aquel obstáculo era donde se irritaba mi corazón.

¡Oh! Cuántas veces me oprimía las sienes en el colmo de la desesperación, diciendo: Dios, si tú me creaste, me asiste el derecho de preguntarte, ¿por qué en tu nombre se sacrifica a los pueblos que te rindieron culto y que utilizaron la inteligencia que les concediste, dedicándose al cultivo de todas las artes, industrias y manufacturas? ¿Por qué en tu nombre se mata? ¿Por qué en tu nombre se avivan y se enconan los odios persiguiéndose los hombres con tan cruel ensañamiento, que en comparación de ellos, las hienas y los chacales, son corderos inofensivos?

¡Responde, señor, responde!... qué si razón me diste, quiero con ella comprenderte. Mas ¡ay! Ni Dios ni la ciencia contestaron a mi pregunta y consumí los años de mi vida buscando a Dios. Yo no era fanático: lo mismo leía los versículos del Corán, que los del Antiguo y Nuevo testamento; lo mismo hacía uso de las abluciones, que penetraba en las Mezquitas convertidas en iglesias cristianas, para mengua del islamismo.

Ninguna ceremonia religiosa logró conmoverme jamás. Yo amaba mi pueblo, yo amaba mi raza, yo amaba mis lares, y el que tantas veces había vencido con su alfanje, lloró a solas por el infortunio de su patria. Sí, lloré, en la noche silenciosa, sentado en las breñas de las Alpujarras, miraba al cielo y decía: ¡Justicia para mi patria!

La sed de venganza me devoraba y el hambre de saber me consumía, mi alma estaba tan enferma, que su tenaz dolencia se transmitió a mi cuerpo y dejé la Tierra joven aún, sin dejar descendientes de mi nombre; no quise crear familia, me encontraba humillado, la raza humana me inspiraba un desprecio tan profundo, que en vez de aumentarla encontraba más lógico disminuirla.

Cuán apenado entré en el espacio y cuán absorto me quedé cuando al despertar de mi breve sueño me encontré en la plenitud de la vida... Descendí a mi tumba, vi mi cuerpo inerte, y a una hermosa cristiana que lloraba junto a mi sepultura. El llanto de aquella mujer me atrajo a la Tierra, el libro de la Creación me presentó sus hojas, leí sus páginas con avidez, y en ellas encontré a Dios, no en dioses de los hombres, sino en el Espíritu de vida que palpita en el Universo.

Mi yo, mi inteligencia, mi voluntad, mi ciencia adquirida y no olvidada, todo me atestiguó que Dios vibraba en todos los mundos al igual que en todos los átomos, contemplé a la humanidad terrena y la compadecí, me sonreí con lástima ante las mezquitas convertidas en Catedrales, los santones musulmanes y los sacerdotes cristianos me inspiraron la misma compasión, los ídolos me parecieron lo que son en realidad figuras frágiles de barro que las civilizaciones van rompiendo, y sobre sus ruinas las nuevas generaciones levantan sus altares, sin que en ninguno de ellos esté la imagen de Dios.

Ya se extinguió en mí el odio del musulmán al cristiano, pero confieso mi debilidad; aún me complacen los edificios que me recuerdan mi Granada; aún los templos árabes atraen mi atención; aun siento gratitud cuando en vuestros festejos populares os acordáis del orden arquitectónico que embelleció las ciudades agarenas y adornáis vuestras calles con algo que me recuerda mi última encarnación.

La raza árabe es idólatra del arte y de la belleza, hay en ella mucha sombra, pero también hay mucha luz. A ti te causó impresión la bóveda luminosa formada por los múltiples arcos, bella techumbre de fuego que me hizo recordar las fiestas de mi Granada, emporio de riqueza, de belleza y de luz.

Mucho me complace hablar contigo; hay alguna semejanza entre el fin de tu actual existencia y el de mi última encarnación. Vives sin hogar ni patria, sin templos y sin altares. Tú no elevas tu plegaria al pie de ningún ídolo, tienes un frío tan intenso en el alma, es tan profunda la soledad en que vives, que todo te produce hastío. Sólo una cuerda sensible queda en ti, tu amor a la luz. La luz te impresiona cuando cubre de franjas de oro el horizonte, cuando los rayos del Sol reflejan en las ondas, cuando la ciencia del hombre disipa las sombras de la noche, cuando inventos humanos acortan las distancias y transmiten el pensamiento. Tú amas la luz en todas sus manifestaciones, por eso tanto te impresionó la bóveda y decías mentalmente: ¡Quién pudiera vivir en un paraje donde irradiara de continuo la luz! ¡Qué hermosa es esta techumbre de fuego! Feliz de aquel que mire y siempre vea una brillante bóveda de luz.

Tienes razón. ¡La luz es la vida! ¡Es la savia!... ¡Es el polen fecundante! Sin el calor de los soles, los sistemas planetarios no existirían.

Quiero hacerte una advertencia antes de retirarme; tú que tanto amas la luz, tú que vives como yo viví, sin el calor del alma, porque estaba descontento de mí mismo, (como lo estás tú) voy a darte un consejo, para que vivas más feliz y te encuentres mejor preparada para despojarte de tu carnal vestidura.

Ten en cuenta, (y no lo olvides) que una bóveda de luz lleva cada hombre en sí mismo; la luz propia que lo mismo irradia en la oscura prisión de sombría fortaleza, que a la orilla del mar, cuando el sol aparece en oriente con su manto de fuego, esa luz es ¡la conciencia! Lámpara que nunca se apaga, faro que jamás se extingue, astro que siempre brilla, el cual fotografía nuestros pensamientos con tal fidelidad, que la conciencia es el espejo del hombre, están tan unidos, que son la voz y el eco, compañeros inseparables que nada llega a desunir.

El hombre podrá ser despojado de todo cuanto posea, podrá ser mutilado y quedar reducido a la impotencia, pero mientras conserve su razón, le queda su conciencia, bóveda luminosa desde la cual puede presentir los resplandores del infinito.

Todos pueden vivir en la luz, no te quede la menor duda; podrá el infortunio abatir el valor del Espíritu, podrá sentirse el peso de una horrible expiación, se podrá mirar todo el haz de la Tierra y decir con amargura: ¡No tengo un amigo! Pero nadie al mirar dentro de sí mismo podrá decir: ¡Estoy solo!... No; verá su sombra reproducida en el espejo de su conciencia, verá todos los actos de su vida, y los que son amantes de la luz deben procurar que sea su conciencia, un foco luminoso que inunde con sus rayos el áspero camino de su peregrinación.

Todo nos lo puede arrebatarse la adversidad, patria, afecciones, esperanzas, creencias religiosas, todo menos el íntimo convencimiento que hay dentro de uno mismo, el eco de su propia voz, y el reflejo de su pensamiento.

Las religiones han estudiado la pulverización de los herejes, pero no han podido pulverizar los espíritus, que son los que avivan el fuego sagrado de la conciencia. Cuando el Espíritu

encarnado llega a perder hasta el recuerdo de sus actos, tal es la agonía en que vive, sus guías de ultratumba se acercan a él mientras su cuerpo reposa, levantan una punta del velo que cubre el pasado y le dicen: ¡Mira y compara! El Espíritu mira y queda anonadado, pero convencido que no hay mal que brote, si antes no se arrojó la semilla del vicio en el hondo surco de las pasiones. Durante la noche, pide ver algo que te fotografíe tu pasado, y durante el día procura que todos tus actos, al reverberar en tu conciencia aumenten cada segundo la potencia del foco luminoso; y así podrá vivir tu Espíritu, esperándolo todo de sí mismo, bajo una hermosa bóveda de luz.

Sabio y profundo es el consejo del Espíritu, procuraremos seguirle en cuanto nos sea posible, porque somos adoradores de la luz, comprendiendo que sin la luz de la conciencia es un caos el Universo; y ya que hay luz en los soles, luz en la ciencia y luz en la razón del hombre. ¿Para acercarse a la verdad suprema, que nos falta?: VOLUNTAD; pues tengamos decisión para llegar a ser grandes, y en todos los parajes hallaremos lo que tanto nos impresionó: ¡Una bóveda de luz!

CAPÍTULO XVII

OJO POR OJO Y DIENTE POR DIENTE

Amigos invisibles, que en el lenguaje usual se llaman lectores, pero que invisibles sois para mí, puesto que no os conozco. ¿Os acordáis de una confidencia que os hice con el epígrafe el “árbol de la vida”, en la que os presentaba éste con flores, con frutos y seco? Simbolizando este último periodo el cadáver de una mujer, que contemplé en un hospital, y a cuyo Espíritu pregunté: ¿Quién eres? Y escuché una voz clara y precisa que me contestó: ya te diré quién soy; pues bien, como no hay deuda que no se pague, ni plazo que no se cumpla, dicho Espíritu pagó la deuda que conmigo contrajo, dando la siguiente comunicación por conducto de un médium escribiente mecánico, en distintas sesiones.

Amalia, te dio pena de ver mi cadáver solo y abandonado, en poder de seres indiferentes que se alegraban de mi muerte, porque les hice sufrir con mis lamentos.

Mi soledad te inspiró simpatía y me preguntaste quien era yo; y agradecí tu espontáneo interés, pues me encontraba, (y es un caso bastante excepcional) sin turbación alguna, pudiendo apreciar y conocer cuanto me rodeaba.

Hacía mucho tiempo que solía abandonar mi materia por espacio de muchas horas, y me había acostumbrado a ver mi cuerpo lleno de llagas y cubierto de podredumbre, por lo tanto, al desatarse los lazos fluídicos que me unían a mi envoltura, la contemplé sin sobresalto ni pena; tan habituada estaba ya a mirarla.

Tu voz amiga, fue el único eco que encontré en la Tierra en mi larga peregrinación; mi vida fue una serie no interrumpida de sufrimientos, justo castigo a mis anteriores desaciertos.

En mi penúltima encarnación pertenecí al sexo masculino, siendo mis padres honrados labradores en la provincia de Toledo; pero yo sin duda, en mi vida pasada fui el primogénito de algún duque, mirando con necio desdén las tareas agrícolas; viendo mi padre que no podía hacer carrera de mí, me envió a Toledo, al

lado de un hermano suyo, que era canónigo, el cual trató de hacerme sacerdote; mas yo, que solo pensaba en repartir estocadas y mandobles a diestro y siniestro, junto a las rejas de las nobles damas, porque en mi ambición soñaba hacer fortuna por medio de un casamiento ventajoso, no hice caso alguno de sus buenos consejos y extrayendo de sus arcas cuanto dinero pude, hui de Toledo, acompañado de otro perdido como yo.

Granada fue la ciudad que elegimos para teatro de nuestras locuras; cambiamos de nombre y en poco tiempo nos hicimos notables por camorristas y alborotadores, saliendo siempre ilesos en las continuadas peleas.

Siguiendo en mi idea de casarme con una mujer rica, fijé mis ojos en una hermosa joven hija de una gran familia; ella también reparó en mí y me quiso desde que me vio, porque yo tenía la hermosura del ángel malo, como decís en la Tierra, y subyugué por completo a Clemencia, que era cándida y buena.

Con el oro vencí la resistencia de su anciana dueña, que me facilitó la entrada en el jardín de la casa, donde hablaba con Clemencia, la cual debía casarse con un pariente suyo a quien no amaba; le propuse la fuga, pero ella casta y pura, se negó a ello y entonces le dije que un sacerdote nos bendeciría antes de abandonar el hogar paterno.

Así fue: Mi compañero de aventuras, disfrazado con un hábito de fraile, me acompañó una noche y en un pabellón del jardín tuvo lugar la mentida y sacrílega ceremonia, siendo testigo la dueña de Clemencia: ésta, pálida y temblorosa, abandonó la casa de sus mayores, dominada por mi poderosa voluntad. Pasamos ocho días en una casa de campo: Clemencia era dichosa, y yo le dicté una carta para su padre, pidiéndole perdón y permiso para echarnos a sus pies; pero nuestra súplica fue en vano; la dueña de Clemencia contó a la madre de ésta nuestro secreto casamiento y enterado su padre, púsose furiosísimo, declarando que desheredaba a su hija ingrata, prohibiendo terminantemente que nadie la nombrara en su presencia, puesto que para él ya había muerto.

La dueña de Clemencia, despedida de la casa, fue la que nos enteró de todo lo ocurrido, dejándome desconcertado, porque echaba por tierra todos mis planes de riqueza y poder.

Mi amigo me aconsejó que dejáramos Granada antes que nos hicieran dormir a la sombra; comprendí que tenía razón y quise dejar allí a Clemencia; pero mi compañero no lo juzgó prudente diciendo: que tiempo había para esto; y salimos los tres con dirección a Cádiz; allí hice conocimiento con un capitán negrero y sin decir una palabra ni a Clemencia ni a mi amigo, me embarqué con rumbo a Cuba.

Durante el viaje no dejó de turbar mi sueño un vago remordimiento: Clemencia iba a ser madre, y la dejaba abandonada en una ciudad extraña; más a fuerza de embriagarme, acallé los gritos de mi conciencia.

Me asocié con el capitán del buque y al cabo de dos años había hecho buen negocio, vendiendo a mis hermanos.

Conocí a una linda criolla, que era inmensamente rica y tres meses después era mi esposa.

Permanecí en Cuba algunos años y después decidí fijar mi residencia en Madrid.

Emprendimos el viaje, y al llegar a Cádiz miré a todos lados con recelo, temiendo encontrar a Clemencia que ni un solo día había dejado de ver en mi mente.

¡La víctima seguía al verdugo...!

Dejé la antigua Gades, sin perder momento y llegamos a Madrid, donde viví un año rodeado de un lujo fabuloso, queriendo a fuerza de aturdimiento desoír la voz de mi corazón, que continuamente me atormentaba.

Mi esposa deliraba por mí, pero ella solo me inspiraba la más completa indiferencia; mi pensamiento esclavo del oro, se encontraba como Tántalo: condenado a ver el agua y a morir de sed.

Mi vida era un infierno; dos mujeres me habían amado y yo nada había sentido.

Muchas noches las pasaba en la crápula y en la orgía, volviendo a mi casa desesperado, pensando más que nunca en Clemencia.

Una tarde salí con mi esposa y al anochecer encontramos el viático en la calle de Toledo: mi mujer saltó del coche, más ligera que el deseo y suplicó al anciano sacerdote que subiera a él, siguiendo nosotros a pie.

Mi compañera era fanática en demasía, pero hacía muchas obras de caridad, siendo una de ellas el visitar a los enfermos.

Me propuso que siguiéramos al viático por si el enfermo era pobre dejarle una limosna; accedí a ello y sin poderme dar cuenta de lo que sentía, ansiaba llegar.

Llegamos al fin a un callejón sucio y hediondo y entramos en una casa donde se aspiraba un ambiente mefítico.

Al final de un patio largo y estrecho, encontramos en una habitación donde unas cuantas mujeres rodeaban una miserable cama, si tal nombre merece un mal jergón tendido en el suelo, húmedo y frío.

Una pobre mujer ocupaba aquel pobre lecho, y al verla no pude contener un grito: Clemencia, moribunda, estaba ante mis ojos.

La enferma se movió ligeramente, como queriendo ahogar un gemido.

El sacerdote se inclinó como para reconocerla y dijo con acento compasivo:

Si yo hubiera sabido que me llamabais para auxiliar a Clemencia no hubiera venido, porque vestida y calzada se podrá ir a la gloria, que bien ganada la tiene. ¡Pobre mártir...!

Se prosternó, oró breves momentos, bendijo a la enferma y salió diciendo: dejadla dormir, mañana volveré a verla.

Mi mujer dio algún dinero a una de aquellas mujeres y salió tristemente preocupada, diciéndome que al día siguiente volvería acompañada de su médico.

Nada la repliqué; pero en seguida que llegamos a casa, busqué a un célebre doctor amigo mío, con quien me dirigí a ver de nuevo a Clemencia, que seguía sumergida en un profundo letargo.

Mi amigo la miró con tristeza y me dijo: Esta noche dejará de existir.

¿Sin despertar de su sueño? Le pregunté.

¡Oh!, eso sí; me contestó, y sacando de su bolsillo un pomito que contenía elixir, vertió en sus labios algunas gotas y mandó salir a las dos ancianas que velaban a la moribunda.

Abrió Clemencia los ojos y entonces mi amigo la hizo beber lo que quedaba de aquel cordial.

Momentos después un raudal de llanto bañó su rostro pálido, y reclinado su cabeza en mi hombro, me dijo con voz apenas perceptible.

Al fin has venido. ¡Cuánto tiempo te he esperado! ¿Por qué has tardado tanto?

Yo no sabía que contestar; el dolor y el remordimiento más horrible, ponían un nudo a mi garganta y solo pude murmurar: He sido un miserable, perdóname.

Hace mucho tiempo que te perdoné, para que Dios y mis padres me perdonaran también.

¿Y qué ha sido de ti...? ¿Cómo has vivido, Clemencia mía?

Breve es mi historia: Cuando te fuiste, a los tres meses un ángel vino a hacerme compañía; tres años vivió conmigo, y luego... tendió sus alas y se fue al cielo. ¡Pobre hija mía! Se murió muy a tiempo.

¿Por qué?

Porque yo de tanto llorar me quedé ciega; mi dueña vino a buscarme a Cádiz, y me trajo a Madrid, donde la ciencia pudo más que mi dolor, y volví a ver la luz del día.

Habíamos agotado todos nuestros recursos de alhajas y de ropa y nos dedicamos a coser para poder vivir; pero mi anciana amiga murió en mis brazos y este triste suceso me hizo perder las pocas fuerzas que tenía, y tuve que ir a pedir limosna para llevar pan a mis labios; al fin caí enferma y estuve en el hospital muchos meses; después... me arrojaron de allí, porque se hizo mi enfermedad crónica, y últimamente encontré un alma buena que me dejó vivir aquí, y me he alegrado morir en la soledad, para que nada me distrajera y pudiera constantemente pensar en ti. ¿Y tú, dime, qué has hecho?

Le iba a contestar sin saber qué decirle, cuando mi amigo se puso un dedo en los labios y me indicó con su mirada, que mirara bien a Clemencia; ésta había cerrado los ojos y de su pequeña boca destilaban algunas gotas de sangre, que recogí con mi pañuelo.

De nuevo abrió los ojos, diciendo con acento apagado: ¡Gracias, Dios mío! Al fin le he visto. ¡Muero feliz! Y cayó sobre la almohada para no levantarse más.

Mi amigo me quiso arrancar de la fúnebre estancia, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles: permanecí clavado ante aquél cadáver, sintiendo un remordimiento sin límites, y un amor inmenso y loco: desesperado, sin fe, sin creencias, sin consuelo alguno, acompañé, hasta el cementerio, a la sombra de mi vida, y después febril, jadeante, sin conciencia de lo que hacía, huyendo de mí mismo, corrí... corrí a la ventura y me precipité en el canal, terminando violentamente mi abominable existencia.

Cuán equivocado está el hombre cuando cree que con el suicidio se acaba su tormento, y es al contrario, que se multiplica ciento por uno.

Todo el tiempo que al hombre le resta que estar en la Tierra, cumpliendo su expiación, permanece en la erraticidad, sintiendo la violenta agonía de la muerte; yo por mí sé decirte, que contemplaba el canal, veía su agua turbia, y flotando en ella mi cadáver el que llegaba hasta la orilla, saltaba a tierra y se precipitaba de nuevo en la corriente, sintiendo en todo mi ser la inexplicable impresión, la angustia indefinible que había experimentado al morir, y volvía nuevamente a subir y a caer.

No sé cuanto tiempo estuve así; porque en el espacio no se conoce el límite de los años; pero cuando se cumplió el plazo de mi vida, se me apareció el Espíritu de Clemencia, que me dijo:

¡Desgraciado! Tu obcecación nos separó en la Tierra y por mucho tiempo nos separará en la eternidad; vas a encarnar de nuevo, elige prueba, y si la sufres con resignación, recuperarás algo de lo que has perdido.

Desapareció la fulgente visión y yo pedí a Dios una existencia de martirio y humillación, ya que tan orgulloso había sido en mi vida pasada.

Volví a la Tierra y escogí una familia rica; hija única, mis padres me adoraban y los perdí en edad temprana, quedando en poder de tutores, que mermaron mi fortuna, gastando yo el resto, a mi mayoría de edad, con la libertad más desenfrenada.

Cual otra impúdica Mesalina, me lancé en la vida del vicio, y como en esa senda, dado el primer paso, se va descendiendo hasta hundirse en el abismo, yo dejé de ser mujer, para convertirme en cosa, hasta que llegó un día, que, agotada mi belleza, pobre y sola, miré en torno mío, y lloré amargamente,

porque todos huían de mí como si tuviera lepra. Razón tenían, yo tenía lepra en el alma, tarde reconocí mis desaciertos.

Tan escandalosa había sido mi vida, tan pública mi humillación, que no encontré taller para trabajar, ni casa donde servir; la sociedad me rechazaba, el hambre me hacía sentir sus terribles convulsiones y mi cuerpo cayó desplomado en tierra, devorado por la enfermedad.

Diez años fui rodando por los hospitales, los cuatro últimos los pasé donde viste mi cadáver.

Clemencia me prestaba su amparo, porque sufrí con resignación mis acerbos padecimientos,

Cuando dejé la Tierra salió a mi encuentro y me dijo que había andado a jornadas dobles el camino, y que en mi próxima encarnación, iría a un mundo más adelantado que el vuestro.

Adiós, Amalia, me parece mentira que haya dejado mi andrajosa envoltura; la luz me rodea y siento en mí renacer algo grande, que jamás he sentido en ese triste y oscuro planeta.

Te guardo gratitud por la compasión que te inspiré. Tú eres el único recuerdo grato que tengo en ese mundo. Adiós; sigue resignada con el peso de tu cruz hasta llegar al calvario, y encontrarás después de la muerte, lo que nunca podéis soñar ni entrever en ese destierro: luz, vida y verdad. Adiós.

Este resumen de dos existencias se obtuvo en varias reuniones. Yo, dejándole toda la verdad histórica, he cuidado únicamente de compendiarlo en lo posible.

Este relato manifiesta, que no se derrama una lágrima que no tenga su razón de ser.

¡Cuán grande es el Espiritismo! Es la esencia de la razón.

¡Y que haya estado tantos siglos oculto a nuestro entendimiento!

Verdaderamente los espíritus que encarnamos en la Tierra (exceptuando algunos genios superiores que vienen a cumplir una gran misión), ¡en qué estado tan deplorable de atraso nos encontramos!

¡Qué pequeña! ¡Qué mezquina, y qué egoísta es la humanidad! Y qué orgullosa al mismo tiempo. Pero esto no debe de extrañarse, porque no hay nada más osado que la ignorancia y la nuestra es ilimitada.

Dijo Chateaubriand, que la naturaleza decía una palabra en cada siglo, y en el nuestro la pronunció también: ¡Espiritismo! La palabra más trascendental que ha resonado en el Universo, repitiéndola el eco de mundo en mundo.

Palabra mágica que cambiará todo lo creado. Ella llevará la civilización de polo a polo; de zona a zona; ella conquistará la Tierra palmo a palmo, pero sin dejar tras de sí la sangrienta huella que dejaron: Alejandro, César y Napoleón.

Dice Pelletan, que si la fuerza es el alma de la materia, en pago, la idea es el alma de la fuerza.

Pues bien; esa será la soberana del orbe, la idea, crisálida de la razón por la cual el hombre conoce lo que vale, y el día que la humanidad reconozca sus defectos, dejará de ser la Tierra un planeta de expiación.

Todas nuestras guerras civiles y religiosas, todas nuestras luchas íntimas de familia a familia, de individuo a individuo, no tienen más causa ni más origen, que la creencia errónea que abrigamos, que no nos da la suerte todo el bien que merecemos.

El día en que todos estén convencidos de que no hay razas desheredadas, sino que cada cual se deshereda a sí mismo, reinará sobre la Tierra la moral evangélica de Cristo: la humanidad formará una sola familia, y entonces no habrá escritores como Dumas (padre), que digan con fundada razón: ¡Hombres! ¡Hombres! Raza de cocodrilos.

Espiritistas de todas las naciones, roguemos al Omnipotente que la razón domine en el mundo.

CAPÍTULO XVIII

POR EL FRUTO SE CONOCE EL ARBOL

Antes de conocer el Espiritismo, las muertes violentas, los sucesos terroríficos que continuamente vienen a sembrar el espanto entre los que viven, si no tranquilos, al menos, libres de esas desgracias horribles que dejan el ánimo contristado para mucho tiempo, me causaban profundo estupor y me hacían dudar de la justicia de Dios; pero desde que estudio las innegables verdades de la filosofía espiritista, cuando un crimen espantoso, o una muerte imprevista, o uno de esos acontecimientos que traen consigo la desolación y la muerte para un número determinado de individuos, y entre ellos se salva el más indefenso un niño por ejemplo, o un enfermo postrado en su lecho, y cae junto a él un Hércules aplastado por los escombros, si bien ante un cuadro de destrucción mi Espíritu tiembla y mira con espanto el porvenir, mi reflexión viene enseguida a calmar mi pena, pienso con tristeza en los que han muerto violentamente y murmuro con melancolía: Si, por el fruto se conoce el árbol, el pasado de estos espíritus que no han merecido siquiera dejar en su lecho su envoltura rodeados de sus deudos, recibiendo sus atenciones y sus cuidados. ¡Qué azaroso habrá sido! ¡Cuántas lágrimas habrán hecho verter! ¡Cuántos errores habrán cometido!... ¡Cuántas veces habrán caído arrastrando en su caída a seres inocentes! Las responsabilidades de estos espíritus tienen que ser tantas que será imposible hacer una suma exacta de ellas. El que mucho paga mucho debe. ¡Dios mío! ¡Qué bueno es ser bueno, y qué malo es ser malo! Porque cuando hay una cuenta pendiente cuando menos se piensa se presenta el acreedor implacable y hay que pagarle hasta el último cuadrante.

Hace algunos días que murieron en Barcelona dos mujeres quemadas, tomando tales precauciones la autora del crimen, que fue imposible la salvación de ninguna de ellas, puesto que se encerró en un cuarto con su víctima que era una jovencita hermosísima que le servía de criada, roció a esta con alcohol se roció, ella también, puso debajo del lecho de la joven la bombona

o vasija que contenía el alcohol restante, prendió fuego a las ropas de la infeliz muchacha, se abrazó a ella, y cuando llegó el socorro de los vecinos, la joven era cadáver, y su verdugo estaba con las ansias de la muerte, pudiendo confesar su crimen y hasta dar muestras de arrepentimiento (según cuentan) porque en estos casos hay que repetir aquel antiguo adagio: De dinero y calidad, la mitad de la mitad, pero lo que es innegable que la autora del crimen quiso morir con su víctima. Varios espiritistas me han escrito pidiéndome mi opinión, sobre un suceso tan horroroso, una de las cartas que más me impresionó fue la siguiente:

Apreciada amiga y hermana en creencias; bien deberás estar y de sobras enterada de las dos horrorosas muertes que hubo días atrás siendo víctimas la dueña de la mesa de refrescos de la Rambla de Canaletas y su criada. Como que fueron dos muertes especiales, a mí no me cabe duda que ha de haber en ellas un gran misterio espiritual.

Se susurra que la autora del crimen no estaba mal con su marido, y que la sirvienta que tenía nunca habían tenido entre ellas la menor reyerta, ni motivo de odio; la chica vigilaba a su señora, porque ésta algunas veces había intentado suicidarse y que esta última vez se aseguró encerrándose con aquella que no la perdía de vista: y dicen que contó la moribunda que le había dicho a su criada las siguientes palabras: Ahora ya no me podrás impedir que me mate, ya no hay remedio hemos de morir juntas, tú te irás al cielo y yo al infierno.

También se susurra que la sirvienta estaba prometida, y los celos se apoderaron de su ama contra el novio por no querer separarse de la muchacha. ¡Se dicen tantas cosas!

No por curiosidad, porque yo respeto muchísimo el ayer de los espíritus, sino por estudiar en esa historia universal que no tiene más historiador que el tiempo, pregunté al Espíritu que me guía en mis trabajos, si le era posible decirme algo sobre el pasado de las dos mujeres, la una en la plenitud de la vida, y la otra en el albor de la adolescencia, las dos habían tenido la muerte más horrorosa que se puede tener en la Tierra, pues según las comunicaciones de diversos espíritus que han dejado su envoltura atormentados por el fuego, la sensación del dolor es tan horrible, tan intensa, tan duradera que el Espíritu la siente mucho tiempo

después de estar su organismo carbonizado; y esto tiene que ser tristemente cierto, puesto que la quemadura más leve produce un dolor inaguantable. ¿Y qué será esto, en comparación con verse rodeado de llamas? ¡Oh! La muerte por el fuego deberá ser el saldo de cuentas terribles. el Espíritu interrogado por mi deseo de saber me dijo lo siguiente.

“Por el fruto conocerás el árbol, cuando los espíritus tienen que dejar su envoltura entre las llamas, ¡pobres desdichados! El fuego del remordimiento les ha quemado muchos siglos; las dos mujeres cuya muerte os ha impresionado, están enlazados sus Espíritus desde remotos tiempos, muy remotos, por ambiciones insaciables, por ardientes deseos de poder omnímodo, por crímenes cometidos a la sombra de una religión poderosa, poderosísima, los dos han rivalizado en una ambición sin límites, su historia tiene muchas páginas manchadas de sangre, se han seguido el uno al otro como la sombra al cuerpo, han sido inseparables, si bien siempre el uno ha sido la cabeza y el otro el brazo, el uno más fuerte y más inteligente ha trazado el plan, y el otro más débil y más indolente ha ido por el camino que le han indicado, se han necesitado mutuamente, se han servido de complemento, puesto que si el fuerte gozaba con el exterminio, el débil no sentía la menor repulsión en hacer el papel de ejecutor; la historia de esos dos espíritus, es tan accidentada, tan borrascosa, tan turbulenta y han llevado a cabo sus atropellos con tanta premeditación, han atado tantos hilos para que sus inicuos planes no salieran fallidos, han sido dos inteligencias tan unidas y tan conformes para practicar el mal que su responsabilidad no tiene límites, y como consecuencia inmediata han sufrido mucho; con el látigo del dolor los ha azotado su expiación y ya ni el uno ni el otro se complacen en el mal, ya son inofensivos puede decirse; ahora todo el daño se lo tienen que hacer a ellos mismos, cuando no hay verdugos que destruyan los cuerpos en nombre de la ley, si aquellas míseras envolturas tienen que romperse en mil pedazos, los dueños de ellas se encargan de pulverizarlas, de esto no os quede la menor duda; las dos mujeres que hace pocos días dejaron sus restos entre las llamas, muchas veces han sufrido el mismo martirio, y en cumplimiento de leyes ineludibles lo volverán a sufrir más de una vez aún porque no en vano se goza con el

martirio de los demás, no en vano se despoja de sus bienes a los que una religión poderosísima condenaba a morir lentamente en mazmorras subterráneas, no en vano se escriben falsas denuncias para apoderarse de fabulosos tesoros. Todo daño que se comete en su realización lleva el castigo. La redención anunciada por innumerables profetas, la predicación de los redentores, profetizando días de atribulación y tras de ellos la paz, la bonanza, la glorificación de los buenos; el regocijo, el placer satisfecho, la venganza olvidada, el odio extinguido, la envidia convertida en admiración de buena ley, el reinado en fin de la felicidad en la Tierra indudablemente llegará, pero será cuando sus habitantes no estén condenados a pagar sus culpas de ayer. Ningún hijo de Dios (como dicen las religiones) vendrá a borrar las manchas del pecado, y no vendrá porque los que pueblan la Tierra son hijos de Dios, no tiene que venir ningún predestinado, llamado o elegido, cada uno tiene que redimirse a sí mismo, cada uno tiene que levantar su patíbulo y en él morir (al parecer) antes de tiempo, sufriendo unas veces las aparentes injusticias de la ley terrena y otra siendo a la vez juez y parte, como aconteció últimamente a las dos mujeres que han dejado la Tierra dando un espectáculo horroroso que volverán a reproducir cuando vuelvan.

Siempre que ante tus ojos se desarrolle una escena violentísima en la cual dejen de existir la mayoría de sus actores, eleva tu pensamiento a Dios, has examen de conciencia pregúntate qué has hecho, qué deseas, qué esperas y no te sobrecoja el miedo diciendo: ¿Si moriré así? ¿Si mi expiación será aún tan horrible?

Lo que has de procurar es sembrar amor, lo que te has de proponer es suavizar asperezas, es dulcificar caracteres, evitar cuanto te sea posible el ser molesta y gravosa a los demás; ser luz en pensamiento en deseo y en obra, y preparado el Espíritu de esa manera, aun cuando llegue un día en el cual se cumpla el plazo de una deuda terrible, su padecimiento físico será en relación con su culpa tan débil, tan tenue, que no os podéis imaginar la diferencia que existe entre el tormento del criminal que nada ha hecho por su rescate, y el Espíritu que al reconocerse culpable ha dicho: ¡Quiero ser bueno! ¡Quiero ser grande! Y ha trabajado sin descanso en su redención.

Ya sé que son muchos los que te preguntan por el ayer de algunos seres cuya muerte ha sido dolorosísima y cuando en la pregunta no hay el móvil de la pueril curiosidad, tengo un placer y hasta cumplo con un deber ayudándote en tus investigaciones; para mejor inteligencia de tus lectores copia algunos fragmentos de una carta que te enviaron no hace mucho tiempo preguntándote sobre otro suceso desgraciado.

Al cumplir el deseo manifestado por el Espíritu mi satisfacción es inmensa, pues muchas veces no me atrevo a preguntar a los invisibles todo cuanto mis amigos me piden debido a que respeto tanto la comunicación espiritual que siempre temo molestar demasiado, mas ya que el Espíritu se presta a mi deseo de investigación copiaré la carta que me enviaron desde Loja.

Querida hermana Amalia; autorizado por las varias consultas que vemos te hacen, y que gustosamente das cuenta de ellas en tu apreciable semanario, sobre desencarnaciones violentas y horribles sufrimientos que como justas depurativas pruebas experimentan muchos seres. Me voy a permitir hacerte una sobre el desastroso fin que ha tenido un amigo mío llamado José Fernández, persona muy apreciada de cuantos le conocían maestro carpintero, por pura afición, se dedicó a la vez hace algunos años a la pirotécnica, y había llegado a perfeccionar tanto los cohetes de todas las clases, que no se consumían otros en esta localidad.

Aproximándose la fiesta de la Virgen del Carmen, que se celebra mucho en su parroquia y para otros objetos que esperaba le consumieran, tenía hecha prevención de estos y colocados en la sala de su casa; pero teniendo una hija mocita, ésta quiso arreglar la habitación para dicha fiesta, y fue y colocó todos los cohetes en el dormitorio de su padre, y a los pies de la cama, cosa que él no le extrañó y por lo tanto nada dijo, y el día 13 en la noche cuando él ya dormía sin saber la causa, se inflamaron los cohetes produciendo una detonación terrible, y aunque la puerta no la tenía cerrada la misma explosión la cerró de tal modo que tuvo que echarse abajo para poder sacarlo en un estado que vivió 8 horas sufriendo horribilmente, hasta decirte que al día siguiente se encontró en la habitación el pellejo de las manos entero con sus correspondientes uñas. En aquellos momentos de agonía dicen que rechazaba a su hija culpándola de su muerte. Ésto aunque

para nosotros tiene perfecta explicación, he querido comunicártelo por si tú obtienes mayores aclaraciones, que siempre resultarán en bien de nuestra propaganda.

El mismo hecho demuestra el anterior delito, el Espíritu que recibió la muerte por el fuego siendo indirectamente su hija la autora inconsciente de tal castigo, tenía necesariamente que morir en medio de tales sufrimientos. No estaba en el ánimo de su hija matar al autor de sus días, pero en más de una existencia, este, había causado su muerte en la hoguera a la que últimamente fue su hija, íntimo parentesco que ya les ha unido en diversas encarnaciones y en la encarnación anterior a esta última también fue su hija, entregándola su padre al tribunal de la inquisición, acusándola de hereje, porque la casta doncella no accedió a sus lúbricos deseos y el padre y amante desairado reconvenido dignamente por su noble hija se vengó de ella llevando él mismo toda la leña a la hoguera en la cual murió una mujer digna y pura. Los inquisidores le colmaron de parabienes, le llamaron mantenedor de la fe, le concedieron títulos y honores de príncipe de la iglesia; pero crímenes tan horribles tienen que ser expiados, recibiendo el castigo por la mano de sus víctimas: El hombre que se vengó de su hija por ser ésta honrada y buena y tuvo la avilantez de poner su odio al amparo de su religión recibiendo por su crimen plácemes y honores y títulos de nobleza por una sociedad degradada y envilecida, tenía necesariamente que recibir el castigo por medio del mismo Espíritu ofendido y martirizado; Espíritu que perdonó la ofensa en el acto de recibirla, que le escogió nuevamente por padre, para unirse más y más a él y que ha servido de instrumento a la venganza de otros espíritus porque la ley de expiación debía cumplirse, y se cumplió: Te lo repito, a cada nueva hecatombe que te impresione, redobla tus esfuerzos para progresar. No blasfemes diciendo, me da miedo la ira de Dios porque Dios ni puede encolerizarse, ni puede sonreír satisfecho. Dios es la ley inmutable y eterna, la ley de gravedad, la ley de la atracción universal. El pecado es la sombra la sombra es plomo. Plomo es también el remordimiento, plomo el resultado del dolor de la culpa, todo cae junto en el abismo insondable de la expiación. La virtud en cambio es luz, la luz irradia, su alborada es el buen propósito de los espíritus, las obras de estos el aumento de los destellos luminosos, el sacrificio del hombre por el hombre,

el amor difundiendo su savia, es el Sol en la plenitud de su grandeza. Las almas puras siempre buscan los secretos de los cielos, los espíritus que viven bien en la sombra nunca levantan sus miradas a la inmensidad, la ley se cumple en el criminal y en el justo, cada uno es responsable de sus actos. Otra pregunta te hacen sobre un suicida, usa del procedimiento anterior.

Siguiendo la indicación del Espíritu, copiamos a continuación un suelto que nos envió un espiritista de Tortosa.

Ayer al mediodía, después de comer con su familia el conocido comerciante de vinos y fabricante de aguardiente de esta ciudad, D. Francisco Homedes, retirase a su habitación, como de costumbre a hacer la siesta, y después de desnudarse y tenderse en la cama, cogió una pistola, disparándose un tiro en la sien derecha, atravesándole la bala el cráneo y llegando hasta el cerebro.

Al ruido de la detonación acudió la familia, encontrándole sin sentido; llamáronse médicos, acudiendo desde el primer momento el director del Hospital Sr. Sabaté y más tarde el forense Sr. Homedes, conviniendo ambos en que la herida era mortal de necesidad. Auxilióse al herido como se pudo, pero sin esperanza alguna de alivio y temiéndose un terrible desenlace.

Ignóranse los motivos que indujeron al Sr. Homedes a tomar tan fatal resolución, sólo explicable en su carácter por un trastorno de las facultades mentales.

Sentimos sinceramente la desgracia que aflige a la desconsolada familia del Sr. Homedes y deseamos que el Señor les dé los consuelos y resignación necesarios en este caso.

Ese Espíritu que ha puesto fin a su existencia, lo ha hecho por miedo al porvenir. Débil, pusilánime, cobarde ante las luchas de la vida, no se ha encontrado con valor suficiente para arrastrar las consecuencias de otras encarnaciones, en las cuales tuvo sus caídas y no se supo levantar a tiempo. No es Espíritu de tenebrosa historia, no ha hecho verter arroyos de sangre pero está muy descontento de sí mismo y no se encuentra con valor para luchar frente a frente con la adversidad, pero la amarga y provechosa experiencia le hará comprender que el nudo de la expiación no es

el nudo Gordiano que según vuestra historia cortó Alejandro, el nudo de la expiación no se corta con el suicidio, se deshace lentamente con el trabajo, con el sacrificio, con la abnegación, con el heroísmo, con el martirio nunca. ¿Lo entiendes? Nunca con la destrucción del cuerpo, por uno que se rompe, hay que construir de nuevo muchos organismos; unas veces fuertes, rudos, recios, dispuestos sus miembros para arrancar piedras ciclópeas, para derrumbar las fortalezas levantadas por los titanes; otras veces hay que tomar envolturas raquíticas, enfermizas deformes, y hay que sufrir con ellas el cautiverio de la impotencia, ora hay que venir sin luz o sin movimiento, o sin órganos desarrollados para la manifestación de la inteligencia, en justo castigo del desprecio con que el Espíritu miró una envoltura útil para trabajar y hacer valer sus méritos y sus derechos. Todo lo que el Espíritu rompe y desprecia, lo tiene luego que reconstruir, es la tela de Penélope de vuestra fábula, lo que rompen hoy con presteza lo tienen que unir después, pareciéndose su trabajo metafóricamente hablando al que tendrían los hombres en el valle de Josafat cuando la trompeta del ángel apocalíptico los llamase a juicio y buscasen sus miembros esparcidos por la muerte en el inmenso valle donde se unirían los vivos y los muertos. Pues algo parecido les sucede en realidad a los suicidas, cuando destrozan un organismo bien equilibrado para volverlo a poner en idénticas condiciones. Cuántos siglos pasan algunos siendo el hazme reír de las indoctas multitudes que gritan, ¡a ese! ¡A ese!... y se ve pasar a un infeliz idiota que se ríe arrojando piedras a los que le persiguen, ora levantando los brazos en ademán amenazador pronunciando blasfemias horribles que despiertan la hilaridad de sus perseguidores. Pues esos desgraciados son en su mayoría los suicidas, los que desprecian su cuerpo (locos sin camisa de fuerza) espíritus ingratos que no saben apreciar el inestimable tesoro de su inteligencia, y la fuerza de sus miembros con los cuales tanto pueden trabajar.

Ante la tumba de los suicidas, si vierais qué lucha sostiene el Espíritu, queriendo unir lo que él mismo rompió. ¡Ay! ¡Cuántos esfuerzos emplea el Espíritu antes de convencerse que, lo que rompe la violencia no lo puede unir instantáneamente el arrepentimiento de un segundo! Hay que desandar lo andado. Hay que renacer, y no con padres buenos y amorosos, sino con padres rudos, que no tienen desarrollado el sentimiento de la paternidad y

que conceptúan a los hijos como una carga pesada o como instrumentos de trabajo que utilizan sin preguntarles jamás si sufren.

¡Cuánto podría decirte sobre los sufrimientos de los suicidas! Materia es ésta que da asunto y se presta para escribir largamente. Mas basta por hoy.

Estoy conforme en todo con la comunicación que he obtenido, creo firmemente que cada uno es el redentor de sí mismo; por eso mismo mi único anhelo es progresar porque sé que mi redención yo sola con mi esfuerzo, con mi trabajo, con mi energía podré alcanzar.

Si por el fruto se conoce el árbol, yo quiero que mis obras sean el fruto sazonado del amor, del sentimiento, de la ciencia y de la razón.

CAPÍTULO XIX

¡LO MÁS HORRIBLE!

Decía Voltaire, que si no hubiera Dios habría necesidad de inventarlo y yo añado, que si no fuera cierta la inmortalidad del alma y su progreso indefinido, sería preciso que la fantasía humana los creara, pues sólo esperando en el mañana se pueden sobrellevar tantas y tantas penalidades como a la humanidad afligen.

Dejando aparte la completa soledad en que viven la mayoría de los espíritus de la Tierra, que aún en su propio hogar están como si fueran proscritos; eliminando el desacuerdo que existe en innumerables familias, hay un dolor irresistible, superior a todos los dolores, y es cuando un individuo se ve atacado por una de esas dolencias incurables, desesperación de la orgullosa ciencia, la cual a pesar de vanagloriarse de poseer la suprema sabiduría, se tiene que cruzar de brazos ante un tumor canceroso, que, hablando metafóricamente, empuña la guadaña destructora y corta sin piedad el hilo de la existencia de aquel en quien hizo su presa.

Yo, que no escribo más que cuando me emociono, necesito estampar en el papel las dolorosas impresiones que he recibido al visitar a mi amiga Luisa, atacada de un cáncer en el estómago. Al verla, al contemplar aquel cadáver que parece hasta imposible que pueda moverse, hablar y relacionarse aun con las cosas de la vida, decía para mí:

¡Señor!... si la historia de esta mujer no tuviera ni hubiera de tener otros capítulos que el de su existencia presente, ¡qué injusto serías con ella! ¡Y qué cruel con su familia!... condenar a un ser a vivir entre dolores insoportables, y hacer partícipes de aquel inmenso sufrimiento a sus deudos más cercanos; estar todos condenados por más o menos tiempo a habitar en un cementerio, pues no otro lugar parece la casa donde hay un enfermo atacado de mal tan horrible; si esos acerbísimos sufrimientos no tuvieran una causa, ni fuera el medio de pagar terribles deudas, Dios no sería justo, y habría derecho para negar su existencia y para atentar cada cual a la suya.

Al considerar que Luisa es una mujer completamente inofensiva que ha dejado el hogar paterno para crearse honradamente una nueva familia; que no ha faltado a sus deberes; que ha procurado por el bien de los suyos y no se ha hecho sorda a los gemidos ajenos, ¿por qué, me pregunto, para terminar sus días ha de sufrir una enfermedad espantosa que sea su desesperación y la de los que la rodean, en tanto que muchos miserables criminales gozan de una salud envidiable y mueren tranquilos y sin dolores? ¿Por qué para los buenos tantos padecimientos, y padecimientos horribles, y para los hombres sin corazón tantas satisfacciones y dulzuras? He aquí una injusticia aparente que echa por tierra todos los cálculos basados en la justicia de Dios; pues nada más injusto que hacer padecer a un inocente. Por eso mi amiga Luisa, que no cree absolutamente en la inmortalidad del alma y en su progreso indefinido, ni tampoco en las farsas religiones, me decía con desesperación:

Nunca creí que la mujer fuese tan cobarde. ¿No te parece en mí, falta de valor el no coger una pistola y apoyarla en mi sien, sufriendo lo que sufro y sabiendo que mi mal es incurable?

Antes al contrario; yo creo que es dar muestras de gran fortaleza el sobrellevar un sufrimiento como el tuyo: tu no duermes, no comes, no das un paso que no te cueste un gemido. ¿Quieres más valor que esperar la muerte sin temerla ni buscarla, y mucho más tú que en nada crees?... Y a propósito, ¿no piensas alguna vez en el porvenir de tu alma? ¿No te preocupa la idea de si tu conciencia sobreviviera a tu descompuesto organismo?

Si, no pocas veces reflexiono sobre el problema de la muerte, y me pierdo en un mar de conjeturas: esta duda es un tormento más añadido a mi enfermedad; porque si bien me parece estar persuadida de que todo acaba en la sepultura, cuando veo que grandes sabios se ocupan en estudiar este problema y considero que ellos no suelen perder el tiempo en investigaciones inútiles, me ocurren estas preguntas: ¿Qué sucederá después? ¿Los seres que yo he amado y amo en la actualidad volveré o no a verlos? ¿Se reproducirán en otra vida, continuación de ésta, mis cruelísimos dolores? ¿Habrá un juez que me juzgue? ¿Por qué sufro tanto hoy?

¿Sabes que si Dios existe, es un tirano de la humanidad? En cuanto a mí, poco bueno puedo contar de su divina clemencia,

porque no he hecho daño a nadie, y sin embargo me martiriza de un modo espantoso, haciéndome vivir en un ¡ay! continuo y siendo causa de un malestar y pesadumbre para cuantos me rodean. ¿Qué hubo ayer? ¿Qué historia se desarrolla hoy? ¿Qué epílogo tendrá mañana? ¿Por qué tanto sufrir sin haber pecado? ¡Oh! Esto es horrible, más vale pensar que todo es mentira; que somos hijos de la casualidad; que ésta amontona los átomos, forma cuerpos y produce inteligencias; que no hay orden ni concierto en la naturaleza; y sólo así se concibe que las personas más inofensivas sean castigadas por los rigores de la suerte, y las más malvadas se vean encumbradas y dichosas, disfrutando de las innumerables satisfacciones que dan las opulencias y la realización de todos los sueños y ambiciones. Pero esto tampoco me satisface; pues, en medio de todo, descubro en la naturaleza la armonía: todas las especies, excepto la humana, viven cumpliendo su destino, cada individuo dentro de su esfera de acción: sólo el hombre es el que vive fuera de su centro, gozando el criminal y el ambicioso, y sufriendo el que no ha sido capaz de hacer a nadie el menor daño, como me ha sucedido a mí. Tú conoces mi sencilla historia. Algunos me han atribuido grandes virtudes filiales porque durante los muchos años que mi abuelo estuvo postrado en el lecho, nadie le cuidaba sino yo, prefiriendo pasar las noches a su lado leyéndole algunos libros, a ir a teatros, bailes y reuniones. Mi familia estaba muy contenta de mí; mi marido y mis hijas también me han supuesto relevantes cualidades: ¿Por qué pues, el castigo de vivir muriendo, habiendo merecido dejar tranquilamente la Tierra? ¿Quién tiene derecho a martirizarme? ¿Qué Dios es ese que distribuye ciegamente justicia? Y si Dios no se ocupa en esas cosas, ¡maldito el dado que preside mi destino!

¡Pobre Luisa! Comprendo tu inmenso sufrimiento, pues, aun cuando no he tenido tu dolorosa enfermedad, he padecido de diversas dolencias; y cuando vivía como tú vives, sin saber por qué había venido al mundo y era tan inmensamente desgraciada, muchas veces, al contemplar a los demás, me creía la más desgraciada de todos, y exclamaba: ¿Será posible que yo sea el único ser desventurado entre tantos felices? ¿Y por qué? ¿Qué virtudes poseen estos potentados, superiores a mis sentimientos? ¿Qué misterio es este que yo no me explico? Y derramaba lágrimas amarguísimas. Aquel completo desconocimiento de las

causas que influían tan dolorosamente en mi existencia, era, como tú dices muy bien, lo más horrible, peor mil veces que la miseria del cuerpo y soledad del alma.

¡Oh! Sí, sí; ya tu ves lo que en mi cuerpo sufro; pues bien, más que el mal físico me atormentan esas ideas; me creo víctima de la fatalidad, y maldigo el fatalismo que pesa sobre mí.

¿Y por qué no tratas de estudiar algo las obras filosóficas que tanto te he recomendado y en las que yo encontré la clave del enigma de la vida y de la muerte? Si tu no quieres leerlas, no faltará quien te las lea.

¡Ah!... Es que yo no quiero tampoco entrar en el terreno que tu te hallas y acariciar tus convicciones y esperanzas. ¿Saber que he vivido ayer, querrás creer que me horroriza? Si, como te he oído decir muchas veces, el presente responde al pasado, el fin tan doloroso que se me prepara, me indica que no habré sido muy buena anteriormente; y me humilla y me subleva a la vez el pensar que he cruzado malos senderos. Tú dirás lo que quieras; pero encuentro preferible mi desesperación, creyéndome impecable y víctima de una injusticia incomprensible, a resignarse con la certidumbre de haber pecado.

Ahora sí que te compadezco más que nunca; porque el orgullo te domina, porque el amor propio te ciega; porque pretendes ser superior a todos los seres creados. ¿Te acuerdas de lo que dijo Jesús a los que acusaron a la mujer adúltera? Que el que estuviese sin pecado arroje la primera piedra; y nadie la apedreó. Jesús comprendía que la humanidad era frágil. ¿Por qué te empeñas en creerte superior a los demás, si esa creencia no te sirve de ningún consuelo ni te explica el porqué de tu sufrimiento? Créeme Luisa, es una insensatez privarse uno voluntariamente del preciosísimo don de la vista; y así obra el que prefiere el desconocimiento total del principio de la vida, a la explicación racional de las causas que originan sus padecimientos.

Nada me contestó Luisa; pero cerró los ojos, significándome con esto que prefería su ceguera. Salí de aquella tumba tristemente impresionada, convencida de que es preferible las dolencias del cuerpo a la ceguera del Espíritu. ¡Ay! De aquellos que prefieren las tinieblas de su orgullo a la esplendente luz de la verdad.

CAPÍTULO XX

¿QUÉ DEBEN HACER LOS ESPIRITISTAS?

Unirse en estrecho abrazo al coloso del progreso, y del fatal retroceso abandonar el regazo; desatando el doble lazo que nos une a nuestro ayer; procurar cada uno ser de su propio redentor; dándole el mismo valor al derecho y al deber.

Que la mejor propaganda de nuestra filosofía, es ser mejor cada día que así el progreso lo manda, no nos basta decir: Anda, corre en pos del adelanto a otro; si uno queda en tanto si dar un poco adelante; sin un esfuerzo constante libre de temor y espanto.

Plenamente convencido que la verdad se defiende, compadeciendo al que ofende, dando su ofensa al olvido: estando uno persuadido que su credo es racional, que el cariño fraternal, a todos nos debe unir y que no es vivir, vivir sin la unión universal.

Comprendiendo y practicando, aunque en diversos modos, de ser uno, para todos, todos, el bien propagando; con nuestros hechos mostrando que queremos avanzar, y que anhelamos llegar a la cumbre del saber para enseñar y aprender, en eterno progreso.

Este es el medio mejor de propagar las verdades, y hacer que las libertades den a los pueblos calor; demos ejemplo de amor, ejemplo de tolerancia, acortemos la distancia entre los pobres y ricos, entre los grandes y chicos, el saber y la ignorancia.

Esta es nuestra gran misión. ¿Lo entendéis espiritistas? Tenemos que hacer conquistas sin clases, sin distinción, hay que hablar a la razón a la par que al sentimiento elevar el pensamiento y despertar la ternura, dándole al hambriento hartura, y aguas de sobra al sediento.

Tenemos mucho que hacer que viene el Espiritismo unido al racionalismo nuestra vida a engrandecer, al hombre y a la mujer por igual viene a decir: ¿No veis que vivís muriendo sin saber por qué existís?

Que no es vivir no saber el porqué se sufre tanto, el porqué se vierte llanto, a fuerza de padecer.

No tiene razón de ser la ignorancia en que vivís, en la lucha sucumbís vencidos por el más fuerte, y hasta en brazos de la muerte no sabéis por qué dormís.

Y esa ignorancia fatal de, vuestro modo de ser, hace brotar y crecer la envidia, el odio y el mal; del amor universal desconocéis el valor, y no existiendo el calor de afecto grande y profundo, hacéis de la Tierra un mundo que sólo impera el temor.

Y hora es ya que despertéis, hora es ya que comprendáis por qué llorando pagáis culpas que desconocéis. Es preciso que estudiéis vuestra historia, vuestro ayer, que vivir sin conocer por qué se vive muriendo. ¡Es tan triste!... ¡Tan horrendo!... que se llega a enloquecer.

Basta de vivir sin luz, basta de sombras y errores, paso a los reveladores sin misterios ni capuz.

Humanidad, de tu cruz te quitaremos el peso, pues con tu mismo progreso harás tu carga suave, que es feliz aquel que sabe luchar con su retroceso.

¡Paso la filosofía! ¡Paso a la verdad sublime! Al que el infortunio oprime y vive sin luz del día que escucha la profecía de los nuevos inspirados, que en la gran ciencia iniciados saben que no hay elegidos; para ser unos vencidos, para ser otros salvados.

Dios no tiene distinción, hizo a las almas iguales, para las luchas sociales son libres en sus pasiones. Si hubiera predilecciones en Dios dejaría de ser infinito su poder, fuera injusticia notoria crear almas para la gloria y a otras hacerlas caer.

Esta enseñanza es preciso por doquiera difundir, es necesario decir que no existe el paraíso, que en ningún tiempo Dios quiso las almas en inacción; por que la contemplación es el estancamiento, que no avanza el pensamiento con actos de contrición.

Se avanza, prestando ayuda al náufrago, al desvalido que se declara vencido pues nadie su vida escuda; al que en la batalla ruda de una existencia de abrojos, mira, y no encuentra unos ojos que con mirada piadosa, le sigan hasta la fosa donde arrojen sus despojos.

Y se avanza preguntando a todo cuanto palpita, a todo cuanto se agita su existencia analizando, y se avanza, comparando la ciencia y las religiones, las absurdas tradiciones y las leyes naturales, las injusticias sociales martirios y abnegaciones.

Sí espiritistas, podemos avanzar de varios modos, que para adelantar todas las condiciones tenemos; para ser grandes nacemos, no para ser criminales, no son preciosos los males, porque la ley natural, es la unión universal de los grandes ideales.

¡Todo crece! ¡Todo avanza! ¡Todo aspira al infinito! No hay Espíritu proscrito a vivir sin esperanza; hay un puesto de bonanza que espera a la humanidad, no es la horrible tempestad la que impera como ley; que tiene la humana grey al cielo de la verdad.

¡Adelante espiritistas! Seamos mejores que ayer, porque tenemos que hacer innumerables conquistas, sabios, obreros, artistas, a todos con efusión con íntima convicción hablemos de nuestro credo, y propaguemos sin miedo la más santa religión.

La religión del deber, que es caridad, que es amor que es dar vida fe y valor al que está expuesto a perder. ¡Cuánto podemos hacer en bien de la humanidad! Propaguemos la verdad con entusiasmo profundo, que hace falta en este mundo la ley de fraternidad.

¡Paso a la luz! ¡Al progreso! Que es la era del adelanto; cese el temor y el espanto que produce el retroceso. Fausta nueva, gran suceso hoy tenemos que anunciar; todos pues a trabajar diciendo: El Espiritismo hace el bien por el bien mismo; por nuestro credo ¡a luchar!

No con armas homicidas, no con horribles traiciones, sino con buenas lecciones de los sabios adquiridas; tras de las almas heridas siempre corramos en pos, diciendo una vez y dos y hasta mil si es necesario, que en la cumbre del calvario hallan las almas a Dios.

¡Paso a la verdad! ¡A la ciencia! ¡Al progreso indefinido! ¡Despierta pueblo dormido! (dormido en la indiferencia), termine ya tu indolencia (que es tu más pesada cruz), despójate del capuz que hasta hoy te impidió decir:

¡Bendito sea el porvenir! Porque el porvenir es **¡luz!**

CAPÍTULO XXI

CONCEPTOS DEL ESPIRITISMO

Las elevadas definiciones que de todo concepto moral y filosófico nos da la doctrina espiritista permiten a la inteligencia escrutadora remontarse a más amplias esferas que las del estrecho circuito en que reducida queda por la limitación de los conocimientos humanos. Verán a las ciencias avanzar en sus descubrimientos encontrando una nueva ley que los ordene y coordine para relacionarlos prácticamente con otros hechos análogos; la física y la química hallarán otros cuerpos que descomponer y analizar estudiando sobre su naturaleza y propiedades; la mecánica medirá nuevas fuerzas para equilibrarlas según el movimiento potencial y la astronomía en sus diversas ramas sumará nuevas actividades profundizando los piélagos del infinito cielo, del caudaloso mar con ayuda siempre de las más comprobadas de las ciencias todas; las matemáticas: progresarán, sí, mediante los desvelos del pensador, los estudios del sabio y el heroísmo de los mártires: todo cálculo dará una ecuación, toda vigilia un resultado como toda abnegación un recuerdo dejará. Acaso de la ciencia espírita pudiérase prescindir en relativo sentido, pero su avance, su desenvolvimiento continuará, aunque muy lento y tardo como ha seguido hasta hoy; sin embargo desde que las relaciones e inspiraciones de los espíritus con los hombres habiendo sido de todo tiempo y lugar han impreso en cuanto se ha revelado su procedencia y origen extrahumanos. ¿Quién dio valor a Juana de Arco para llevar a término la más temeraria de las empresas? ¿Quién a Colon para insistir en la persecución de su colosal idea? Y dejando de recordar muchos y valiosos héroes para citarlos consignaremos que esas conquistas no han sido solamente las obras de los hombres, sino que en ellas han colaborado principalmente los seres incorpóreos para prestarles indirectamente el concurso divino cuya idea es la manifestación oculta. Hoy que por la voluntad del Padre todas las inteligencias humanas y extra-humanas se relacionan entre sí permitiéndonos esta correspondencia y adquirir conocimientos positivos de otros

tiempos ignorados y reputados de falsos o mágicos, hoy que con la libertad de pensar y el derecho de discutir vamos paulatinamente emancipándonos de vetustas y caducas creencias, podemos decir muy alto hasta qué altura el pensamiento a lado remontó su vuelo, qué profundidades midió dando a la razón nunca satisfecha un destello reflector de esa otra razón absoluta y única que en sí comprendía y a ella convergen todos los rayos luminosos de la inteligencia generatriz.

Osado fue el primer hombre que dio valor a sus ideas y virtud a sus creencias proclamándolas suyas como de su razón las prohijadas; atrevido fue y grande porque esta profesión implicaba el destierro, la confiscación de sus bienes y su vida si otros tesoros no poseía además; pero aún más gigante se presenta a nuestra consideración al verle erguido ante los hechos de la historia, ante la historia de los procesos humanos no rindiendo su voluntad al yugo de las tiranías, voluntad que defendía sus convicciones elevándolas por el martirio al limpio cielo de la verdad: tal ejemplo dio poderoso empuje a los que llegaron después para esculpir en los anales de la memoria eterna sus imperecederas luchas habidas por la fe en los combates de la razón; de esa fe unida a una abnegación sin ejemplo y a un desprendimiento sin rival, necesitamos los espiritistas para afrontar las necias frivolidades del mundo impresionable, los dimes y diretes de una sociedad entretenida en ridiculizarse y nunca harta de vivir de la vida perecedera de artificiosas costumbres. El espiritista es un ente original y extraño, digno de ocupar el número uno de un asilo de enajenados más bien que habitar una vivienda de cuerdos; tal es la consideración que se nos tiene por cuyo juicio perdemos ante la opinión el carácter racional que nos corresponde, que no es cosa baladí, y esto sin enumerar los mil calificativos de otro orden no muy piadosos que igualmente en la mundanal clasificación nos pertenecen de fijo; pues bien, todo esto y muchísimo más lo sabe el espiritista y lo sufre gustoso; todo y más si posible fuera lo acepta con júbilo porque inmensa y valiosísima es la herencia que ha recibido en la luz de su destino, en la realidad de su mañana eterno y en la ciencia del bien infinito. ¿Qué son las amarguras de un instante, las angustias del sentimiento, todas las hieles de una existencia planetaria ante una sola de esas bellezas que nos describen las almas superiores desde el mundo espiritual en donde

moran? ¿Existe acaso el imperio solo para los empíricos coronados? Ciertamente es que hay aún muchos paraísos en donde el hombre hallará edenes, oasis en los que calmará toda su sed de ambiciones; pero todos esos lugares se perderán para él, se hundirán bajo su planta porque todo aquel que edifica sobre arena según el sentido evangélico verá destruida su casa, pero quien edificare sobre roca dura no debe temer su ruina. No se afane el hombre en buscar dichas mentidas creándose cielos materiales: no puede cosechar grano quien sembró paja. Los cielos de la virtud, la patria del sentimiento no son privilegio del potentado, ni del sabio, son la legítima herencia de la verdad y del bien, y de la virtud espiritual, no por las creencias sino por sus consecuencias; esas moradas asequibles a todos son las que debemos merecer por ciencia y paciencia de reiterados esfuerzos en pro de la fraternidad universal, en ellas el pensamiento puesto sin otro objetivo que la verdad en su más genuino concepto siempre el hombre obrará como espiritista, el espiritista como bueno y el bueno como enviado del Padre en cuya casa la paz y la vida se manifiestan infinitamente.

Cada día son en mayor número los creyentes a nuestra fe salvadora y sublime, cada día y cada hora nuevos adeptos vienen a engrosar las apretadas filas de nuestra comunión espírita no reclutados de las clases desheredadas por la instrucción sino salidos de los centros ilustrados, corporaciones doctas cuyo racionalismo en materias científicas no puede ser discutido, ni puesto en tela de juicio; la fe de los sabios no es ciega y si bien no son infalibles porque son hombres, el sentido común está siempre al lado de los que someten al crisol de la razón las elucubraciones de la inteligencia, y así será necesariamente menos equívoca una disertación concluyente del genio que investiga que la predicación de un apóstol mercenario cuya misión se reduce a imponer el credo de su idea religiosa como absoluta verdad de una revelación única. Las religiones todas se han estacionado, pero las ideas tantos siglos comprimidas en el cerebro han destrozado la mano de hierro que ejercía la presión emprendiendo vertiginosas el vuelo para remontarse a las esferas de la libertad cuyo ambiente respiran hoy para crearse el nuevo molde en donde ha de elaborarse la levadura de futuras y vigorosas generaciones.

La fe de los espiritistas es la revelación de ultratumba, la comunicación con los espíritus; la razón de ella es su elevadísima moral; su ley la investiga la ciencia, la fuerza psíquica, el dinamismo de las almas, profundos conocimientos que no penetraremos en una fase de la vida, en una sola etapa de la universal e infinita existencia, sino en la sucesión no interrumpida de los siglos en los cuales continuaremos yendo de más en más a la perfección y sintiendo aspiraciones eternas de inacabables venturas.

Nuestra fe es el fruto de la labor, el producto del esfuerzo inteligente y como el trabajo abona, hace algo, resultando un bien, de ahí que amemos con convicción la obra legítima de nuestros afanes no fortificada por egoísmos individuales; y porque tenemos la fe de la razón tenemos la clarividencia del porvenir teniendo con estos los medios únicos de hacernos mejores en la humildad y en la paciencia, en la resignación y en la justa tolerancia; sin estos distintivos prácticos no puede haber un espiritista que acredite en su credo de amor como no puede existir un matemático que desconozca el álgebra, ni un geómetra que no sepa trazar una exégesis. Nuestro amor a la humanidad es sin límites ni condiciones y es tal, o debe ser tal que se da hasta a nuestros mismos enemigos, es decir; a los que son instrumentos providenciales para apresurar nuestro progreso en las distintas vías de la virtud.

No juzguemos falsamente creyendo encontrar siempre en el enemigo de hoy a nuestra víctima de anteriores días en una pasada encarnación, porque si hemos de creer que el dolor purifica, que las pruebas redimen (y esto es indiscutible), no podremos admitir que el sentimiento ya engrandecido a los reiterados golpes del padecer en el duro yunque de las existencias expiatorias, retrograde; como no es posible que el diamante pulimentado vuelva a tener el aspecto bajo cuya forma fue extraído de las entrañas carboníferas; no deberemos temer tampoco el encarnizamiento de esos nuestros enemigos para cuando respiremos el ambiente de las auras espirituales; y no hay porqué cuando formamos nuestra conducta en los preceptos divinos sobreponiéndonos a las adversidades, y sofocando en nuestro corazón todo germen malsano les mostramos nuestra superioridad no devolviéndole daño por daño, ni aun siquiera

demostrándole que sus dardos ponzoñosos hieren mortalmente las delicadas fibras del alma agonizante. A mayor fortaleza para vencerse, más grandeza moral obtendremos y menos flancos vulnerables encontrará el enemigo que se alejará al fin vencido ante las nobles armas que le oponemos; empero como hay espíritus cuya persistencia en el mal es terrible, sucede que hasta más allá de la tumba guardan su odio inveterado hacia aquellos a quienes hicieron sufrir, pero ya lo hemos dicho: cuando el hombre ha sabido elevarse perdonando en la medida de sus esfuerzos y siendo después de dolorosísimas experiencias más bueno para con todos y más severo para consigo mismo (pues esta es la única prueba de su regeneración); cuando amando sus infortunios vea en ellos el maná saludable de su salvación y aspire a mejor estado en el reino de Dios no importándole el desierto de la vida en el vacío que halla en sus sentimientos, entonces nada podrán contra él sus enemigos del espacio porque la intervención divina se opondrá a la prosecución de la obra maléfica: la acción de su libre albedrío queda limitada, deja de actuar allí donde la ley del Padre ha sido confirmada por la virtud de la criatura.

Tenemos enemigos porque tenemos que padecer, beber hasta la última gota el cáliz del dolor, sufrir lo que a otros hemos hecho: **ojo por ojo y diente por diente**, pero no se sigue de aquí que el instrumento causa de nuestra tortura haya sido el paciente cordero de otros remotos días que sufrió humilde y pasivo las iras de nuestras pasiones, porque humildad y pasividad suponen dulzura de carácter y bondad de sentimientos y estos principios se defienden a sí mismos sin que la rebelión pueda tener lugar en ese caso y en tan adelantado sentido. Fácil es detenerse, difícil detenerse mucho; dejar de andar, imposible; lo que nos explica perfectamente la lenta acción del progreso y la negativa del retroceso. Podemos estacionarnos según sean activas las evoluciones del Espíritu y su idea del amor a la verdad y con este pequeño bagaje detenernos indiferentes en el movimiento de la vida quedando rezagados por ineptos durante siglos; esto es fácil, pero muy difícil dejar de amar la ciencia cuando sus esplendores iluminan la mente, dejar de sentir cuando las modulaciones del sentimiento repercuten en las sensibilísimas fibras del corazón porque la inteligencia se ha desarrollado mucho y la virtud se ha engrandecido más; pero imposible dejar de saber y dejar de sentir,

imposible no adquirir estos conocimientos u olvidarlos, porque el progreso es la ley divina que no tiene modificación ni reforma de enmienda por lo inmutable.

El verdadero enemigo, el terrible y más difícil de combatir por no querer reconocérsele es el de nuestro propio yo con todas sus imperfecciones halagadas por la satisfacción de sus pueriles triunfos; el amor propio nunca harto y celoso de sus victorias; el orgullo innoble con su barbarie desmoralizadora y los goces materiales aguijoneados por el predominio de la fuerza que ostentan aquellos dos cánceres del alma son los contrarios adalides que pugnan por enseñorearse haciéndonos cruda guerra al cegar todos los sentidos del Espíritu para adormecer los del cuerpo en las fruiciones de sus deleites. El día que el hombre desplegada la inteligencia observe atentamente lo que sucede en el bajel perdido de la humanidad dejará de fijar su atención en las sumas convencionales del positivismo egoísta para resolver ciertamente y con provecho de todos los problemas fijos de la unidad de miras cuyos sumandos han de alcanzar en fraternales aspiraciones a todas las humanidades de los planetas.

Las enemistades desaparecen cuando escalamos las pendientes que llevan al depuratorio de la esclavitud del Espíritu; allí adquiriendo sus libertades sin otros fueros que los de la razón y la justicia vemos apuntalando el soberbio, grandioso indestructible edificio de la regeneración, porque allí como en el templo de Apolo en Delfos está inscrito sobre el ático estas sentenciosas palabras: **“Conócete a ti mismo.”**

Dos seres malos que se odian son dos enemigos propiamente dicho, pero cuando el uno de estos dos llega a oír la voz de su conciencia alarmada percibiendo también las armonías del reino de la paz en las ocultas inspiraciones que le llegan de arriba, cuando este comienzo feliz se inicia, la redención está cerca y desde entonces no considerará enemigo a su adversario, deponiendo todos sus rencores y echando fuera de sí la mala levadura que le ahoga para hacerle zozobrar en el pecado; luego siendo esto así, no es el hombre el enemigo del hombre sino de sí mismo; tal nos enseña la ciencia moral de los espíritus y nos lo confirma el analítico y experimental estudio de las pruebas al hacer la anatomía del corazón.

CAPÍTULO XXII

EL CIEGO DE VERGEL

En esta culta y católica ciudad ha pasado poco menos que desapercibido, a causa del fanatismo, un acontecimiento de los más dignos de ser consignados en la historia. Nació un varón entre las clases más humildes de la sociedad, y a los quince días de haber nacido quedó sin vista material; empero veía de la vista espiritual lo que a muchos les está vedado por carecer de esta bella facultad del alma.

En sus primeros años reveló grandes deseos de obtener ciertas cosas por medios científicos, propios únicamente de hombres dotados de gran inteligencia. Llegó a poseer una instrucción más que mediana en todos los ramos del saber, sin ningún profesor visible para los que sólo poseen vista material. Un Espíritu sabio y benévolo le instruyó desde la edad de ocho años. Pues bien, esta grandiosa obra medianímica fue atribuida a Satanás.

Las personas que tengan deseos de conocer los pormenores de la notable maravilla Orizabeña, que hagan por conseguir y leer un ejemplar de un folletito intitulado “La Historia del Ciego de Vergel”, y tendrán una grata memoria del que se llamó Don Francisco de Paula Gómez.

Amable lector: ¿No te parece natural que por el solo hecho de que un pobre ciego recibiera de un ser espiritual las luces que no podían darle los seres mortales, debió de llamar la atención del clero en general y que debió de ponerse este hecho tan admirable, en conocimiento del público y que la prensa también debió darlo a conocer a la humanidad? Pero no sucedió así: bastó que interviniera un Espíritu incorpóreo para que se creyera que el sabio ciego estaba endemoniado, sin embargo, recibió del invisible maestro, vastas lecciones de teología, religión y otras materias de moral y de ciencia.

Las religiones dogmáticas tienen el gran defecto de no progresar: y toda religión está sujeta a la ley del progreso, como todo lo de este mundo material.

Se nos dice que Dios lo ha revelado todo a ellos y que sus palabras son la verdad de toda la eternidad. Mas he aquí lo que ha dicho un sabio, cuyo nombre no recordamos ahora:

El maestro va por sus pasos contados enseñando a sus discípulos, y no les explica la lógica antes de la gramática, ni el cálculo integral antes de las cuatro reglas de la aritmética.

Si los primeros Patriarcas, Abraham y Jacob, hubieran enseñado toda la doctrina, nada hubiera tenido que revelar Moisés; y si Moisés lo hubiera enseñado todo, habría sido superflua la revelación de Cristo, Cristo mismo, en la última cena cuando se despide de sus discípulos, declara que aún no lo ha revelado todo. “Aún tengo que deciros muchas cosas”; dice el texto de **San Juan**, “mas no las podéis conocer ahora”. Mas cuando viniere aquel Espíritu de Verdad, enseñará toda la verdad”.

Ahora bien, ¿hay alguien en la Tierra que conozca toda la verdad? Ciertamente que no. ¿Por qué pues, la Iglesia Romana prohíbe escuchar a los espíritus que nos traen la Verdad? ¡Error inaudito!

Deseosos algunos espiritistas de hacer una nueva edición de la historia del Ciego de Vergel evocaron al Espíritu del Homero mejicano preguntándole si sería de su agrado la publicación proyectada, y el Espíritu del poeta ciego dio algunas comunicaciones de las que copiaré los párrafos más interesantes.

“Que me place os digo, podéis tomar las medidas que queráis, vendré de nuevo para activar mi obra y que se desarrolle con más perfección, dándole nuevo giro dirigiéndome más directamente a los que buscan el fondo de las cosas y no a aquellos que sólo se detienen en la superficie con tal de que ésta tenga un barniz agradable”.

“Difícil me parece que las últimas palabras que pude expresar en mis últimos momentos de existencia en ese planeta sean consignadas en ese opúsculo que pretendéis dar a luz. Esas ideas que fueron mi testamento y que podrían formar la base de mi obra, han sido arrebatadas por un viento envenenado y arrojadas a ese antro sin fondo que se llama fanatismo religioso”.

“Espero ver el efecto que esa publicación hará entre los encarnados, y si por alguna circunstancia fuese preciso un testimonio que acredite la veracidad de lo dicho, entonces rogaré a

Dios me permita verter algunas ideas que sirvan de palanca con que podáis levantar ese grandioso edificio”.

“Gracias ¡Dios mío! Porque hoy puedo pronunciar una palabra que me fue desconocida durante mi vida material. ¡Gracias Santo cielo! Porque hoy puedo contemplar tu hermosura y disfrutar de tu luz, lo que me fue negado en mi anterior existencia”.

Triste estado es, el que se halla el mundo a pesar de las apariencias de adelanto que se ven; efímero progreso que obedece sólo a las cosas materiales, pero que el Espíritu no aprovecha nada de ese adelanto conductor en su constante marcha por las variadas fases de su existencia. ¿Hasta cuándo el hombre no comprenderá que esa esclavitud en que le tienen sus pasiones es el valladar que se interpone a su paso retardando así su felicidad? ¿Hasta cuándo el ser encarnado no llegará a descubrir ese horizonte luminoso y esos campos feraces donde la dicha es el más inferior de los goces del alma? ¿Cuándo el hombre sabio capaz de descorrer el velo que oculta el porvenir se prestará con el poder de su palabra a disipar las tinieblas de ese pasado lleno de errores? Y que por desgracia vemos muchos viviendo bajo su sombra y marchando conducidos por otros hacia un caos, en donde permanecerán estacionados por carecer de luz que alumbre el sendero que recorren. Yo, pobre Espíritu que viajé por ese mundo entre tinieblas, tuve mis ojos del alma siempre abiertos para contemplar lleno de admiración y respeto, las grandezas del Creador. La misión que recibiera del Ser Supremo no pude cumplirla, los medios me faltaron; pues me hallaba a causa de mi estado sujeto a la voluntad de otro, (un fraile) y esa voluntad fue tan contraria a la mía, que todo cuanto yo podía haber hecho era deshecho por ella. ¿Qué provecho han reportado a la humanidad los afanes del ser invisible que me instruyera cuando todos han sido sepultados con mi cuerpo? Pero no; esto no es verdad; todas sus enseñanzas las he llevado impresas en mi cerebro espiritual, y si me he servido de esa palabra que corresponde sólo al materialismo, ha sido porque hablo como hombre material.

Pensad ante todo, que cuando Dios no permite el cumplimiento de alguna obra buena, es porque aún no ha llegado el tiempo para su edificación.

Todo marcha conforme a sus designios, y su justicia que es infalible llegará a permitir que todo cuanto lleve el sello de la verdadera fe, se cumpla sin que ningún obstáculo le detenga en su marcha.

Francisco de Paula Gómez

El espiritista que me ha enviado los folletos y las comunicaciones, habló largamente con una hermana del ciego de Vergel y ésta le dijo lo siguiente: “Toda la familia menos mi hermano, pertenecemos al romanismo, y el pobre cautivo se hallaba siempre rodeado de frailes, y aun cuando él era libre pensador no se le proporcionaron los medios de comunicarse materialmente más que con fanáticos católicos: Escribió, es decir, dictó parte de un folleto que iba a publicarse muy opuesto al Romanismo, pero al morir se apoderaron de lo escrito los frailes que le asistieron en sus últimos momentos de vida material”.

Cuanto he copiado anteriormente forma digámoslo así, uno de los innumerables capítulos de la historia universal, uno de tantos episodios en el cual se ve claramente la eterna lucha del bien y del mal como dirían los sectarios de Roma, pero que en realidad no es otra cosa que la constante relación entre los vivos del espacio y los muertos de la Tierra; comunicación admirable, pues por ella el ser más débil, el más ignorante, el que menos condiciones tiene para instruirse, pues le falta lo más necesario en la Tierra, ¡la vista! Ese don preciosísimo por el cual se admiran y se estudian las innumerables maravillas que la Creación encierra; por medio de la comunicación espiritual contempla su mente dilatados horizontes y aquella enseñanza que recibe despierta quizá sus recuerdos del ayer y se aprovecha de ellos como indudablemente debió sucederle al ciego mejicano que desde su infancia dio a conocer sus excepcionales facultades para el estudio y la investigación, facultades que alcanzaron un desarrollo notabilísimo con la constante comunicación de uno de los sabios (que en el mundo han sido) y después desde el espacio continúa su obra de enseñanza universal, trabajo que encontró en este planeta los eternos obstáculos que se oponen siempre al paso de los grandes hombres, la envidia de los falsos sabios y la

ignorancia religiosa, barreras infranqueables que se interponen continuamente entre los pueblos oprimidos y sus libertadores.

¡Cuántos esfuerzos! ¡Cuántas energías! ¡Cuántos años empleados en el estudio! ¡Cuánta paciencia empleada en un penoso aprendizaje! Y al ir a recibir el título de maestro encontrar la indiferencia, el desvío, el desdén, y lo que es peor aún, el escarnio y el desprecio. ¡Oh! Si la vida no fuera eterna, si el trabajo de hoy no fuera una continuación del ayer, y una preparación del mañana, habría que renegar de haber nacido.

¡A cuántas consideraciones filosóficas se presta el relato del Ciego de Vergel! No solo por la inmensa enseñanza que recibió de ultratumba, sino por los conocimientos adquiridos anteriormente. ¡Qué secretos tan dolorosos guardará su historia cuando tuvo que venir a la Tierra sin luz, el que indudablemente había vivido entre los soles de la ciencia habiendo sido uno de los factores de las pasadas civilizaciones! Sin la vida y la ciencia del ayer no se concibe que un ciego revele desde su infancia las excepcionales aptitudes que reveló el Homero mejicano.

¡Y cómo el saber se abre paso por medio de todos los obstáculos!... ¡Cómo la luz del entendimiento penetra en los lugares más sombríos! ¡Cuán admirables son los esfuerzos de los espíritus que vienen a la Tierra sin luz, o sin razón, o sin movimiento, o sin palabra, y a pesar de todo, se hacen entender!...

Nunca olvidaré a Martín Martín, sordo mudo y ciego, que al recibir una medalla de oro en los exámenes del colegio de Carlos Nebreda en Madrid, al sentir que adornaban su pecho con una cinta de seda, de la cual pendía el premio, el sordo mudo ciego, oprimió entre sus manos la medalla, y cruzando los brazos haciendo un esfuerzo sobrehumano, salió de su boca ¿un grito? No, ¿un aullido? Tampoco, ¿un rugido? Casi puede decirse que sí; su rostro se enrojeció, de sus ojos sin luz brotaron lágrimas de fuego, su cuerpo se estremeció, se agitó como si tuviera una convulsión y al fin pronunció de un modo inteligible ¡¡¡Gracias!!! ¡Oh! ¡Aquella frase no la olvidaré jamás, mejor dicho, la inflexión de aquella voz, era el triunfo más admirable y más asombroso de la ciencia y de la voluntad más enérgica y más potente! Nebreda le dijo: ¡Quiero que hables! Y Martín, con su estudio, con su aplicación respondió a su maestro ¡Yo hablaré! Y ¡habló!

¡Cuán dignos de compasión son los espíritus que vienen a este mundo tan cargados de cadenas!

Poco antes de conocer el Espiritismo, recuerdo que una noche estando en Madrid en una reunión literaria, me saludó, un poeta, noté en el joven adorador de las musas cierta preocupación y ensimismamiento impropios de su carácter jovial y risueño por excelencia, y con la natural curiosidad de la mujer, le dije:

- ¿Qué te sucede Luis? Parece que estás aquí y en otra parte a la vez.

-Tienes razón, me ha pasado hoy un caso muy original, y no lo puedo apartar de mi memoria.

- ¿Qué es ello? ¿Qué es ello? (preguntaron otros escritores).

-Quizá nada y tal vez mucho, escuchad: Me fui esta mañana a la pradera de San Isidro, iba componiendo unos versos que escribí en mi libro de memorias y los leía en alta voz como tengo de costumbre, había un verso rebelde que no respondía a mi deseo, y por más que lo repetía no me resultaba armonioso; y por más que lo recitaba con el énfasis de la improvisación, lo encontraba detestable, inaceptable, duro, prosaico, vulgar, qué sé yo.

Cerca de mí, al pie de un árbol había recostado un hombrecillo ciego y al parecer idiota, porque canturreaba y se reía de un modo extraño, y cuando yo estaba más empeñado y porfiado en repetir el verso rebelde, me dijo el ciego con acento irónico.

- No te canses hombre, ese verso es cojo.

- ¿Qué sabes tú? (repliqué con enfado y desprecio a la vez).

-Más que tú, escucha y aprende; y el ciego improvisó una redondilla admirable, encerrando en cuatro líneas un pensamiento altamente filosófico, con una facilidad pasmosa, con una sencillez, con un sentimiento, que me quedé verdaderamente asombrado, tanto es así, que me senté junto al ciego y le hice improvisar sobre varios temas. Yo estaba encantado y le dije: ¡Quién había de decir que tú sabías tanto! ¡Parece increíble! Te escucho y solo ante el hecho tengo que convencerme.

-No es él, soy yo; replicó el ciego con una voz de un timbre especial, parecía el eco de una voz muy lejana, tan apagada y tan débil era su vibración.

- ¿Y quién eres tú? (le pregunté asombrado).

-El que va con él, su compañero inseparable.

-No te comprendo.

-Ya lo creo. ¡Qué sabes tú de estas cosas!... y soltando una carcajada se levantó el ciego tambaleándose y por más que quise detenerle se separó de mí diciendo con aspereza:

-Déjame el paso franco, aprendiz de poeta; y atravesó la pradera sin tropezar en parte alguna.

Maravillado por lo que había oído, le pregunté al guarda del cementerio si conocía al ciego y me dijo:

-Ya lo creo que lo conozco. ¡Pobrecillo! Es ciego y loco o tonto lo mismo da; cuando le da por decir relaciones cuenta unas historias... que tan pronto hacen reír como llorar, y cuando uno quiere que hable, ¡que si quieres! No se le saca una palabra del cuerpo; es más terco que un aragonés.

Sin poderlo remediar no puedo apartar de mi memoria el recuerdo del ciego que tan admirablemente versifica y tanta filosofía encierran sus palabras. ¿Será loco?... ¿Estará cuerdo?...

El relato de mi joven amigo también me impresionó, y durante algún tiempo le seguí preguntando por el ciego; mas no le volvió a ver por más que lo buscó.

Cuando más adelante estudié el Espiritismo le di solución al problema que mi amigo no pudo resolver, encontrando sencilla y natural la explicación del ciego, que estaría dominado por el Espíritu que le hacía servir de médium o tal vez por su expiación tenía momentos de lucidez para apreciar todo el horror de su situación y luego caer en un abismo sin fondo.

El recuerdo del ciego no se ha borrado de mi mente, y al escribir el anterior relato, comprendo perfectamente que un ser de ultratumba está cerca de mí deseando comunicarme sus pensamientos, atraído quizá por mis reflexiones referentes al Homero mejicano.

Así es, (me dice un Espíritu), cada ser busca su centro de atracción, y al consagrarle tú un recuerdo a uno de los muchos mártires que han vivido en la Tierra, me he acercado a ti, atraído por tu compasión hacia uno de mis compañeros de infortunio.

Yo también como el Homero mejicano perdí la luz antes de conocer lo que valen los rayos de vuestro Sol, y más desgraciado que él no tuve una madre cariñosa que me arrullara en sus brazos. Crecí en un asilo de beneficencia, mi entendimiento era tan limitado que pasé por idiota; mis instintos eran tan perversos que por necesidad imperiosa tenían que castigarme, y lo hacían tan cruelmente que antes de llegar a la juventud me escapé del asilo en unión de otro compañero. Nadie se ocupó de buscarnos, antes al contrario, se alegraron de mi desaparición, porque en realidad no tenía iniciativa más que para producir conflictos; era un ente perjudicial en todos sentidos, (por eso creaba el odio en torno mío). Mi compañero utilizó mi ceguera, se convirtió en mi lazarrillo y yo en mendigo de profesión; pasado algún tiempo mi compañero me abandonó y me quedé completamente solo; entonces, en mis largas horas de soledad sentía una voz en mi oído dulce y armoniosa, me sentía impulsado a producir sonidos en una mala guitarra y entonaba cantares tristes y amorosos de una cadencia encantadora; entonces me parecía que despertaba de un profundo sueño, veía todo el horror de mi situación, echaba de menos a mi pobre madre que murió al darme a luz, suspiraba por el amor de una mujer, sentía la imperiosa necesidad de estrechar en mis brazos a un pequeñito, me preguntaba a mí mismo que misteriosa fatalidad pesaba sobre mí. Me enfurecía, daba vueltas queriendo romper las ligaduras de mi deforme organismo, y caía rendido quedándome como muerto, sin recordar ni sentir más que las necesidades naturales de la vida, el hambre nunca saciada del mendigo, y la sed inacabable de beodo. En realidad, pesaban sobre mí dos fatalidades, la defectuosidad de mi organismo y la dominación de uno de mis más encarnizados enemigos; era juguete de un Espíritu que se complacía en mi tormento, ¡Cuanto sufrí!... hasta que llegó el momento de reposar, hasta que se cumplió una parte de mi cruel condena, entonces del modo más sencillo pasé del infierno al cielo.

Estando una tarde, al día siguiente de haberme encontrado tu amigo el poeta en el mismo punto que él me encontró, sentí pasos, pedí una limosna al que llegaba diciéndole.

Escucha que te interesa, y comencé a decir una relación muy interesante y muy conmovedora, el recién llegado me escuchó atentamente, me hizo después muchas preguntas, y mi compañero invisible le dijo: llévatelo contigo que te será muy útil, tus sueños de gloria los verás realizados. Al entregarte a un ciego que pasa por idiota, te doy un tesoro inestimable, con él te pago una deuda que tengo contraída contigo. Yo me serviré de él, y tu copiarás fielmente lo que yo le dicte. Serás el primer autor dramático de tu siglo, y realizarás tus sueños de gloria. A tu ciencia helada, a tus fríos cálculos matemáticos se unirá la poesía, la pasión, el sentimiento, serás el asombro y la envidia de tus contemporáneos, oculta al ciego como un avaro oculta su tesoro, te lo repito, te pago una deuda, y a él le perdono una parte del mucho daño que me causó en otro tiempo, dale una vida tranquila y regalada que por mucho que hagas por él, nunca le pagarás las noches de gloria que entre él y yo te daremos.

El recién llegado, me miró con asombro, genio gigante abarcó con su mirada de águila algo que debió ver en lontananza, es cierto que me dijo vente conmigo, le seguí dócilmente, emprendimos un largo viaje y me dejó instalado en una casa de campo, allí encontré baño tibio, lecho blando, alimento abundante, ropa, abrigo, limpieza, reposo, tranquilidad, una familia de campesinos que me trató con cariño y al mismo tiempo con el mayor respeto por encargo especialísimo de su señor éste pasaba largas temporadas en mi compañía, copiando lo que yo le dictaba, él ponía de su parte el arreglo de las escenas, sus producciones dramáticas han hecho una verdadera revolución, y cuando estaba en el apogeo de su gloria, llegó una noche y me encontró enfermo, me cuidó como un hermano cariñoso y espiré en sus brazos tranquilamente. Desde entonces se eclipsó su estrella, nadie da en el quid de la dificultad, nadie sabe que el gran dramaturgo de vuestro tiempo, copiaba fielmente las comunicaciones de un Espíritu que tenía por médium a un ciego idiota (al parecer). ¡Cuántos misterios! ¡Quién me dijera al encontrarme solo en la Tierra, sin luz y sin entendimiento, que mi muerte había de ser tan sentida, tan llorada por un hombre de

talento, por un genio calculista, por un gran matemático! ¡Yo tan inútil al parecer! ¡Cuántas noches de gloria le proporcioné, al primer dramaturgo de vuestro siglo! El Espíritu que me inspiraba no podía comunicarse más que conmigo, su inteligencia y la mía, trabajaban juntas, al calor de su inspiración renacían mis recuerdos de gloria, yo también había brillado en el teatro, yo también había hecho sentir a las multitudes, nos juntábamos tres genios, por eso las producciones de mi protector (y a la vez el protegido de un Espíritu) han sido tan asombrosas, por eso han causado una verdadera revolución en el teatro, presentando problemas y situaciones nunca vistas ni soñadas. Hoy nos llama, hoy nos evoca, pero inútilmente, no podemos responder a su llamamiento. Sigue fijándote en la historia de todos aquellos que viven sin vivir y en medio de tu impotencia también serás útil, también al dejar la Tierra te llorarán y dirán: ¡Qué pronto se fue! Adiós.

¡A cuántas consideraciones se presta el anterior relato!...

¡Cuán cierto es que nadie está de sobra en este mundo! El más pobre, el más humilde, el más abandonado hace su trabajo, cumple su tiempo de condena sin faltarle un día ni sobrarle un segundo.

Cuántas veces recorriendo las salas de los hospitales, cuando veo a los niños enfermos murmuro con tristeza: ¡Dios mío! ¡Qué temprano empiezan estos infelices su calvario! ¿Por qué tan pronto? Y cuando veo en el mismo sitio a los ancianos exclamo: ¡Señor! ¡Qué martirio tan largo! ¿Por qué tanto tiempo condenados al sufrimiento? ¿Por qué? ¿Por qué?...

¡Cuántas preguntas formuladas en vano! No hay dolor estéril, no hay llanto que no fecundice la Tierra, no hay gemido que no encuentre un eco. Si en medio de la sombra que rodea a los ciegos la luz se abre paso y los seres más débiles y al parecer más inútiles, son útiles al progreso universal, de igual manera todas las existencias de los espíritus tendrán su utilidad relativa.

Sin ir más lejos, en mí misma tengo la prueba. ¡Quién me dijera veinte años atrás, cuándo esperaba quedarme ciega, que había de fundar un periódico que se llamase **LA LUZ DEL PORVENIR**! ... cuando su fundadora contaba los segundos y

decía: ¡Qué pocos momentos me faltan para quedar sumergida en las tinieblas!...

Si me hubieran profetizado entonces el trabajo realizado después, me hubiese reído amargamente diciendo: ¡Imposible!... ¡Imposible! No puede ser; y sin embargo ha sido. ¡Gracias Dios mío! ¡Bendita sea tu ley del progreso! ¡Pues sólo ella produce en la sombra torrentes de luz!

El libro del porvenir estará eternamente cerrado, en sus páginas nadie podrá escribir profecías, cuantos cálculos hacen los hombres, todos salen fallidos, los que se creen grandes suelen caer cuando menos lo piensan, los que parecen pequeños, suelen ascender en alas del trabajo y de una enérgica voluntad, a las inmensidades del infinito.

¡Cuánto hay que estudiar Dios mío! Sólo estudiando y progresando se podrá hallar en medio de la sombra el foco de la eterna luz.

CAPÍTULO XXIII

TODO SE PAGA

Desde que estudiamos el Espiritismo, nos hemos convencido de que ningún delito queda impune, que se paga ojo por ojo, y diente por diente; ley justa como todas las leyes que de Dios emana; porque en Él, es tan inmensa la justicia, como su amor, son las dos líneas paralelas que ha recorrido, recorre y recorrerá eternamente.

Quien tal hizo que tal pague, a cada uno según sus obras, lo que no se gana no se obtiene, quien siembra vientos recoge tempestades; aforismos son estos que siempre nos han impresionado, porque hemos visto que eran la síntesis de la verdad suprema; y este conocimiento se ha aumentado conforme hemos ido estudiando las comunicaciones de los espíritus que tanta luz arrojan sobre determinadas historias; y en prueba de que es cierto lo que decimos, vamos a ocuparnos de la vida de un hombre que paga en esta existencia los crímenes que cometió en una de sus encarnaciones pasadas; pero antes de referirlos leamos una carta de una hermana de este desgraciado, que por mayo último nos escribió diciéndonos entre otras cosas lo siguiente:

Toda mi familia ha sido de ideas avanzadas: mi abuelo murió a manos de los enemigos de la luz; mi padre también estuvo prisionero sufriendo todas las iniquidades de los secuaces del oscurantismo, mi hermano peleó defendiendo la libertad de su patria, luego le acusaron de haber cometido una muerte, y en prisión preventiva estuvo más de seis años, dos testigos le reconocieron inocente, y estos mismos sobornados y pagados por el verdadero asesino declararon después bajo juramento solemne que mi hermano era culpable; y este infeliz ha sido condenado a diecisiete años, seis meses y un día de prisión mayor, y hoy ya está en uno de los peores presidios de España confundido entre delincuentes sin corazón y entre criminales sin conciencia, siendo él, inocente por completo. Cuando se despidió de mí, pronunció las blasfemias más terribles, negó la existencia de Dios, y añadió que si existía, sancionaba las más horribles injusticias; mas yo que miro las cosas y los acontecimientos bajo otro prisma, creo que

Dios es justo, y que mi hermano, si bien ahora es inocente, otros crímenes habrá cometido en anteriores encarnaciones, que hoy paga, en cumplimiento de una ley desconocida para muchos, pero no para mí.

Quisiera ser médium para preguntar a los espíritus la causa de la expiación que hoy sufre mi desgraciado hermano, cuya vida actual, créame Vd. amiga mía, ha sido humilde y honrado, completamente inofensivo, y de esto están convencidos todos los de nuestro pueblo, donde nació y vivió mi infeliz hermano, (digno de mejor suerte).

Yo le ruego, amiga mía, que pregunte a algún Espíritu a ver qué le dice, porque temo que mi hermano pierda la razón, si el Espiritismo no tiende sobre él sus alas benéficas.

Está completamente desesperado; yo le envío libros y periódicos espiritistas, y con esto he conseguido que se calme a intervalos; a ver si Vd. puede averiguar sobre este asunto para tranquilizar en lo posible a un ser inmensamente desgraciado.

Mucho nos impresionó la lectura del anterior fragmento, pues si bien se considera, debe ser horrible, (siendo inocente) verse condenado a vivir entre criminales gran número de años, sufriendo todas las vejaciones y los insultos que prodigan los seres sin sentimientos y sin educación, condenado a trabajos superiores a sus fuerzas y sobre todo, considerarse deshonorado ante la sociedad sin haber dado motivo para ello ni en pensamiento ni en obra; esto deberá exasperar tanto, amontonará tantas nubes cargadas de electricidad sobre el cerebro, que éste deberá funcionar con rapidez tan inusitada que concluirá por romperse, o quedará inútil para raciocinar, proviniendo la locura como justa consecuencia de una lucha superior a las débiles fuerzas humanas.

¡Verse separado del hogar paterno donde era amado y considerado, porque era comprendido, renunciar a las dulces satisfacciones de la vida, a esos goces más o menos fugaces que nos brindan la amistad y el amor, dar un adiós a todo lo bello, a todo lo risueño y halagador, para hundirse en el caos, en el abismo más insondable! ¿Y todo por qué? ¡Por la torpeza de los jueces de la Tierra, por la infamia de unos calumniadores pagados a buen precio, verse condenado un inocente a aparecer como un

miserable, sin que ya pueda nunca borrarse de su frente el estigma infamante del presidiario!

¿Qué hombre honrado no enloquece en semejante situación? Se necesita una gran fuerza de voluntad y un íntimo convencimiento de la vida de ultratumba para no atentar contra sus días el que es víctima de jueces ineptos y de tristísimas apariencias.

Convencidos de que haríamos un gran bien a un desgraciado, tratando de saber la causa de su martirio, hicimos presente al Espíritu que nos guía en nuestro trabajo la anterior historia, rogándole que no para satisfacer curiosidad, sino para consolar a un infortunado, le pedíamos que nos dijera, si le era posible, el porqué de tan inmensa desventura, y el Espíritu, compasivo y complaciente, nos contestó lo que a continuación insertamos:

Cuando las peticiones son justas, tenemos los desencarnados una sagrada obligación en contestaros y en haceros ver la innegable justicia de Dios; que muchas veces se desconoce en la Tierra porque es necesario que así sea; pero como a todo aquel que llama a la puerta de lo desconocido, se le franquea la entrada, como a todo el que pide luz, se le conduce al centro del sol de la verdad, por eso yo no titubeo en darte algunos pormenores sobre la vida pasada de ese infeliz que hoy gime en una prisión porque es el único lugar que le pertenece, puesto que vino a la Tierra con el firme propósito de pagar una de sus deudas.

El que en esta existencia ha ocupado siempre una modesta posición social, fue en una de sus encarnaciones pasadas un juez de gran nombradía, D. Álvaro de Zúñiga. Era un perfecto caballero de gentil postura, modales distinguidos, finísimo trato, y al parecer de tan recta conciencia, que era el llamado y el elegido para sentenciar las causas más difíciles, y los jueces más probos y más entendidos sometían a su examen los fallos de sus pleitos, de sus defensas y acusaciones; y lo que él sancionaba era admitido sin apelación.

La vida de D. Álvaro de Zúñiga era ejemplar, jamás la calumnia había podido mancharle con su aliento, modelo de buenísimas costumbres, nadie podía tildarle en lo más leve, generoso con los pobres, no se desdeñaba en atenderles y aconsejarles y de hacerles ganar en sus litigios; así es que su fama

y renombre era universal. Enemigo al parecer de las riquezas, vivía modestamente, pero en el fondo de su conciencia era ambicioso de bienes terrenales y de consideración social, envidiaba a los próceres sus palacios de mármol, sus títulos y condecoraciones.

La duquesa viuda de San Lorenzo le encargó el arreglo de su testamentaria distinguiéndole con las más delicadas atenciones, colmándole de valiosísimos presentes, confiándole sus más íntimos secretos y encargándole además de la dirección de sus hijos.

Cuando D. Álvaro salía del palacio de la duquesa se sentía trastornado. Aquella numerosa servidumbre que a su paso se descubría respetuosamente le halagaba muchísimo, aquel lujo deslumbrador, aquellas comodidades sibaríticas, aquellas inmensas riquezas que pasaban por sus manos representadas por los títulos de propiedad de pueblos enteros, le hacían pensar y decir: ¡Todo esto puede ser mío! La duquesa me admira, de la admiración al amor no hay más que un paso; esta mujer es la que me corresponde, no la que tengo sencilla y humilde que nunca me ha comprendido, y que por lo tanto si no me ha hecho desgraciado, tampoco me ha hecho feliz; gran parte de mi vida he vivido para los otros, justo es que algunos años viva para mí; y siguiendo el curso de sus ideas pensó deshacerse de su esposa, cuanto antes mejor.

Entre los muchos que frecuentaban su casa iba un sobrino de su esposa, el aturdido Tristán, joven un tanto libertino que más de una vez había sido reprendido duramente por D. Álvaro, pero gracias al parentesco político que los enlazaba, no por ello se alteraban las buenas relaciones que los unían; mucho más que Teresa esposa de D. Álvaro y tía, de Tristán, intercedía siempre por el joven calavera, que aparte de sus locuras, tenía un gran corazón.

Poseía D. Álvaro una quinta donde su esposa pasaba largas temporadas por ser muy endeble su salud y necesitar de los aires del campo. Su marido la visitaba a menudo, y una mañana que muy temprano regresaba a la ciudad, se vio detenido por un criado que corría presuroso para decirle que su esposa se había puesto repentinamente enferma; volvió a la quinta y efectivamente encontró moribunda a la infeliz Teresa, gracias a la eficacia del

veneno que él había dado en una empanada la noche anterior. La pobre mártir murió en sus brazos, cuidando D. Álvaro de estar solo con ella en sus últimos momentos, llamando después a los criados, y en presencia de ellos registró un armario de su esposa donde encontró un paquete de cartas amorosas firmadas por Tristán que aconsejaba a su tía que se fugase con él, y que de no hacerlo, se vengaría de sus desvíos cortando el hilo de sus días, mostrando D. Álvaro la declaración que su esposa hizo por escrito, poco antes de morir, en la cual decía: Muero envenenada por mi sobrino Tristán.

D. Álvaro de Zúñiga era de estos seres que pasan por impecables en el mundo, y en cambio Tristán era un libertino que pasaba parte de su vida en garitos y lupanares, así es, que nadie llegó a sospechar ni por un segundo que fuera D. Álvaro el verdadero asesino, y la opinión pública acusó a Tristán que estaba inocente de semejante delito, y que nunca había mirado a Teresa con impuros deseos, y sí únicamente con el respeto y cariño que se mira a una madre tolerante y condescendiente como era Teresa para su sobrino Tristán.

Las cartas las escribió D. Álvaro con letra tan admirablemente falsificada que no dejaba lugar a la duda, y la acusación plena cayó sobre Tristán que creyó volverse loco, y que por más que hizo no pudo probar su inocencia y fue condenado a galeras por toda su vida, mientras D. Álvaro que asesinó villanamente a su esposa, y que guio su mano en los postreros momentos haciéndole escribir lo que él mismo trazaba ahogando sus gritos con su férrea mano, aparentó sentir el pesar más profundo, su luto no tenía término, yendo muy a menudo al cementerio donde rezaba fervorosamente, hablando de continuo a la duquesa de su inolvidable compañera.

La noble dama cayó en la red que tan astutamente le tendió D. Álvaro que permaneció dos años viudo, casándose después con la duquesa de San Lorenzo que confiada y sencilla, encumbró a las altas esferas del poder a un miserable asesino, que no tuvo el menor remordimiento de su crimen. Estaba tan satisfecho de sí mismo, se creía tan superior a los demás, que nunca consagró un recuerdo compasivo al inocente que vivía en galeras; creía por el contrario que había librado a la sociedad de un perdido, y en cuanto a su esposa, siempre enferma y además estéril, creía que

era un ente inútil, una rama seca del árbol social, que nada se había perdido con desprenderla del tronco de la vida.

Jamás turbó su sueño un recuerdo penoso, se creyó grande entre los grandes, su ambición no tuvo límites, se creyó tan superior a sus contemporáneos, que todos los altos puestos que ocupó le parecían pequeños. Desplegó gran inteligencia desde las altísimas esferas del poder, supo ocultar su desmedida ambición apareciendo ante el mundo como un ser casi perfecto, y murió rodeado de todos los honores que proporciona en la Tierra una inmensa riqueza y un profundo talento.

Pudo engañar al mundo, y engañarse a sí mismo mientras estuvo en un planeta donde el engaño impera; pero en el espacio caen todas las vendas, y ¡el asesino escucha una voz fatídica que murmura constantemente a su oído: ¡Asesino!... ¡Asesino!... D. Álvaro la escuchó vio a Teresa y a Tristán erguidos y amenazadores, vio la espantosa realidad; no había hecho una sola obra buena, así es, que no pudo encontrar espíritus agradecidos, porque si muchas veces obró en justicia, no la hacía pensando en el bien ajeno, sino en el suyo propio; amparó a los pobres en sus cuitas para que estos le dieran popularidad, sólo trabajó para sí, por eso se encontró solo, y sólo sus víctimas mudas e implacables le acompañaban de continuo. Deshecho por la realidad su castillo de naipes, se avergonzó de sí mismo, y se dispuso a pagar ojo por ojo, y diente por diente, y cuando se encontró dispuesto a sufrir la expiación que hoy sufre, cargó sobre sus hombros la cruz que hoy le abruma con su peso, y azarosa será toda su existencia, porque es preciso que pague hasta el último cuadrante.

Leo en tu pensamiento la pregunta que quieres hacerme: Si todo es efecto de una sabia ley, no existe la injusticia.

En realidad no existe, pero como nadie sabe ni su vida pasada, ni la de otros, se hace cada cual responsable de sus actos, que nadie es necesario para castigar a otro; cada uno se basta para castigarse a sí mismo; se castigan los suicidas, los que nacen imperfectos, los que pierden la razón, los que se apartan del trato social y viven cenobíticamente, los que se martirizan con ayunos y maceraciones, todos esos se proporcionan dolores que en justa reparación les pertenecen, y ha habido casos de cometerse un asesinato y no encontrar al asesino y presentarse un inocente a la justicia declarándose culpable, pidiendo la muerte para libertarse

de horribles remordimientos y dejar de ver sombras amenazadoras.

Nadie está obligado por fatalismo a ser el verdugo de otro, la eterna justicia no necesita de instrumentos inocentes. Dios tiene el tiempo y el progreso indefinido del Espíritu, que cuanto más avanza, hila más delgada la tela de sus actos, y, te lo repito, él mismo se juzga y se condena: lo que hace ese Espíritu es buscar su centro de atracción, y así como entre vosotros los sabios se desdeñan de tratar con ignorantes, y las mujeres honradas huyen del contacto de las ramera, buscando cada cual sus espíritus simpáticos; así el Espíritu para pagar sus deudas busca planetas habitados por seres miserables donde las injusticias son la moneda corriente, pero el Espíritu decidido a progresar se salva de todas las impurezas que le circundan y se eleva como la columna de humo para no mancharse con el cieno que le rodea.

El obrar mal no es necesario en ningún planeta, el Espíritu tiene libre albedrío para desarrollarse dentro de la esfera que él mismo se ha formado, así es, que todo criminal es responsable de sus actos, aun cuando con ellos castigue a un delincuente, él no sabe que castiga a otro, él no ve más, sino que hunde en la desesperación a un inocente.

Cuando te pregunten los impacientes: ¿Y por qué no se recuerda lo que uno ha sido en sus pasadas encarnaciones? Contéstales que sería imposible el curso tranquilo de la vida, que si se vieran cara a cara y frente a frente todos los enemigos que se han causado graves perjuicios y pérdidas considerables; los padres morirían asesinados por sus hijos y éstos en ocasión serían devorados por sus madres, pues la prueba se tiene bien clara que aún sin conocerse, ignorando unos y otros el daño que se han causado, ¡cuántos crímenes se cometen! ¡Cuántos gozan y disfrutan, mientras otros por su causa gimen en el cautiverio!

Tu pregunta mental me ha separado algún tanto del objeto que me propuse al contarte la causa que ha producido el castigo que hoy deplora ese infortunado; dile pues para su tranquilidad, que todo es justo; que los grandes dolores, que esas existencias condenadas a horribles sufrimientos, son el resultado de múltiples abusos, las consecuencias de bastardas ambiciones, el fruto sazonado del más refinado egoísmo; que el que al vivir no piensa más que en sí mismo amontona sobre su cabeza espantosas

tempestades, y atrae el rayo destructor que concluye con su existencia o le arrebató su dulce reposo, lo que es aún mucho peor.

Mucho más pudiera decirte, pero basta con lo dicho para hacerle comprender a ese desgraciado que no sufre ninguna injusticia, y paga por el contrario una de las grandes deudas que ha contraído su Espíritu en la serie de encarnaciones que ha habitado en la Tierra y en otros mundos de análogas condiciones. Adiós.

He aquí una comunicación que da una útil enseñanza, no sólo al interesado que la ha pedido, sino a todos aquellos que sean víctimas de sus pasados errores.

Procuremos en cuanto nos sea posible no adquirir responsabilidades, para evitarnos esas expiaciones que no por ser merecidas dejan de ser ¡verdaderamente horribles!

No edifiquemos la casa de nuestra dicha sobre el dolor ajeno, no tratemos de aparentar lo que no somos, porque los engañados seremos nosotros.

Es indudable que la vida es eterna, que todos nuestros hechos componen nuestro patrimonio. Feliz aquel que al penetrar en el espacio, puede decir mirando a su pasado y contemplando su porvenir. Ayer a nadie hice sufrir; mañana seré feliz en los mundos de la eterna luz.

CAPÍTULO XXIV

NO HAY CASUALIDADES

Hablando una noche con una señora que nos contaba tristes historias de su familia, nos dijo lo siguiente:

-Yo creo que pesa sobre mis parientes una maldición, porque llueven sobre ella las desgracias con una profusión aterradora.

- ¿Y Vd. con su buen talento cree en la eficacia de las maldiciones?

-No diré que crea en ellas, pero existen casualidades tan fatales, que sus consecuencias son terribles.

-Es que no existe la casualidad.

- ¿Pues a qué obedecen ciertos sucesos repentinos que no tienen explicación posible? La muerte de mi sobrino Ángel, por ejemplo, que era un muchacho de 18 años, adorado por sus padres, que no sabían qué hacerse con su hijo, el cual vivía muy tranquilo y muy satisfecho cumpliendo con su destino en el escritorio de una casa de comercio, y una mañana salió de su casa tan contento y tan alegre, con un revolver preciosísimo que le había tocado en suerte en una rifa, diciéndole a su madre: Mira, mamá, me llevo el revolver para que lo vean mis compañeros de oficina. Esto era a las seis, y a las nueve le avisaron a mi cuñado que fuera inmediatamente al escritorio donde trabajaba su hijo y le encontró a éste caído en tierra y el revolver a corta distancia. Ángel parecía que estaba sonriendo a pesar de haberle entrado una bala por el ojo derecho que le mató instantáneamente, según afirmaron los médicos que reconocieron el cadáver.

Ángel, según contaba el portero de la casa, había entrado en su oficina cantando alegremente su ópera favorita, y antes que nadie entrara en el escritorio se oyó una detonación.

- ¿Fue suicidio?

-No, porque Ángel vivía muy contento de su suerte; luego fue casual que se le disparara el tiro; niégume usted ahora la casualidad.

-Y tanto que se la niego; y a más le aseguro que su sobrino pagó una deuda con esa muerte repentina, no me queda la menor duda.

¿Quiere Vd. decir?... no comprendo, no sé el significado de sus palabras.

La casualidad, se lo repito, no existe, y hecho tan trascendental como es la terminación de una existencia cuando sonríe la juventud, cuando las caricias de una madre amorosísima y los prudentes consejos de un buen padre nos envuelven con su manto de felicidad, cuando la esperanza nos ofrece sus horizontes de color de rosa, cuando la plenitud de la vida nos alienta con su savia generosa, el morir es un mal, y un mal es el resultado de un daño causado a otro.

Pero si mi sobrino era Ángel de nombre y ángel en sus hechos, todo el mundo le quería y envidiaban a sus padres porque le tenían por hijo; ¿qué daño pudo, pues, causar a nadie? Ninguno, absolutamente ninguno.

-En esta encarnación convenido; pero en las anteriores, ni Vd. ni yo sabemos lo que hizo.

-Eso es verdad. ¿Y no podría averiguarse algo?

-Según y conforme, si es para satisfacer una pueril curiosidad nada preguntaré a los espíritus.

- ¡Qué ha de ser por curiosidad! Si mi cuñado y su infeliz esposa están completamente desesperados y buscando consuelo, han hablado con varios espiritistas, y estos les han dicho lo mismo que Vd. me dice; así es que están sedientos de saber algo; pregunte Vd. pues, amiga mía, a ver que le dicen y podría Vd. hacer dos obras buenas a la vez, consolar a unos desdichados y escribir para enseñanza de muchos lo que le dijeran los espíritus.

Ciertamente que ha pensado Vd. bien, y me ha propuesto lo que yo siempre tengo costumbre de hacer, pues nunca pregunto a los espíritus para satisfacer curiosidades de éste o de aquel, sino para dar una lección de la eterna justicia a los muchos que dudan de la sabiduría de Dios.

Yo pregunto a los espíritus para divulgar sus enseñanzas, para difundir la luz de la verdad, y que ésta disipe las densas brumas del error.

Cuando tuvimos ocasión hicimos presente nuestro deseo al Espíritu que guía nuestros trabajos, y éste nos contestó, lo que a continuación copiamos:

“Ya sé que no es tu móvil la curiosidad, por eso siempre que me es posible contesto a tus preguntas, porque sé que mis narraciones te sirven para publicar historias que encierran una útil enseñanza de las que está muy necesitada la humanidad, y es necesario que todos sepan que no hay casualidades, que todo sucede a su tiempo, especialmente cuando llegan esos momentos supremos, esas crisis que deciden el porvenir de un hombre.

Deseas saber por qué un joven que vivía tranquilo y sereno, adorado de su madre, querido y respetado de su padre, satisfecho de sí mismo, porque todo cuanto le rodeaba le brindaba cariño y consideración social; en un momento, cuando estaba más distraído con un juguete mortífero, con una de esas pequeñas máquinas que al funcionar producen la muerte de varios individuos en pocos segundos, cuando veía satisfecho su deseo, de poseer un arma de fuego de las condiciones que él anhelaba, perdió la vida sin saber si fue intencionadamente o por casualidad como decís en la Tierra: y yo te digo que no fue con premeditación, esto es, que no fue suicidio, ni un efecto tampoco de la casualidad. Él miraba atentamente el cañón de la pistola y se disparó a sí mismo sin saber lo que se hacía, pero al entrarle la bala por el ojo derecho quedó saldada una de sus cuentas; así es, que no fue casual el pago de una deuda; cuando un Espíritu viene dispuesto a cumplir su destino, no necesita que nadie le infiera daño alguno, él mismo se administra justicia, como se la administró el joven de quien me has hablado; el cual, en una de sus anteriores existencias, fue una mujer sin corazón, una cortesana rodeada de galanes que se disputaban sus favores, ofreciéndole en cambio joyas y luisas a los cuales Egamina era muy aficionada.

Entre sus adoradores había Leuterio, joven pintor de modesta fortuna, que sintió por la cortesana una pasión tan profunda que le ofreció su corazón, su mano y su humilde y poético hogar.

Egamina se rio de sus proposiciones y le dijo que ella necesitaba de grandes plumas para volar: Leuterio lamentó su negativa sin herirse su dignidad por la burla de que era objeto, y la siguió de lejos consolándose con verla a larga distancia.

El patrimonio de las cortesanas es su belleza física, cuando ésta se agota o se marchita, pasan de un lecho de plumas a un jergón del hospital, y sustituyen a sus galanteadores, por hurañas enfermeras que las desprecian y las acusan por su liviandad.

Egamina, cuando estaba en todo el desarrollo de su espléndida hermosura, la viruela se enseñoreó contra ella con el mayor furor, y a no haber sido por Leuterio la hubieran conducido al hospital; pero éste, en cuanto supo que estaba enferma, se constituyó en su enfermero y no la abandonó ni un segundo. Egamina estuvo entre la vida y la muerte muchos días, todos la abandonaron, ninguna de sus compañeras de orgía veló su sueño, ninguno de los que compraban sus caricias le dio una limosna, y como las cortesanas viven en un déficit permanente, los acreedores se apoderaron de cuanto poseía y sólo por Leuterio pudo conservar su lecho y los muebles más precisos.

Su convalecencia fue larga y penosa, pues se le complicaron nuevas enfermedades, y Leuterio, antes de verla reducida a la miseria, se hizo criminal hurtando a sus padres los ahorros de veinte años de economías y privaciones; cantidad que en poder de Egamina pronto quedó reducida a la nada, pero duró el tiempo suficiente para reponerse y comprar los aceites necesarios para recuperar su belleza algo ajada y marchita, y cuando se vio hermosa y rejuvenecida, en vez de adorar al hombre que la había salvado de la miseria y que persistía en llamarla su esposa, se entregó de nuevo a sus habituales desórdenes, diciendo a Leuterio que habiendo recobrado sus antiguas alas, ya no necesitaba de padre para tender su vuelo.

Leuterio se quedó como herido del rayo, pero pronto recobró el uso de la palabra y juró a Egamina que se vengaría de ella, ya que por su causa él había sido criminal, robando a sus padres que quedaron reducidos a la miseria y murieron maldiciendo al hijo ingrato que había profanado el santuario del hogar.

Egamina no hizo caso de sus amenazas, siguió su vida de crápula y desorden, cuando una noche al entrar en su alcoba vio a

Leuterio sentado junto a su lecho que la esperaba con una pistola en su diestra, y que al verla le dijo: La víctima viene a morir junto a su verdugo; pero antes quiero estrecharte en mis brazos.

Egamina creyó que él quería matarla, trató de arrebatarse la pistola y al hacerlo salió una bala penetrando por el ojo derecho de Leuterio que murió instantáneamente.

La cortesana fue reducida a prisión, recobrando pronto la libertad, que ella empleó como siempre en el libertinaje, hasta que murió en un incendio en una noche de orgía.

El crimen que ella cometió con Leuterio tenía que pagarlo, porque de un hombre sencillo y bueno, hizo un criminal, un demente sin corazón que no se compadeció de sus ancianos padres y les dejó morir en el abandono y en la desesperación. Ella le hizo suicida, porque el infeliz la quería tanto, que quiso morir junto al lecho de Egamina para verla en su agonía, no para matarla como aquella creyó. Leuterio era un alma buena y ella le precipitó en el abismo por su ingratitud, ella le hizo morir y vivir desesperado, y en la eterna balanza ha sido pesada toda su infamia y pagará hasta el último cuadrante por su inicuo proceder.

Leuterio era una esperanza para su familia y una gloria para su patria, era un genio, era un artista que trasladaba al lienzo las nubes de la tarde y los arbores de la aurora, el dolor de la madre ante el cadáver de su hijo y la desesperación del réprobo en las mazmorras de la inquisición; y aquella luz portentosa, aquella inspiración celestial, Egamina la redujo a humo, prometió cariño al artista mientras se sintió enferma, le despreció cuando se vio fuerte, y aquel alma de fuego se sintió profundamente herida, prefiriendo la muerte a su espantosa soledad, y todo el daño causado a un ser noble y sencillo, toda la desesperación de los padres de Leuterio al verse saqueados y abandonados por su hijo, y todo el mal que éste hizo y todo ese cúmulo de dolorosos desaciertos pesan sobre el Espíritu de la cortesana, que cuando en el espacio se dio cuenta de todos sus actos, sintió un horror invencible al sexo que había pertenecido manchándole con sus impurezas, y pidió todas las humillaciones que tuviera que pasar, que fueran en el sexo masculino; tenía miedo de volver a caer, Espíritu débil, cuantas veces ha vuelto a la Tierra, ha permanecido corto tiempo, siempre se ha ido joven huyendo de resbalar y caer.

Su arrepentimiento ha sido sincero, y quiere sufrir cuanto le hizo padecer a Leuterio; que sigue sus huellas esperando su regeneración. En su última existencia quiso morir como aquel murió, quiso sentir sus dolores, quiso truncar todas sus ilusiones y sus esperanzas; ya ves como no hay casualidades, no hay más que el cumplimiento de una ley, que nadie puede dejar de sufrir las consecuencias de su inapelable fallo.

Puede el Espíritu elegir tiempo para el pago de sus terribles deudas, pero no lo dudes, el tormento causado y la ofensa nos siguen como la sombra al cuerpo.

Muchas veces habrás visto en familias amorosas dotadas con bienes de fortuna, que uno de sus individuos no puede dar un paso o está ciego o epiléptico, o es sordomudo; y es que aquel Espíritu es cobarde ante la prueba y necesita pagar su deuda rodeado de atenciones amorosas, sin sufrir el hambre y la desnudez; para conseguir esto, ha estado centurias de siglos trabajando lentamente en su progreso.

En cambio, cuando veas a un mendigo con las piernas de palo o encerrado en un carretón rodeado de seres innobles que explotan su desgracia, compadece su expiación y admira su fortaleza, es un Espíritu decidido que al reconocer sus yerros ha dicho: Quién tal hizo que tal pague, el mal camino debe andarse pronto. ¡Adelante! Y elige una existencia con padres semi-idiotas en la mayor miseria, que le dejan en medio de un camino como una carga inútil, y entre mendigos de profesión o solo en el mayor abandono, llega a sentir la nieve de los años sobre su cabeza que se dobla casi hasta tocar la Tierra. Cuando veas a estos desgraciados, te lo repito, compadéceles y admíralos, que iguala su infamia a su voluntad, su entereza de gigante que dice: - “Si me hundo en lodo yo me levantaré, quien supo matar debe saber sufrir, quien en la cumbre de las grandezas humanas fue un bandido sin corazón, en la honda sima de las miserias y humillaciones terrenales, debe ser un modelo de mansedumbre y humildad”.

Fíjate bien en esos tullidos, en esos mudos que a veces encuentras en tu camino, detén tus pasos para dirigirles una mirada de consuelo y una palabra de compasión, que relacionados

estáis todos los hombres por vuestros desaciertos de ayer y vuestro arrepentimiento de hoy.

Adiós.

Toda la eternidad que tenemos para progresar indefinidamente nos parece escaso tiempo para demostrar nuestra inmensa gratitud a los buenos espíritus y especialmente al que más nos guía en nuestros trabajos literarios.

Sin los seres de ultratumba hubiéramos sucumbido hace mucho tiempo bajo el enorme peso de nuestra cruz; porque en cumplimiento de una ley justa e inmutable, nuestra expiación nos ha rodeado de esas pequeñas y continuas contrariedades, que son sin disputa más insoportables que una desgracia inesperada, que cae como una bomba sobre la existencia.

Nuestra expiación ha sido la gota de agua horadando la piedra, así es, que hubiéramos llegado a la más completa desesperación, si los espíritus con sus razonados consejos no nos hubieran hecho comprender la admirable justicia de las leyes eternas.

¡Oh! Sí; agradecidísimos estamos a los espíritus por las útiles enseñanzas que nos dan, que no todos los que se comunican con los seres de ultratumba obtienen igual beneficio. Hay muchos médiums que sirven de intérprete a espíritus ligeros y engañadores, cuyas comunicaciones son peligrosas.

Hasta ahora felizmente hemos trasmitido historias y relatos de útil enseñanza moral; no hemos penetrado en el templo de la ciencia porque nuestra expiación nos ha negado la inteligencia suficiente para llegar al puesto que ocupan los grandes sabios; pero los buenos espíritus nos han inculcado los sanos principios de la moral eterna contenidos en estas palabras: **No hagas a otro, lo que no quieras para ti.** Ellos nos han dicho así: Trabajad sin descanso, recupera átomo por átomo todo lo que has perdido cuando despreciasteis la inteligencia adquirida en asiduos trabajos literarios y tu genio arrastró por el fango sus alas de oro. Trabaja, nosotros te ayudaremos, nada se pierde, todo lo adquiere el Espíritu con aplicación y perseverancia, nosotros no hacemos sabios a los ignorantes, ni evitamos tareas a los indolentes, pero sí ayudamos con nuestros consejos y trabajo a los obreros de buena voluntad. No respondemos al llamamiento de curiosos

impertinentes, pero envolvemos con nuestro fluido a los que nos dicen: ¡Iluminadnos queremos progresar! ¡Decidnos cuál es el mejor camino para llegar a la Tierra de promisión!

Esto y mucho más nos han dicho los espíritus; ellos son nuestros más fieles amigos, nada nos une a la Tierra y por ellos amamos a todos los infortunados que pululan en ella, los seres de ultratumba nos han dado una gran familia, por ella trabajamos, por ella pedimos inspiración a nuestros amigos invisibles, para hacerles conocer a los que lloran que ellos son la causa de su llanto, que no existe la injusticia, que cada ser vive en la atmósfera que él mismo se ha creado, que no hay redentores sino que cada hombre es el redentor de sí mismo; que no hay hechos casuales ni providenciales, que no hay fatalismo sobre ésta o aquella raza, no hay más que el trabajo individual de cada Espíritu que a su placer siembra su viña y su huerto y le cultiva con esmero, o deja que las malezas invadan el monte y el llano.

Esta profunda verdad es necesario que sea conocida de todos para que a la vuelta de algunos siglos, no tengan los terrenales que pagar con muertes violentas, las terribles deudas de su ayer.

CAPÍTULO XXV

MILLONARIO Y SUICIDA

Un espiritista me escribió una carta desde Cienfuegos, diciéndome:

-“Ahí te envío el recorte de un periódico, en el cual leerás un hecho sorprendente, el suicidio de un millonario; y lo califico de sorprendente, porque, por regla general, no son los ricos los que se suicidan, esas resoluciones extremas las suelen tomar los hambrientos, los desheredados, los arruinados por las pérdidas sufridas en el juego, o los atormentados por una enfermedad incurable; pero dejar un gran capital, familia y amigos, esto sí que llama la atención y, como caso de estudio, te aconsejo que preguntes al guía de tus trabajos a ver si el Espíritu del Padre Germán te da asunto para escribir un buen artículo de enseñanza espiritista; pues bien verá él que ni a ti, ni a mí nos guía la impertinente curiosidad de saber vidas ajenas, sino el buen deseo de enseñar los misterios que encierran algunas existencias”.

Como el espiritista que me dirigió las anteriores líneas es uno de los mejores adeptos con que cuenta el Espiritismo no he titubeado en complacerle y cuando he tenido ocasión oportuna he pedido una comunicación al Padre Germán y éste me dijo:

“Copia la biografía que de ese millonario te han enviado y a continuación lo que yo te dictaré”.

En Vigo ha puesto fin a sus días, arrojándose por el balcón del hotel Continental, un sujeto, dueño de considerable fortuna, llegado de Guatemala.

Su historia es por extremo curiosa. Era español, natural del Ferrol y al caer soldado se le destinó a Cuba, viniendo de guarnición a la Habana.

Desertó y escapó a Méjico, donde pasó algunos años, padeciendo grandes miserias y apuros y, viendo que la suerte no le favorecía, pasó a Guatemala, dedicándose a la venta de quincalla, bujías y otros efectos.

Cuando llegó a reunir cinco mil pesos, a costa de muchas fatigas, compró una finca tasada en más de 20,000 duros, llamada “Bola de oro” situada en la zona del Tombadol.

A los ocho meses vendió la finca en 116,000 pesos al contado; pagó lo que debía y con el sobrante adquirió otra, haciéndola llamar “Rosario” que radica el mismo territorio, la cual vendió en 250,000 pesos a su antiguo administrador.

Llegó a reunir una fortuna valuada en siete millones y medio de pesos.

Hace tres meses que salió de Guatemala para San Francisco de California, New York y Londres, de donde fue a Barcelona y luego al Ferrol, deseoso de ver a los supervivientes de su familia, después de 30 años de ausencia.

Mala impresión le debió causar la visita a su pueblo natal, cuando pasó a residir a Vigo, tomando la fatal resolución que nuestros lectores conocen.

Deja en Guatemala tres hijos naturales de dos mujeres. Su capital está depositado en el Banco de Londres y en el de la mencionada república del Centro América.

Varias veces hizo préstamos de consideración al gobierno de la misma.

Era de natural generoso y su casa y su bolsillo estuvieron francos siempre a cuantos españoles acudieron a él.

El millonario suicida se llamaba Don Pedro Maurí.

En su testamento deja gran parte de su fortuna a sus tres hijos, una cantidad considerable para obras piadosas y benéficas y el resto en legados, entre ellos: 8,000 duros a su amigo de Vigo, don Jesús Núñez, 5,000 a don Domingo Castilla y donaciones a todos los operarios de sus cafetales, que pasan de mil.

Muchos de los legados los destina a sus parientes gallegos, a sus amigos residentes en España y Guatemala y los establecimientos de beneficencia.

¡Cuánto y cuánto os sorprende que un millonario se suicide! ¿Pensáis que en la Tierra todo se consigue, poseyendo ríos de oro? Estáis en un gran error; porque con el oro se compra castillos, fortalezas, plazas fuertes, títulos nobiliarios, árboles genealógicos, consideración social, fama, renombre, beatificación y canonizaciones, la santidad, un altar y el culto al santo bienaventurado. Todo se compra con el oro en vuestro mundo,

menos los latidos de un corazón, esos latidos que conmueven todo el organismo y esas miradas de unos ojos amantes que dicen: ¡Yo te amo!... ¡Yo te espero!... ¡Ven!... ¡No tardes!... ¡Ah! Las expansiones del alma, esas no las compran los Césares de la Tierra, esas se ganan con el desinterés, con la abnegación, con el sacrificio, con el amor incondicional, con el martirio si es necesario; pero no, no hay tesoros en la Creación para comprar la inquietud de un alma enamorada; por eso Pedro se suicidó, porque durante su última existencia vivió íntimamente solo, cumplió las leyes de la naturaleza, las mujeres le dieron hijos de su propia carne, de sus mismos huesos, pero aquellos cuerpos no estaban animados por espíritus simpáticos, ni afines con el Espíritu de Pedro, eran simples actores que venían a representar un papel secundario en la vida de Pedro; sus parientes ninguno de ellos ha estado enlazado con él en otras existencias. Pedro buscó una familia extraña para comenzar a sembrar en terreno nuevo sus aficiones, Espíritu de larga y accidentada historia, no ha conocido aun los horrores del hambre, porque cuando la miseria ha llamado a su puerta, él, con su admirable actividad, le ha dicho vete y luchando y trabajando ha vencido siempre a la adversidad. Ha sido poderoso por su fuerza hercúlea, por su enérgica voluntad, por su gran decisión, por sus altos puestos en la magistratura y en la gloriosa carrera de las armas, por sus riquezas fabulosas, adquiridas de todos modos, por herencia legal, por trabajo incesante, por conquista y estafa y por el tráfico infamante de la carne humana, vendedor y comprador de esclavos, ha sido para ellos un tirano, los ha tratado con la mayor crueldad y si en determinadas épocas era con ellos más humano no era por lástima, ni compasión, sino para mejorar la mercancía, alimentándolos y poniéndolos en condiciones más ventajosas de robustez y virilidad. Su Dios era el oro, con él saciaba su insaciable sed de mando y poderío; cuando desde lo alto de su mansión señorial miraba los rebaños de sus ganados, los inmensos bosques, las villas y aldeas, cuyos moradores le conceptuaban como su señor y dueño, aquel Espíritu ambicioso gozaba, diciendo: ¡Todo cuanto veo es mío! ¡Todo cuanto alienta en mi derredor obedece a mi omnímoda voluntad!

¡Insensato! Todos aquellos cuerpos eran suyos, todos aquellos pueblos le pertenecían, pero aquellos hombres, aquellas

mujeres, aquellos niños le odiaban con todo su corazón, cuando él pasaba entre ellos todas aquellas cabezas tocaban la tierra en señal de humillación, de ominosa servidumbre, pero el pensamiento, que no se ve, que no se toca, éste, ¡ah! éste profería una maldición para el tirano, para el explotador sin piedad, para el traficante sin entrañas que separaba los hijos de sus madres, azotándoles cruelmente si exhalaban una queja. Pedro casi siempre ha sido rico, pero nunca ha sido amado, ha buscado el oro en las profundas entrañas de la tierra, en el profundo lecho de los mares, ha pasado años y años sepultado en el fondo de las minas, buscando cuantos minerales enriquecen vuestro suelo, pero jamás ha explorado la mina de un corazón, ni ha preguntado a unos ojos dónde se ocultaba el amor; pero ese estado de animalidad, puede decirse, en el cual la naturaleza funciona y el Espíritu no toma parte en aquel funcionamiento puramente material, no puede ser eterno, la luz tiene que abrirse paso entre tantas tinieblas, la hartura de los goces llega con los excesos del placer y Pedro ya hace algún tiempo que siente en su alma un algo inexplicable, indefinible, trabaja en todas sus existencias por ser rico, en casi todas ellas lo consigue, pero ya en sus últimas encarnaciones se ha parado muchas veces ante las más humildes cabañas y cuando ha visto en ellas uno de esos cuadros que podríamos llamar de la sagrada familia se ha conmovido profundamente y más si ha visto llegar un pescador y salirle al encuentro una mujer joven rodeada de pequeñuelos y éstos al ver a su padre, como atrevidos gimnastas, se han encaramado por un robusto cuerpo hasta sentarse en sus hombros, estrechando su cabeza con infantil regocijo. Pedro al ver aquellas manifestaciones ha comprendido que a él le faltaba algo, el qué no lo sabía, pero era indudable que le faltaba, quizás (y sin quizás), lo más necesario, lo más indispensable para la vida. Mas como los vicios muy arraigados se tarda muchísimos siglos en desgarrarlos, Pedro ha comenzado a sentir la imperiosa necesidad de amar y de ser amado, pero entre un deseo naciente y un vicio que tiene profundas raíces la victoria no suele alcanzarla el novel combatiente, sino el veterano aguerrido, así es que, Pedro, si por una parte ha dulcificado su sentimiento y ha comenzado a sembrar buenas obras, por otra parte, un gran negocio, una jugada atrevida, no haciendo caso de los medios para llegar al fin, le ha hecho dejar en un instante todas

las afecciones y ha corrido delirante tras el oro hasta realizar su temeraria empresa.

En su última existencia había adelantado muchísimo en su progreso, y por lo mismo que se despertaba su sentimiento, encontraba más a faltar el cariño, como él sembraba con abundancia beneficios, quería cosechar inmediatamente demostraciones de gratitud; y como las flores del agradecimiento no han brotado en torno de él, se entristeció su Espíritu, sintió frío en el alma ¡mucho frío!... y como en esta existencia había vencido su sentimiento a su anterior dureza de corazón, como había podido más que su antigua sed de oro, su naciente afán de ser amado, su alma triste rechazó los halagos del vicio, y las caricias compradas; y como si recordara confusamente el mal uso que había hecho de sus anteriores riquezas, tuvo miedo de sí mismo, de no emplear en buenas obras sus capitales, al mismo tiempo le pesó la vida, le abrumó el peso de su dolorosa expiación, diversos y frecuentes desengaños le hicieron llorar como un niño perdido en populosa ciudad, miró sus tesoros y sonrió con amarga ironía, se preguntó qué quería, y él mismo se contestó: ¡¡Morir!! El Espíritu rudo y fuerte que había cruzado algunos mundos buscando los filones de oro, en esta existencia débil como el huérfano pequeñuelo, no se encontró con valor suficiente para seguir luchando con los ingratos, y se mató porque le faltaron las fuerzas para resistir el frío del alma.

“En sana lógica, como Pedro en su última existencia fue cuando más se dulcificó su sentimiento, era puede decirse un niño que tuvo miedo de andar solo; le faltaba experiencia en el buen camino, y apeló al peor de los remedios; porque con el suicidio no se consigue otra cosa más, que el estacionamiento del alma, ni se avanza ni se retrocede, se queda uno en el mismo punto leyendo el capítulo más enojoso de su historia, viendo con más claridad el porqué de aquellas ingratitudes y lamentando el tiempo perdido por haber dejado un cuerpo que todavía le era útil, y unas riquezas que podía haber aumentado en bien de sus semejantes.

He aquí contado a grandes rasgos, el porqué un millonario prefirió la muerte a los goces de la opulencia, adquirió el triste y profundo convencimiento que hay algo en la Tierra que no se compra, y por lo mismo que no podía alcanzar lo que deseaba, sintió con más intensidad el frío del alma; envidiando al último

mendigo que a la puerta de un templo contempló rodeado de su haraposa compañera y de sus andrajosos chicuelos, que con él compartían el durísimo pan de la limosna. Cuantos seres encontró en su camino todos le parecieron que eran más felices que él, y en realidad no se engañaba; porque tal vez la mayor parte de ellos, no tenían una historia tan borrascosa como la suya, y habían sido mejores labradores arrojando la semilla de las buenas obras en los surcos de la vida; por lo cual recogían la cosecha que el millonario en su última existencia no pudo recoger.

La impaciencia es la peor consejera para el Espíritu, y Pedro fue muy impaciente, aunque su impaciencia, fue en cierto modo justificada; porque el Espíritu acostumbrado centenares de siglos a decir ordeno y mando en una existencia que ordene y mande que le amen, pagando adelantado aquel afecto, y pagándolo con largueza, creyendo que una cantidad de oro, puede hacer latir un corazón y llenar de lágrimas unos ojos amantes; al ver completamente defraudadas sus legítimas esperanzas, al tocar el hielo de la indiferencia el que necesitaba el calor del cariño para comenzar a vivir en un mundo nuevo, se desesperó como el niño voluntarioso y mal educado que se enfada cuando rompe un juguete por ver lo que tiene dentro. Los que han sido muchos siglos miserables, cuando comienzan a ser pródigos, creen que con sus dádivas lo pueden alcanzar todo, y están en un gran error, porque la verdadera generosidad no es la que espera la inmediata recompensa, el bien tiene que hacerse por el bien mismo, y las ingratitudes hay que considerarlas como las espinas que rodean a vuestras rosas, que mientras más delicada es su esencia y más embriagador su perfume más espinas hay en su tronco, como si éstas quisieran simbolizar el áspero camino del progreso, que mientras más grandioso es el ideal de la redención humana, más abrojos encuentran los redentores en su camino; y más les cuesta aspirar el aroma de la rosa bendita de sus ensueños.

Los que hacéis firmes propósitos de enmienda, y como es natural, comenzáis por atender a los desvalidos, por enjugar el amargo llanto de los desesperados, por vestir al desnudo y dar de comer al hambriento, haceos cargo, que los pobres que socorréis

son otras tantas cajas de ahorros que guardan vuestros capitales para mañana.

En los Bancos y Sociedades de Seguros que tenéis en la Tierra, ¿no dais una cuota mensual o anual, con lo cual formáis un capital para vuestros hijos? ¿Y no esperáis años y años para conseguir una renta vitalicia o una suma determinada con la cual atendéis al porvenir de vuestros descendientes o a vuestra decrepita ancianidad? ¿Imponéis hoy y retiráis mañana el capital impuesto? No, bien tenéis un plazo más o menos largo para recuperar en anticipo, pues haceos cargo os repito, que los pobres que socorréis son otras tantas cajas de ahorros que os guardan riquezas inestimables para vuestras sucesivas existencias. ¿No os habéis encontrado muchas veces en grandes apuros para recobrar vuestra libertad o recuperar vuestros bienes perdidos en un incendio, en un naufragio, en un terremoto, en una de las muchas calamidades que afligen a ese planeta? Y no habéis notado que a veces, un desconocido, una persona a la cual no os une el menor lazo de cariño, ni aun el de la simpatía, se presenta a vosotros y os dice con la mayor naturalidad y sencillez: -No os aflijáis, todo tiene remedio en este mundo menos la muerte, seguid este o aquel camino, que andando se llega muy lejos. Yo os preguntaré, yo os indicaré el mejor derrotero; y decís con extrañeza, ¡qué caprichos tiene la fortuna!... ayer me lo quitó todo y hoy me devuelve una parte por quien menos lo podía yo esperar; y en realidad, el fantasma de la fortuna no existe; no hay más que las cajas de ahorros creadas por las buenas obras de los espíritus, que a su debido tiempo dan a sus imponentes los réditos del capital impuesto.

Pedro fue impaciente, no esperó el tiempo necesario para recoger los intereses del oro prodigado a manos llenas, quiso que a la siembra siguiera la cosecha sin dejar que germinara la semilla; los impacientes son los que luego tienen que hacer grandes acopios de paciencia, son los que a veces veis postrados en el duro lecho del dolor años y años que sonrín en medio de sus penas, y son la admiración de sus deudos que se maravillan de su evangélica resignación; son los que ruedan por los hospitales, son los que a veces llegan a vuestros asilos benéficos y les dicen: No hay albergue para vosotros, y permanecen a la intemperie horas y horas o van de un punto a otro pidiendo un lecho para

morir. Las impaciencias tienen su expiación en relación con la culpa, el frío del alma se cura con el fuego de la caridad, por qué sino se encuentra el calor del cariño y del agradecimiento, la llama del amor que arde en el corazón del filántropo tiene calor bastante para reanimar al que se muere de frío; toda la indiferencia de los espíritus desagradecidos (en determinadas épocas) no es bastante la nieve de su desvío para apagar la llama de la caridad, cuyo suave calor domina a todos los rigores del frío. El Espíritu que verdaderamente se interesa por sus semejantes nunca está solo; ni jamás siente frío en el alma, porque sus pensamientos fijos en el dolor ajeno, no le dejan pensar en sí propio. Sabiendo mirar, hay siempre que compadecer, el que compadece ama, y el que ama, a sí mismo se da calor y vida, porque el amor, es el fuego central que todo lo vivifica.

Compadeced a los suicidas, son ciegos que en un momento de extravío se han arrancado los ojos, son tullidos que han entumecido sus miembros en el calabozo de la desesperación, han roto un organismo que echarán de menos más tarde, y que no podrán reconstruir en las mismas condiciones; compadecedles y no sigáis nunca sus huellas sangrientas, que el camino de los suicidas es el más escabroso y el más lleno de obstáculos que cruzan los espíritus.

No olvidéis que con el oro todo se compra, menos los latidos de un corazón, y las dulces miradas de unos ojos amantes que dicen: ¡Yo te amo!... ¡Yo te espero! ¡Ven!... ¡No tardes!... Adiós.

La comunicación del Padre Germán es de profunda enseñanza como todas las suyas, y la eternidad me parece que no es tiempo bastante para demostrarle mi inmensa gratitud al guía de mis trabajos.

¡Cuánto te debo buen Espíritu!... No encuentro frases para demostrarte mi agradecimiento, no sé con el transcurso de los siglos si algún día te podré demostrar ¡cuánto te amo! ¡Cuánto te admiro! Porque tu bondad es inmensa para mí, y no acierto a comprender la protección que te debo, porque de ti, a mí, hay la distancia que media entre el átomo y el infinito.

CAPÍTULOXXVI

NO SABEIS LO QUE PEDÍS

Es indudable que la disgregación de la materia impresiona dolorosamente, no sólo cuando esa crisis se verifica en individuos de nuestra familia o de seres amigos: un enfermo que camina lentamente al sepulcro y un muerto que cae en la fosa le causa pena su contemplación al más indiferente. Si es un niño se exclama: ¡Pobre ángel! ¡Pobre flor en capullo!... ¿Por qué no esperas a entreabrir tu corola entre nosotros para que aspiremos el perfume de tu sentimiento?

Si es una joven de quince años que languidece y muere se murmura con melancolía: ¡Cuánta dicha perdida! ¡Una familia de menos en la Tierra, de la que pudieran haber salido héroes y genios!

Si es una mujer de edad madura, rodeada de sus hijos y atendida y respetada de su esposo, la que sucumbe al peso de su pertinaz dolencia, se dice con tristeza: ¡Qué pérdida tan irreparable! ¡Niños sin madres son hojas secas arrancadas por el vendaval del infortunio del árbol de la vida! Y si es un anciano el que se va, aunque causa menos pena su desaparición, porque su muerte no trunca las leyes de la naturaleza, siempre se suspira melancólicamente; quizás porque nos asusta lo desconocido; más de todos los seres que abandonan la Tierra ninguna causa tanta pena (exceptuando a la madre rodeada de pequeñitos), como una niña de quince años y es que acostumbrados al cumplimiento de las leyes naturales, que todo da fruto, que todo se reproduce, el truncamiento de esa ley impresiona tristemente, más aún, impresiona dolorosamente y hablamos por experiencia.

A pesar de nuestras ideas espiritistas, aunque estamos plenamente convencidos que los muertos viven y que al salir de la Tierra es ventajoso para el Espíritu, puesto que este mundo no es más que una penitenciaría donde se vive muriendo y que la existencia breve (si no se acorta por los abusos), es señal infalible (puede decirse), que no se tienen grandes cuentas que saldar, a pesar de saber con certeza todo esto, nos impresionamos

tristemente siempre que vemos a Elvira, niña que aún no ha cumplido quince años, alta y gentil como las palmeras, de rostro agradable y risueño, con ojos grandes y expresivos, animados con el fuego de la fiebre lenta que la consume. Elvira nos parece uno de esos arbustos que crecen en el fondo de una sima, privados de la hermosa luz del sol, que toda su savia la emplean en subir y más subir, buscando los rayos solares; de igual manera ha crecido Elvira, es alta, muy alta, pero sin desarrollo alguno, en su pecho bastante hundido, no hay esas dos protuberancias esféricas tan necesarias a la mujer que, al ser madre, se convierten en dos fuentes de vida, donde los pequeñuelos encuentran el más preciado alimento.

Su palidez cadavérica, el brillo extraño de sus grandes ojos, la melancólica sonrisa de sus labios, algo inexplicable que encontramos en ella, todo indica (a no verificarse una crisis inesperada en sentido favorable) que, Elvira, antes quizá de cumplir quince años, dirá a su pobre madre: ¡Adiós, madre mía, los ángeles me esperan! Y dejando caer su artística cabeza sobre la almohada cerrará sus ojos en la Tierra para abrirlos en la eternidad.

Siempre que vemos a Elvira murmuramos con tristeza, sin que llegue hasta ella el eco de nuestras palabras: ¿Por qué te quieres ir?... ¡Tienes una familia cariñosa que se ha esmerado en educarte, que se ha complacido en instruirte, no has conocido los horrores de la miseria, tu muerte quizá haga otra víctima en tu madre! ¡Eres tan joven! ¡Tan simpática! ¡Tal vez encuentres la realidad de tus hermosos sueños permaneciendo en la Tierra! ¡No te alejes, Elvira! ¡No te apartes de nosotros!... Y como si la niña comprendiera algo de nuestra dolorosa ansiedad nos mira sonriendo dulcemente, dirigiéndonos chanzas infantiles.

La última vez que la vimos estaba tan pálida que nos impresionó más que de costumbre y dijimos con profunda tristeza: ¡Señor!... ¿Por qué te la llevas? ¡Dejadla entre nosotros! ¡Es tan niña!... y al pronunciar estas frases alguien nos dijo al oído: ¡No sabéis lo que pedís! ...

Desde aquel instante nos domina una dulce melancolía, desde aquel día estamos meditabundos y hoy dejamos correr nuestra pluma al impulso de la inspiración, pues hay un ser de ultratumba que nos dice así:

¡No sabéis lo que pedís! Os dije hace algunos días y siempre os diré lo mismo si os oigo lamentar la muerte prematura de una joven.

¿No sabéis que morir es renacer? ¿No sabéis que mientras más corta es la existencia menos responsabilidad se adquiere? ¡Feliz el Espíritu que su adelanto le permite abandonar la Tierra en edad temprana! ¡Verdad que para una madre amantísima es muy triste contemplar a la hija de su alma acostada en un ataúd, cerrados sus ojos!... ¡Cruzadas sus manos!... ¡Descansando en su pálida frente una corona de rosas blancas!... ¡Mas allí descansará pura!... ¡Aquel cuerpo no ha sido profanado!... ¡Dentro de aquella juvenil cabeza no se ha fraguado ningún crimen!... ¡Ah!... ¡Cuánto hubiera yo ganado si antes de cumplir quince años hubiese abandonado la Tierra!

La última vez que estuve en ese mundo elegí una familia modesta y honrada, mis propósitos fueron buenos, pero no realicé ninguno.

A pesar de verme muy querida de mi madre y de mis tres hermanas mi Espíritu se asustó ante la lucha de la vida y en lugar de ayudar al desarrollo del organismo que había escogido, procuraba más bien aniquilarlo con repetidos ayunos, puesto que mi inapetencia era tan extremada que mi pobre madre se volvía loca ante mis obstinadas negativas siempre que me querían dar alimento.

Como fui la más pequeña de mis hermanas y antes de nacer yo murió mi padre (que había sido amantísimo de sus hijos), todos mis deudos quisieron indemnizarme de tal pérdida, queriéndome mucho, desviviéndose todos por la huerfanita, que así me llamaban; mi nombre de bautismo, (que fue el de Ana) nadie lo pronunció en mi familia, todos me siguieron diciendo la huerfanita que con el transcurso de los años, convirtieron en un nombre llamándome Fanita.

Crecí lánguida, triste y voluntariosa; los mimos de mi familia los agradecía y al mismo tiempo me exasperaban, porque como yo tenía deseos de abandonar la Tierra sin darme cuenta de ello, aquella tiernísima solicitud de mi madre y de mis hermanos, me contrariaba tan profundamente, que respondía con desdenes a sus caricias, y ellas decían que la aspereza de mi carácter era efecto de la enfermedad que me consumía.

Cumplí los quince años entre la vida y la muerte, y haciendo mi familia un gran sacrificio, me llevaron a un pueblecito situado en la cumbre de una montaña, a ver si la pureza de aquellos aires, me reanimaban, acompañada de mi hermana mayor que me quería tanto como mi madre. Allí lograron vencer la repugnancia que yo sentía a tomar alimento; miel, leche, frutas, manteca, vinos bien preparados, aves en abundancia, corderitos recién nacidos, y sabrosísimo pan de flor, todo me fue ofrecido por la familia del Padre Leoncio, cura del pueblo, que a la razón se encontraba fuera del lugar, y en cuya casa nos hospedamos mi hermana y yo.

En breve tiempo se colorearon mis pálidas mejillas, se enrojecieron mis blanquecinos labios, se animaron mis muertos ojos, y adquirí la fuerza y el vigor de la juventud. Mi pobre madre vino a verme y me estrechó contra su corazón, creímos todos que la intensidad de su alegría trastornaría su razón. ¡Qué júbilo tan inmenso! ¡Su Fanita su huerfanita adorada que le costaba tantas lágrimas! ¡Tantas angustias! ¡Tantas vigiliass! Pues había velado mi intranquilo sueño noches y noches, pudiéndose decir, que desde que me dio a luz, no había dormido una sola noche tranquila; y aquella niña del milagro, (como muchos me decían) se había salvado de las garras de la muerte, y al salvarse se había transfigurado. De huraña me volví cariñosa, a mi habitual indolencia, a mi pereza nativa, la sustituyó la mayor actividad, tomando parte en todas las faenas domésticas con infantil regocijo.

La familia del Padre Leoncio me quiso mucho por mi docilidad y buen deseo, y mi pobre madre me miraba y no podía convencerse que aquella joven activa y laboriosa, fuese su enfermiza y desdeñosa Fanita; cambio tan repentino asombraba a todos, y mi madre no sabía qué hacer, si dejarme en aquel lugar o llevarme a su lado, mas el médico le dijo que en cuanto me llevasen a la ciudad desandaríamos el camino andado; y tanto me quería mi madre que, perjudicando los intereses de toda la familia, desoyendo las justas quejas de mis hermanas, que no querían dejar la capital para vivir en un pueblo de la montaña, se estableció en el punto donde yo había vuelto a la vida.

Como toda mi familia me quería entrañablemente al verme risueña y contenta se resignaron mis hermanas de muy buen grado

a perder los goces de una gran ciudad y durante un año nuestra casa fue un paraíso.

Mi carácter se dulcificó tanto que no parecía la misma.

¡Qué días tan hermosos!

¡Han sido los únicos felices de mi vida!...

¡Todo sonreía en torno mío!... ¡Todo me brindaba amor y alegría!

Le tomé afición a la vida y todo el empeño que antes tenía en no alimentarme lo tuve después en estudiar lo que mejor me convenía para adquirir fuerzas.

El Padre Leoncio había vuelto de su viaje, era un hombre joven, simpático para todos, menos para mí; como el corazón rara vez se engaña, cuando en unión de su familia salí a recibirle a una legua del lugar y le vi bajar del caballo para abrazar a su madre sentí unos deseos de huir de aquel sitio, que tuve que dominarme para no cometer una imprudencia.

Cuando me presentaron a él me miró fijamente y un temblor convulsivo se apoderó de mí; desde aquel día sentí una inquietud que se aumentó desde que oí una conversación que tuvo el cura con mi madre, a la vuelta de un largo paseo por el campo; había cerrado la noche y, sin saber por qué, me propuse expiar a mi madre y al padre Leoncio, que la llevaba del brazo y le decía.

No le quede a usted duda que, Fanita, si no se tiene gran cuidado, es muy fácil que se vuelva loca; yo he estudiado medicina y en cuanto la vi conocí que su cabeza no estaba muy segura, pero Dios mediante confío ponerle buena si la deja usted a mi cuidado.

Mi madre y todos los míos, que estaban dominadísimos por el clero, creyendo ciegamente que los sacerdotes eran los elegidos del Señor, dieron crédito a sus palabras, pues tuvo buen cuidado de darle aviso a mis hermanas, exigiéndoles el mayor secreto y desde entonces, con una habilidad satánica, el Padre Leoncio impuso a todos su voluntad, convirtiéndose en árbitro de mis acciones.

Comprendí con espanto que toda mi familia me miraba con lástima, creyendo buenamente en el trastorno de mis facultades mentales y, temblando ante un peligro desconocido, ante un monstruo informe que no veía, pero que hasta mí llegaba su

aliento abrasador, vi formarse el vacío en torno de mí y, creyendo conjurar la tormenta, llegué a decirle a mi madre que el Padre Leoncio era un miserable seductor, que me perseguía, que me asediaba, que me amenazaba con encerrarme en el hospital de locos, si no cedía a sus impuros deseos y, mientras yo más me exaltaba, cuanto más le decía a mi madre vámonos de aquí, sacadme de este infierno, más creía la infeliz en mi locura y contaba a mi perseguidor todo cuanto yo le decía.

En esta horrible lucha estuvimos algún tiempo, hasta que aquel miserable me dijo claramente: Entre los dos hay un loco y ese soy yo; quiero tu cuerpo, tu hermoso cuerpo de grado o por fuerza, si te resistes te encerraré en un manicomio y de todos modos serás mía, en cambio si accedes a mi loca pasión vivirás con tu familia, diré que te has puesto buena y todo volverá a su antiguo régimen, elige.

Cuando me hicieron tan horrible proposición tenía yo poco más de diecisiete años, tuve miedo al manicomio y a los calabozos de la inquisición y cedí a los frenéticos halagos de aquel hombre, que abusó indignamente de mi temor y de mi inexperta juventud.

Él siguió con su infame comedia, diciendo a mi familia que confiaba ponerme buena, mas yo en tanto palidecía y sentía extraños antojos, mi pobre madre no sabía a qué atribuir mi decaimiento y mi inapetencia hasta que, llegando al colmo de la iniquidad, mi infame seductor le dijo a mi madre que sin duda alguien del pueblo había abusado de mi trastorno mental y llevaba en mis entrañas el fruto de mi extravío, y que para evitar el escándalo y la deshonra de mi respetable familia él se encargaba de colocarme en un lugar a propósito para que diera a luz, sin que nadie se enterara de lo ocurrido, pudiéndose decir a todos que me habían puesto en cura.

Mi madre, alucinada por completo, aun besó con transporte las manos de mi verdugo, diciendo que gracias a él se salvaba el honor de su familia, que a él me entregaba, porque sólo en él tenía confianza; y yo aterrada ante tanta infamia de una parte y tanta credulidad de otra, enmudecí y me dejé llevar donde quisieron, acompañada del Padre Leoncio y de una parienta suya muy anciana.

El tiempo que precedió a mi alumbramiento fue tristísimo para mí, las frenéticas caricias de aquel hombre me eran tan odiosas, tan repulsivas, y me daba tal horror y tal asco al pensar que iba a ver en el mundo un hijo de aquel monstruo, que antes de nacer ya le odiaba, y decidí ahogarle antes que sus miradas me enternecieran. La fatalidad favoreció mis planes, di a luz lejos muy lejos de la casita que habitaba, burlé la vigilancia de mi carcelera y me fui lejos, muy lejos de mi prisión, y sola, en medio de un bosque me sentí acometida de horribles dolores que me duraron no sé cuanto tiempo, dando a luz un niño que al lanzar su primer vagido le estrangulé con una rabia feroz sintiendo una satisfacción inmensa al destruir a aquel ser inocente. Después realmente perdí la razón y cuando la recobré, habían pasado diez años.

Cuando me di cuenta que existía, me vi rodeada de seres indiferentes, sólo un anciano me fue simpático cuando dijo: ¡Gracias a Dios! ¡Ya está buena! ¡Pobrecita!... ¡Cuánto ha sufrido!

Todos los sucesos pasados reaparecieron nuevamente en mi memoria, fui preguntando por mi madre, por mis hermanas, por el Padre Leoncio y evitándome impresiones violentas, supe después de algunos días que mi madre había muerto, que mis hermanas se habían casado, ignorándose el punto de su residencia y que el Padre Leoncio se había marchado a América. Mi familia me había olvidado por completo, ninguno de mis parientes recordaba a la infeliz Fanita víctima de la más odiosa iniquidad; pero como nunca le falta al desgraciado un ser que vele por él, yo tuve al médico del hospital que era a la vez propietario de aquel santo Asilo; y aquel hombre generoso, aunque hacía cinco años que ninguno de mi familia había preguntado por mí, él me siguió prodigando sus paternales cuidados, consiguiendo con ellos mi completa curación.

Muerta mi pobre madre, que la infeliz murió de pena, no traté de averiguar el paradero de mis hermanas, su vista me hubiera hecho sufrir mucho, al salir del hospital usé mi nombre verdadero, y Fanita desapareció para siempre quedando en su lugar Ana del Monte, mujer de veintiocho años desengañada de todo, escéptica, atea, negando hasta la existencia de mi ser, con un odio tan profundo, tan feroz, tan implacable a todos los

sacerdotes, con un deseo tan vehemente de vengarme de aquel que había causado mi desgracia, mi deshonra, la muerte de mi santa madre, y la desunión de mi familia, que aquella fatal idea se convirtió en pensamiento fijo, mas me guardé mucho de decirle a mi protector lo que pensaba; conseguí por su mediación que me admitieran en una casa noble en calidad de doncella de la señora, mujer muy recatada, de muy buenas costumbres, dominada en absoluto por su confesor.

Tres años permanecí en aquella casa adquiriendo noticias y hurtando cuanto dinero podía. Yo no tenía más afán que matar al autor de mi desgracia y para eso necesitaba oro, mucho oro, porque tenía que hacer una larga travesía por mar y no se me ocultaba que con dinero en todas partes se compraba la conciencia de los jueces y se adquiría la libertad. Secundó mis planes; (sin saberlo) el esposo de mi señora que me hizo su concubina, guardando la mayor reserva, y un obispo que se hospedó en la casa fue inconscientemente el encargado de decirme que el Padre Leoncio se encontraba en la ciudad de N... dirigiendo la educación de un centenar de niños nobles, en un colegio reputado por el primero en su clase, siendo el Padre Leoncio querido y respetado por la austeridad de sus costumbres y por sus magnánimos sentimientos.

Mi alegría fue inmensa. Di motivos para que la señora me despidiera de su lado, y salí de aquella casa siguiendo mis ilícitas relaciones con el dueño de ella, y cuando tuve todo lo que creí necesario, me embarqué con rumbo a la ciudad N... a donde llegué la víspera de Navidad después de seis meses de viaje.

Me hospedé en una fonda, y a la mañana siguiente me hice acompañar al colegio del Padre Leoncio, y llegué en el momento que (según me dijeron), se estaba preparando para dirigir una plática a sus discípulos en el oratorio de la casa; como era día festivo la entrada era pública, me confundí con los fieles que esperaban anhelantes oír la evangélica palabra del Padre Leoncio. Salió éste de la sacristía, yo estaba al pie del púlpito y le cerré el paso diciéndole con voz terrible.

¿Me conoces miserable?... y antes de que tuviera tiempo de pedir auxilio, le clavé con mano certera un puñal en el corazón.

Ni un ¡ay! pudo exhalar, quedó, muerto en el acto, la confusión que siguió a mi venganza fue horrible, estuve

expuestísima a morir despedazada por aquellos alucinados que miraban en el Padre Leoncio un enviado de Dios; por milagro me salvé de las garras de la indignación popular, pero no del poder de la justicia a la que yo misma pedí protección.

No me importaba morir, la vida me era odiosa, pero quería antes execrar la memoria de aquel miserable, y ante los jueces declararé todos sus crímenes, toda su alevosía, toda su maldad sin olvidar el menor detalle: con lo cual me salvé de morir en un patíbulo, siendo condenada a prisión perpetua en la que entré con ánimo sereno porque estaba muy satisfecha de mí misma.

La vida me era una carga odiosa, lo mismo me daba vivir que morir, aquel miserable me había condenado a los más horribles remordimientos; la sombra de mi hijo me perseguía siempre, no terrible y amenazadora, sino triste, muy triste y dolorida. ¡Pobre hijo mío!...

En la prisión concluí mis días rodeada de seres criminales que se reían de mis remordimientos, y cuando dejé la Tierra, ni una mano piadosa cerró mis ojos. ¡Ni una plegaria se entonó a mi memoria! ¡Qué diferencia entre el nacer y el morir!... al llegar a la Tierra una madre me estrechó en sus brazos, jóvenes cándidas y buenas me rodearon, y todas exclamaron: ¡Pobre huerfanita! No tiene padre, pero todos la querremos tanto, que no echará de menos su cariño, y me amó mi familia con delirio, todos procuraron hacerme dichosa, quise irme de la Tierra, y su amor me tendió las redes del cuidado y del cariño, de la solicitud y del sacrificio; y cuando su abnegación triunfó de la muerte, cuando toda mi familia se sacrificó por verme sonreír, un hombre sin entrañas, sin corazón, sin sentimiento por satisfacer sus impuras, sus violentísimas pasiones, me arrancó de aquel edén, me cubrió de infamia; me hizo odiosa a mi familia; ¡que tanto me había amado! Sembró la inquietud y la zozobra en mi hogar, formó el vacío en torno de mí, hasta el punto que cuando salí de mi casa todos se alegraron de mi partida, hasta mi pobre madre, que estaba avergonzada de su Fanita, de aquella niña que tantas lágrimas le había costado ¡Cuanta perversidad se encierra en algunos seres!...

Si a mi pobre madre, cuando me veía morir, le hubiesen dicho. Esa niña que tanto te empeñas en arrancar de los brazos de la muerte, más tarde será infanticida. ¡Venderá después su cuerpo

para adquirir oro, y atravesará los mares para matar a un hombre, yendo a morir en una prisión donde nadie cerrará sus ojos!

Si mi madre hubiera comprendido lo que me esperaba, creo que ella misma me hubiera dado la muerte; por eso me disteis lástima cuando mirabais a esa niña pálida y decíais por lo bajo: ¡Elvira! ¡No te vayas! ¡Quédate con nosotros!... ¡Ay! ¡No sabéis lo que pedís! Cuándo deseáis que una mujer prolongue su estancia en ese mundo.

Cuidad a vuestros enfermos, eso sí, prodigadles los auxilios de la ciencia y el consuelo de vuestro amor, pero si se doblan como lirios marchitos, si se inclinan como los sauces buscando una tumba, no os desesperéis, no los llaméis con esos gritos que hacen vacilar a los espíritus. ¡Dejadlos!... ¡Dejad que los proscritos vuelvan a su patria! ¡Dejad que los prisioneros recobren su libertad!

Cuando veáis a una niña que quiere irse, ¡acordaos de mí! Acordaos de la pobre Fanita que tantas responsabilidades adquirió en su última existencia y dejad que las vírgenes abandonen la Tierra, ciñendo su frente la corona de níveas rosas, llevando en su diestra la palma, cual símbolo bendito de su pureza inmaculada.

¡Morir joven! ¡Morir sin manchar las hojas del libro de su vida!... ¡Qué más gloria... qué más felicidad para el Espíritu!...

¡Sabéis lo que vale una existencia sin crímenes!... ¡sin horrores!... ¡sin remordimientos!...

Dejad que las jóvenes anémicas dejen ese mundo, son espíritus que huyen del contagio, y al desear que permanezcan en la tierra, ¡pobres ciegos! ¡No sabéis lo que pedís!

Adiós.

¡Aquí se vive tan mal!... los espíritus que piensan se encuentran tan aislados... tan abandonados... y las fuerzas son tan escasas en la mayoría de los terrenales, que sucumben muy fácilmente por miedo, por ignorancia, por frío en el alma: que ávida de calor, le busca a veces en el volcán del vicio, y hasta en el cráter del crimen.

Permanezcan en la Tierra los espíritus fuertes aquellos que a semejanza de los viejos marineros desafían todas las tempestades, y salen victoriosos en la ruda batalla de la vida; y las almas

débiles, las que se han formado un organismo endeble, las que a semejanza de la sensitiva repliegan su corona cuando una mano quiere profanarlas: váyanse en buena hora con sus castos recuerdos dejando en la Tierra una estela luminosa.

¿Te irás Elvira? ¿Dejarás tras de ti, el llanto de tu madre y la tristeza de tus amigos?

¡Si te espera la expiación, si te aguarda la deshonra... vete!... ¡Huye del contagio de la Tierra! ¡No manches con el cieno de este mundo tu virginal corazón, llévate los castos recuerdos de tu infancia, las inocentes alegrías de tu adolescencia! Los besos purísimos de tu madre, y la inmensa simpatía que mi Espíritu siente por ti.

CAPÍTULO XXVII

ODIOS DE AYER

De Isabela (Puerto Rico) me mandaron hace tiempo una carta, cuyo contenido da lugar a dolorosas reflexiones; en ella me pedían que preguntase al guía de mis trabajos el porqué de la terrible expiación de un desventurado para estudiar en el relato de ultratumba y en la contemplación de un ser verdaderamente infortunado. Yo, que tanto consuelo he debido al estudio del Espiritismo, tengo una verdadera satisfacción en facilitar las instrucciones que me piden, si éstas han de ser de útil enseñanza a mis hermanos; por eso, cuando tengo ocasión propicia, pregunto a los espíritus para que éstos me ayuden en mi trabajo, pues por mí sola sería completamente imposible escribir las historias que continuamente publican los periódicos espiritistas.

Amantísima de la verdad, no doy crédito a las creaciones de mi fantasía y no transmito al papel mis inspiraciones, sin tener la certidumbre que un ser de ultratumba me inspira y sin antes no haber escuchado las palabras de un médium parlante que de vez en cuando se concentra para decirme el guía de mis trabajos si éstos llevan buen rumbo.

Quiero ante todo la verdad, quiero que en mis escritos no falte la enseñanza raciocinada de los espíritus. Podrá mi lenguaje ser vulgar y estar desprovisto de las galas de un buen decir y adolecer (como adolece) hasta de faltas gramaticales, en lo cual no tienen la menor culpa los espíritus, puesto que yo no soy médium puramente mecánico, sino inspirado; pero sí deseo que las almas sedientas de luz y hambrientas de justicia, al leer las historias que yo expongo a su consideración, sientan algo que nunca hayan sentido y exclamen satisfechas: Estas narraciones enseñan y consuelan.

Esto es lo único que yo puedo hacer en bien de la humanidad y cada vez que un Espíritu acude a mi llamamiento doy gracias a Dios, porque mi ruego es atendido. La carta que recibí de Isabela dice así:

El hermano Francisco Rosario y González, médium semimecánico, que obtuvo interesantes trabajos que han sido censurados favorablemente por muchos y distinguidos espiritistas de diferentes partes del planeta, se halla hoy sufriendo una expiación terrible, digna de estudio por los fenómenos que presenta. Según revelaciones medianímicas hace dos años venía sufriendo la persecución espiritual de un cura católico, tan rebelde a ver la luz, que han sido inútiles los trabajos realizados en diversos centros y diferentes médiums para conseguir que entrase al sendero del progreso, al contrario, lejos de corresponder a los deseos de sus hermanos, se extremaba más y más en saturar de fluidos impuros el cerebro y organismo de su víctima, llegando a atrofiar de tal modo el cerebro, que, hoy, el desgraciado hermano encarnado, ha perdido por completo la vida moral y la intelectual, quedándole solamente la animal y tan debilitado que se levanta por la mañana del catre donde duerme para caer al suelo y allí se queda todo el día. Ha perdido el habla y casi todos los sentidos al extremo que acostado hace todas las necesidades materiales. Su madre es la que sufre las consecuencias de tan terrible expiación. Es padre y se ve privado de las caricias de su hijo, que por su estado de pobreza y para quitarlo de la calle está recogido en la casa de un tío.

Todos los recursos se han agotado por la familia para devolver a aquel hermano la salud.

Hoy desearíamos saber la razón de tan terrible prueba para que nos sirva de estudio a toda la familia.

Por lo que rogamos a nuestra muy querida hermana Amalia solicite una instrucción de su buen guía espiritual para esa pobre madre que tanto y tanto sufre al ver a su hijo en tan lamentable estado y esperamos que la bondad de nuestros queridos hermanos no dejará desatendidas nuestras súplicas.

Nicandro García.

Uniendo mi voz a la de los espiritistas de ultramar, pido al guía de mis trabajos inspiración y, éste, atendiendo a mi súplica, me dice lo siguiente:

¡Cuántas historias tristes hay en la Tierra! Valle de lágrimas la llaman los sacerdotes de una religión, de penitenciaría

del universo la califican los filósofos, como lugar de expiación y prueba la consideran muchos espíritus y, en realidad, la Tierra no es valle de lágrimas, no es penitenciaría del universo, no es lugar consagrado al tormento; es un mundo que tiene luz, aire, mares, ríos, montañas, atmósfera, tierras laborables, viñas, aves, flores, bosques, fuentes, arroyos, vegetación espléndida, rebaños de inofensivos irracionales, cuanto el hombre necesita para desarrollar su existencia, trabajando en el laboratorio de un planeta que le ofrece todo lo necesario para vivir y escalar los cielos de la eterna sabiduría. Todo sobra en la Tierra, todo; sus moradores son los que acapararán sus riquezas, y así como en los años de sequía los dueños de inmensos graneros se aprovechan de la escasez del trigo y venden el que poseen a un precio fabuloso, porque saben que el hambre no regatea, así vuestros magnates, vuestros millonarios, vuestros padres de la iglesia, vuestros profundos sabios, todos acapararán poder, las riquezas, la sabiduría, la santidad y las muchedumbres carecen de supremacía de tesoros y de saber. El sol brilla para todos, las nubes en todo lugar arrojan benéfica lluvia, la naturaleza prodiga sus frutos y sus flores hasta en las regiones polares, es madre universal, sois los hombres los que os devoráis como hambrientas fieras y así como decís cuando os sucede una desgracia en tal o cual punto: ¡Ah! ¡No volveré más a este lugar! Como si el terreno o la techumbre que os cobijara tuviera la culpa del mal que os aplastara; de igual manera no es la Tierra valle de lágrimas, no es prisión, no es punto sombrío de expiación y prueba, sois vosotros los que sembráis abrojos, los que promovéis y atraéis tempestades, los que os destrozáis sin piedad, odiándoos, mordiándoos como víboras, calumniándoos sin compasión, envidiándoos los unos a los otros, arrebatándoos hasta el aire que respiráis y, luego, cuando veis a un desgraciado que cae rendido y que llueven sobre él todas las calamidades, exclamáis con asombro: ¡Por qué tanta impiedad!... Por qué los déspotas, cuando no mueren en manos de sus siervos, ellos mismos destrozan su organismo; los que se han alimentado con el odio de los que han odiado cae sobre ellos aquel odio, no en torrentes de betún hirviendo, no en raudales de plomo derretido, cae mucho peor aún, cae destrozando el organismo, atrofiando la inteligencia, convirtiendo al hombre en despreciable irracional, apagando en su mente la esplendorosa luz

de la razón, aplastándole sin piedad, como aplastáis a vuestros reptiles venenosos. Dolorosa prueba de lo que os digo tenéis en ese desventurado, víctima del odio de un enemigo implacable, que en tiempo lejano surgió de la tiranía del que hoy veis aplastado, convertido en un montón de carne inútil. Cuando veáis a un ser reducido a la más triste situación, cuando contempléis esos cuadros terribles, si tenéis en vuestra mente pensamientos rencorosos, si el odio producido por grandes ofensas comprendéis que llena vuestro corazón, temblad por vuestro porvenir, mirad con los ojos del cuerpo y los ojos del alma al infeliz que os presenta sus miserias y decid: ¡Dios mío! ¡Yo quiero ser bueno para no caer como ese desventurado, para no atraer sobre mí (no tu cólera), porque tú no haces más que crear y amar tu obra, sino la cólera de mis enemigos, el odio fomentado por mi odio, el rayo producido por el fuego de mi indignación, de mi encono, de mi envidia, de malos deseos! Y a la palabra unid el hecho y cada uno en su esfera trabajad por mejoraros, huid de cometer el daño y procurad ser útiles en lo que humanamente podáis.

Ese infeliz por quien preguntáis, ayer sembró odios, violencias, atropellos, paseó por la Tierra como conquistador afortunado, oprimió a los pueblos, en los cuales implantó arbitrarias leyes, castigó a los que protestaron de su cruel tiranía y una de sus víctimas le juró odiarle eternamente y ha cumplido su horrible juramento, le atormenta y le atormentará cuanto tiempo pueda; no eternamente, porque la eternidad del mal no existe y la expiación dura tanto cuando el Espíritu vive entregado a ella sin trabajar en su progreso, pero como nadie está solo y prueba de ello, que ese desventurado tiene una madre que por él vela, ese Espíritu y otros muchos harán que ese infeliz borre con sus sacrificios los horrendos crímenes de ayer. El Espíritu no ha sido creado para vivir en tinieblas, ha recibido el aliento de Dios para amar, para saber y engrandecerse y enseñorearse de los mundos y ser verdaderamente digno de su Creador. Todo crimen es pasajero, todo sufrimiento se acaba, toda imperfección se concluye, solo quedan eternos los descubrimientos admirables de la ciencia, los sacrificios inverosímiles de los mártires, los Códigos de los Redentores.

¿Qué conserváis de vuestras remotas edades? ¿Qué ha resistido al peso de los siglos? Los nombres inmortales de

vuestros ilustres sabios, de vuestros admirables inventores, de vuestros mártires, de todos los que han legado a la humanidad los inestimables tesoros de su ciencia y de su amor. Los tiranos, los explotadores, han caído aplastados por los escombros de su misma obra, obra de iniquidad que los ha sepultado bajo sus propias ruinas.

La ciencia de la vida no tiene más que dos puntos cardinales: sabiduría y amor, el que sabe, ama y el que ama ya tiene adquirida la mitad de la sabiduría. ¡Amor y saber! Ésta es la ley del que dijo: Hágase la luz y la luz fue hecha.

Adiós

¿Qué diré yo después de lo que me ha dicho el Espíritu? Que sólo tengo un afán, que sólo me anima un deseo, poseer la ciencia que es la luz de la vida y sentir ese amor que sintieron los que se sacrificaron por redimir a la humanidad.

¡Amor y saber! Ésta es la ley: ¡Bendita sea la ley de Dios!

CAPÍTULO XXVIII

LA VENGANZA INVISIBLE

Hojeando varios periódicos, leímos hace pocos días el suelto siguiente:

La aristocracia inglesa cuenta entre sus miembros con un lord excéntrico que tiene la manía de matar a sus semejantes. Este feroz maniático se entregaría quizás a su placer favorito en la intimidad, matando a las personas de su familia, pero este género de sport es peligroso para él. ¡Todo un lord! Aquel de quien se ha ocupado hace días el Parlamento británico y del cual desgraciadamente no se ha dado el nombre para que sirviera de respetuosa admiración en todo el mundo, ha encontrado un medio ingenioso de matar legalmente sin hacer sufrir a nadie y sin que nada tenga de reprehensible su entretenimiento.

El lord se ha arreglado con el verdugo: el sucesor del célebre Maricood se llama mister Berry. Cuando tiene que hacer una ejecución, es decir, cuando se trata de colgar a un condenado a muerte, el lord sustituye graciosamente al verdugo, él pasa la cuerda por el cuello del reo y es quien hace el vacío bajo sus pies. Así goza por completo de la agonía; no pierde ninguno de los espasmos que preceden a la muerte. El noble lord saborea con bárbara voluptuosidad tal espectáculo. Los días de ejecución son los más bellos de su vida. Trabaja, se divierte y alterna con el honorable monseñor Berry.

Tan extraño modo de asistir a las ejecuciones, ha parecido raro a un miembro de la Cámara de los Comunes, el cual ha interpelado al Gobierno sobre la situación del verdugo por el aficionado. Los ministros han declarado que la sustitución ha tenido lugar varias veces, y han ofrecido que no se repetirá, debiendo ser Mr. Berry quien por sí mismo desempeñe su misión. Si el noble lord quiere en lo sucesivo gozar de las impresiones que le produce ver matar a sus semejantes, tendrá que pedir al verdugo una plaza de ayudante.

Este inglés enamorado de la muerte, se sienta en la Cámara de los lores, y hace leyes para su país. Deberían encerrarle en un

manicomio, donde quizás se curase de su abominable monomanía. Es uno de los magnates del reino que por derechos de alcurnia y como duque Richmond y Gordon, percibe del Tesoro cuatrocientos setenta y un mil francos.

Semejante excentricidad nos llamó vivamente la atención, hasta el punto de preguntar al Espíritu que nos guía en nuestros trabajos, qué es lo que motivaba al noble lord aquella afición tan repugnante como odiosa, y nos contestó lo siguiente:

¿Qué quieres que sea? Una terrible obsesión, la demostración de un odio de ultratumba, odio implacable, odio que cuenta miles de siglos, odio no sólo a ese desgraciado individuo, sino a toda su raza.

¿Luego él obra subyugado por otro?

Hasta cierto punto sí; pero entiéndelo bien, nada más que hasta cierto punto; porque no has de olvidar que el Espíritu obsesor ejerce su influencia sobre aquellos que le son afines en sus pensamientos. No hay Espíritu desposeído de su libre albedrío, de su propio criterio, y de su omnímoda voluntad.

Dos cuerpos que se repelen no se unen, porque la unión produce el choque, el golpe violento con el cual uno de ellos, o los dos a la vez, se lastiman, se rompen, pues de igual manera el Espíritu de un asesino de oficio, no puede enlazarse a un hombre que tenga horror a la sangre, y si llega a sucumbir dominado por su maléfica influencia, perderá la razón en el momento que cometa el crimen o atentará contra su vida para huir de sí mismo. En cambio, cuando veáis un obsesado que comete imprudencias y atropellos sin sentir la menor repugnancia, es que está en su centro, es que vive en la esfera que le pertenece. Hay muchos hombres, que no cometen grandes crímenes, no porque les falten deseos de cometerlos, sino porque no tienen la iniciativa suficiente, y cuando encuentran quien ilumine su entendimiento se ponen contentísimos y obedecen ciegamente las inspiraciones que reciben.

No temáis a las obsesiones, temed a vuestra misma ignorancia y a vuestra refinada hipocresía, que son muchos los malvados que pululan en la Tierra apareciendo como seres generosos y caritativos. Tened en cuenta que para la mirada de Dios nada hay oculto; mas... aquí se encuentra un Espíritu que hace mucho tiempo que desea comunicarse contigo, y él te dirá

como el más oculto pensamiento lo ilumina la justicia eterna y cada ser recibe lo que en justa recompensa le corresponde; préstale benévola atención, que hace mucho tiempo que espera su turno.

Esto nos dijo el guía de nuestros trabajos, y con la mejor voluntad tomamos la pluma para trasladar al papel la comunicación que nos dicte el Espíritu que nos envuelve con su fluido; hela aquí:

“Ya era tiempo. ¡Dios mío! Ya era tiempo que me fuera concedido decir a los terrenales, que no son ciegos únicamente los que van por vuestras calles guiados por un lazarillo, sino que hay otros muchos, que miran en todas las direcciones con los ojos bien abiertos, y no ven el abismo que se abre de continuo a sus pies. Yo he sido uno de esos desventurados, y a grandes rasgos te contaré, mi pobre Amalia, mis dos últimas existencias”.

Riquísimo hacendado fui en mi penúltima encarnación, teniendo fama de generoso y de caritativo, porque siempre que una calamidad llenaba la comarca de luto, yo era el primero en ofrecer una gran cantidad del trigo almacenado en mis graneros, del vino que se guardaba en mis bodegas, del ganado que pastaba en mis heredades, y de todo cuanto poseía hasta en metálico, aunque de este último, era menos generoso, porque tenía adoración por el vil metal; y para amontonarlo hacía alardes de generosidad, porque sintiéndose obligados la mayor parte de mis convecinos yo era el árbitro de los destinos de más de cien pueblos. Como tenía renombre de generoso, sostenía relaciones amistosas con poderosos prelados, y no escaseaba mis donativos a las comunidades religiosas, cuando por segunda mano, valiéndome de seres que si vivían en la abundancia era debido a mi influencia y a mis favores, cuando valiéndome diplomáticamente de ellos, reducía a más de una familia a la miseria quedándome con sus fincas compradas a bajo precio, aprovechándome de su desesperada situación; de aquellas felonías, de aquellas verdaderas infamias, si alguien aseguraba que yo era el autor de ellas, cien y cien individuos tomaban mi defensa diciendo: Es imposible, el hombre que en tal sequía abrió sus graneros a los pobres, que en tal inundación sacrificó tantas cabezas de ganado para que sus vecinos no sufrieran el horror del hambre, que levantó una ermita al Cristo del Torrente, que fundó

un convento junto al puente del diablo, y mantuvo a veinte monjes más de dos años, hasta que la comunidad tuvo bienes y rentas para vivir, él que ha hecho tantas obras buenas, no es capaz de hacerle daño a una hormiga. Y de este modo pude impunemente hacer villanías despojando a seres indefensos de cuanto poseían cuando no me pagaban las rentas a su tiempo, o el aumento que les imponía.

Sin ser señor feudal, ni tener castillo, ni derechos sobre vidas y haciendas, era un rey absoluto más temible y más poderoso que los reyezuelos de la edad de hierro, y apareciendo como el hombre más sencillo y más generoso; teniendo siempre abiertas las puertas de mi morada donde hacían noche desde diez a cuarenta caminantes entre peregrinos, buhoneros, frailes mendigantes, gitanos y mendigos, todos cabían en mi mesa, todos podían descansar en dos grandes salones donde había lechos en abundancia destinados para los viajeros que no podían pagar los gastos de una noche en los mesones del pueblo.

Entre las familias que hundí en la miseria y en la desesperación, había una compuesta de un matrimonio con una hija llamada Elena, prometida de Rugiero, que trabajaba en unas minas de mi propiedad. Elena despertó mis deseos sensuales y le hice humillantes proposiciones que la joven rechazó diciéndome que su corazón y su vida pertenecían a Rugiero: oculté mi despecho, y hasta me ofrecí entonces como protector de sus amores y padrino de su boda, oferta que aceptó Elena creyéndome arrepentido de mi imprudencia, pero que Rugiero la rechazó diciendo que no quería protecciones de nadie, que todo se lo quería deber a su trabajo; a Rugiero nunca le engañaron mis obras de caridad, y cuando me encontraba siempre me miraba con desprecio.

Creí que la miseria me entregaría a Elena, y por falta de pago en, el arrendamiento de las tierras que su padre labraba, sin aparecer yo complicado en nada, pasando como obra de mis administradores el padre de Elena fue reducido a prisión, se le despojó de cuanto poseía, pero Elena no vino a pedirme la libertad de su padre, y Rugiero, víctima de mis rencores, conseguí exasperarlo hasta el punto de aconsejar a sus compañeros de trabajo, que antes de trabajar en las minas donde cada vez era más exigua la ganancia, creía preferible servir a su patria en las

Galeras del Rey, y como sediciosos, él y sus compañeros fueron reducidos a prisión. Rugiero como cabeza de motín fue deportado a lejanos continentes, y Elena y su madre, víctimas de la miseria consiguieron ser recogidas en un convento muriendo ésta última, y profesando Elena gracias a mi aparente generosidad; perdida toda esperanza de unirse en la Tierra con el adorado de su alma, se consagró a Dios. ¡Era una santa!

Sin saber por qué, la desgracia de aquella familia fue lo único que me quitó muchas veces el sueño, viendo la sombra de Rugiero que me decía con voz amenazadora: ¡Yo me vengaré! ¡Tú has muerto mi felicidad, pero me queda la eternidad para vengarme!

Murió Elena y su padre, y entonces me quedé más tranquilo, la sombra de Rugiero dejó de perseguirme, y concluí mis días rodeado de un pueblo agradecido, las comunidades religiosas entonaron muchos días cánticos y salmos para impetrar la misericordia divina en mi favor, mi cuantiosa fortuna fue repartida entre los pobres y varios conventos, y pocos hombres se ven en la Tierra tan llorados como yo fui, en mi entierro se derramaron muchas lágrimas, y a pesar de esto, cuando en el espacio me di cuenta que existía, quedé horrorizado de mí mismo; vi fotografiadas todas mis acciones y en ninguna de ellas, en ninguna, había la espontaneidad del sentimiento; di ciento, para atesorar mil; fundé conventos, reduciendo a la desesperación innumerables familias, levantaba altares, abriéndole la sepultura a más de un hombre honrado que no podía resistir su total ruina; daba abundantes limosnas acaparando antes las primeras especies, con lo cual conseguía vender con ventaja, y pasar por el primer filántropo de aquella comarca.

La realidad me amedrentó, me vi tal cual era, y me espantó mi porvenir, pero como nadie está solo en la Creación, no me faltaron leales consejeros que me dieran las instrucciones necesarias para comenzar a pagar mis deudas, mi Espíritu tomó su resolución, y volví a la Tierra en las más tristes condiciones. Una mendiga ciega me llevó en su seno sin poder decir quien fuere mi padre, que en aquella infeliz faltaba la luz material, y casi la de la inteligencia; ¡embriagada la mayor parte de su vida, entregaba su cuerpo al que se apoderaba de él, y nací en el establo de una granja, donde mujeres cariñosas me dieron los primeros besos y

hasta quisieron encargarse de mi lactancia, pero mi madre se opuso a ello, diciendo que nadie le arrebataría lo que tanto había deseado, un hijo! Que ese hijo era cosa suya y que le pertenecía, y a los pocos días de darme a la luz siguió su peregrinación de pueblo en pueblo.

Como mi destino era pagar ojo por ojo y diente por diente, aunque fueron muchos los que quisieron hacerse cargo de mí, porque era un niño muy hermoso, mi madre nunca consintió en separarse de su hijo. ¿Cómo? Si ella había de ser el instrumento de mi martirio, y además que me quería como ella podía querer, era un Espíritu ignorante y embrutecido lo más a propósito para cumplir mi expiación.

Llegué a cumplir cuatro años y era hermoso como los ángeles que colocan en los altares, pero una noche, mi madre en un acceso de furor efecto de mis travesuras y de su embriaguez, me tiró por una escalera dando violentamente contra el brocal de un pozo recibiendo un golpe tan fuerte que perdí el sentido.

No faltó vecina curiosa que quisiera enterarse de lo ocurrido, y me recogió lavándome el rostro que lo tenía ensangrentado, pero nadie se ocupó en averiguar si me había fracturado algún miembro. ¿Qué es en el mundo el hijo de una mendiga, y más si ésta es ciega y medio idiota? Mediando también la circunstancia que como yo era el mismo diablo subiéndome por los árboles y recibiendo golpes a cada instante ya estaban acostumbrados a verme caer y no recibir lesiones graves.

Pasó el tiempo y fui creciendo penosamente, siempre parecía que me faltaba aire para respirar, y mi hermosa cabeza, quedó materialmente hundida entre el pecho y la espalda; quedé completamente jorobado, lo que hacía reír a los seres sin corazón, que exclamaban alegremente: ¡Que buena pareja hace la madre y el hijo, ella ciega, y él giboso! Mi desgracia conmovió a mi pobre madre que se mostraba más cariñosa conmigo, y se ponía furiosa cuando los chiquillos me apedreaban.

Yo quería mucho a mi madre, mi Espíritu le estaba agradecido (sin yo saberlo), a lo bien que había cumplido su triste misión; conforme fue entrando en años perdió el vicio de la embriaguez, el calor de mi cariño le dio nueva vida a aquel Espíritu, llegando a ser una madre modelo.

Cumplí veinticinco años, y no representaba más que ocho o diez, tan pequeña era mi estatura; acompañado a mi madre recogía siempre abundante limosna, pero cuando a veces iba yo solo, porque ella se encontraba enferma todos me la negaban, lo que llegó a llamarme la atención, porque mi inteligencia tenía gran desarrollo; llegando a preocuparme la frecuencia de ver durante mi sueño un joven pálido y demacrado, lleno de harapos que me decía: ¡Pesa sobre ti mi venganza invisible! ... Y en mi sueño hacía yo esfuerzo por recordar donde había visto a aquel hombre, porque indudablemente no era aquella la primera vez que le veía; y al despertar, se quedaba tan presente en mi imaginación que le veía por todas partes, llegando hasta el punto de verle en pleno día cuando iba solo a implorar la caridad.

Muchas veces llamaba a una puerta, sentía pasos, pedía yo entonces una limosna para mi madre, y al presentarse alguien para darme un óbolo, la figura del joven pálido se interponía entre los dos, y en vez de darme el fruto de la caridad, me dirigían un duro reproche, o me decían: ¡Perdona por Dios! Tantas y tantas veces se repitió ésta escena, que llegó a llamarme seriamente la atención; lo consulté con mi madre, y ésta a su vez lo consultó con un familiar de la inquisición, que nos daba abundante limosna. El sacerdote me habló sobre el asunto, contándole yo cuanto me acontecía; me ordenó que rezara, tantas y cuantas oraciones, al principio las recé, pero observé que mientras más rezaba, más claro veía a mi perseguidor y dejé de rezar.

Murió mi madre y entonces comenzó mi verdadero martirio, mi soledad fue horrible, miré a todos lados, y no encontré más que seres indiferentes, me pasaba los días enteros sin encontrar una persona compasiva que me diera un pedazo de pan, trabajar no podía porque me ahogaba, tenía siempre que estar al aire libre.

Lo que más me atormentaba era mi mudo compañero, el joven pálido lleno de harapos que siempre le veía delante de mí, y solo cuando él se alejaba era cuando recogía lo más indispensable para vivir.

Entre los pocos seres que se compadecían de mí, se contaba el familiar de la inquisición y un viejo sacristán de un convento de monjas, y a los dos les contaba lo que me acontecía.

Comenzó a susurrarse que estaban poseídas del demonio varias monjas del convento cuyo sacristán me daba limosna y éste comenzó a decirme que indudablemente yo estaba embrujado y que el diablo era mi constante compañero, por eso cuando él iba a mi lado todos me despreciaban; el familiar de la inquisición comenzó a decirme lo mismo; y rápidamente cundió la vez de que yo estaba embrujado, y como iba mucho al locutorio del convento donde varias monjas (según se decía), estaban poseídas del demonio, me vi envuelto en la intriga más inicua; acusado de haber llevado al convento los malos espíritus, y como yo había dicho a muchos la persecución invisible que sufría, todo vino en mi daño; la inquisición se apoderó de mí y comenzaron por exorcizarme y mandar al maligno espíritu que se apartara de mí; pero mi compañero se reía y yo entonces horrorizado, creyendo que era el diablo, pedía misericordia diciendo que no se iba, que antes al contrario, me apretaba contra su pecho, riendo con una risa infernal.

Con aquellas declaraciones yo mismo echaba leña a mi hoguera, sirviendo maravillosamente al plan de mis verdugos, que era distraer la atención pública de las monjas poseídas; me sometieron a mil exorcismos y penitencias, y como yo siempre decía la verdad, que la sombra de aquel mendigo no me dejaba ni un solo instante, para aplacar la cólera divina y demostrar al diablo que era nulo su poder, y que la iglesia destruyendo el cuerpo que él perseguía, podía salvar el alma, fui condenado a morir en la hoguera como embrujado y en castigo de haber llevado al convento los malos espíritus.

Era tan odiosa mi existencia, aquella sombra que me perseguía me producía tal exasperación, que fui contento a la hoguera, muy contento, porque en el largo trayecto que tuve que recorrer no la vi, y al llegar al lugar del suplicio lancé un grito de asombro indescriptible, porque vi a mi madre que me estrechó en sus brazos comenzando yo a gritar: ¡Madre mía! ¡Madre de mi alma! ¡No me dejes!

Los sacerdotes que me acompañaban creyeron buenamente que yo llamaba a la madre de Cristo, y me dirigieron palabras de consuelo y de esperanza que llegaban hasta mí en confuso rumor, porque yo al verme en brazos de mi madre no sabía lo que me pasaba, ella me ayudó a subir al patíbulo, apoyé mi cabeza contra

su pecho y cuando las llamas llegaron al borde de mi túnica, mi Espíritu había dejado su envoltura, el fuego consumió mi cuerpo sin que mi periespíritu sintiese dolorosas sensaciones; aquel dolor terrible no debía sufrirlo y no lo sufrí, que es superior a todas las venganzas de la eterna justicia.

No fue muy larga mi turbación porque mi madre me ayudó poderosamente a salir de ella, y entonces vi explicados todos los tormentos de mi vida. Yo pedí la miseria, la humillación, la soledad, la deformidad física, para sufrir una parte de los padecimientos que yo había producido, pero no conté con la venganza invisible de una de mis víctimas, con la venganza de Rugiero que le arrebaté la felicidad.

Rugiero es un Espíritu que sabe amar con idolatría y sabe odiar ferozmente, su odio es implacable, le vi en el espacio desde lejos, y en la sensación dolorosísima que recibí con su fluido, comprendo perfectamente que durante muchas existencias me perseguirá su odio inextinguible; él no progresará, él adquirirá nuevas responsabilidades, pero queda tan contento cuando me hace sufrir, que no le importan cien siglos de azares si puede arrojar en la copa de mi vida una sola gota de amargura.

Elena ha procurado apartarle de mi camino, pero él ha desoído sus ruegos y me ha perseguido tenazmente, su odio es terrible, pero le tengo merecido.

Me dieron riquezas, talento, actividad, y tan preciosos dones los empleé en hacer la desgracia de muchos infelices, justo es que para adquirirlos de nuevo sufra mi Espíritu lo suficiente para no caer más en las redes de la hipocresía y de la avaricia.

Como he vivido tanto tiempo en la sombra y en la mentira, ahora tengo sed de luz y de verdad, y no puedes figurarte cuanto deseaba comunicarme.

A muchos médiums he llegado, pero ninguno me ha hecho caso, y contigo me hubiera sucedido lo mismo, porque mi fluido lo rechazan todos los médiums, pero el Padre Germán me acercó a ti diciéndome:

Habla sin temor, cuenta tus penas, tu relato tendrá su parte de utilidad, bueno es decir los escollos que tiene la hipocresía, hace falta, mucha falta que hablen los espíritus, sus narraciones, sus tristes historias harán comprender a los terrenales que sólo la

verdad, sólo el amor al bien es lo que proporciona al Espíritu, primero reposo, después noble actividad, luego la realización de honrosas empresas y levantados ideales, y más tarde la consideración, la admiración de los pueblos, y el amor universal en sus múltiples manifestaciones.

Animado con sus palabras reclamé tu atención, que benévolamente me has concedido; gracias, Amalia, no desoigas nunca el ruego de los desgraciados, porque son indudablemente los grandes maestros que vienen a deciros lo que tenéis que aprender para ser sabios, lo que tenéis que hacer para ser buenos.

Adiós.

Triste nos ha dejado la comunicación de este Espíritu, su fluido deja caer en nuestro cerebro melancólicas ideas, pero no estamos descontentos de haberte prestado atención, porque indudablemente su relato encierra utilísima enseñanza.

A muchos que pasan por filántropos, conocemos nosotros que nos inspiran profunda lástima, y hay hombres millonarios que antes de concluir la disgregación de su cadáver, ya le han levantado estatua; y al verlas decimos con amarga ironía: ¡Pobre Espíritu! ¡Quién sabe si volverás mañana a pedirle una limosna a tus descendientes!... dicen que has hecho mucho bien. ¡Sólo Dios lo sabe!

Cuando leímos el suelto referente a la excentricidad del noble lord, no creímos que su lectura diera margen a escribir lo que hemos escrito, relato que debe estudiarse para huir de los actos aparentes, que no es al mundo al que se engaña, quien se engaña es uno mismo.

¡Ante la eterna luz todo se ve, procuremos que nuestros actos al recibir de lleno la luz del infinito no pierdan un átomo de su valor; que sean luz y verdad en la Tierra, luz y verdad en el espacio, luz y verdad en todos los mundos de la Creación!

CAPÍTULO XXIX

LA ETERNA JUSTICIA

¡Cuánto me ha hecho reflexionar dos sueltos que leí en El Diluvio! ¡Qué contraste forman! ¡A cuántas y cuán profundas consideraciones se prestan! Para que mis lectores vean que tengo razón al impresionarme, copio a continuación las dos noticias:

UNA HAMBRIENTA

Una pobre mujer quiso anoche suicidarse arrojándose por el viaducto de la calle de Segovia; pero tan extenuada se hallaba, que ni siquiera tuvo fuerzas para realizar su propósito.

Cuando acudió la pareja de servicio, la suicida estaba atacada de un síncope. Los auxilios de la ciencia la hicieron volver en sí, y lo lamentó.

¿Qué tiene usted? Le preguntaron.

¡Hambre!

¡Hambre! ¡Qué palabra tan horrible!

En cambio, y como contraste, vean ustedes lo que le ha sucedido a:

UN MILLONARIO

Vivía en Bilbao don Francisco Olalde a quien el vulgo conocía por don Paquito. El alcalde de dicha villa recibió ayer un aviso de que el don Paquito, que vivía solo, hacía ocho días que no salía de su casa. El individuo en cuestión era un viejo millonario que, a pesar de su fortuna, vivía en la mayor miseria.

Personado el juez y demás autoridades en la casa citada, y después de llamar repetidas veces sin obtener contestación, hicieron a un cerrajero violentar la puerta. Practicada la operación, encontraron en un cuarto el cadáver del viejo arrodillado a los pies del catre. La cara y las manos las tenía comidas por las ratas. La muerte ha sido casual.

El muerto, a pesar de tener familia, vivía solo, alimentándose con vegetales y fiambres, temeroso de que fuesen a envenenarle para robarle su cuantiosa fortuna. La habitación

donde fue encontrado el cadáver estaba llena de porquerías e inmundicias. El ajuar formábanlo el catre, dos baúles, una silla de paja, una mesa y dos docenas de libros de diversos idiomas. En los baúles sospéchase está encerrada la fortuna del avaro.

¡Cuán equitativo sería que la fortuna de ese millonario miserable pasase a las manos de los hambrientos!

¡Qué destino tan igual el de esos dos espíritus! ¡El uno buscaba la muerte acosado por el hambre, el otro murió de hambre lentamente, siendo inmensamente rico! La expiación de esos dos espíritus era sufrir el horror de la miseria con todos sus espantosos dolores, al uno faltándole hasta una corteza de pan, al otro, sobrándole el oro y faltándole lucidez en su inteligencia para gozar de las comodidades necesarias y vivir tranquilamente en medio de la abundancia.

¡Cuán cierto es que no se necesitan cadalsos para expiar los crímenes cometidos! ¡Uno mismo es el vengador de sus atropellos, de sus desaciertos, de su iniquidad!

Tienes razón, (murmura un Espíritu en mi oído), vuestros patíbulos, vuestros presidios, vuestros horribles inventos para martirizar a los culpables, son completamente innecesarios para castigar al Espíritu rebelde; éste, no se enmienda porque le trituren los huesos de su organismo, ni porque le conviertan en cosa arrastrándose por los calabozos, ni aun subiendo las gradas del cadalso, todos esos castigos violentísimos le exasperan, y sólo siente al recibir los latigazos no tener mil vidas para demostrar a la humanidad su rencor implacable, su odio inextinguible. Todos los criminales encuentran disculpa en su proceder, ninguno reconoce que ha pecado, todos se creen víctimas del abandono social, del daño que les ha causado éste o aquel individuo. Ninguno dice: caí en el abismo del crimen porque me dejé caer, todos exclaman: caí... porque me empujaron, porque me embrutecieron, porque me envilecieron, porque me negaron el pan y la sal de la hospitalidad, porque me odiaron desde niño, los que debían haber velado por mí; así es, que ningún Espíritu se cree culpable cuando está en la Tierra, y los castigos terribles no producen en él más que la exasperación y el aumento del odio a sus semejantes, dándose palabra a sí mismo que si algún día se ve libre será un verdugo implacable para la humanidad; y si muere en el patíbulo, la turbación de su Espíritu aumenta de un modo

verdaderamente extraordinario, y muchas veces vuelve a la Tierra sintiendo todavía los estremecimientos dolorosísimos que sintió cuando la mano del verdugo hizo rodar su cabeza, o cuando por estrangulación dejó de existir. Cuántos y cuántos niños sufren horribles convulsiones que vuestros médicos no saben curar, y preguntan cándidamente a la madre del pequeñuelo enfermo si en el periodo de la gestación tuvo algún susto que le causara profunda impresión, y como en ese planeta abundan mucho más los acontecimientos desagradables y dolorosos, que los sucesos prósperos, muchas veces se recuerdan hechos que causaron más o menos impresión y se dice: ¡Ah! Sí; sufrí en tal tiempo una conmoción violenta, y dice el médico. Ya lo decía yo, este niño antes de nacer ya ha sufrido. Ya lo creo, ya lo creo que ha sufrido mucho más de lo que se pueden figurar los sabios de ese mundo.

Los cadalsos, no son otra cosa que semilleros de criminales, la violencia no convence, no persuade, no instruye, no enseña nada bueno; al Espíritu que lo separan de su envoltura en el patíbulo, lo embrutece, lo envilece, lo degradan hasta el último grado o lo enfurecen y lo exasperan hasta tal punto, que su furor no tiene límites, su ira es un torrente de fuego desbordado, y por consiguiente su estacionamiento sería eterno, si el progreso indefinido no le obligara después de algunos siglos a entrar en la vida del adelanto.

Leo en tu pensamiento que me preguntas: ¿Y qué sería de la sociedad si a los malhechores no se les ocultara bajo siete llaves y no arrastrasen el peso de su cadena?

¿Y crees tú que con vuestras prisiones se consigue la curación del criminal? Estás en un error gravísimo, porque por regla general vuestros penados son hombres cuando entran en los calabozos, y allí se convierten en fieras indomables, que si doblegan el cuerpo bajo el poder del látigo, no doblegan su espíritu, pues continuamente estáis viendo que los crímenes más horribles, que los atentados más crueles, que el odio más reconcentrado ¿quién lo siente? El licenciado de presidio, ese es el que vuelve a su pueblo natal, contempla a la humilde iglesia donde recibió el agua del bautismo, ve la anchurosa plaza donde jugaba cuando pequeñito, va mirando atentamente una por una todas las casas del pueblo buscando la suya, esa... por regla general no existe, el dolor mató a sus dueños, a sus padres, la

miseria sin duda envileció a sus hermanas, nadie sabe de ellas, pregunta por su novia, por la que le esperó algún tiempo, pero que al fin se cansó de esperar y ... se casó con otro, viviendo honradamente rodeada de sus hijos. Procura verla sin que ella le vea, y lee en su semblante la tranquilidad más completa; a su parecer todos sonríen en su pueblo. ¡Todos sonríen menos él! Aquel cuadro de calma y reposo contrasta dolorosamente con los recuerdos de los años pasados en el presidio; en su pueblo hay sol, aire..., luz... ¡mucha luz! Arroyuelos con márgenes floridas, bosques con muchos nidos de ruiseñores, en cambio, él ha vivido encadenado, él ha sufrido los ardores del estío y las nieves del invierno unido a otro compañero de cadena, arrancando piedras y sirviendo de bestia de carga; así ha vivido muchos años, cuando entró en el presidio sus cabellos eran negros como el dolor y abundantes como las penas de los desvalidos, hoy aunque relativamente joven, parece un viejo decrepito, sus cabellos grises y escasos apenas cubren sus sienes, su semblante tiene una palidez repugnante, todo lo ha perdido... ¡todo! En tanto que otros compañeros de su niñez se mantienen fuertes, sanos y robustos, con las mejillas tostadas por el sol y la mirada alegre y satisfecha del que vive sin recuerdos dolorosos ni sombríos presentimientos. Al licenciado de presidio, le parece su pueblo natal un oasis encantador, y mientras más le seduce y le atrae aquella dulce calma, aquel apacible reposo, aquel puerto de bonanza resguardado de los huracanes de la vida, más se subleva, más se irrita, más se encoleriza contra sus supuestos enemigos, contra los que él cree y asegura que le dijeron hiere y mata y le empujaron violentamente hasta dejarle caer en el fondo del abismo de la criminalidad y fuera de sí, frenético, cuenta los años que le han robado de felicidad y si aún existe uno de sus demonios tentadores, sobre él se arroja diciendo con feroz alegría: ¡Ya has vivido bastante, miserable! ¡Muere, porque me estorbas en la Tierra!...

He aquí la enmienda del asesino de ayer, y no es porque sea un monstruo de iniquidad, es porque mató, y sin estudiar su crimen las leyes le condenaron a unos cuantos años de presidio, entró en la prisión aturdido, sorprendido y asustado de su propia obra, entró de aprendiz, como suele decirse, en el taller de los crímenes y salió maestro consumado, lo que prueba que vuestros

castigos violentos dan un resultado completamente negativo, no lo darían en cambio si a vuestros criminales se les tratara como tratáis a vuestros enfermos, y aunque mucho falta aún para que vuestros enfermos pobres sean tratados en los hospitales con las consideraciones y atenciones debidas, no les golpeáis ni les sometéis a continuados ayunos para curar sus dolencias, bien les dais medicinas, alimentos y cordiales, bien les hacéis operaciones que aunque dolorosas, tienen por objeto separar el miembro gangrenado de lo demás del cuerpo, para que éste se conserve sano; pues si así tratáis las enfermedades del organismo con relativo acierto y con buen deseo de conseguir la curación completa, ¿por qué no hacéis lo mismo con las enfermedades del alma? ¿Qué pensáis que son los criminales? Pues son otros tantos locos sin camisa de fuerza, y cada uno de ellos presenta distinta enfermedad, aunque las demostraciones de su dolencia sean parecidas las unas a las otras, pero ¡cuánta diferencia existe en los orígenes de la criminalidad!... No hay dos que hayan caído en el hondo abismo del crimen impulsados por el mismo sentimiento, de consiguiente curar su dolencia por medio de un tratamiento general, es como si en un hospital lleno de enfermos que cada uno tiene su enfermedad particular, a todos les dierais una sola medicina y pretendierais que se curara con la misma tisana el tísico incurable y el que sólo tuviera una débil calentura.

Día llegará, (aunque este día esté aún muy lejano) que vuestras horribles prisiones serán reemplazadas por casas de salud, donde los criminales (caso que existan) serán juzgados, no por los jueces, sino por sabios alienistas, y cada ser que cometa un delito será un libro abierto en el cual leerá constantemente el médico encargado de su curación, hasta ahora no os habéis ocupado de otra cosa que destruir cuerpos, porque no conocéis la eterna vida del alma, porque ignoráis que el Espíritu cuando le quitan, cuando le arrebatan violentamente en el patíbulo un cuerpo del cual él hacía uso, su desesperación no tiene límites y a donde quiera que se dirija siembra la turbación y el espanto, su fluido es como la sombra de un árbol nocivo que da la muerte.

La dulzura es el modo de corregir a los culpables, no creáis que le quitan un solo adarme del peso de su expiación, él paga ojo por ojo y diente por diente, pero paga, sin adquirir nuevas

responsabilidades, sin odiar, sin maldecir, y sin jueces ciegos que cometan crímenes para castigar a los criminales.

En la ley de la eterna justicia, ningún Espíritu tiene más felicidad que la que se merece. Si por ejemplo un Espíritu ha desoído la voz de los mendigos y se ha hecho sordo a los clamores de los necesitados, ya puede ser inmensamente rico, ya pueden llover sobre él fabulosas herencias, que ora sea por una avaricia desmedida, como la del desventurado Espíritu cuya muerte te impresionó tanto, o por dolencia física. ¡Cuántos de vuestros magnates envidian al último de sus lacayos, por su robustez, por su inalterable salud, mientras ellos corren afanosos de un punto a otro pidiéndole a las aguas sulfurosas un alivio a su inapetencia, a su parálisis y a su profundo hastío de la vida!

¡Cuántos poderosos miran con envidia a la mendiga que en medio de la calle pide una limosna rodeada de sus hijos!

¡Mientras ellos unidos a mujeres estériles, sólo tienen en torno suyo parientes ambiciosos que cuentan las horas de su vida, esperando con ansia que exhalen el último suspiro para apoderarse de sus tesoros!... ¿Y pensáis que esos sufrimientos ocultos no son la gota de agua que horada la peña? Sí, son la gota de agua, son el fuego oculto entre ceniza, y aquel dolor continuado abate al Espíritu más fuerte, y derriba en silencio su soberbia; y aquel dolor es beneficioso, porque no crea nuevos odios, y cuando uno de esos seres profundamente contrariado deja la Tierra y lee el libro de su última existencia, o de varias encarnaciones, encuentra tan justo haber carecido de lo que más deseaba, haber sufrido el castigo sin que nadie le castigara, que aunque humillado por su propia culpa se prepara con nuevo ardor para otra existencia y vuelve a la Tierra sin rencores implacables, sin odios inextinguibles, dispuesto a trabajar por su progreso.

¡Ah! Cuando el Espiritismo sea conocido y estudiado en todos los pueblos, vuestro mundo será un paraíso. Sí; lo será; los crímenes irán disminuyendo al mismo tiempo que a los criminales se les conceptúe como enfermos en estado gravísimo, que necesitan especialísimos cuidados y múltiples atenciones, enseñándoles a trabajar y a lo que es más difícil, a que amen el trabajo, porque de él dependerá su subsistencia más o menos desahogada en lugar más árido o en terreno más fértil y fecundo.

¡Cuán distintos resultados dará el régimen penitenciario de que se hará uso en los siglos venideros!... ¡Cuán distintos de los obtenidos hasta vuestros días!... Hasta ahora, vuestros criminales no han sido más que árboles podridos que han ido retoñando en las primaveras, siendo cada vez peores sus frutos.

En el porvenir serán hombres útiles primero a sí mismos, después a su familia, luego a su raza, más tarde a su mundo, y con el transcurso de los siglos a millones y millones de humanidades.

¡Compadeced a los que en medio de la abundancia sufren hambre y frío, educadles si podéis, para que comiencen a ser útiles a sus semejantes, porque toda el agua que le den a los sedientos la encontrarán después en gotas de precioso bálsamo, que sólo una de ellas le servirá de alimento y de vida!

Por hoy te dejo, aplazando para otro día nuevas instrucciones, que de ellas necesitas, ya que tu expiación en momentos determinados tanto te hace sufrir.

¡Pobre malgastador de ayer!... sigue pisando abrojos, que las flores te guardan para mañana su delicado aroma. No quieras adelantar la época venturosa de la cosecha, tienes antes que romper la tierra, tienes que abrir profundos surcos, tienes que regarlo con tu llanto, arrojando en ellos la preciosa y fructífera semilla del amor, de los sacrificios, de la resignación, y la esperanza porque no hay desheredados en el reino de Dios”.

¡Cuántas verdades encierra la comunicación que he obtenido! Sus enseñanzas, deseo que aprovechen a los muchísimos seres que lloran, a los muchos penados que al parecer vivimos libres de la persecución de la justicia, pero que en realidad arrastramos la pesada cadena de nuestros delitos de ayer.

¡Eterna justicia! Tú me hablas de Dios, porque tú eres su ley inmutable.

¡Creo en Dios!...

¡Amo a Dios! Y espero en el progreso indefinido de los espíritus, porque el progreso sin tregua es la herencia divina, es el patrimonio sagrado que Dios entrega a sus hijos.

¡Creo en Dios!...

¡Amo a Dios!... y espero en el constante esfuerzo de mi voluntad.

CAPITULO XXX

DE UNO A OTRO FANATISMO

Hace algunos años que dijimos en un artículo que, de cien Centros espiritistas suprimiríamos noventa y nueve; si en dichos puntos de reunión en vez de estudiar y de investigar las científicas verdades del Espiritismo sólo se orase y se creyese como artículo de fe cuantos disparates dijese los médiums, unos falsos y otros obsesados y dominados por espíritus refractarios al progreso en absoluto.

Dicho artículo levantó una polvareda fenomenal, adquirimos algunos enemigos y no faltó quien dijera que éramos un elemento perturbador en las sesiones espiritistas.

Ante tal suposición no nos dimos por ofendidos, porque cuando la conciencia está tranquila ni el aplauso envanece, ni la censura enoja, que nada valen las opiniones de los demás ante la íntima convicción de los que creen cumplir fielmente con su deber; y nosotros que si vivimos, que si alentamos que si estamos en relación con la humanidad, se lo debemos todo cuanto valemos al estudio racional del Espiritismo, por lo mismo que sabemos lo que vale, deseamos que la esplendente luz de su verdad, que sus enseñanzas esencialmente racionalistas no sean obscurecidas y prostituidas por vanas fórmulas, por hipócritas oraciones, por santones que se parezcan a los confesores de la iglesia romana y muchedumbres de mansas ovejas como los rústicos rebaños de los creyentes de buena fe, que no piensan, que no discurren, porque tienen a sus padres de almas que piensen por ellos.

No queremos pasar de un fanatismo a otro fanatismo; queremos que los espiritistas estudien, que pongan en tortura su inteligencia, que trabajen con energía para quitar las zarzas espinosas de su escabroso camino y no que se crucen de brazos y pregunten continuamente a los espíritus: ¿Por dónde iré? ¿Qué determinación debo tomar?

Nada de ángeles tutelares ni de espíritus convertidos en lazarillos de ciegos, porque entonces la propia iniciativa que es la palanca que debe mover el Espíritu para engrandecerse y salir de

la servidumbre de su ignorancia; sería una fuerza muerta, y el hombre se convertiría en máquina como se convierten los adeptos de las religiones que creen de buena fe cuanto les dicen sus pastores.

El estudio racional del Espiritismo viene a rasgar los velos de las tradiciones, de los milagros, de las protecciones celestiales, porque sin el esfuerzo de la inteligencia humana, los espíritus que nos rodean no pueden impulsarnos al trabajo y a los descubrimientos científicos.

Por gracia nada se consigue en el Universo, no hay más que justicia y la justicia es el amor de Dios.

A cada uno según sus obras. Según se siembra así se recoge.

Lo que no se gana no se obtiene. Si no se ama, no se tiene derecho a ser amado.

Si no partimos nuestro pan con el hambriento, cuando tengamos hambre nadie tendrá obligación de sentarnos a su mesa.

No hay más que una medida en la Creación, una sola, por igual mide la justicia divina al vencedor y al vencido.

El que ama encuentra quien le ame.

El que compadece es compadecido.

El que trabaja es ayudado.

El que busca la verdad, la verdad le sale al encuentro.

El estudio del Espiritismo y la comunicación de los espíritus sirve para convencernos de la utilidad que nos reportan todos nuestros esfuerzos, todas nuestras energías, todas nuestras actividades.

No importa morir joven en el momento de haber terminado una honrosa y laboriosa carrera, los conocimientos adquiridos no se pierden, sirven para facilitar los estudios y las investigaciones de otra existencia.

Cuantas virtudes se adquieren son otros tantos puntos luminosos que arrojan en nuestro camino regueros de luz.

No hay pensamientos buenos que no atraigan una simpatía.

No hay un deseo benéfico que no sea recompensado.

El Espíritu es un Propietario eterno del Universo; jamás se arruina, jamás llega a la bancarrota, porque nunca pierde lo que

adquiere. Podrás pasar siglos y siglos sin aumentar un solo denario en su capital, pero lo adquirido nadie se lo arrebatara.

Podrá un asesino tener sobre su conciencia en peso de cien asesinatos, pero si en medio de sus crímenes ha hecho una obra buena, ésta, convertida en flor inmarcitable exhalará en torno del asesino su delicado perfume. Será el rayo de sol que penetrará en su oscuro calabozo; será la gota de agua cristalina que calmará su ardiente sed, será el sabroso pan que mitigará su hambre, será la eterna cantidad que dará testimonio de las riquezas que posee en el infinito.

El estudio del Espiritismo deseamos que sirva para ensanchar los estrechos horizontes de la Tierra, no para aumentar sofismas, hipocresías, milagros y mentiras, perjudiciales en absoluto al adelanto de la humanidad.

Lo repetiremos mil y mil veces, no queremos que los espiritistas pasen de uno a otro fanatismo; queremos que de la sombra de la ignorancia pasen a las regiones luminosas de la ciencia.

Queremos que las inteligencias inactivas sean motores de gran potencia.

Queremos humanidades trabajando, no multitudes cruzadas de brazos esperando el maná.

No pasemos los espiritistas de uno a otro fanatismo, pasemos en buena hora de la inercia a la actividad, de la sombra a la luz.

CAPÍTULO XXXI

COMPLICIDAD Y ENCONO

Aunque continuamente están ocurriendo desgracias, hay accidentes tan terribles que impresionan más profundamente que los demás sucesos, y lo ocurrido últimamente en la Barceloneta, asombra, espanta, aterroriza, y deja en la mente tan dolorosa huella, que aunque los días pasan, parece que aún se está viendo el cuadro. ¡Qué horror! Juzguen mis lectores.

TERRIBLE ACCIDENTE

Poco después del medio día ocurrió ayer en la Barceloneta un desgraciadísimo accidente que sumió en la mayor desolación a una infeliz obrera y consternó a todo el vecindario.

En un piso de la calle de Baluarte vivían en unión de su madre dos hermosos niños, llamados Vicente y Catalina Cobos, de diez y de ocho años respectivamente.

La madre, llamada Teresa Ortiz, es una pobre viuda que a diario se veía en la obligación de dedicarse a quehaceres fuera de su casa, para poder subvenir a las necesidades de sus pequeñuelos.

Ayer, como de costumbre, antes de que abandonaran el lecho los dos chiquitines, abandonó la infeliz mujer su domicilio, dejando sobre una mesa, al lado de la cama que ocupaban sus hijos, algunos céntimos con los que debían comprar el almuerzo. A mediodía, según hemos dicho, hora en que la madre, verificada ya la labor de la mañana, acostumbraba regresar al lado de sus hijuelos, volvió a su modesta vivienda; pero, júzguese cual sería su sorpresa al advertir que, abierta ya la puerta del piso, no respondían los dos niños al cariñoso llamamiento de su madre.

Esta, presintiendo una desgracia, recorrió llena de zozobra todas las habitaciones, prorrumpiendo repetidas veces, con voz velada por el dolor, en tiernas exclamaciones, a ninguna de las cuales respondieron los pequeñuelos.

Después de verificar la acongojada madre un minucioso registro, y convencida de que sus hijuelos habían sido víctimas de

una desgracia, se dirigió a la calle en demanda de socorro, bañada en llanto y presa de la mayor desesperación.

Juntamente con algunos vecinos y el guardia municipal de punto, Ricardo Álvarez; volvió la atribulada mujer a su domicilio, practicando todos, otro detenido reconocimiento.

La escena que a poco se desarrolló, no es para describirla. Después de mucho registro, estaban los vecinos y el municipal a punto de dar por terminada su tarea, cuando ocurrióse al último la idea de levantar la tapa de un baúl de gran tamaño, colocado en uno de los cuartos del piso. El guardia Álvarez tuvo que hacer bastantes esfuerzos antes de realizar su propósito, pues la cerradura del baúl era de las que cierran de golpe, y además hallábase muy enmohecida.

Salió al fin con la suya el municipal, y entonces no pudo ser más triste el espectáculo que se ofreció ante los espantados ojos de cuantos presenciaban la operación. Dentro del baúl, tendido uno encima del otro, yacían los niños, privados de vida según todos los indicios.

La desesperación que se apoderó de la desventurada madre excede los límites de toda ponderación. Pasados los primeros momentos, en que, en el paroxismo del dolor, arrojase sobre los exánimes cuerpos de sus hijos, y después de besarlos y estrecharlos fuera de sí contra su corazón, los depositó encima de una cama, viose acometida de un fuerte síncope, cayendo en tierra, privada de conocimiento.

Ninguno de los que presenció esta conmovedora escena pudo contener el llanto. Mientras unos quedaron al cuidado de la desventurada madre otros, juntamente con el municipal, trasladaron las dos criaturas al dispensario del barrio marítimo, donde el médico de guardia, don Evaristo Llorens, prestó seguidamente los auxilios de la ciencia a los dos tiernos pacientes. El estado del niño era gravísimo; la niña hallábase agonizante.

El Juzgado de Guardia, apenas enterado del triste suceso, constituyose en el dispensario de la Barceloneta, instruyendo las diligencias de oficio.

El terrible percance es de fácil reconstitución. Los dos niños, conforme hemos dicho, una vez ausente su madre, debieron saltar del lecho y, sin vestirse, entregáronse a los juegos propios

de su edad, penetrando en el baúl, cuya tapa debió caer, quedando encerradas ambas criaturas. La niña hallábase debajo de su hermanito, y merced a esta coincidencia, y al hecho de contar menos años, debiose que saliese del percance en tan desesperada situación que, sin recobrar el sentido, falleció a las dos horas de ser conducida al Dispensario.

Todos los médicos de éste, además del doctor Llorens, acudieron por la tarde en auxilio del niño Vicente Cobos, al cual hubo necesidad de aplicarle repetidas inhalaciones de oxígeno, con objeto de provocar la respiración. A pesar de los solícitos cuidados que se prodigaron al tierno paciente, hacían temer todos los síntomas un funesto desenlace.

A las siete de la noche cumpliéronse los fatídicos pronósticos de los facultativos, dejando de existir el infortunado niño Vicente Cobos, en el dispensario de la Barceloneta.

Desde luego comprendí que la muerte de los niños no era casual no era debida a la impremeditación de los pocos años que contaban las víctimas, no; para morir aquellos dos tiernos seres a la vez, tenía que haber una causa muy poderosa, y para estudiar, para aprender y enseñar a un mismo tiempo, pregunté a un Espíritu si le era posible darme alguna explicación, y un ser de ultratumba respondiendo a mi llamamiento me dijo lo siguiente:

Es indudable que no se deja la Tierra violentamente sino hay que pagar una deuda de ayer, y una deuda terrible, porque el Espíritu al tomar una envoltura es para llevar a cabo una o varias empresas, y por razón natural necesita su tiempo para realizarlas, y cuando al parecer se truncan las leyes naturales, motivo poderosísimo tiene que haber para ello.

Los terrenales puede decirse que ignoráis, pocos menos que en absoluto la vida del pasado, y por consiguiente os quedáis sorprendidos y perturbados ante esos dramas, mejor dicho, ante esas horribles tragedias que a semejanza de vuestras bombas explosivas diezman las familias en menos de un segundo; y aunque la destrucción de los cuerpos siempre impresiona, si contempláis inertes a tiernos niños, la tristeza y la aflicción aumenta, y decís con amargura: ¡Quién sabe lo que hubieran podido hacer esas criaturas! Y en realidad no hubiesen hecho nada, puesto que no venían más que a pagar a plazo fijo una deuda pendiente.

El acto de la desencarnación nunca se realiza por casualidad, ni por torpeza, ni por imprevisión, es más grande y más trascendental de lo que parece el desprenderse de un cuerpo que le sirve al Espíritu para su trabajo, para su desarrollo, para su progreso a la vez que para su castigo y su condena; es su camisa de fuerza. Los espíritus no encarnan en la Tierra por leve pasatiempo, van a cumplir la pena impuesta por sus mismos desaciertos ora van a recoger la semilla de sus buenas obras, ora a sembrar virtudes y buenos ejemplos. Tiene la vida terrena mucha más importancia de lo que creéis, así es, que sus grandes crisis sus violentas emociones, responden a otros hechos, a otros actos, son el desenlace de episodios históricos en los cuales los espíritus que veis caer heridos por el rayo desempeñaron los primeros papeles.

Los niños que murieron asfixiados tienen su historia y bastante azarosa por cierto; van unidos desde luengos siglos por la complicidad y el encono.

En época lejana, queriendo complacer a un déspota que ordenó la matanza de tiernos niños para que entre ellos sucumbiera uno que aunque pequeño inspiraba recelos a los grandes de la Tierra, pues se temía que por él ocurrieran cambios sociales de muchísima transcendencia, cuando llegara a su mayor edad, según avisos y profecías de algunos adivinos cuyos pronósticos eran infalibles, Saulo y Catulio que así se llamaban en aquel tiempo los dos niños cuya muerte lamentáis ahora, eran dos servidores degradados que cometían toda clase de crímenes por ganarse la confianza del cruel tirano enemigo de la niñez.

Infamias sin cuento se llevaron a cabo, pero ninguna revistió tanta crueldad como la que realizaron Saulo y Catulio con dos niños gemelos, a los cuales atormentaron meses y meses por ser hijos de una poderosa familia que odiaba al déspota y no ocultaba su odio, y para obtener el favor del tirano, de tiempo en tiempo le daban cuenta de los tormentos que hacían sufrir a los dos descendientes de la egregia familia que odiaba y despreciaba al soberano. Éste, premió con largueza a los dos verdugos que atormentaron a los tiernos niños, pero la satisfacción de su inicua obra les duró pocos días, pues un desprendimiento de enormes rocas los dejó enterrados en vida siendo su agonía de lo más horroroso, de lo más espantoso que puede sufrirse en la Tierra.

Cuando Saulo y Catulio se dieron cuenta de que existían en el espacio, cuando se hicieron cargo de su bajeza, de su envilecimiento, de su crueldad sin límites, gozando en el martirio de dos niños completamente inofensivos, cuando midieron el abismo de su infamia, se horrorizaron, se espantaron de su obra, temblaron ante sus víctimas aunque estas no les dirigieron el menor reproche, más el criminal, no necesita la condenación que le den los otros, él mismo se condena a los sufrimientos más horribles, a las penas más terribles, a la vida más espantosa, porque el crimen es la raíz del castigo; y Saulo odió a Catulio, y Catulio odió a Saulo, porque el uno acusaba al otro y mutuamente se recriminaban diciéndose con desesperación. Tú me empujaste. No; tú me obligaste. Mientes, tú me ordenaste que hiciera el papel de verdugo. ¡Ah! ¡Miserable! ... Yo te tuve miedo y te obedecí. ¡Pero en el fondo de mi alma protestaba de tan infame obra, de acción tan inicua! Mientes aborto del infierno, tú fuiste mi opresor, yo el oprimido; y como no hay cadena más fuerte que la del crimen, Saulo y Catulio a semejanza de vuestros presidiarios que muchos de ellos viven unidos a otro compañero por medio de una corta cadena, así Saulo y Catulio, unidos por la identidad de su crimen, sufrían el peso de su complicidad y sentían el fuego abrasador de su encono. Se maldecían, se odiaban, pero juntos se habían hundido en el abismo del crimen, y juntos tenían que pagar la condena. Su mayor tormento tenía que ser el encarnar juntos en una misma familia, juntos se envilecieron y juntos tenían que redimirse, se miraron como hermanos para hacer el odioso papel de verdugos, y como hermanos tenían que vivir enlazados; odiándose primero, tolerándose después, amándose más tarde pero en todas sus encarnaciones pagando ojo por ojo y diente por diente lo que hicieron sufrir a los dos niños gemelos; porque gozaron en martirizarlos, porque sintieron su muerte que les quitaba el placer maldito de verlos sufrir y el que goza con el dolor de un inocente, adquiere tanta responsabilidad, se degrada y se envilece de tal modo, que para regenerarse tiene siglos y siglos de sufrimiento.

Saulo y Catulio en cumplimiento de una ley justa, siguen juntos su penosa peregrinación, se extinguió su odio, comenzaron a tolerarse al dormir juntos en una misma cuna, y al recibir los besos de su madre olvidaron que los une la complicidad y el

encono; éste como fuego amortiguado de vez en cuando se reanima, y hasta en sus juegos infantiles el uno mortifica y hasta hiere al otro, se quieren y se repelen a la vez y van pagando sus enormes delitos hasta que para ellos llegue un día en que puedan decir: ¡Somos libres!...y quien sabe entonces si esos dos espíritus unidos tantos siglos por la complicidad y el encono sentirán un estremecimiento divino y al separarse para seguir distintos derroteros, el uno dirá al otro: Si juntos hemos ido difundiendo la sombra, si juntos hemos arrastrado la férrea cadena de la expiación, ¿por qué no hemos de ir juntos iluminando las sombras que extendimos ayer? ¿Por qué el amor no nos ha de unir si ayer nos unió el crimen y el odio? Y las dos almas redimidas, ¿quién sabe los sacrificios que harán por la humanidad!... Y al confundirse en un beso, al formar sus voluntades en una sola, reflejos luminosos dejarán a su paso por los mundos y dirán las generaciones redimidas: ¡Eran dos espíritus de luz!... ¡Eran dos mensajeros divinos!... ¡Eran dos enviados de Dios!... ¡Adelante obreros de la Tierra!... ¡No desmayes Amalia, también serás un día un rayo de luz! Adiós.

¿Qué diré después de lo que he obtenido? Que verdaderamente los terrenales somos ciegos de nacimiento que nada vemos; gracias que los espíritus con sus comunicaciones comienzan a rasgar la venda que cubre nuestra inteligencia, y nos dicen con sus instrucciones: ¡Levántate y anda! Mira al infinito que tu destino no es vivir a ciegas; tu misión es más grande tu trabajo más productivo; pregunta a la ciencia y los sabios te contestarán, pregunta al amor y las almas buenas te dirán ama y serás salvo. Pregúntale a Dios por qué vives, y te dirá la naturaleza: vives para leer eternamente en el gran libro de la Creación.

CAPÍTULO XXXII

LAS FLORES DEL ESPIRITISMO

Siempre que termina un año, es costumbre en las casas de comercio hacer balance, para ver si es mayor el activo que el pasivo, y saber fijamente si se gana o si se pierde.

Casa de comercio, es nuestra vida, y los hombres debemos también hacer balance de las existencias que poseemos cuando los árboles se despojan de su verde follaje, el cielo se cubre con nubes plomizas, la brisa se cambia en viento huracanado, y todo en torno nuestro se marchita no quedando nada agradable en el exterior, refugiándose toda la vida en el interior del hogar; en las reuniones más o menos íntimas, en los estudios de las diversas filosofías que se disputan el privilegio de ser las poseedoras de la verdad.

Nosotros, que hace algunos años estudiamos la filosofía de Kardec, y somos adeptos de la escuela espiritista, justo es que al terminar el año, cuando casi todos los árboles están despojados de flores, de frutos y de hojas, examinemos detenidamente **el árbol del Espiritismo**, y veamos en qué estado se encuentra, si crece lozano, o si las orugas de la superstición, del fanatismo, de la credulidad y del orgullo se apoderan de sus raíces, y lentamente van absorbiendo su savia.

El Espiritismo es un árbol gigante, sus ramas se extienden a tan larga distancia, que se puede decir que prestan sombra a todos los pueblos de este planeta.

No todas sus ramas presentan igual lozanía, hay algunas que están completamente secas, porque los espiritistas, a los cuales llamaremos los jardineros que cuidan del árbol del Espiritismo, no en todas las localidades se esmeran en cultivar la tierra donde aquel ha de crecer y ha de desarrollar su ramaje para con él prestar sombra a la fatigada humanidad.

Nos dijo un Espíritu, que los actuales espiritistas se asemejaban a los chiquillos que corrían de un lado a otro produciendo alborotos y ruidos, y en honor de la verdad la comparación no puede ser más exacta.

Con profunda pena, escuchamos los relatos de algunos espiritistas, porque vemos cuan mal han comprendido una filosofía que le brinda al hombre inmensos consuelos, esperanzas convertidas en hermosa certidumbre, horizontes ilimitados donde el alma contemple nuevas vidas, nuevas encarnaciones en las cuales el Espíritu puede perfeccionarse por medio de su perseverancia en practicar el bien y en instruirse.

Y esta verdad, esta justicia, esta lógica, este desenvolvimiento de la vida, queda reducido por la torpeza de algunos seres a un gran perjuicio, a una amenaza terrible contra la paz y la tranquilidad de la familia.

La comunicación de los Espíritus es la vida y es la muerte; es la vida cuando no se abusa de ella, cuando no se le quiere utilizar para granjearse riquezas, cuando no se falsifican las comunicaciones vendiéndolas como cualquier mercancía, cuando no se entrega uno en cuerpo y alma a los mandatos de los espíritus, cuando no se abdica la voluntad y se conserva en toda su pureza nuestro libre albedrío.

Entonces, la voz de los espíritus (hablando en sentido metafórico) es verdaderamente la voz de Dios.

Es la prudente advertencia.

Es el buen consejo.

Es la instrucción paternal.

Es todo cuanto puede desear el hombre para vivir resignado en medio de las miserias y tribulaciones humanas.

En cambio, es el anonadamiento, es la enervación, es la abdicación de todos nuestros derechos naturales cuando deificamos a los espíritus, cuando creemos que sus palabras son infalibles y que sus menores deseos hemos de satisfacerlos sin poner la menor resistencia. Esta obediencia absurda da lugar a la obsesión, esto es, a la abdicación de nuestra voluntad, no dando un solo paso sin consultarlo con nuestro Espíritu familiar, a esta dominación absoluta, a este estado de servidumbre, sigue la subyugación, situación tristísima para el hombre y la más humillante, porque es dócil instrumento de espíritus rebeldes, vengativos e iracundos, pierde la conciencia de sí mismo, hiere si le dice su Espíritu obsesor que hiera, estrangula si así se lo ordena, y se suicida si le aconseja su inseparable compañero que se desprenda de su cuerpo.

Otras veces, rompe violentamente con las leyes naturales, deja de alimentarse o devora cuantos alimentos ponen a su alcance, produciéndose al fin graves lesiones orgánicas en aquel pobre cuerpo combatido por tan diversas sensaciones, y muchos de los desgraciados que gimen en los manicomios, que nunca han oído hablar de Espiritismo, la causa principal de su locura es una obsesión o subyugación completa, que combatida en un principio por un espiritista entendido que supiera hacer uso del magnetismo se evitarían grandes calamidades.

Los ignorantes dicen: “El Espiritismo produce la locura” ¡Qué aberración! El Espiritismo por el contrario es un medio seguro y muy eficaz para curar los extravíos mentales si se estudia con prudencia y se practica cuerdamente.

El Espiritismo puede convertir el infierno en un cielo, puede dar la resignación al más desgraciado, puede despertar el sentimiento en los corazones más endurecidos, puede hacer generoso al más avaro, y no se crea que exageramos, porque estamos enamorados de nuestro ideal, no; es que tenemos pruebas para decirlo, y vamos a presentarlas.

Del presidio de Melilla, donde, como dice muy bien un penado. “Todo es trabajo, ruido y maldiciones”, fiel trasunto del infierno bíblico, recibimos una carta de un confinado, de la cual copiaremos algunos párrafos para demostrar como penetra la luz en las mansiones del dolor.

Confieso sin rubor, que durante la lectura de sus cartas me sentí tan impresionada que las lágrimas pugnaban por saltar de mis ojos, cuando presentía que estaba seco el manantial que las engendra; pero si tal descubrimiento me llenó de regocijo por un instante, redobló luego las penas al no poder desahogar mi triste corazón, porque bajo esta atmósfera infeccionada por el mal, el llanto es calificado de flaqueza o cobardía.

Esta doble prisión del alma acrecienta el dolor producido por los padecimientos de la materia y origina la tristeza que genera comúnmente en la más horrible desesperación.

Solo el luminoso faro de la Divinidad puede evitar a un ser en tal estado, el naufragio preparado en el proceloso mar de las pasiones por el Espíritu de error.

Y en efecto, cuando agobiado por el rudo peso de la fatalidad y falto ya de fuerza para contrarrestar sus ataques, me

disponía resolver el problema capital, cuya idea acariciaba con deleite mi delirante imaginación, he ahí que la filosofía de Kardec verificó en mi organismo una metamorfosis completa, devolviendo a mi alma la confianza y quietud de que antes carecía.

Como consecuencia inmediata, un poder irresistible me inclina al estudio profundo del Espiritismo, y deduzco por la fe que me anima que coronará mi empresa el éxito más favorable.

Y como quiera que Vd. aunque inconscientemente ha tenido una parte muy activa en mi regeneración, faltaría al principal deber de la criatura, sino hiciese, patente el testimonio de mi simpatía y agradecimiento eterno, que no dudo aceptará.

Del presidio de Alhucemas también recibimos una atenta carta en la cual nos dicen entre otras cosas:

Estos infelices penados carecen hoy de aquel bálsamo que sin duda cicatrizaba las emponzoñadas heridas, que ora por su falta de experiencia, ora por la impremeditada culpa que hubo de conducirnos a esta tan cruel situación, todos unánimes me suplican y encarecen revele a Vd. el profundo sentimiento que les causa pasar sus continuos ratos de ocio, sin poder leer **LA LUZ DEL PORVENIR** en cuya doctrina creen tan a ciegas.

¿Dejará de ser una acción sublime el convertir a un báratro de infortunio? ¡Ay! Señora, diere mil y mil vidas porque viera Vd. como están todos en este momento agrupados alrededor de mi mesa, diciendo que cueste lo que cueste, que hasta se privarán del vicio de fumar para comprar los libros de esa secta, que una gran parte de estos confinados aceptan de corazón.

Creemos que ya hemos copiado lo suficiente para demostrar que en el árbol del Espiritismo, algunas de sus ramas se han cubierto de flores, puesto que su sana doctrina ha penetrado en las mazmorras, en los calabozos, entre esas multitudes de espíritus rebeldes, que si algunas veces la justicia humana está ciega y castiga a seres más desgraciados que culpables, en otras ocasiones condena a hombres que hacen dudar por su ferocidad a qué raza pertenecen; y la conversión de uno de esos desventurados es de más importancia que la de mil hombres honrados, porque estos no hacen daño a nadie, ni se perjudican a sí propios; y el criminal trabaja en su ruina y en la de todos cuantos le rodean; por esta razón, más alegría nos causa la carta

de un presidario que acepte el Espiritismo, que las declaraciones de eminentes sabios en favor de la doctrina Espírita.

He aquí el único premio a que aspiramos por nuestra constante propaganda Espírita, que la luz de la razón ilumine la tenebrosa conciencia de los culpables, y resignados con su condena trabajen en su progreso indefinido.

Cuando el Espiritismo sea bien comprendido serán innecesarios los presidios.

¡Plegue al cielo que las flores espiritistas se conviertan en abundantes y sazonados frutos en los años venideros y en el presente aumente la savia de sus hojas!

A nosotros nada nos complace tanto como trabajar en el bien de la humanidad, comprendemos que las religiones han dejado profundas huellas, y es necesario borrarlas con la esplendente luz de la verdad; dispuestos pues nos encontramos a recibir la comunicación del espíritu anunciado por el guía de nuestros trabajos.

Gracias, Amalia, mi Espíritu que ha pecado mucho llega hoy a ti para contarte una parte de su historia; no me desdeñes porque algunos detalles sean repugnantes; es necesario decir la verdad desnuda para hacer comprender a las mujeres en la abyección en que están sumidas.

En mi última existencia pertenecí al sexo débil, mi madre murió al darme a luz, mi padre como nací hembra me recibió con enojo, me entregó a una hermana suya, abadesa de un convento, y nunca se ocupó más de mí, sólo le vi breves momentos en el instante de recibir la bendición nupcial.

Mi infancia pasó tranquila, pues si bien no tuve el amor de mis padres, como era inmensamente rica, y sobrina además de la abadesa, toda la comunidad me acariciaba, y algunas monjas hasta me querían.

Cumplí los diez años ignorando aún las impurezas que me rodeaban, mi organismo estaba bastante desarrollado y mi hermosura era notable. Mi tía recibía en su celda numerosas visitas de altas dignidades eclesiásticas, y entre todos ellos me acostumbraron a perder el pudor y a sentir sensaciones dolorosas cuando algunos de ellos me acariciaban y me sentaba sobre sus rodillas.

Quisiera comunicarte todas las infamias que conmigo se cometieron en mis primeros años, pero como hay detalles deshonestos y repugnantes, sólo te diré que me impusieron por penitencia cuando aún no había cumplido doce años que bajara a la cueva del Santo Sepulcro y allí me desnudara y me arrodillara sobre el duro suelo con los brazos en cruz, permaneciendo dos horas en aquella incómoda postura, y cuando yo obediente, y resignada, pero temblando de miedo, bajé a la cueva, cuál no sería mi asombro cuando escuché la voz del Arcediano de San Justo, que siempre me había prodigado apasionadas caricias en la celda de mi tía y que en aquellos instantes me dijo: no tengas miedo, yo he sido el que te he acusado y el que he pedido ésta penitencia para ti, con objeto de decirte lo que hace mucho tiempo siento por ti; y aquel hombre comenzó su infernal tarea de prostituir a la vez mi cuerpo y mi alma.

Yo fui perdiendo lentamente ese aroma divino que envuelve a la mujer cuando conserva su pureza y ostenta todos los encantos de la hermosa juventud, adquiriendo en cambio tan refinada hipocresía, que cuando salí del convento a los diecisiete años para casarme con el anciano Conde de la Fuente, todos los convidados se hicieron lenguas de mi honestidad, y fue necesario que el Arcediano de San Justo me obligara a recibir las caricias de mi esposo, porque yo me obstinaba en conservar mi recato, y mi esposo mirándome con verdadero cariño, le decía a mi seductor. ¡Esta niña es un ángel!... ¡Casi da pena convertirla en mujer!

¡Cuánto daño me hicieron aquellas palabras de mi marido! Yo que era un ser verdaderamente prostituido, que había visto con placer las más repugnantes obscenidades, la noble confianza de aquel anciano me ruborizó, lancé una mirada casi de odio al hombre que me había perdido y entré en la cámara nupcial llorando de vergüenza y de remordimiento, llanto que el conde atribuyó a timidez.

¡Qué noche tan horrible fue mi noche de boda!... Las delicadas atenciones del conde, sus reflexiones sobre la imperiosa necesidad de unirse los dos sexos para la multiplicación de la especie humana, sus bondadosas preguntas, todo era un tormento para mí que estuve a punto de revelarle quien yo era, porque aquel engaño era superior a la bajeza de mi Espíritu.

¡Cuando amaneció me lancé fuera del lecho pretextando que por mi nuevo estado no olvidaba mis oraciones matutinas, y me fui a la capilla del castillo para llorar porque me ahogaba, pero el Arcediano de San Justo que era mi confesor y el de mi esposo, me esperaba para prodigarme frenéticas caricias y borrar de mi mente toda clase de remordimiento!

¡Que transición! El conde tan complaciente mirando mi cuerpo sin atreverse a profanarlo, y el ministro de Dios dominado por la pasión y la lujuria más extraordinaria me enloquecía por completo, haciéndome olvidar momentáneamente una noche que nunca olvidaré.

Diez años viví unida al conde que me adoraba como a una santa, porque yo seguí tan hipócrita que era tenida como un modelo de rígidas costumbres, hasta el punto que voluntariamente me imponía penitencia y ayunos retirándome a una torre que se llamaba la Atalaya de la Oración, donde había un altar con una imagen del crucificado, y una tarima con un rollo de esparto, que servía de almohada al penitente que se retiraba allí por espacio de nueve días para ayunar y purificarse por medio de la oración y los cilicios, y allí me retiraba por orden de mi confesor a pesar de las súplicas de mi esposo, que le decía a nuestro director espiritual que no fuera tan severo conmigo porque yo era un ángel. No tanto como parece, replicaba mi confesor con acritud, es necesario castigar los impulsos de la carne; y él mismo me acompañaba a la torre para satisfacer en aquel retiro sus impuros y desordenados deseos; entregándose con tal locura a la brutalidad de sus pasiones, que me ponía realmente enferma; y cuando se cumplía la novena y mi esposo y sus servidores venían procesionalmente a sacarme de la torre, decían todos con admiración: ¡La condesa es una santa!... ¡Miradla! ¡No parece ella!... Y aquellas celebraciones me humillaban tanto, que iba con la cabeza baja sin atreverme a mirar a nadie. No es necesario que nadie acuse al pecador, la misma culpa acusa de una manera implacable.

Yo puedo asegurarte que fui profunda e inmensamente desgraciada, porque viví entre dos afecciones que la una repelía a la otra. Mi esposo era uno de esos seres caballerescos, noble, distinguido, amoroso, delicado, que me guardaba tantas consideraciones y tenía en mí tanta ciega confianza, que yo agradecía su ternura, y me encontraba bien a su lado, muy bien; y

cuando mi confesor se ausentaba para cumplir órdenes superiores, yo respiraba mejor, y cuando venía, cuando me aprisionaba en sus brazos, cuando me pedía cuenta de todos mis actos, cuando hasta me maltrataba por sus terribles celos, sentía un placer maldito al verme tan locamente amada, y al mismo tiempo aquel hombre me inspiraba gran horror, porque era tan avaro de todas mis sensaciones, que no me permitió disfrutar del cariño maternal ni filial: dos hijos tuve y los dos fueron ahogados por él, en la duda de quién serían hijos.

Mi esposo, antes de morir, hizo venir a un hermano suyo, joven y apuesto, y declaró solemnemente que ya que con él no se había perpetuado la raza, teniendo la desgracia de morir al nacer sus dos hijos, que pasado un año de viudez, cambiara mis togas de viuda por las galas de la desposada, casándome con su hermano, el cual demostró un gran contento, porque yo era una mujer hermosísima y tenía fama de poseer relevantes virtudes.

Murió mi esposo, y su muerte me tranquilizó por una parte, y aumentó mis zozobras inquietudes por otra, porque el hermano de mi marido sintió por mí una verdadera pasión, aún más, me declaró que hacía tiempo que me amaba, y huyendo de cometer una felonía se había ido a viajar. Hombre muy despreocupado y bastante conocedor de las miserias humanas, si bien cumplía con los preceptos de la religión de sus mayores, no era como fue mi esposo, un fiel servidor de los sacerdotes, sino que, muy al contrario, con la muerte de aquél cambió por completo el orden de mi casa, y ya no fue mi confesor el jefe de la familia; y cuando éste último me indicó que debía purificarme haciendo un novenario en la Torre de la Oración, mi prometido se opuso abiertamente, diciendo que de ninguna manera lo consentiría. Yo sufría una angustia inexplicable, porque presentía un desenlace terrible; me daba lástima mi futuro esposo, porque veía que realmente me amaba, y yo se lo agradecía.

Deseaba la muerte de mi confesor cuando estaba lejos de mí; pero cuando me aprisionaba en sus brazos, se apoderaba de mis sentidos una exaltación extraordinaria, y obedecía ciegamente sus mandatos; por eso no titubeé en obedecerle cuando la víspera de mi boda me ordenó que cuando estuviera sola con mi marido en la cámara nupcial le ofreciera una copa de vino antes de ser suya, y que infeliz de mí sino cumplía fielmente su mandato.

Mi confesor bendijo mi segundo enlace; todo fueron fiestas y regocijo durante el día; llegó la noche y yo temblaba convulsivamente cuando penetré en la cámara nupcial seguida de mis doncellas, que me quitaron mis galas, dejándome envuelta en una ancha túnica de seda blanca. Entró mi esposo sonriendo dulcemente, y yo cogí una copa de oro que había sobre una mesa, vertí en ella vino de Chipre que había en un jarro de cristal de Bohemia, lo acerqué a mis labios, sin que estos se humedecieran, y después se la presenté a mi esposo diciéndole con ternura:

Comenzad a beber en la copa de la vida.

El conde embriagado de felicidad, dijo:

En tu boca está la vida para mí, y selló mi boca con un beso.

Bebed, bebed, yo lo quiero; y acerqué la copa a sus labios sonriendo como debió sonreír el ángel malo cuando se hizo dueño de una gran parte de la humanidad; el conde bebió rápidamente el sabroso licor, y me oprimió contra su pecho con ademan delirante, pero pronto sus brazos se aflojaron, se oprimió la frente con las manos, quiso hablar, quiso gritar. ¡Empeño vano!... Cayó sobre la mullida alfombra sin exhalar un ¡ay! quedó con los ojos desmesuradamente abiertos, su boca se cubrió de espuma sanguinolenta, y su agonía fue horrible en su espantoso mutismo; porque mi confesor apareció silenciosamente, al verle el conde se estremeció convulsivamente, quiso levantarse, quiso gritar, pero no pudo, sus ojos parecía que iban a salir de sus órbitas cuando vio manchar el tálamo para él preparado, cuando me vio prodigar caricias a su miserable asesino.

¡Qué segunda noche de boda! ¡Cuánta infamia! ¡Cuánta degradación!

A la mañana siguiente salí de mi cámara dando gritos horribles, pidiendo socorro. Mi confesor fue el primero que acudió a mis lamentos, y el que me hizo retirar a mi departamento de viuda, mientras él, con el mayor aplomo, hizo frente a todos los huéspedes que llenaban el castillo; y las grandes cacerías, y los animados festines se convirtieron en suntuosos funerales, a los que asistí cubierta con negros crespones rodeada de mis servidores, lanzando tristes ayes, no de dolor, pero sí de un horrible, de un espantoso remordimiento. La imagen de mi segundo esposo se me presentaba amenazadora, sus ojos lanzaban

llamas, su diestra sostenía una copa de oro y enlazada a su brazo había una enorme serpiente cuya mirada me atraía. Yo me iba acercando hasta tocar la copa con mis labios, y entonces sentía correr por mis venas plomo derretido, me estremecía violentamente, y lanzaba gemidos aterradores, hasta el punto que mis servidores me querían sacar del templo, pero no les fue posible, una fuerza desconocida me hacía permanecer en mi sitio donde apuré la copa del más espantoso sufrimiento.

Transcurrió un mes, en el cual ni una sola noche descansé tranquila; mi confesor quería hacerme olvidar con sus caricias mis remordimientos; me decía que Dios era una quimera, que la muerte era el descanso eterno, que los muertos no se aparecían, que eran delirios de mi imaginación lo que yo veía; que las religiones eran una farsa, que no había imágenes sagradas, que no había premios ni castigos; pero todo fue inútil; la sombra de mi segundo esposo, del infeliz Leontino, me perseguía implacable, y aprovechando unos cuantos días de ausencia de mi malvado confesor, al que llegué a aborrecer con toda mi alma, corrí a echarme a los pies del cardenal Jacobini, le pedí que reuniera a varios de sus compañeros, y ante más de veinte cardenales declaré todos los crímenes que habíamos cometido mi confesor y yo, puesto que fui su cómplice, por amor satánico primero, por temor después, pidiendo que nos dieran la muerte, a él como hereje, como asesino; y a mí como adúltera y brazo ejecutor de su venganza.

Todos me escucharon en silencio, y como yo era de una familia muy poderosa, se limitaron a decirme que el dolor me había hecho perder el juicio, y lo único que hicieron fue encerrarme en un convento, donde me asedió con sus visitas el cardenal Jacobini. Mi confesor llegó hasta mí valiéndose de su poder; se llegaron a encontrar frente a frente los dos rivales, y lo que no alcancé con mi confesión lo conseguí con mi desdén. El cardenal al oír de mis labios que le odiaba, como a todos los que se llamaban ministros de Dios, se enfureció, jurando a mi confesor que ambos iríamos a la hoguera. ¡Qué hermosa promesa! ... Me pesaba tanto la vida, que sólo pensaba en morir. Tú dirás que cómo no apelé al suicidio: no lo sé, en mí había un cúmulo de encontradas ideas; tan pronto creía en el cielo, en el infierno, en el purgatorio, en el juicio final, como pensaba que con la muerte

todo terminaba. ¿Había querido a mi confesor? No porque le odiaba, recordaba, con horror mi tierna infancia prostituida por él, los sacrilegios cometidos delante de imágenes veneradas, el modo infame con que estuve engañando diez años al mejor de los hombres, la muerte de mis hijos, y lo que más me subleva, era el recordar sus halagos malditos hasta delante de mi segundo esposo, cuya agonía no la podía olvidar.

El proceso fue rápido; yo declararé con lujo de detalles todos nuestros crímenes, quería vengar la muerte de tres inocentes, y el día que vestí la infamante ropa, el día que fui detrás de mi confesor hasta la hoguera, creo que fue el más feliz de mi vida; por primera vez veía cumplirse un acto de justicia.

Cuando nos colocaron sobre la pira, respiré y di gracias a Dios, y puedo decir que no sufrí grandes dolores, porque me sostuvo en sus brazos el Espíritu de mi primer esposo, el noble ser que tan crédulamente me había amado; y además, me había atormentado tanto el fuego devorador del remordimiento, que las llamas de la Tierra no me hicieron sentir dolores más agudos: puedo asegurarlo.

¡Quedé como dormida, con un sueño fatigoso! ¡Después la calma, la cesación completa de recuerdos y de presentimientos! ¡El reposo de la oscuridad, el silencio del desierto!

¡Cuán bueno es Dios! ¡Cuán bueno, que concede al Espíritu la recuperación de las fuerzas gastadas en cada existencia!

Mi despertar no fue horrible, pero sí muy doloroso. ¡Me vi tan humillada, tan envilecida, tan dominada por las más bajas pasiones!...que me pareció que no había en la Tierra un ser más despreciable que yo; pero mi buen esposo me consoló diciendo, que no había en mí tanta degradación, cuando tanto había sufrido haciendo el papel de mujer impecable; que había habido más debilidad que infamia, y en el noble arranque de haber querido el castigo del crimen se veía claramente que mi espíritu se levantaba del fango inmundo de la concupiscencia, buscando los reflejos de la eterna luz.

No me he separado de los conventos de la Tierra, y he inspirado a las jóvenes educandas para que se subleven, para que digan que están enfermas, y salgan de esas horribles cavernas, que, si bien hay verdaderos santuarios donde mujeres ignorantes

creen servir a Dios ayunando y rezando, en cambio hay otros monasterios donde la degradación llega a tal extremo, que las mancebías son casas de oración, en comparación con los desaciertos que se cometen y de los crímenes que se llevan a efecto para hacer desaparecer a tiernos seres, antes que lancen su primer vagido.

No estoy bien, no disfruto de tranquilidad: tú misma te puedes convencer al sentir sensaciones desagradables en tu débil organismo; pero trabajo, trabajo cuanto puedo por despertar la inteligencia de muchas mujeres que aún creen que son seres privilegiados los servidores de los templos; quisiera comunicarme en todas partes, pero tú has sido la primera que por complacer al Espíritu que te guía en tus trabajos, has accedido a mi ardiente deseo. Comprendo que te repugna relatar infamias, pero créeme, es preciso cauterizar la gran herida que hay en el cuerpo social, y la voz de los espíritus, la voz de aquellos que profanaron los altares debe resonar en la Tierra, debe ser oída de polo a polo, debiendo difundir la luz los que ayer vivieron en las más espantosas tinieblas.

Alégrate Amalia, alégrate de ser la fiel intérprete de muchos pecadores; tu trabajo tendrá su recompensa, y ésta será tan inmensa, que hoy no te es dado ni presentir, porque tu expiación ha de cumplirse.

Adiós, Amalia, me separan de ti, porque tienes quien solícito vela por tu cuerpo enfermizo; me prometen que no será ésta la última vez que me comunique contigo.

MARGARITA

Cuanto ha dicho el Espíritu es muy cierto; todo el tiempo que hemos empleado en escribir esta triste narración, nos hemos encontrado en un estado especialísimo; nuestra habitual melancolía ha adquirido el tinte de una indefinible contrariedad; hemos mirado en torno nuestro y todo nos ha parecido más sombrío, pero comprendemos que es necesario demostrar la verdad pintando con vivos colores los cuadros de la vida, dominada por el fanatismo religioso.

Preciso es que la razón impere, que la mujer no esté en contacto con el hombre célibe, lleno de pasiones y de deseos que desbordados como ríos que salen de su cauce, hacen la desgracia

de ellos mismos y de las infelices que obedecen y sufren sus humillantes imposiciones.

Decimos para terminar, lo que dijimos al comenzar este artículo: no hay novesas. La horrible realidad de los vicios supera a todas las ficciones que puede inventar el talento del hombre. Trabajemos para que llegue un día en que el vicio huya avergonzado de la Tierra, al no encontrar quien le acoja en sus brazos.

CAPÍTULO XXXIII

¡REMORDIMIENTOS!

Decía un filósofo que encontrar la felicidad dentro de casa es muy difícil, pero hallarla fuera de casa es totalmente imposible.

Durante la representación del drama, “Vida alegre y Muerte triste”, experimentamos tan dolorosa ansiedad, filosofamos tanto, hicimos tantas reflexiones y éstas fueron tan amargas y tan profundas, que comprendimos perfectamente que un ser de ultratumba deseaba comunicarnos sus impresiones; pues a borbotones arrojaba en nuestro cerebro millones de ideas que en diferentes conceptos todos venían a expresar lo mismo: ¡Remordimientos!... pero remordimientos horribles, remordimientos que no se conciben si no se experimentan, si no se sienten sus agudas espinas que se clavan sin piedad en todo nuestro ser.

Los grandes dolores nos atraen, parece que estamos en nuestro centro cuando conversamos con espíritus que sufren, pero que sufren racionalmente, que exponen su dolor sin destrozar médiums ni hacer violentas contorsiones; por eso aceptamos la inspiración de todos aquellos que nos cuentan sus pesares dentro de los límites racionales, que nunca deben éstos traspasarse, porque al hacerlo se tocan funestísimas consecuencias; en cambio, cuando el Espíritu respeta al médium y éste se ofrece de buena voluntad a trasladar sus pensamientos por medio de la escritura. ¡Qué enseñanzas tan profundas se obtienen, qué ventajas tan inmensas reportan a la humanidad las comunicaciones de los espíritus! ¡Cuánto ensanchan los horizontes de la vida! ¡Cuántos desesperados se detienen al borde del abismo! ¡Cuántos odios se reprimen! ¡Cuántas impaciencias desaparecen! ¡Cuántas contrariedades se dulcifican! ¡Cuántos vicios se refrenan! ¡Bendita, bendita mil y mil veces las comunicaciones de los Espíritus!

Y tú, compañero invisible, que aumentas con tu fluido la agitación de nuestros pensamientos, derrama en nuestro cerebro una parte de tus ideas, que, sean cuales sean tus crímenes,

nosotros simpatizamos contigo porque sufres, y deseamos relatar tus sufrimientos, primero porque sirven de enseñanza, segundo porque el que cuenta sus penas queda consolado, y nadie necesita de más consuelo que aquel que ha pecado mucho.

Dices bien, mujer, para curar a los enfermos estudian los médicos, y enfermos son todos aquellos que han perdido centurias de siglos entregados a los más vergonzosos y deplorables desaciertos.

Bien has definido las ventajas que resultan de las comunicaciones de los espíritus, pues ese cambio de impresiones es altamente beneficioso a la humanidad que necesita convencerse que no todo acaba aquí, que hay tras de la **vida alegre**, una muerte muy triste, y tras de esta muerte una eternidad de dolor, una soledad que nunca se acaba, unos remordimientos que jamás se extinguen, una serie de existencias cada cual más dolorosas, en las cuales se carece de los purísimos afectos del alma, en las que el padre encuentra hijos rebeldes, esposa infiel y amigos ingratos; y la mujer se ve postergada después de haber sido comprada o seducida, sin que la sombra de un hombre le preste amparo, sin que la maternidad le conceda sus santos dolores y sus inefables alegrías. Todos los seres que no forman familia expían los abusos cometidos con la familia que tuvieron ayer y que no supieron apreciar; y los que tienen deudos ingratos, es porque en realidad no merecen ser amados; y esta certidumbre es necesario, muy necesario que se arraigue en la humanidad, hay que demostrar que no existen los lugares pintados por las religiones, pero sí, la eternidad de la vida con sus inacabables remordimientos, con su interminable soledad, con esa angustia que no tiene nombre en el lenguaje humano.

Yo soy una de esas víctimas de sus propios desaciertos, yo vivo muriendo hace muchos siglos, mas todos mis propósitos de enmienda son nulos cuando en mis sucesivas encarnaciones llego a la hermosa edad de la juventud, cuando mi cuerpo ágil y fuerte, embellecido por la perfección de las formas físicas, reflejando en mis ojos los resplandores de las más vivas y enérgicas pasiones, se siente dominado por una atracción irresistible hacia la mujer, hacia la Venus impersonal.

Para mí no tiene atractivos una mujer, es la mujer, sin reparar para satisfacer mis antojos, que ésta tenga lazos que la

separan de la vida pública, mejor dicho, de la vida social. He perseguido a la mujer no porque la amara, no porque me sedujeran los encantos de una más que otra, no; la encontraba en mi camino y la hacía víctima de mi desenfrenado libertinaje y luego era el rechinar de dientes cuando dejaba la Tierra y veía que no había dejado tras de mí, más que las huellas del dolor y del escándalo.

¡Cuántas horas perdidas en las asfixiantes orgías! ¡Cuántas mujeres maldiciendo la hora en que me conocieron! ¡Cuántos niños inocentes abandonados a la caridad pública y a la beneficencia del estado! ¡Cuántas víctimas sacrificadas en aras de mis brutales deseos! Mas esto había de tener un término, alguna vez había de escuchar una voz que me dijera: ¡Detente! Llegó la hora de comenzar a sentir, y en mi última existencia que pertenecía a la clase más alta de la sociedad, siendo yo muy joven, conocí a una mujer hermosísima, y si bello era su rostro, más bella aún era su alma. Era el ángel tutelar de su anciano padre que estaba postrado en el lecho del dolor hacía muchos años y Leonor era su providencia.

La vi, y la deseé, comprendí que su padre me estorbaba, compré la conciencia del médico que le asistía, y éste puso fin a la existencia del anciano, y yo vendiendo protección a la pobre huérfana, simulé un casamiento y Leonor fue mía creyendo que llevaba mi nombre. Al poco tiempo un nuevo deseo me hizo olvidar a la que me decía ruborizada: ¡Conozco que voy a ser madre; esposo mío! Y sin sentir el más leve remordimiento abandoné a Leonor y me marché a lejanas tierras sin acordarme ni por un segundo que había hecho la desgracia de un ángel.

Pasaron 20 años, acontecimientos políticos me tuvieron separado de mi patria, y cuando una amnistía general me permitió volver al solar de mis mayores, el mismo día que llegué al lugar de mi nacimiento, una joven hermosísima atrajo mis miradas y despertó mis ardientes y volcánicos deseos. Ella también me amó por más que había gran desigualdad en las edades; era huérfana, su madre murió al darla a luz, de su padre nadie le había dado la menor noticia, y en los asilos de beneficencia pasó su infancia y parte de su juventud, pues no tenía familia alguna. Tan pobre como virtuosa, vivía con el producto de sus labores; hice cuanto fue posible por seducirla. Todo fue en vano, prefería la muerte a

la deshonra. Yo apelé a los inicuos medios que emplean los seductores de oficio, y Juana, la incomparable Juana, fue mía completamente mía narcotizada, y cuando yo ciego, delirante, loco, frenético de placer contemplaba aquella hermosa estatua, vi ante mí, la figura de Leonor que me dijo con amarga y desgarradora ironía: ¡Goza en tu obra desventurado! ¡Has profanado a nuestra propia hija, Espíritu rebelde... despierta al fin para el remordimiento! Yo no sé lo que experimenté, pero puedo asegurar que mi razón recibió tan ruda y violenta sacudida que enloquecí por completo y pasaba los días arrodillado llamando a mi hija, la que murió, según supe después, sin conocer su deshonra, puesto que no volvió a despertar.

Yo no recobré la razón en la Tierra, siempre me veía perseguido por dos mujeres, me arrodillaba ante ellas y les pedía perdón, ora llamaba a mi hija lanzando gritos aterradores, y aquel hombre apuesto y elegante de ensortijada cabellera negra como las alas del cuervo, de mirada magnética, de fuerza hercúlea, valiente hasta la temeridad, se vio reducido a vivir algunos años del modo más deplorable, atado fuertemente a un anchuroso sillón, con la cabeza rapada, cubierta con un capuchón negro, encogidos todos los miembros, temiendo siempre ver las sombras de Leonor y Juana, a las que de continuo pedía humildemente perdón: sirviendo de befa y escarnio a mis numerosos criados, que se gozaban en atormentarme presentándome una joven diciéndome: vamos, no te desesperes, que aquí está tu adorada Juana; entonces yo me enfurecía, pero todos mis esfuerzos eran vanos, porque fuertes ligaduras me impedían moverme; concluyendo por llorar como un niño suplicando que me encerraran para que nadie entrara en mi aposento: y así viví algunos años, muriendo en una noche de enero abandonando de todos mis servidores, sin que una mano piadosa cerrase mis ojos, sin que unos labios compasivos se posasen en mi frente; sólo un perro, que pertenecía a uno de mis administradores, fue el único que me acompañó en mis últimos momentos, aullando tristemente cuando me vio sin movimiento alguno; cuando con el maravilloso instinto, mejor dicho, inteligencia que distingue a la raza canina, comprendió que mis sufrimientos habían terminado.

¡Qué alegría tuvieron mis parientes al saber mi fallecimiento! Se me hicieron solemnes exequias. ¡Y qué mal

contrastaban los negros crespones que pendían de las altas bóvedas del templo con el semblante risueño y satisfecho de mis deudos! ¡Qué amarga irrisión los salmos y lamentaciones con los cálculos de si mi fortuna ascendía a tanto o a cuantos millones!

¡Todo lo vi! ¡Todo lo presencié! Era justo que así sucediera, era preciso que comenzara a sentir, y el recuerdo de mi hija mancillada por mi desenfrenado libertinaje ha sido mi terrible pesadilla, Leonor y Juana son las sombras que más me atormentan, puesto que a la primera le asesiné a su padre labrando su desventura, y a la segunda le causé la muerte después de profanarla; nada me dijeron la dulzura de sus grandes ojos, su angelical sonrisa, la suavidad de su voz, la castidad divina de todo su ser, ella me decía: yo te amo, pero mi amor no es como el tuyo, yo velaría tu sueño, yo prevendría tus menores deseos, yo sería feliz viéndote dichoso, yo creo que Dios me ha puesto en tu camino para despertar tus sentimientos sin que por esto saciemos el uno en el otro los apetitos de la carne. Ámame como yo te amo, como se deben amar los ángeles. Y cuando así hablaba, en lugar de purificarse mis deseos parecía que plomo derretido circulaba por mis venas y más se avivaba mi loca y satánica pasión. ¡Cuán criminal fui y cuán dolorosa es hoy mi existencia! No precisamente porque mis víctimas se levanten amenazadoras, no; todas, me han perdonado; es porque tengo inteligencia suficiente para conocer cuánto me queda que sufrir. ¡Qué serie de encarnaciones me aguardan tan tristes y dolorosas! Yo tendré hijos que sonreirán un momento en mis brazos y luego me dejarán, ora porque sean ingratos o bien porque la muerte me los arrebatte, y tendré que morir solo y abandonado como han muerto mis pobres hijos víctimas de mi cruel indiferencia. Yo seré cien veces engañado porque no soy digno que ninguna mujer respete y honre mi nombre; y tendré que apurar la copa de la amargura cuando mi cruel expiación me obligue a vestir el humilde sayal de la mujer. ¡Oh! Entonces... ¡Cuántas humillaciones! ¡Cuántos desvíos tendré que lamentar! ¡Qué lucha tendré que sostener para resistir el impetuoso empuje del infortunio! ¡Cuán horrible será mi soledad!... entonces iré mendigando una caricia de los pequeñitos, grano por grano de arena iré levantando mi pobre cabaña y en ella encerrando las flores marchitas de mis melancólicos recuerdos.

Hay algo mucho peor que una **muerte triste**, hay la prolongación indefinida del dolor, hay la justa expiación de todos los desaciertos, hay la eterna ley de las compensaciones, hay la cosecha de todo cuanto se ha sembrado; no te canses en repetirlo, mujer; es necesario que la humanidad adquiera la certidumbre y el convencimiento que no quedan impunes los atropellos y los crímenes cometidos para satisfacer torpes pasiones, preciso es poner coto a los desórdenes, porque ¡ay! dejan una herencia terrible, dejan el patrimonio de los remordimientos. Mis víctimas me han perdonado, no me faltan espíritus generosos que me alientan, pero me queda mi conciencia, me queda mi razón, y la una me recuerda lo que he sido, y la otra me señala la única senda que puedo seguir. ¡La de la más horrible expiación! Sé que ésta no será eterna, sé que durará lo que dure mi concupiscencia y el saldo de mi larga cuenta.

También habrá para mí días de sol, también hijos amorosos cerrarán mis ojos en la crisis suprema de la muerte, pero antes que esta época llegue, ¡cuántos remordimientos me atormentarán!

No quiero entristecerte más con mis quejas; sigue cumpliendo tu misión pagando tus deudas que muchas trajiste a la Tierra: y no te duela nunca el tiempo que empleas en transmitir el pensamiento de los que sufren, porque estos son los que enseñan el camino de la felicidad.

Jamás hemos sentido relacionarnos con los que padecen, porque estamos plenamente convencidos de lo que dice el Espíritu, que los felices son las páginas en blanco en el libro de la vida, y los que habitamos este planeta necesitamos estudiar y aprender, que por haber sido perezosos nos encontramos sin los títulos necesarios para ocupar los puestos prominentes en los cuales la dicha ofrece sus horas de plácida calma y dulce reposo al Espíritu que merece gozar de tales beneficios.

Creemos así mismo que los remordimientos son las verdaderas penas del infierno, huyamos de ellos no con oraciones rutinarias, sino con firme propósito de enmienda, y conseguiremos no la felicidad absoluta, pero si un bienestar relativo en armonía con nuestras condiciones morales e intelectuales.

¡Dichosos aquellos que quieren progresar!

CAPÍTULO XXXIV

LAS DOS GOTAS DE AGUA

Hemos conocido casi simultáneamente a dos niñas que tienen con pequeña diferencia la misma edad y bastante parecido en su bella figura, llevando las dos el nombre de Mercedes.

Las dos son blancas, rubias y delicadas; las dos tienen el rostro que parece una verdadera miniatura, tan menuditas y bien delineadas son sus facciones; y sin embargo de haber entre las dos tal semejanza, ¡qué distinto es su destino en la actualidad!

Hemos visitado la casa de ambas, y a cuantas consideraciones se presta el contraste que forman el palacio de la una y el tugurio de la otra; hasta la hora de nuestra visita guardó armonía con la distinta morada que visitamos.

En una hermosa mañana de estío, después de recorrer una gran distancia, bajamos ante una iglesia situada en las afueras de Barcelona, seguimos una carretera sombreada por copados árboles, convertida, puede decirse, en calle céntrica por las muchas casas de campo, torres o quintas que a porfía ofrecen a la vista del viajero, jardines a la inglesa, bosquecillos y cenadores cubiertos de verdes y floridas enredaderas; en una de estas torres vive Mercedes B. que ha visto florecer los almendros seis o siete veces; nada más risueño ni más alegre que aquella casa rodeada de acacias, de árboles frutales, huerto, con una hermosa fuente en medio de un canastillo de flores, cenador espacioso con vistas al camino, todo lo necesario en fin, para recrear y esparcir el ánimo, y allí acompañada de unos padres amorosísimos, de hermanos complacientes y de fieles servidores, vive Mercedes B. corriendo, saltando y jugando, recibiendo continuamente caricias de unos y de otros, prodigándolas ella a los gatos y conejillos que reciben el alimento de sus pequeñas manos, formando con ella familia aparte; pues para dejarla disfrutar, come ella sola en el piso bajo en una pequeña y rústica mesita a la que siempre tiene por convidados uno o dos gatitos; sumamente sensible, incapaz de hacer daño a una hormiga, amantísima de las muñecas, sin lamentar la menor contrariedad, sin ver en torno suyo más que

dulces sonrisas, la vida de Mercedes en la actualidad es un idilio encantador, sus lindos ojos revelan una perfecta satisfacción, para ella son desconocidos todos los dolores, sólo piensa en jugar, en correr, en acariciar a sus muñecas y a sus gatos, y en pedirle a su padre todos los juguetes que sueña su infantil deseo.

Al anoecer de un día de otoño, después de cruzar calles y callejones de la parte antigua de Barcelona entramos en un callejón hediondo cuyas casuchas con puertas bajas y estrechas, presentan el aspecto más pobre y más repulsivo por la oscuridad que reina en sus escaleras de caracol y el hedor que exhalan, pues cada portal o zaguán es un depósito de inmundicias.

En una de las casas de más pobre apariencia, vive Mercedes R. que ya ha cumplido seis primaveras: nada más delicado ni más simpático que su figura; cuando llegamos la encontramos en la puerta de su casa, sin zapatos ni medias, con unos cuantos jirones de percal rodeando su esbelto talle, que algún día debieron ser un vestido, con el cabello que lo tiene rubio y muy fino, en completo desorden, sus hermosos ojos miran con ese recelo con que miran los niños pobres que siempre temen ser reñidos o castigados; cuando nos vio oprimió contra su pecho un cestito medio roto, dentro del cual había una taza y una cazuela pequeña; llamó a su madre y se fue corriendo a recoger un poco de sopa en una casa de la misma calle. La madre de Mercedes nos hizo subir por una estrechísima escalera de caracol, y entramos en un aposento donde la miseria demostraba todos sus horrores; una cama de bancos y tablas con un jergón y una sola sabana, una cuna con un jergoncillo y un pedazo de lienzo moreno, un catre con un jergoncito roto y una manteja de lana oscura, una cómoda vieja, dos o tres sillas desvencijadas y un candil colgado de un clavo completaban aquel típico mueblaje; una mujer joven y enferma con una niña de pocos meses en sus brazos, nos hizo los honores de la casa: era la madre de Mercedes que nos contaba sus cuitas diciendo:

Yo no sé lo que será de mí con tres hijos, ya ha visto Vd. la mayor, tengo otro de cuatro años que vive de milagro porque tiene la solitaria y esta pequeñita. Yo con una enfermedad incurable; mi marido ya sabe Vd. la muerte que sufrió: primero le tuve medio loco, después le cogió un carro, le cortaron las dos piernas, y al fin murió en el Santo Hospital. Mi Mercedes me dice que quiere

verme contenta porque siempre me está oyendo decir que voy a buscar en la muerte el fin de mis penas, y al oír esto mi Mercedes llora y me dice: Bueno, si tú quieres, nos tiraremos las dos al pozo.

¡Qué diferencia entre estas dos niñas! Casi de la misma edad, de gran parecido en su figura, del mismo nombre; son dos gotas de agua, la una formada con el rocío de la mañana, la otra con el llanto del dolor. No se han visto la una a la otra; pero la caridad las ha puesto indirectamente en relación; el padre de Mercedes B. al llegar la fiesta del nombre de su hija, en nombre de ésta ha querido socorrer a una familia pobre; le hablamos de Mercedes R. y por mediación nuestra envió a su infeliz madre veinticinco pesetas.

¡Qué alegría recibió aquella infeliz! Con qué santa satisfacción exclamaba: ¡Ay! Qué contenta se va a poner mi Mercedes; va descalza y le compraré unos zapatos y a su hermano también. Si viera Vd. qué pena me daba de que llegara el día de la virgen y mi pobre hija no pudiera celebrar su santo... El año pasado ya no pudimos celebrarlo, estaba recién muerto su padre. ¡Bendito sea Dios que ha tenido piedad de mí!

Qué aspecto tan triste presentaba aquella casa, la infeliz mujer se empeñó en enseñarnos todos sus rincones, y al entrar en la cocina vimos los hornillos apagados, señal indudable de la mayor miseria, ni frutas, ni legumbres, nada revelaba allí el movimiento de la vida. La pobre mujer comprendió nuestra extrañeza y nos dijo sonriendo tristemente: En mi despensa no se encuentra más que esto (y nos enseñó medio pan) y no siempre, mis hijos tienen tan buen apetito que todo se lo comerían; pero lo escondo y así consigo que dure más tiempo.

Melancólicamente impresionados salimos de aquella pobre morada, y sin podernos explicar la causa, las niñas, las dos Mercedes, viven en nuestra memoria; la una sonriente, cariñosa, confiada, jugando con su gran sombrero de paja, adornado con una escarapela color grana, llevando el cabello cuidadosamente recogido para que no se le enrede, rodeada de árboles, de flores, de luz y la otra desnuda, despeinada, mirando recelosamente, oprimiendo contra su pecho un cestito roto, rodeada de casuchas miserables en un callejón hediondo... y estas dos niñas aún no han pecado, aún su pensamiento virgen no ha fraguado la innoble

calumnia, son dos ángeles que aún no han perdido sus blancas alas. ¿Por qué la una revolotea entre flores, y la otra abatiendo su vuelo se desliza cautelosamente pisando con sus pies desnudos el inmundo cieno?

¿Qué religión podrá decirnos porqué si las dos nacieron con la misma inocencia, la una es tan dichosa y la otra tan desgraciada? ¿Dónde está aquí la justicia de Dios?

Esa misma pregunta que tú haces, la hice yo muchas veces en la Tierra: (nos dice un Espíritu). Pertenecí a la última capa social, era hijo de un traperero que más tarde fue asesino; frente a mi humilde morada se alzaba un palacio gigantesco, y en sus espaciosos jardines jugaba alegremente un hermoso niño; tenía mi misma edad e idéntico nombre, y como la niñez es verdaderamente democrática, mi noble vecino no se desdeñaba cuando estaba de buen humor, de hacerme entrar en sus jardines y dejarme jugar con sus arcos, sus caballos y sus coches. Yo, como es natural, me deleitaba en aquel sitio encantador y siempre estaba deseando que Luis me llamara, el que llegó a tomarme bastante cariño y yo a él; perecíamos hermanos, y a pesar de que mi pobre madre no se cuidaba ni poco ni mucho de mí, mi figura era tan distinguida, que sólo con que me lavase yo mismo y me vistiera de limpio, era tan hermoso como mi aristocrático vecino, el que pasados los primeros años de su infancia, ingresó en un colegio y sólo venía a su casa por las vacaciones. Yo, mientras tanto, a despecho de mi padre quise aprender un oficio, y entré de aprendiz en una carpintería que había en la misma calle, así es, que mientras trabajaba miraba el palacio de mi amigo Luis, y siempre que podía entraba en los jardines, y como el portero ya me conocía no se cuidaba de mí, mucho más que sus hijos me querían y mi diversión predilecta era irme los días festivos a una pequeña isleta rodeada de un lago donde había peces en abundancia, algunos patos y varios cisnes a los que daba todo el pan de mi merienda; mi padre se enfadaba porque nunca me gustaba ir con él, mi madre que al darme a luz se había quedado como idiota, no se mezclaba en nada, vivía automáticamente.

Mientras yo avanzaba más en años, más afán tenía por estar en casa de Luis, y mi júbilo fue inmenso cuando un día entré con mi maestro en uno de los salones de dicho palacio para componer un mueble.

Tendría yo entonces unos catorce años, y al verme dentro de aquellas lujosas habitaciones experimenté una sensación inexplicable y me quedé atónito contemplando las galerías de retratos de familia, llamándome vivamente la atención el retrato de un apuesto caballero, al que no me cansaba de mirar por estar cubierto con una gasa negra.

¡Quién me dijera entonces que contemplaba mi propio retrato de otra existencia!

Mi padre cometió un crimen y fue castigado con cadena perpetua, pero pudo evadirse y nunca supe más de él; mi madre murió y yo me quedé solo en la Tierra siguiendo mi oficio. Luis todos los años venía a su casa y siempre me hablaba afectuosamente. Yo, por mi parte, le miraba a veces con dolorosa envidia y decía: ¿Por qué ha de haber esta diferencia entre los dos? Él tan feliz con su padre que es un bravo general, poseyendo títulos antiquísimos de nobleza, su madre tan distinguida y tan amorosa, y yo... yo con la misma belleza física que él, pues cuando niños su misma madre decía que perecíamos *dos gotas de agua*, tan idéntica era nuestra figura ¡Y qué opuesto nuestro destino!... Mi padre un ser ignorante, innoble, dominado por las más bajas pasiones, concluyendo sus días Dios sabe donde; mi madre una infeliz idiota que jamás me prodigó una caricia, y yo solo en la Tierra aprendiendo un oficio que encontraba pesado, y tan pesado lo encontré, que decidí seguir la carrera de las armas, porque vi a Luis con su precioso uniforme de guardias del Rey, y aunque le envidiaba, al mismo tiempo le quería; dominaba más en mí el cariño que la envidia, le pedí protección demostrándole mi deseo de servir a sus órdenes: él accedió gustoso y llegué a ser el mejor soldado de su compañía, mi bravura pude demostrarla en varios combates, y a tanto llegó mi heroísmo que en el campo de batalla el general en jefe me nombró oficial y condecoró mi pecho con algunas cruces.

Qué satisfacción tan inmensa recibió mi Espíritu cuando Luis me abrazó diciendo ya nada nos separa, tu valor, tu heroicidad, te han elevado hasta mí, estaba de Dios que nos habíamos de considerar como hermanos, juntos hemos jugado en nuestra niñez, juntos peharemos por la salvación de nuestra patria, seguiremos siendo como decía mi madre: *dos gotas de agua*.

Y lo fuimos en realidad, Luis generosamente coadyuvó al perfeccionamiento de mi educación, puesto que solo sabía leer y mal escribir. Y al poco tiempo adquirí sus finas maneras y su distinción, y cuando fue posible nos concedieron licencia, juntos entramos en su palacio, diciéndole Luis a su madre: Aquí te traigo a mi hermano, ámale porque es un valiente, me ha salvado la vida más de una vez con gran riesgo de perder la suya: si en nuestra infancia nos llamabas las *dos gotas de agua*, con más motivos puedes decirlo ahora. Su madre me estrechó en sus brazos y yo me conceptúe completamente feliz.

Un mes permanecimos en el palacio, y muchas veces al declinar la tarde me iba a recordar mi infancia a la pequeña isleta y a contemplar otras generaciones de peces, patos y cisnes que vivían tranquilamente en su pequeño océano; la vieja casucha donde yo nací, había desaparecido, el ornato público había demolido el humilde techo que dio sombra a mi cuna: nada quedaba de mi pasado, y confieso que me alegré vivamente.

Con gran sentimiento de la madre de Luis, abandonamos sus cuidados y sus caricias; la guerra reclamó nuevamente nuestros esfuerzos. Luis y yo luchamos como héroes, los dos estuvimos en peligro de muerte, a él le vi caer, comprendí la intención de nuestros adversarios, y me precipité sobre el enemigo mientras soldados leales rodeaban a mi hermano de armas: herí y me hirieron, caí para no levantarme más, pero mis últimas miradas fueron para Luis, que comprendiendo mi heroico sacrificio, despreciando las balas enemigas recogió mi postrer suspiro y lloró como un niño abrazado a mi cadáver. Su padre que era el jefe del ejército, dictó las órdenes convenientes para que con toda pompa fueran trasladados mis restos a su panteón de familia, y el hijo del trapero, ennoblecido por su bravura y su heroísmo, ocupó un puesto en el panteón de una familia nobilísima, que no merecía menos quien con su vida había salvado la del primogénito de los condes de Egara.

Una de las *dos gotas de agua* se había evaporado, la otra *gota* aún existe próxima a evaporarse. Luis es hoy un anciano centenario rodeado de un ejército de nietos, y cuando cuenta sus proezas juveniles dice con entusiasmo: Mi hermano Luis era un valiente, tenía un gran corazón, a él le debo la vida, hijos míos, respetad su memoria.

Él ignora que yo vivo a su lado, que recorro los jardines de su palacio, aún me detengo al borde del lago, y veo como sus nietos hacen lo que yo hacía en mi niñez.

Él no sabe que el hijo del trapero, fue en otras existencias miembro de una nobilísima familia que deshonró con sus felonías hasta morir ahorcado como el rufián más despreciable: y justo era que conquistara mi puesto en la familia a fuerza de heroísmo y de abnegación; por eso nací al pie del alcázar de mis mayores, por eso, por lástima me dejaron cruzar sus jardines, por eso miré asombrado mi retrato, el del apuesto caballero cubierto con un negro crespón, y fui conquistando, paso a paso, todo lo que mi infamia me hizo perder.

¡Dios es justo! El niño harapiento guarda una historia, el niño que nada en la abundancia, viene a recoger su herencia; no se la disputéis, aconsejadle únicamente que sea generoso, porque la generosidad aumenta los bienes terrenales y espirituales. Tus reflexiones sobre *dos gotas de agua* me interesaron, me atraieron y me decidieron a contarte un episodio de mi larga historia; respeta siempre lo que encuentres hecho y no dudes ni un segundo que la justicia de Dios da a cada uno según sus obras; bajo este supuesto no te canses nunca de aconsejar que se haga el bien en todos los sentidos, que de esa manera los pobres dejan de gemir en la desesperación y se les ayuda a sostener el peso de su cruz. De pobres desgraciados y desesperados, no esperéis, más que crímenes y horrores.

Quedo muy complacido de ti, no será ésta la última vez que te dé mi inspiración. Adiós.

El anterior relato responde perfectamente a nuestras convicciones: sin un pasado no puede admitirse un presente de angustias y sinsabores en seres inocentes que encuentran al nacer la miseria y la desolación, mientras otros nacen en un nido de plumas y flores.

¡Qué bien se vivirá en un planeta donde no existan seres que tengan que pagar con sus lágrimas sus anteriores desaciertos, donde las gotas de agua tengan la misma procedencia, donde no sucede como en la Tierra, que unas son formadas por el rocío de la aurora y las otras por el llanto del dolor!

¿Por qué nos han impresionado tanto estas dos niñas? ¿Por qué su recuerdo anida en nuestra mente? Porque ellas simbolizan

la eterna lucha de la humanidad, los unos pagando sus deudas, los otros recogiendo su herencia de gloria y amor. ¡Qué desdichados son los primeros! ¡Qué felices son los segundos! ¿Cuáles son los que están en mejor camino para el progreso? Difícil es de definirlo, pero, por regla general, avanza más el Espíritu que sufre que el que goza; al primero le empuja la necesidad, al segundo se duerme sobre sus laureles; procuremos que unos y otros avancen de la misma manera; los unos resignados con su expiación y haciéndose digno por sus virtudes de recuperar el bien perdido, y los otros privándose de lo superfluo para enjugar el llanto de los desgraciados, celebrándose sus fiestas del modo que lo ha hecho Mercedes B. que ha llevado un momento de solaz a la triste morada de su infantil compañera.

¡Benditos sean los niños ricos que se acuerdan de los niños pobres!

CAPÍTULOXXXV

EN LA TIERRA VENIMOS A SUFRIR, NO A GOZAR

Cuando el Espíritu abandona la vida libre del espacio y viene a encarnar en la Tierra, si no es Espíritu de gran turbación ya sabe que vendrán para él luchas, sufrimientos, pruebas desengaños y toda clase de contrariedades; pero ¡ay! La turbación de la materia es tan tremenda, que el Espíritu queda sin conocimiento de causa durante todo el tiempo de su infancia, y cuando despierta a la vida, se encuentra rodeado del bien y del mal; entonces empieza a reflexionar, y los hábitos e inclinaciones adquiridas se manifiestan con todo su poder.

Como todos los espíritus que venimos a encarnar en la Tierra tenemos más de malo que de bueno, en nuestros primeros actos, hechos con conocimiento de causa, se manifiesta enseguida la tentación a los vicios, pasiones, orgullo, afán de bienestar, y sólo cuando viene la edad madura y después de muchos sufrimientos, desengaños y situaciones terribles, el Espíritu se detiene, y a veces, no siempre, emprende un nuevo derrotero y busca la paz, no en las comodidades y halagos del mundo, sino en la quietud, en la reflexión y en el estudio. Entonces es como el ser encarnado busca, estudia y analiza y encuentra la verdad, como los espiritistas hemos encontrado.

Pero éstos somos en corto número, con respecto a la generalidad; la gran mayoría se aferran a las comodidades, riquezas y honores del mundo, y siguen su existencia sin haber realizado gran progreso moral y muchas veces contrayendo grandes responsabilidades que, además de hacerles sufrir mucho, les obliga a volver a la Tierra, y esto les sucede tantas veces como el Espíritu necesita para llegar al estado de depuración y de lucidez que ha de tener para quedarse en las moradas de luz y gozar de la dicha espiritual que gozan los justos.

Los espiritistas estamos menos expuestos a caer en las turbaciones de la generalidad; pero no estamos exentos de ellas.

Muy difícil es elevarse a la altura de la misión que tenemos cada uno de nosotros; ya he dicho que nosotros somos la luz del mundo, lo dije en la “Guía práctica del espiritismo”, y si bien

debemos ser la luz del mundo, porque nosotros estamos iniciados en las verdades morales y filosóficas que pueden conducir a la humanidad por el más directo camino, debemos ser hombres prácticos en la virtud, y mayormente en la virtud de saber sufrir.

Sufrir con resignación es poco; es necesario sufrir con calma, con serenidad y con el conocimiento de causa, que el sufrimiento depura, engrandece y fortifica el Espíritu; sufrir es elevarse, es hacerse Espíritu de luz; sufrir es pasar por el camino que han pasado los mártires, los héroes, los justos; sufrir es aprovechar el tiempo; pero es necesario sufrir bien; sufrir, si es posible, con alegría, o cuando menos con una tranquilidad que, los ratos que los sufrimientos nos dejan libres, tengamos la satisfacción de haber sufrido bien y la seguridad que hemos ganado algo en la vía de nuestro progreso y que estamos dispuestos a recibir el nuevo sufrimiento que ha de venir, esperándolo con calma, con serenidad y con la convicción de que vamos a dar un nuevo paso hacia nuestra perfección, porque no lo dudéis, hermanos míos, el sufrimiento pasado, como nos aconsejan los buenos espíritus, es la prenda de más valor que llevaremos en el reino de Dios. Y para convenceros de esto, consultad obras espiritistas; leed comunicaciones; escuchad a los espíritus; observad cuáles son los espíritus más grandes que llegan a nosotros, pobres encarnados de la Tierra, y veréis que son los más grandes los que han sufrido más, los que han llegado hasta al heroísmo, los que han dado su vida para los demás. Escuchemos a un Espíritu de mucha luz que hace pocos días se presentó a la médium, y le dijo:

¿Por qué buscáis siempre en la Tierra horas de calma y de paz? ¿No sabéis que la Tierra no es morada de paz sino de lucha? Esperad siempre horas de prueba y de sufrimiento; pero esperadlas con ánimo sereno y con valor, y así no os contrariarán tanto las luchas y pesares de la vida.

¿Vosotros que amáis tanto al Maestro, no sabéis que Él en la Tierra no encontró sino lucha? ¿Por qué anheláis tanto lo que no es de este mundo? Acordaos que la Tierra es morada de expiación, de prueba y de dolor.

Hace pocos días que uno de nuestros hermanos sufría mucho por dolores físicos y morales; la médium, en sus oraciones,

pidió consuelo por el citado hermano, y el Espíritu se le apareció rápidamente y le dijo.

“Dile al hermano que tanto sufre, que resista los dolores que le acosan, pero con serenidad y valor; que no decaiga, que si sabe sufrir será el mejor trabajo que para su bien habrá hecho en la actual existencia; que recuerde la historia de Jesús siga en pos de Él”.

Estos son los consejos de grandes espíritus, porque saben que los sufrimientos son de gran provecho para el Espíritu que sabe sufrir.

Observad al mismo tiempo, los que concurrís a los centros espiritistas, si en algunas sesiones se han presentado espíritus desencarnados de nuestra época y se han comunicado. ¿Cuáles son los que demuestran más felicidad? Los que más han sufrido moral y físicamente; generalmente, a mayor sufrimiento más luz y más felicidad. Si estas demostraciones de los seres desencarnados fueran aisladas o muy escasas, podríamos poner en duda sus afirmaciones; pero esto es un hecho universal, y que es idéntica esta manera de expresarse de los espíritus que en distintas épocas han sufrido en la Tierra.

En la actualidad son en gran número los espíritus de los mártires de todas las épocas, de los reformadores, de los que han sido mártires en el silencio, pero que han sufrido bien; digo que son en gran número los que viven en las moradas de luz, porque la médium de este Centro ha sido transportada a las maravillas en donde se reúnen estos espíritus en gran número; allí ha visto a muchos de épocas antiguas, como ha visto algunos de nuestra época, como Jacinto Verdager, José Puig, José Sala, Francisca Galí. ¿Quién fue Jacinto Verdager? Su historia es pública, casi todos la sabemos. ¿Quién fue José Puig? Un joven niño, porque quedó paralítico a la edad de 11 años y vivió 9 o 10 años en aquel estado aborrecido de su familia; pero su resignación fue tan grande y tan sublime, que cuando nuestro respetable Fernández Colavida estaba en la Tierra, lo había visitado algunas veces, y alguna vez había dicho: aprendo más observando ese hombre niño, que leyendo muchos libros. Nuestra hermana Amalia Domingo había escrito algunos artículos sobre su manera de obrar; era el tipo más acabado de resignación y sumisión al Padre. ¿Quién era José Sala? Un buen espiritista, que por sus ideas fue

aborrecido de su familia; su vida era un continuo sufrimiento por los desprecios que sufría de los seres que le rodeaban; pero José Sala, aunque hubiera podido imponerse, por ser el jefe de familia, o separarse, el hombre lo soportó todo, sin imponerse jamás, sino siendo siempre sumiso. ¿Francisca Galí, quien era? Era la hermana de la caridad del vecindario; desencarnó a causa de un cáncer del estómago, cuya enfermedad soportó con verdadero heroísmo.

Si comparamos la situación de estos espíritus a la de otros, que si bien han sido espiritistas, no han tenido que sufrir tanto, y quizá si hubieran tenido que sufrir como los primeros no habrían tenido tanta resignación, digo que, comparada la situación de unos y otros, son incalculables los beneficios que tienen los que han sufrido y se han resignado.

Dejar de ser hombre o mujer en la Tierra y quedar convertido en ángel en el espacio, es el cambio más sublime que el ser puede experimentar en su vida universal, y digo esto, porque en nuestros estudios espiritistas así lo hemos podido comprobar.

Los espiritistas que han sido héroes en el sufrimiento y en el dolor; los que se han entregado con toda sumisión a la ley divina; los que en medio de sus sufrimientos, no solamente no ha decaído su amor al Padre, sino que han sentido satisfacción en acatar la ley, se presentan con tanta luz y hermosura y con una lucidez y goce divino, que una comunicación o una videncia verdadera de ellos, parece que nos transporta a regiones desconocidas; su influencia es tan sublime, consoladora y edificante, que uno se queda regenerado. Parece imposible que aquel ser que tanto sufrió en el mundo, tenga hoy tanta alegría, tanta dicha y tanta felicidad. Con Puig y Sala hemos tenido ocasión de tratar con ellos algunas veces, y no parecen aquellos que tanto habían sufrido en la Tierra, sino emisarios del Altísimo, que cuando llegan a nosotros nos dejan impregnados de consuelo, de dicha y de felicidad, y un deseo en el alma de pedir al Padre nos envíe sufrimientos para podernos elevar a tan sublime posición como ellos ocupan.

De manera, que si en la Tierra nos agobian los sufrimientos, y con tanto afán deseamos salir de ellos, es por nuestra ignorancia. No quiero decir que hayamos de buscarlos,

pero digo que cuando ocurran debemos aceptarlos como un beneficio que viene de arriba y que nos proporciona medios para hacernos espíritus de luz.

Debemos pensar que en la Tierra nunca seremos felices, siempre tendremos algo que nos mortificará, pues ya que hemos venido para encerrarnos en este lúgubre mundo, el no aprovechar el tiempo para elevarnos, es quedarnos estacionados, es permanecer en estos estados que, por no querer ser héroes de una vez, prolongamos nuestro martirio y tardamos mucho a ser espíritus libres y de luz.

Y esto pasa no solamente a los espíritus que estamos encarnados en la época, sino que ha pasado a todos los espíritus que han salido depurados de la Tierra, y mayormente a los espíritus que han venido a desempeñar una gran misión y que sus enseñanzas y su conducta sirven de ejemplo a la humanidad.

Y si miramos al Señor en su vida, su predicación y sus martirios, ¿qué deduciremos de esto? Él no tuvo ni casa ni hogar desde el momento que empezó su predicación; no llevó alforja ni bastón, ni dinero en sus bolsillos; comió en donde le vino y durmió muchas veces en despoblado; su amor a la humanidad hizo que siempre se viera rodeado de enfermos, desvalidos, desheredados y pobres de Espíritu y de materia, y sin embargo, no se quejó, y cuando sus apóstoles le invitan a comer y al descanso, Él responde: dejadme que yo tengo que estar en las cosas de mi Padre; y convierte a la mujer adúltera y hace una mujer sublime de la Magdalena y levanta al paralítico, abre los ojos a los ciegos y a todos devuelve la salud del cuerpo y el bien del alma; sí, a todos los que le escuchan y le siguen, y cuando los afligidos le permiten algún descanso, va a los opulentos y grandes y les dice la verdad, y les afronta por su mal proceder, y no se cansa de una vida de tanto sacrificio y de tanta abnegación, hasta que le prenden. ¿Y cómo le tratan? Peor, mucho peor que al más empedernido criminal, sin ninguna consideración, infiriéndole los insultos más groseros y dándole los tormentos más dolorosos, y sin embargo Él no se queja, no exhala ni una exclamación; sumiso, como manso cordero, sabe que su vía dolorosa será recorrida por muchos; sabe que su resignación será ejemplo para muchísimos; sabe que su obra se recordará siempre y que será la vía dolorosa que seguirán los mártires, los héroes y los justos;

sabe que muchos se abrazarán a la cruz por Él simbolizada, como signo de redención. Por eso no nos hemos de extrañar que la Tierra sea lugar de dolores y de sufrimientos, cuando tan grandes espíritus nos han venido a trazar la vía que hemos de seguir; no nos ha de extrañar, porque ya sabemos que estamos a mucha distancia de nuestra paz y de nuestra dicha y que la manera más fácil de recorrer el camino que hemos de seguir, es sufrir; pero sufrir bien, sufrir con calma, con serenidad, siempre con la convicción de que es el camino más rápido para adquirir nuestra felicidad, y si algún día decae en medio del sufrimiento nuestro ánimo, acordémonos de tan gran ejemplo.

Cuando la mujer, en la vida que tantas angustias ha de pasar, se encuentre en situación apurada, que transporte su imaginación en el momento que María llegó a la cumbre del calvario y vio clavado en la cruz a su amado hijo, y que piense que ella no ha pasado aún situación tan terrible; y cuando los hombres nos sintamos afligidos por desengaños recibidos, acosados por la miseria y los sufrimientos, recordemos al Señor en aquellas horas de agonía pasadas en la cruz, desamparado casi de todos, y que en lugar de darle consuelo, le llenaron de insultos y no le dieron agua para apagar su sed, sino hiel y vinagre. Recordemos cuando sufrimos, que estamos muchas veces acostados en una cama, rodeados de seres amorosos que nos prodigan toda clase de consuelos y se desviven para nosotros; y el que no está rodeado de familia, lo está de los elementos que le proporciona la caridad; y el que sea tan pobre y se halle solo en el mundo, a lo menos no se verá atormentado. De manera, que desde el rico opulento hasta el menesteroso, todos tenemos el ejemplo en Jesús.

Seamos valerosos. Seamos espiritistas de verdad y hagamos como hace el soldado valiente en medio de la pelea, que con su entusiasmo todo soporta para llegar a la victoria.

¡Señor! Perdonadme si me atrevo a recordaros tanto; os amo después del Padre sobre todo. ¡Qué más hubiera podido hacer mi misma madre, que dar la vida sufriendo tanto para enseñarme el mejor camino! Gracias, Señor; por eso siempre os amaré; siempre recordaré a mis hermanos, y vuestro ejemplo de abnegación, de sacrificio, de humildad y de virtud, vivirá constantemente en mí para practicarlo en los momentos precisos;

y si llego a saber cumplir, si mi conducta y mis hechos llegan a ser agradables a Vos, habré conseguido mi dicha y mi felicidad, y si un día a través del espacio os puedo encontrar, os diré: ¡Señor! Nada soy, nada valgo, nada tengo; pero os he amado y os amo mucho; permitidme, pues, que aunque siendo el último, el más insignificante, el más inútil, pueda entrar entre el número de los que os sirven, os aman y cumplen vuestra voluntad.

Miguel Vives.

INDICE

I	¡AYER Y HOY!	44
II	ESCOLLOS DE LA IGNORANCIA.....	13
III	UTILIDAD DEL ESPIRITISMO Y SUS PROGRESOS.....	21
IV	EL NIÑO CIEGO.....	26
V	UN DIA DEL PORVENIR.....	35
VI	¡ESTÁ LOCO!.....	58
VII	EL SOL Y LA VERDAD.....	68
VIII	CONÓCETE A TI MISMO	74
IX	LOS LAMENTOS DE UN ESPÍRITU ENCARNADO.....	79
X	¡¡EL FUEGO!!.....	85
XI	A UN ESPÍRITU.....	91
XII	¡NO ENVIDIES ANADIE!.....	94
XIII	EL PRESENTIMIENTO DE UNA MADRE.....	99
XIV	CONSECUENCIAS DE LA IMPREMEDITACIÓN.....	107
XV	AMALIA Y JUANITO.....	111
XVI	LA BÓVEDA DE LUZ.....	116
XVII	OJO POR OJO DIENTE POR DIENTE	123
XVIII	POR EL FRUTO SE CONOCE EL ARBOL.....	131
XIX	¡LO MÁS HORRIBLE!.....	140
XX	¿QUÉ DEBEN HACER LOS ESPIRITISTAS?	144
XXI	CONCEPTOS DEL ESPIRITISMO.....	147
XXII	EL CIEGO DE VERGEL.....	153
XXIII	TODO SE PAGA.....	164
XXIV	NO HAY CASUALIDADES.....	172
XXV	MILLONARIO Y SUICIDA.....	180
XXVI	NO SABEIS LO QUE PEDIS.....	188
XXVII	ODIOS DE AYER	199
XXVIII	LA VENGANZA INVISIBLE.....	204
XXIX	LA ETERNA JUSTICIA	214
XXX	DE UNO A OTRO FANATISMO.....	221
XXXI	COMPLICIDAD Y ENCONO	224
XXXII	LAS FLORES DEL ESPIRITISMO	230
XXXIII	¡REMORDIMIENTOS!.....	243
XXXIV	LAS DOS GOTAS DE AGUA.....	249
XXXV	EN LA TIERRA VENIMOS A SUFRIR NO A GOZA.....	257